

Neal Shusterman

Club Pandemonium

Un lugar lleno de misterios...

# EVERLOST



Neal Shusterman

1

no de misterio

# EVERLOST

Neal Shusterman

Club Pandemonium

2

Un lugar lleno de misterios

EVERLOST



Un lugar lleno de misterios  
EVERLOST



## Agradecimientos:

Agradecemos a todas las personas que con su aporte de libros, interés, colaboración y apoyo incondicional se pudo sacar adelante este proyecto. Igualmente a las lectoras y lectores, que con su entusiasmo nos dan el ánimo necesario para seguir transcribiendo nuevos libros, después de todo, esto es por ustedes.

¡GRACIAS!



# Sinopsis:

4

*Nick y Allie no sobreviven al accidente de coche... pero sus almas tampoco van exactamente adonde se supone que deberían ir. En vez de eso, quedan atrapados en algún lugar entre la vida y la muerte, en una especie de limbo llamado Everlost: "perdidos para siempre", una sombra del mundo de los vivos, ocupado por todas las cosas y sitios que ya no existen. Es un lugar mágico, aunque peligroso, donde corren salvajes los niños y aquel que permanezca en el mismo sitio demasiado tiempo se hunde al centro de la Tierra.*

*Cuando encuentran a Mary, la autoproclamada reina de los niños perdidos, Nick siente que ha encontrado un hogar. Pero Allie no se siente satisfecha pasando la eternidad entre dos mundos. A pesar de todas las advertencias, Allie empieza a aprender el "Arte Criminal" de encantar y poseer, y empieza a adentrarse en un terreno peligroso, donde un monstruo llamado el McGill amenaza a todas las almas de Everlost.*



Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**



## Capítulo I

# Hacia la luz...

Transcrito por: nahirr

5

Un día como otro cualquiera, en una curva muy cerrada que transitaba por encima de un bosque seco, un Toyota blanco chocó contra un Mercedes negro, y por un instante ambos se fundieron en un borrón gris.

En el asiento de delante del Toyota iba sentada Alexandra, Allie para sus amigos. Iba discutiendo con su padre sobre el volumen al que debían oír la música. Se acababa de desabrochar el cinturón para ajustarse la camisa.

En la parte de atrás del Mercedes, en el centro, iba Nick, vestido para la boda de su primo. Nick intentaba comerse una barra de chocolate que había permanecido en su bolsillo durante la mayor parte del día. Su hermano y hermana, que lo aprisionaban cada uno por un lado, le daban con el codo con toda la intención, lo que hacía que el chocolate derretido le manchara toda la cara. Como se trataba de un coche de cuatro plazas e iban cinco pasajeros, Nick no contaba con cinturón de seguridad.

Además, en la carretera había una pieza de hierro pequeña pero cortante que se le había caído a un camión que iba cargado hasta los topes de chatarra. La habían esquivado más o menos una docena de coches, pero el Mercedes no tuvo tanta suerte, pasó por encima de la pieza de hierro, reventó el neumático delantero de la izquierda, y el padre de Nick perdió el control del coche.

Cuando el Mercedes traspasó a toda velocidad la doble línea amarilla e invalidó el carril de sentido contrario, tanto Alli como Nick levantaron la mirada y vieron al otro coche acercarse muy rápidamente. Ante ellos no apareció de pronto el compendio de su vida: no hubo tiempo para tanto. Todo ocurrió tan rápido que ninguno pensó ni sintió apenas nada. El impacto los lanzó hacia adelante y ambos notaron el golpetazo del airbag, pero a semejante velocidad y sin el cinturón puesto, los airbags hicieron muy poco por aminorar la sacudida. Sintieron el parabrisas contra la frente, y a continuación, en un instante, lo atravesaron.

El estrépito del cristal hecho añicos se convirtió en un sonido de viento huracanado, y el mundo se volvió muy oscuro.

Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

Allie aún no sabía qué pensar de lo que estaba ocurriendo. Al tiempo que e parabras caía tras ella, se sentía transportada a través de un túnel, por el que iba ganando velocidad, acelerando al tiempo que el viento se volvía más intenso. Al final del túnel había un punto de luz, que se hacía más grande y brillante conforme se acercaba. En su corazón sintió una sensación de tranquilo asombro que no hubiera podido describir.

Pero, de camino hacia la luz, golpeó contra algo que la desvió de su ruta. Se agarró a aquello, aquello lanzó un gruñido, y por un instante Allie fue consciente de que se había dado contra alguien, alguien que debía de tener su mismo tamaño, y que olía claramente a chocolate. Tanto Allie como Nick giraron como locos, chocándose y rebotando en las paredes del túnel, que eran más negras que lo negro, y al salirse de su rumbo la luz que habían tenido delante desapareció. Se pagaron un fuerte golpe contra el suelo, y el vuelo los dejó completamente agotados.

Durmieron sin soñar nada y durante mucho, mucho tiempo.



Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

## Capítulo 2

## Llegada a Everlost

Transcrito por Jaanyta

7

Hacía mucho que el muchacho no se acercaba a la carretera. ¿Para qué? Los coches iban y venían sin detenerse nunca, sin siquiera frenar un poco. Le daba igual saber o no quién pasaba por su bosque de camino a otros lugares. Ellos no se preocupaban por él, así que ¿por qué iba a preocuparse él por ellos?

Cuando oyó el accidente, estaba jugando a su juego favorito: saltas de rama en rama y de árbol en árbol lo más lejos del suelo que pudiera. El repentino crujido de aceros fue tan inesperado que le hizo calcular mal y perder el agarre a la siguiente rama. Empezó a caer de inmediato. Rebotó en una rama, y después en otra, como una bola de *pinball*. No le dolieron todos estos golpes. De hecho, se estuvo riendo hasta que terminó de atravesar por entre las ramas y ya no quedó más que una larga caída.

Pegó fuerte en la tierra: fue una caída que ciertamente habría acabado con su vida de haber sido otras las circunstancias, pero que en realidad no constituyó sino un modo muy rápido de llegar al suelo.

Se levantó y tardó un instante en orientarse, oyendo ya los ecos del accidente que tenía lugar en la carretera. Los coches frenaban con un chirrido, la gente gritaba... Él salió corriendo en dirección al ruido y trepó por la empinada cuesta de piedra berroqueña que subía a la vía. No era el primer accidente que tenía lugar en aquel traicionero tramo de carretera: había mucho, varios cada año. Hacía tiempo un coche se había salido de la carretera volando como un pájaro para aterrizar en el mismo suelo del bosque. Sin embargo, nadie había llegado con él. Sí, seguro que había gente en el coche en el momento del accidente, pero se fueron adonde tenían que ir incluso antes de que el muchacho se acercara a inspeccionar el desastre.

Aquella nueva colisión tenía mala pinta. Muy mala. Mucho follón: ambulancias, camiones de bomberos, grúas... Para cuando se fueron todos aquellos vehículos, ya se había hecho de noche. Pronto donde se había producido

Un lugar lleno de misterio  
EVERLOST



el accidente no quedaron sino cristales rotos y trocitos de metal. El muchacho puso mala cara: también aquellos se habían ido adonde tenían que ir.

Resignado y algo furioso, el muchacho volvió a bajar la cuesta de regreso a su bosque.

¿A quién le preocupaba, de todas formas? ¿Qué pasaba si no llegaba nadie más? Aquel sitio era suyo. Reemprendería sus juegos, y seguiría jugando a ellos al día siguiente, y al otro y al otro, hasta que ya no quedara ni carretera.

Al llegar al fondo de la cuesta fue cuando los vio: eran dos chicos que había salido despedidos de los coches que habían chocado, por encima del barranco. Ahora estaban tendidos al pie de la cuesta, en el suelo del bosque. Al principio pensó que tal vez no los habían visto los de las ambulancias, pero no: los de las ambulancias siempre veían esas cosas. Al acercarse más, se dio cuenta de que ni su ropa ni su rostro mostraban indicio alguno del accidente. Ni desgarrones, ni arañazos. ¡Esa era muy buena señal! Los dos parecían andar por los catorce años, unos pocos más de los que tenía él, y estaban tendidos a solo unos palmos de distancia uno del otro, ambos acurrucados como bebés. Uno de ellos era una chica que tenía un bonito cabello rubio; el otro, un chico con cierto aire de chino, salvo por la nariz y el pelo de color castaño cobrizo, más bien claro. El pecho de uno y otro se inflaban y desinflaban con un recuerdo de respiración. El muchacho sonrió al verlos, y los imitó, inflando y desinflando el pecho del mismo modo.

Mientras el viento atravesaba los árboles del bosque sin producir ni el más leve susurro, el muchacho aguardó pacientemente a que despertaran sus compañeros de juegos.

\* \* \*

Ya antes de abrir los ojos, Allie sabía que no se encontraba en su cama. ¿Se habría vuelto a caer al suelo en medio de la noche? Normalmente, cuando dormía no paraba de dar vueltas. La mitad de las veces, cuando despertaba, veía que las sábanas se habían soltado del colchón y la envolvían como una serpiente.

Abrió los ojos a la clara luz del sol que se filtraba por los árboles, lo que no resultaba extraordinario, salvo por el hecho de que no había ventana por la que pudiera entrar la luz. Tampoco había dormitorio: solo árboles.

Volvió a cerrar los ojos, tratando de reiniciar. El cerebro humano, pensó, podía ser como un ordenador, especialmente en ese periodo que hay entre el sueño y la vigilia. A veces uno dice cosas extrañas, o hace cosas aún más extrañas, y de vez en cuando uno no consigue comprender cómo llegó al lugar en el que se encuentra.



Pero no se preocupó. Aún no. Simplemente se concentró, buscando en su memoria una explicación racional. ¿Habían salido de acampada? ¿Era eso? En cosa de un instante aparecería en su mente, como un relámpago, el recuerdo de haberse dormido bajo las estrellas en compañía de su familia. Sin duda.

Como un relámpago.

Algo había en esa palabra que la hizo sentirse incómoda.

Volvió a abrir los ojos, y esta vez se sentó: no había sacos de dormir, ni *camping*; y Allie se notó rara, como si le hubieran llenado la cabeza de helio.

A muy poca distancia había otra persona, que dormía en el suelo muy encogida. Era un chico con cierto aspecto asiático. Al mismo tiempo le resultaba conocido y desconocido, como si se hubieran visto alguna vez, pero solo de pasada.

Entonces recordó algo que fue como una ola de agua helada: «Iba volando por un túnel. ¡El muy patoso había chocado contra ella!».

—¡Hola! —dijo tras ella una voz, sobresaltándola. Allie se volvió bruscamente y vio a otro muchacho más pequeño, que estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Tras él había una cuesta de piedra berroqueña que se alzaba hasta allá de la vista.

Aquel muchacho llevaba el pelo descuidado y una ropa muy rara: una ropa que parecía muy pesada, demasiado ceñida, y abotonada hasta arriba del todo. Además, tenía más pecas de las que hubiera visto nunca en un ser humano.

—Ya es hora de que despertéis —le dijo.

—¿Quién eres tú? —preguntó Allie.

En vez de responder, señaló al otro muchacho, que empezaba a rebullir.

—Tu amigo también está despertando.

—No es amigo mío.

El otro muchacho se sentó, abriendo y cerrando los ojos a la luz del sol. Tenía la cara manchada de marrón.

«¿Sangre seca?», se preguntó Allie. No: chocolate. Le llegaba el olor.

—Esto es muy raro —dijo el chico manchado de chocolate—. ¿Dónde estoy?



Allie se levantó y echó una mirada a su alrededor. Aquello no era solo un grupito de árboles: era un bosque entero.

—Yo estaba en el coche, con mi padre —dijo Allie en voz alta, haciendo un esfuerzo por contar lo poco que recordaba, y esperando que eso le ayudara a rememorar todo lo demás—. Íbamos por una carretera de montaña, pasábamos por encima de un bosque... —Solo que el bosque por el que había ido circulando no era aquel.

\* \* \*

El bosque por el que habían ido circulando estaba lleno de altos troncos con ramas cortas, gruesas y podridas.

«Un bosque seco —había comentado su padre desde el asiento del conductor, señalándolo—. Pasa a veces. Un hongo, o algún otro tipo de plaga... puede acabar de una sentada con unas cuantas hectáreas».

Entonces Allie recordó el rechinar de los neumáticos, seguido de un estruendo y después de nada. Empezó a preocuparse.

—Vale, ¿qué pasa aquí? —preguntó al niño de las pecas, porque se daba cuenta de que *Choco* estaba tan en la inopia como ella.

—¡Este es un sitio estupendo! —contestó el de las pecas—. Es mi lugar. ¡Y ahora también es el vuestro!

—Yo ya tengo un lugar —observó Allie—. No necesito este.

Entonces *Choco* señaló hacia ella:

—¡Te conosco! ¡Tú chocaste contra mí!

—¡No, fuiste tú el que chocó contra mí!

El niño de las pecas se interpuso:

—Vamos, dejad de hablar de eso. —Lleno de emoción, empezó a saltar sobre el pulpejo de la planta de los pies—: ¡Tenemos mucho que hacer!

Allie se cruzó de brazos.

—No pienso hacer nada hasta que entienda lo que está pasando... —Y de repente lo recordó todo con la furia de... —: ¡Un choque frontal!

—¡Sí! —exclamó el chico manchado de chocolate—. ¡Pensé que lo había olvidado!

—¡Debemos de haber perdido el conocimiento a causa del choque! —Allie se palpó por todo el cuerpo—. No tenemos huesos rotos, ni contusiones... ni siquiera un arañazo. ¿Cómo es posible? Tal vez suframos una conmoción cerebral.

—No me da la sensación de tener una conmoción cerebral.

—Uno nunca puede saber cuándo tiene una conmoción cerebral, Choco.

—Me llamo Nick.

—Bien. Yo me llamo Allie. —Nick intentó quitarse el chocolate de la cara, pero sin agua y jabón resultó ser una tarea imposible. Los dos se volvieron hacia el niño de las pecas—: ¿Tú tienes nombre? —preguntó Allie.

—Sí —dijo bajando la mirada—. Pero no tengo por qué decíroslo.

Allie no le hizo caso, porque el muchacho estaba empezando a ser un incordio, y se volvió hacia Nick:

—Seguramente salimos despedidos por el accidente y pasamos por encima del barranco. Las ramas de los árboles frenarían la caída. ¡Tenemos que volver a la carretera!

—¿Para qué quieres subir hasta allí? —preguntó el niño de las pecas.

—Estarán preocupados por nosotros —dijo Nick—. Seguramente mis padres me están buscando en este preciso instante.

Y entonces Allie comprendió algo. Algo que habría preferido no comprender:

—O tal vez no —dijo—. Si el accidente ha sido terrible...

No pudo decirlo en voz alta, así que lo dijo Nick:

—¿Podríamos ser los únicos supervivientes?

Allie cerró los ojos, intentando rechazar la sola idea. El accidente había sido grave, de eso no cabía ninguna duda, pero si ellos habían salido de él sin un rasguño, entonces también se habría librado su padre, ¿no? Tal como hacían los coches hoy día, con partes que se abollaban, y con airbags por todos lados... Era más seguros que nunca.

Nick empezó a caminar, alimentando morbosas ideas de tragedias.

—Esto es duro. Es muy, muy duro.



—Estoy segura de que todos están bien —dijo Allie, y lo repitió, como si las palabras tuvieran el poder de hacerse realidad—: Estoy segura de que todos están bien.

El niño pecoso se rio de ellos:

—¡Los únicos supervivientes! —exclamó—. ¡Esa sí que es buena!

No era cosa como para reírse. Así que tanto Nick como Allie se pusieron furiosos.

—¿Tú quién eres? —preguntó Allie—. ¿Qué haces aquí?

—¿Presenciaste el accidente? —añadió Nick.

—No —dijo él, eligiendo responder tan solo a la pregunta de Nick—. Pero lo oí. Y me acerqué a mirar.

—¿Y qué viste?

El niño se encogió de hombros:

—Montones de cosas.

—¿Estaba bien la gente que iba en los coches?

El niño se volvió y le dio una patada a una piedra, con enojo.

—¿Qué importa eso? O están bien, o se han ido adonde tenían que ir, y de cualquier modo, no se puede hacer nada al respecto, así que olvidadlo, ¿vale?

Nick levantó las manos:

—¡Qué chaladura! ¿Por qué perdemos el tiempo hablando con este niño? ¡Tenemos que subir y enterarnos de lo que ha pasado!

—¿No te puedes tranquilizar un segundo?

—¡Estoy tranquilo! —chilló Nick.

Allie comprendía que había algo... que no encajaba... en la situación en su conjunto. Fuera lo que fuera, aquello que no encajaba parecía centrarse en el muchacho de la cara llena de pecas y el raro atuendo.

—¿Puedes llevarnos a tu casa? Desde allí podremos avisar a la policía.

—No tengo telé... fono.



—¡Ah, maravilloso! —comentó Nick.

Allie se volvió hacia él:

—¿Quieres callarte? No eres de ninguna ayuda. —Allie volvió a dirigir una mirada prolongada al muchacho de las pecas. A su ropa. A su porte. Pensó en las cosas que él había dicho, y no tanto en lo que había dicho como en su manera de decirlo: «Es mi lugar. ¡Y ahora también es el vuestro!». Si sus sospechas eran correctas, aquella situación era aún más rara de lo que había pensado.

—¿Dónde vives? —le preguntó Allie.

—Aquí —fue lo que él respondió.

—¿Cuánto tiempo llevas «aquí»?

El muchacho de las pecas enrojeció hasta las orejas:

—No me acuerdo.

Para entonces Nick se acercó, y ante lo que oía dejó de sentirse irritado.

—¿Y tu nombre? —preguntó Allie.

Ni siquiera la podía mirar a los ojos. Bajó la mirada, con la cabeza temblorosa.

—Hace mucho que no lo necesito. Así que se me ha olvidado.

—¡Vale ya... ! —exclamó Nick.

—Sí —añadió Allie—. Ya lo creo que vale ya.

—No pasa nada —dijo el niño—. Me he acostumbrado. Vosotros también os acostumbraréis. Ya lo veréis. No está tan mal.

Allie tenía muchas emociones con las que lidiar, emociones que iban del miedo al enfado y del enfado al sufriendo, pero por aquel niño Allie solo podía sentir compasión. ¿Cómo sería pasar años solo y perdido en el bosque, y no salir de él por miedo?

—¿Recuerdas qué edad tenías cuando llegaste aquí? —le preguntó.

—Once años —respondió él.

—Um... —observó Nick—. A mi todavía me pareces como de once años.

—Son los que tengo —repuso el niño.

\* \* \*

Allie decidió llamarlo Lief, que era un nombre que sonaba como *leaf* (hoja) y le parecía apropiado para alguien a quien habían encontrado en el bosque, y él se puso tan colorado al recibir ese nombre como si ella le hubiera dado un beso. Entonces Lief los condujo por la empinada cuesta hasta la carretera, trepando con una temeridad que ni siquiera los alpinistas más expertos se atreverían a mostrar. Allie se negaba a admitir hasta qué punto la atemorizaba la pendiente, pero Nick se quejó por los dos.

—¡Yo ni siquiera puedo subir por las barras de mono del parque sin hacerme daño! —se quejó—. ¿Para qué quiere uno sobrevivir a un choque si a continuación se mata cayendo por la montaña?

Llegaron a la carretera, pero encontraron muy poco rastro del accidente. Tan solo algunos restos de cristal y metal. ¿Aquello era buena o mala señal? Ni Allie ni Nick estaban seguros.

—Las cosas son diferentes aquí arriba —dijo Lief—. Diferentes del bosque, me refiero. Será mejor que volváis a bajar conmigo.

Allie no le hizo caso y se subió al arcén de la carretera. Le resultó extraño bajo los pies. Como mullido y esponjoso. Alguna vez había visto señales que decían: «ARCÉN NO FIRME», y se imaginó que tendría algo que ver.

—Es mejor no quedarse parado en un sitio —dijo Lief—. Porque si uno se queda parado demasiado tiempo en un sitio, ocurren cosas desagradables.

Pasaban coches y camionetas, a razón de uno cada cinco o seis segundos. Nick fue el primero en levantar las manos para pedir ayuda, y Allie lo imitó un segundo después.

No paró ni un coche. Ni siquiera aminoraron la marcha. Cada coche que pasaba dejaba tras él un soplo de viento. A Allie le resultaba agradable sentirlo en la piel, y también por dentro. Lief aguardaba justo al borde del barranco, caminando de un lado a otro.

—¡Al final os vais a arrepentir de estar aquí! ¡Ya lo veréis!

Intentaron atraer la atención de los conductores que pasaban, pero hoy día nadie se para a recoger autoestopistas. Permanecer al borde de la carretera sencillamente no bastaba. Cuando se produjo una tregua en el tráfico, Allie cruzó la línea que separaba el arcén del carril.

—¡No! —advirtió Nick.

—Sé lo que hago.

Lief no dijo nada.

Allie se aventuró al centro del carril que iba en sentido norte. Cualquiera que pasara por él tendría que girar para esquivarla. Ya no podrían dejar de verla.

Nick se ponía cada vez más nervioso.

—Allie...

—No te preocupes. Si no paran, tendré mucho tiempo para dar un salto y apartarme del camino. —Al fin y al cabo, ella hacía gimnasia, y era bastante buena. Saltar no representaba ningún problema.

Empezó a hacerse más fuerte un zumbido de armónica que solo podría provenir del motor de un autobús, y al cabo de unos segundos dobló la curva a toda velocidad un Greyhound que se dirigía hacia el norte. Miró al conductor tratando de que este la mirara a ella, pero él no fijó la vista en Allie ni por un instante. «Me verá dentro de un segundo —pensó ella—. Solo un segundo más». Pero si el conductor la vio, no hizo ningún caso.

—¡Allie! —gritó Nick.

—Vale, vale. —Contando con tiempo más que suficiente, Allie intentó salirse de la carretera de un salto..., pero no podía saltar. Perdió el equilibrio, pero no se cayó. Los pies no se lo permitían. Bajó la vista, y al principio le dio la impresión de que no tenía pies. Le costó un momento comprender que se había hundido en el asfalto unos quince centímetros, hasta más allá del tobillo, como si la carretera estuviera hecha de barro.

En aquel instante se aterrorizó. Sacó un pie, después el otro, pero cuando levantó la vista comprendió que era ya demasiado tarde: el autobús iba directo hacia ella: estaba apunto de morir atropellada. Gritó cuando la golpeó el radiador del autobús...

Entonces Allie dejó atrás al conductor, atravesó asientos, maletas y piernas de los viajeros, y por último el estruendoso motor de la parte de detrás, para a continuación volver a encontrarse bajo el cielo. El autobús se había ido, y sus pies seguían hundidos en el asfalto. Pasó a través de ella el reguero de polvo y hojas que levantaba a su paso el autobús.

«¿Acabo... acabo de atravesar un autobús?».

—¡Sorpresa! —dijo Lief con una extraña sonrisita—. ¡Tendrías que ver la cara que se te ha quedado.



Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**



Mary Hightower, también conocida como María Reina de los escocidos, comenta en su libro *Como muertos* que no hay un modo sencillo de explicarles a los recién llegados a Everlost que, técnicamente, ya no están vivos. «Sí te encuentras con un alma verde, como se llama a los recién llegados, lo mejor es ser sincero y ofrecerle cuanto antes una prueba de la verdad —escribe Mary—. Si es necesario, tienes que ponerle delante algo que no pueda negar, porque de lo contrario seguirá negándose a creerlo y eso le traerá más que sufrimientos. Despertar en Everlost es como saltar a una piscina: al principio da impresión, pero una vez que están dentro, el agua está buena».



Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

## Capítulo 3

18

*Dormir sin soñar*

Traducido por Jaanyta

Como llevaba tanto tiempo en aquel bosque suyo tan especial, Lief no había tenido nunca ocasión de leer ninguno de los inteligentes e instructivos libros de Mary Hightower. Casi todo lo que sabía de Everlost lo había aprendido por experiencia propia. Por ejemplo, había aprendido enseguida que los puntos muertos (es decir, los lugares que solo pueden ver los que están muertos), son los únicos sitios que resultan sólidos al tacto. Podía columpiarse en las ramas de su bosque seco, pero en cuanto traspasaba sus límites hacia donde había árboles vivos, los atravesaba como si no estuvieran allí. O, más exactamente, como si él no estuviera allí.

No necesitaba leer *Consejos para conejos* para saber que uno solo necesita respirar mientras habla, o que el único dolor que se puede sentir es el dolor del corazón, o que los recuerdos a los que uno no se aferra firmemente se borran enseguida. Conocía muy bien la parte referente a la memoria. Lo peor del asunto era que, no importaba cuánto tiempo pasara, uno siempre recordaba qué era lo que había olvidado.

Aquel día, sin embargo, había aprendido algo nuevo: había averiguado cuánto tiempo permanecen dormidas las almas verdes antes de despertar a su neovida. Había empezado a contar el mismo día que llegaron, y aquella mañana se habían cumplido 272 días: nueve meses.

—¡Nueve meses! —exclamó Allie—. ¿Me estás tomando el pelo?

—No creo que sea de los que bromean —dijo Nick, que parecía estar realmente temblando por lo escalofriante de la noticia.

Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

—A mí también me ha sorprendido —les dijo Lief—. Parecía que no ibais a despertar nunca. —No les contó cómo, cada día durante nueve meses, les había dado con el codo y con el pie, y también con un palo, esperando que así se despertarían. Sería mejor que eso se lo guardara para sí—. Miradlo de este modo —observó—: os costó nueve meses nacer, así que ¿no es lógico que cueste nueve meses morirse?

—Ni siquiera recuerdo haber soñado nada —comentó Nick, tratando desesperadamente de aflojarse la corbata.

Ahora también Allie temblaba ligeramente, asimilando la noticia de su propia muerte.

—Nosotros no soñamos —les informó Lief—. Así que no tenéis que preocuparos por las pesadillas.

—¿Para qué vamos a tener pesadillas —observó Allie— cuando estamos metidos en una?

¿Realmente podía ser cierto todo aquello? ¿Era posible que ella estuviera muerta? No, no lo estaba. Si estuviera muerta, habría llegado hasta la luz que había al final del túnel. Habrían llegado los dos. No estaban más que medio muertos.

Nick seguía frotándose el rostro:

—Este chocolate... No consigo quitármelo de la cara. Es como si lo tuviera tatuado.

—Lo está —explicó Lief—. Está como en el momento en que moriste.

—¿Qué?

—Es igual que la ropa —siguió Lief—. Ahora forma parte de ti.

Nick lo miró como si acabara de pronunciar una sentencia de cadena perpetua.

—¿Me estás diciendo que me voy a quedar hasta el fin de los tiempos con esta cara manchada de chocolate y con la horrible corbata de mi padre puesta?

Lief asintió con la cabeza, pero Nick no estaba dispuesto a creerle. Echó mano a la corbata e intentó quitársela con todas sus fuerzas. Por supuesto, el nudo no cedió ni un milímetro. Entonces intentó desabrocharse los botones de la



camisa. Tampoco con ellos consiguió nada. Lief se rio, y Nick le dirigió una mirada de pocos amigos.

Cuanto más se horrorizaban Nick y Allie, más esfuerzos ponía Lief en agradecerles. Los llevó a su casa en el árbol, esperando que eso aliviara su amargura. Lief la había construido por sí mismo con las ramas fantasma que cubrían el suelo del seco bosque. Les enseñó cómo trepar hasta la plataforma superior, y en cuanto llegaron allí los tiró al vacío, riéndose mientras los dos rebotaban en las ramas del árbol para terminar cayendo al suelo. Entonces saltó él e hizo lo mismo, pensando que los dos se estarían partiendo de la risa cuando él llegara. Pero no se reían.

Para Allie la caída fue el momento más aterrador que hubiera tenido que soportar. Fue peor que el accidente, porque el accidente había sido tan rápido que había tenido tiempo de reaccionar. Fue peor que el autobús que la había atravesado, porque también eso había ocurrido en un instante. La caída del árbol, sin embargo, se había hecho eterna. Cada rama con la que se había encontrado le había dado un susto horrible. Cada rama la había sobresaltado, aunque no le había hecho ninguna herida. Sin embargo, la ausencia de dolor no hacía la experiencia menos aterradora. No paró de gritar durante todo el tiempo que duró la caída y, cuando al fin chocó con un fuerte golpe contra el duro suelo del bosque, sintió que se quedaba sin aire, pero comprendió de inmediato que no había realmente ningún aire que perder. Nick cayó junto a ella, desorientado, con los ojos dándole vueltas como si acabara de salir de un tiovivo. Lief cayó al lado de los dos, riéndose y armando jolgorio.

—¿Pero a ti qué te pasa? —le gritó Allie a Lief, y el hecho de que siguiera riéndose cuando ella lo agarró y zarandeó la puso aún más furiosa.

Allie se llevó la mano a la frente como si todo aquello le estuviera produciendo un terrible dolor de cabeza, pero ya no podría sufrir ningún dolor de cabeza, suponía, y eso todavía empeoraba más las cosas. La parte racional de su mente seguía contraatacando, seguía diciéndole que aquello no era más que un sueño, o un malentendido, o una broma pesada y muy retorcida. Por desgracia, su mente racional no encontraba ninguna prueba en la que apoyarse. Había caído desde la copa de un árbol y no se había lastimado. Había pasado a través de un autobús. No: su mente racional tenía que aceptar aquella verdad irracional.

«Aquí hay leyes», pensó. Leyes, igual que en el mundo físico. Solo tendría que aprendérselas. Al fin y al cabo, las leyes del mundo vivo debían de haberle parecido también extrañas cuando era pequeña: los pesados aviones volaban, el cielo enrojecía durante la puesta de sol, las nubes podían sostener un océano de



agua, que después caía en forma de lluvia hasta el suelo. ¡Absurdo! El mundo vivo no era menos extraño que aquel neomundo. Intentó sacar de ello algún consuelo, pero lo único que consiguió fue empezar a llorar.

Lief vio sus lágrimas y se echó atrás. Tenía poca experiencia con el llanto de las chicas, y si la tenía, se remontaba, en el mejor de los casos, a cien años atrás. Le resultó algo completamente inesperado y perturbador.

—¿Por qué lloras? —le preguntó—. ¡No te has hecho nada al caerte del árbol! Por eso te empujé: para que vieras que no te pasaba nada.

—Quiero a mis padres —dijo Allie. Lief se dio cuenta de que Nick estaba conteniendo también las lágrimas. Aquello no era como Lief se había imaginado que sería el primer día que despertaran, pero tal vez debería haberlo sentido. Debería haber pensado que no era fácil dejar atrás la vida de uno. Lief suponía que también él echaría de menos a sus padres, en caso de que pudiera recordarlos. Recordaba que los había echado de menos, no obstante. No era un sentimiento agradable. Miró a Nick y Allie esperando que cesaran sus lágrimas, y fue entonces cuando pensó lo impensable:

—No vais a quedaros aquí, ¿verdad?

Nick y Allie no respondieron de inmediato, pero ese silencio fue ya en sí una respuesta.

—¡Sois igual que los otros! —gritó, antes de comprender siquiera lo que estaba diciendo.

Allie dio un paso hacia él:

—¿Los otros?

Para sus adentros, Lief se maldijo por haber metido la pata. No había querido mencionarlo. Prefería que pensarán que solo estaban ellos tres. De ese modo, tal vez se quedarán. Pero sus planes acababan de fracasar.

—¿A qué otros te refieres? —volvió a preguntar Allie.

—¡De acuerdo, marchaos! —gritó Lief—. De todos modos, me da igual. Por mí, podréis ir y hundiros hasta el centro de la Tierra. Porque eso es lo que ocurre, para que lo sepáis, si no os andáis con cuidado, ¡qué os hundís más y más hasta llegar al centro de la Tierra!

Nick se secó la última lágrima.

—¿Cómo lo sabes? Tú lo único que haces es columpiarte en los árboles. No has ido a ningún sitio. No conoces nada.

Lief se apartó de ellos. Subió por su árbol hasta el punto más alto en que podía permanecer, entre las ramas más finas.

«No se irán —se dijo—. No se irán porque me necesitan. Me necesitan para que les enseñe a trepar y a columpiarse en las ramas. Me necesitan para que les enseñe a vivir sin estar vivo».

Allí, en su elevada posición, Lief guardaba sus cosas más queridas: un puñado de cosas que le habían acompañado en su viaje, pasando a Everlost desde el mundo vivo. Eran las cosas que había encontrado al despertar después de la inundación que había acabado con su vida: cosas fantasmas que podría tocar. Esas cosas lo mantenían conectado a los recuerdos que iban desvaneciéndose. Había un zapato que había pertenecido a su padre. A menudo metía el pie en él, deseando que algún día le creciera y le valiera, pero sabiendo que eso no sucedería nunca. Había un daguerrotipo deteriorado por el agua en el que aparecía él: eso era lo único que le permitía recordar su aspecto. Estaba tan lleno de puntitos que no podía saber cuáles eran de suciedad y cuáles era pecas, pero había terminado dando por hecho que todos eran pecas. Por fin, había una pata de conejo que parecía que no le daba a él más suerte de la que le había dado al propio conejo. En otro tiempo también había tenido una moneda de cinco centavos, pero se la había robado el primer niño que había conocido en Everlost, como si el dinero siguiera teniendo allí algún valor. Había encontrado todas aquellas cosas abandonadas en el pequeño punto muerto en que había despertado, y en cuanto se había salido de aquel trozo de barro seco y había penetrado en tierra viva, se le habían empezado a hundir los pies. Esa era la primera lección que había aprendido: había que moverse sin parar, o de lo contrario uno se iba para abajo. Él había empezado a moverse, sin atreverse a parar, sin atreverse a dormir. Cruzando de ciudades a bosques, y volviendo de estos a las ciudades, había llegado a entender su naturaleza fantasma, y aunque eso lo aterró, pudo soportarlo, porque ¿qué alternativa le quedaba? ¿Por qué era un fantasma y no un ángel? ¿Por qué no había ido al cielo? Eso era lo que siempre les decía el pastor: cielo o infierno, esas eran las únicas posibilidades. Entonces, ¿por qué seguía él en la Tierra?

Se había hecho aquellas preguntas una y otra vez hasta que se hartó y simplemente empezó a aceptar las cosas como eran. Entonces encontró el bosque: un enorme punto muerto lo bastante grande para convertirlo en su hogar. Se trataba de un lugar donde realmente podía tocar los árboles, un lugar en el que

no se hundía. Y en el fondo sabía que el buen señor se lo proporcionaba: era su parcela personal de eternidad.

En cuanto a aquellos niños recién llegados, seguirían con él para siempre. Así estaba dispuesto. Tal vez se fueran ahora, pero en cuanto vieran cómo era el resto del mundo regresarían con él, y él les construiría en el árbol una plataforma para cada uno, y se reirían juntos, y hablarían y hablarían sin parar para compensar todos aquellos años que Lief había permanecido en silencio.

\* \* \*

Desde abajo, Nick había visto cómo Lief trepaba por el árbol hasta desaparecer en la exuberante copa. Nick intentaba compaginar su compasión hacia el muchacho con los confusos sentimientos que le provocaba saber que él mismo estaba muerto. Sentía el estómago revuelto, y se preguntó cómo podía ser cuando, técnicamente, ya no tenía estómago. Pero al darse cuenta de eso, se le revolvió todavía más.

—Bueno —comentó Allie—, vaya mierda...

Nick soltó una carcajada inesperada, lo que provocó una risita en Allie. ¿Cómo podían reírse en un momento como aquel?

—Hay que tomar algunas decisiones —dijo Allie.

Nick no se sentía precisamente en la mejor disposición para tomar decisiones:

—¿Crees que es posible sufrir estrés postraumático estando muerto? —preguntó. Allie no respondió nada.

Nick se miró las manos, que estaban embadurnadas de imperecedero chocolate, como la cara. Se frotó el brazo. Si no tenía cuerpo material, ¿cómo es que aún podía sentirse la piel? Aunque tal vez solo fuera su recuerdo de la piel. ¿Y qué pasaba con todas las cosas que le había contado la gente en vida, todo eso que le pasaba a uno cuando se moría? No es que él se creyera a pies juntillas nada de aquello. Su padre había sido alcohólico, y después había encontrado a Dios, que había cambiado su vida. Su madre estaba en el rollo *new age*, y creía en la reencarnación y en el poder de los cristales. Nick siempre se encontraba en una incómoda posición intermedia. No obstante, tenía fe en la fe. Es decir, creía firmemente que algún día encontraría algo en lo que creer firmemente. Pero ese día no había llegado. Por el contrario, había acabado allí, y aquel lugar no coincidía con ninguna de las versiones de sus padres sobre el más allá. Aparte, por supuesto, estaba su amigo Ralph Sherman, que aseguraba que había tenido



una experiencia de proximidad a la muerte. Según Ralphie, nos reencarnamos brevemente en insectos, y la luz al final del túnel es en realidad una bombilla de esas que ponen para achicharrar a los mosquitos. Pero en fin, el lugar en que se encontraban no era el purgatorio, ni el Nirvana, ni ningún tipo de reencarnación, y Nick pensó que, sin importarle lo que pensara la gente, el universo tenía sus propias ideas.

—Al menos ahora sabemos que hay vida después de la muerte —dijo Allie, pero Nick negó con la cabeza.

—Esto no es la vida después de la muerte —repuso—. No hemos llegado a la vida después de la muerte. Esto es una especie de *intervida*: un lugar entre una cosa y la otra. —Nick recordó la luz que había visto al final del túnel, antes de chocarse contra Allie. Aquella luz era su destino. Sin embargo, no sabía qué había en aquella luz: si Jesús, o Buda, o la sala del hospital en que volvería a nacer. ¿Lo sabría algún día?

—¿Y si nos hemos perdido aquí para siempre? —preguntó.

Allie lo miró frunciendo el ceño:

—¿Siempre eres tan pesimista y fatalista?

—Casi siempre.

Nick observó el bosque que los rodeaba. ¿Era un sitio tan malo para pasar la eternidad? No era el paraíso exactamente, pero era más o menos bonito. Los árboles tenían abundante follaje. Nunca perderían las hojas. Se preguntó si todavía le afectaría el tiempo del mundo vivo. Si ya no le afectaba, entonces no estaría tan mal quedarse allí. Desde luego, el muchacho al que había puesto el nombre de Lief se había adaptado, así que ¿por qué no se iban a adaptar ellos? Pero la cuestión no era si podían adaptarse; la cuestión era: ¿querían hacerlo?

\* \* \*

Lief los aguardaba en su casa del árbol, y ellos no tardaron en subir hasta ella, tal como sabía que iban a hacer. Se apresuró a esconder su pequeño tesoro cuando Nick y Allie alcanzaron la plataforma entre jadeos y resoplidos, como si se hubieran quedado sin respiración.

—Dejad de hacer eso —les dijo él—. No os habéis quedado sin aire, solo os lo parece, así que podéis dejar de resoplar.

—Lief, por favor, esto es importante —dijo Allie—. Tienes que hablarnos de los otros» que has encontrado antes.

Ya no tenía sentido seguir ocultárselo, así que Lief les contó lo que sabía:

—Cruzan por el bosque de vez en cuando. Son otros niños, que van de paso. Nunca se quedan mucho tiempo, y hace años que no veo a ninguno.

—¿Adónde van?

—A cualquier sitio. No paran quietos. Siempre están huyendo del McGill.

—¿De qué?

—Del McGill.

—¿Es un adulto?

Lief negó con la cabeza:

—Aquí no hay adultos. Solo niños: niños y monstruos.

—¡Monstruos! —exclamó Nick—. Estupendo. Maravilloso. Me alegro de haber preguntado.

Pero Allie no se asustó:

—Los monstruos no existen —le dijo a Lief.

Él miró a Allie, después a Nick, y volvió a mirar a Allie.

—Aquí sí.



Sobre la ausencia de adultos en Everlost, dice Mary Hightower: «Hasta la fecha, no se ha documentado jamás que ningún adulto haya llegado nunca a Everlost. La razón, cuando uno se para a meditar sobre ello, es obvia, porque los adultos, debido a su forma de ser, no se pierden nunca en el camino hacia la luz, sin importar que se choquen contra lo que sea, simplemente porque los adultos siempre creen que saben exactamente adónde van, aun cuando no sea así, de manera que todos acaban en alguna parte. Si no me creéis, hacedos esta pregunta: ¿Habéis visto alguna vez a un adulto entrar en un coche para ir a 'ningún sitio en especial'?»

Sobre la presencia de monstruos, sin embargo, Mary Hightower guarda un sorprendente silencio.



Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**



Capítulo 4:

## Una moneda de canto

27

Transcrito por: Anabelle

**H**abía caído la noche sobre el bosque, y los tres muchachos muertos estaban sentados en la plataforma superior de la casita del árbol, bañados por una extraña luz lunar que les daba aspecto de fantasmas. A Nick y a Allie les costó un buen rato darse cuenta de que aquella noche no había luna.

—Maravilloso—dijo Nick, sin pensar que tuviera realmente nada de maravilloso—. Justo lo que siempre he querido: ser un fantasma que brilla en la oscuridad.

—No digas que somos fantasmas—dijo Allie.

Nick no estaba de humor para aguantar las puntuaciones léxicas de Allie:

—Afrontémoslo: eso es lo que somos.

—Fantasma implica un montón de cosas que yo no soy. ¿Es que me parezco a Casper?

—Vale —admitió Nick—. No somos fantasmas, somos CEI: Cosas Espectrales Indefinidas. ¿Ya estás contenta?

—Bueno, es una tontería.

—Somos neoluces —explicó Lief. Los dos se volvieron hacia él—. Esa es la palabra que utilizan los otros cuando vienen por aquí, debido a la manera en que brillamos en la oscuridad. Aunque también brillamos a la luz del día, si uno se fija bien.

—Neoluces —repitió Allie—. ¿Ves?, ya te dije que no éramos fantasmas.

Allie y Lief empezaron a hablar otra vez de monstruos. En cuanto a Nick, aquella fue una conversación en la que prefería no entrar. Así que decidió aprovechar

Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

para contener la respiración y ver si era cierto que ya no necesita oxígeno. A pesar de eso seguía escuchando.

—Si aquí nada puede matarte ni herirte, ¿por qué tenerle miedo al McGill?

—El McGill tiene otros modos de hacerte daño. Sabe cómo hacer sufrir a alguien hasta el fin de los tiempos, y lo que hará si tiene oportunidad. —Lief tenía los ojos desmesuradamente abiertos y hacía gestos dramáticos con las manos, como si estuviera contando una historia en torno a la hoguera—. El McGill odia a los niños que se quedan aquí, odia los sonidos que hacemos. Si os oye hablar os cortará la lengua, y os arrancará los pulmones si oye que hacéis como que respiráis. Dicen que el McGill era el perro del demonio, que se escapó mordiendo la correa. No pudo hacer el camino completo hasta el mundo de los vivos, pero llegó hasta aquí. Por eso tenemos que quedarnos en el bosque. Él no conoce el bosque. Aquí estamos seguros.

Nick hubiera jurado que Allie no se quedaba convencida. Tampoco es que estuviera convencido él, pero a la luz de los últimos acontecimientos, todo parecía ya posible.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Allie.

—Por los otros niños que llegan al bosque. Cuentan cosas.

—¿Esos niños han visto realmente al McGill?—preguntó Allie.

—Nadie que lo haya visto ha escapado jamás.

—Claro así encaja todo.

Nick soltó el aire, después de contenerlo durante diez minutos sin ponerse malo.

—Técnicamente hablando —observó Nick—, siempre ha habido monstruos, o al menos se llamaban así hasta la gente descubría un modo de denominarlos: el calamar gigante, el tiburón boquiancho, la anaconda...

—¿Lo veis?—exclamó Lief.

Allie le dirigió a Nick una mirada de pocos amigos:

—Gracias, señor Google. La próxima vez que necesite información crucial, teclearé las palabras clave.

—Vale—dijo Nick—. Estoy seguro de que tus palabras clave serán todas bastantes cuarras.

Allie se volvió hacia Lief:

—Entonces ¿Ese McGill es un calamar gigante?

—No lo sé—respondió Lief—, pero sea lo que sea, es terrible.

—Es una patraña inventada—insistió Allie.

—¡Tú no lo sabes todo!

—No—respondió Allie—, pero ahora tengo todo el tiempo del mundo, así que terminare sabiéndolo.

A Nick le parecía que tanto Lief como Allie debían de tener su parte de razón. Las historias que contaba Lief olían a exageración, pero toda la historia tiene una base de verdad. Por otro lado, Allie veía las cosas desde un punto de vista práctico.

—Lief—preguntó Nick—, ¿alguna vez ha regresado alguno de los que han pasado por aquí?

—Nunca—respondió Lief—. A todos se los comió el McGill.

—O encontraron un lugar mejor en el que quedarse—sugirió Nick.

—O nos quedamos aquí, o nos devora el McGill—dijo Lief—. Por eso sigo aquí.

—¿Y si hubiera otra posibilidad? —preguntó Nick—. Si no estamos vivos, pero tampoco estamos completamente muertos entonces tal vez...—Sacó una moneda del bolsillo, una de las pocas cosas que habían llegado con él, junto con aquella ropa demasiado formal que llevaban puesta—. Tal vez somos como monedas que han caído de canto.

Allie pensó en ello:

—¿Quieres decir...?

—Quiero decir que podríamos tal vez movernos un poco las cosas y hallar un medio de caer de cara.

—O de Cruz—sugirió Allie.

—¿De qué estáis hablando?—preguntó Lief.

—De la vida y de la muerte. —Nick tiró la moneda al aire y la atrapó entre el dorso de una mano y la palma de la otra, y la mantuvo así atrapada, de manera que ninguno podía ver cómo había caído.

—Tal vez... solo tal vez... podríamos encontrar un medio de salir de aquí, o



camino hacia la luz que hay al final del túnel... o tal vez incluso un camino de regreso a la vida.

Parecía como si los propios árboles sostuvieran el pensamiento, tamizándolo entre sus ramas y proporcionándole resonancia.

—¿Sería eso posible?—preguntó Allie, mirando a Lief.

—No lo sé—respondió él.

—Entonces la cuestión es —dijo Nick—: ¿adónde vamos para averiguarlo?

—Solo hay un lugar al que yo quiera ir—respondió Allie—: a casa.

Nick sentía, por mera intuición, que ir a casa no era una buena idea, pero al igual que Allie, deseaba volver con los suyos. Tenía que averiguar si su familia había sobrevivido, o si «habían ido adonde tenían que ir». Sin embargo, estaban al norte del estado de Nueva York, muy lejos de su hogar.

—Yo soy de Baltimore—explicó Nick—. ¿Y tú?

—De Nueva Jersey —dijo Allie. De la puntita sur.

—Vale entonces vamos hacia el sur, y ya veremos si encontramos a alguien más que pueda ayudarnos. Alguien tiene que saber cómo salir de aquí... de una manera u otra.

Nick retiró la moneda, y de la salida de aquel lugar intermedio. Ninguno de ellos vio de qué lado había caído la moneda.

\* \* \*

Allie siempre había sido una persona muy centrada en el logro de las metas. Eso constituía tanto su principal fuerza como su peor debilidad. Su carácter le hacía terminar siempre lo que empezaba, pero también la volvía inflexible y cabezota. Y aunque siempre negara rotundamente que tuviera un carácter testarudo, en el fondo sabía que era verdad.

El tema de la moneda de canto podía estar bien para Nick, pero a Allie no le satisfacía esa charla metafísica. Por el contrario, la idea de ir a casa..., eso era una meta que alcanzar, si estaba muerta o medio muerta, si era un espíritu o un espectro, eso le daba igual. Era un tema demasiado desagradable como para pensar en él. Era preferible cerrar los ojos y concentrar todos los pensamientos en la casa en que había pasado la vida. Volvería a ella. Y una vez allí, todo se arreglaría. Tenía que creer que sería así, o se volvería loca.

Además, Lief había sido hasta el momento su única fuente de información, y el mundo de Lief comenzaba y terminaba en el bosque. No iría con ellos, porque para él estar solo en su refugio era mejor que estar acompañado en el enorme e inhóspito de los vivos.

En cuanto a las raquetas de nieves, habían sido idea de Nick, aunque Allie fue la que pensó cómo hacerlas y Lief era el que contaba con la habilidad para fabricarlas realmente sirviéndose de ramitas y tiras de corteza de árbol. Allie pensó que con ellas parecían dos payasos, pero al fin y al cabo, no era probable que tuvieran que participar en ningún desfile de moda en los días siguientes.

—¿Para qué?—había preguntado Lief cuando Nick mencionó por primera vez la idea de las raquetas de nieve. Va a tardar meses en nevar, y además nosotros nos movemos igual de rápido por encima de la nieve.

—No son para la nieve—había respondido Nick—. Son para poder andar por las carreteras del mundo de los vivos sin hundirnos. Podemos ir más aprisa si no tenemos que sacar los pies del asfalto a cada paso que damos.

—Entonces no son raquetas de nieve, sino raquetas de asfalto—dijo Lief, y acto seguido se puso a atar ramitas utilizando tiras de corteza de árbol. Cuando terminó de hacer las raquetas, se las entregó a Nick y Allie—. ¿No os da miedo?—preguntó—. ¿No os da miedo lo que haya ahí fuera? ¿Todas las cosas que veáis cuando estabais vivos? Espíritus malévolos, monstruos... He estado esperando toda la vida a que vinierais. He rezado para que vinierais, ¿lo sabíais? Dios escucha nuestras oraciones. Puede que mejor que antes, porque aquí estamos más cerca de él.—Lief los miró con unos ojos grandes y lastimeros—. Por favor no os vayáis.

Aquello conmovió a Allie, a cuyos ojos asomó una lágrima, pero no podía permitir que sus emociones influyeran en su decisión. Tuvo que hacer un esfuerzo por recordar que Lief no era verdaderamente un niño, sino que era una neoluz con más de cien años. Se las había apañado bien él solo en el bosque, y no había razón para pensar que le fuera a ir peor cuando ellos se marcharan.

—Lo siento—le dijo Allie—. Pero no podemos quedarnos. Tal vez, cuando sepamos más, vengamos por ti.

Lief se metió las manos en los bolsillos y bajó la mirada al suelo, enfurruñado.

—Buena suerte, entonces—dijo—. Y cuidado con McGill.

—Lo tendremos.

Se quedó allí un poco más y después dijo:

—Gracias por ponerme un nombre. Intentaré que no se me olvide.

Entonces trepó al árbol y se metió en su elevada casita.

—Hacia el sur —dijo Nick.

— Hacia casa— respondió Allie. Y salieron del bosque para enfrentarse a las traiciones incógnitas del mundo de los vivos.







Si los niños descuidados se hunden realmente hasta el centro de la tierra es algo de lo que nadie puede estar seguro. Desde luego, muchos desaparecen, pero como parece que eso siempre ocurre cuando nadie más está mirando, no hay manera de saber adónde han ido realmente. La denominación oficial para hundimiento es «fatiga gravitacional».

33

En su libro pionero *La gravedad de la gravedad*, dice Mary «No creo en los rumores de que los niños abandonen Everlost hemos venido para quedarnos. Aquellos que ya no vemos han sido simplemente víctimas de la fatiga gravitacional, y están en el centro de la tierra, o de camino a él. Imagino que a estas alturas el centro de la tierra estará muy concurrido, pero tal vez sean los espíritus de los compañeros que viven allí los que mantienen la tierra viva y verde».



Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

## Amigos en la cumbre

Transcrito por: SdM

34

Mary Hightower no se había llamado siempre así. Ya no podía recordar cuál era su verdadero nombre de pila, aunque estaba más o menos de que empezaba por eme. Eligió el nombre de Mary, María, porque le parecía adecuado y maternal. Claro que ella no tenía más que quince años, pero si hubiera seguido viviendo habría llegado a ser madre casi con toda seguridad. Y en cualquier caso, ella era una madre para aquellos que necesitaban una madre, que eran muchos.

El apellido Hightower le vino porque fue la primera que se atrevió a ascender. Aquel singular y audaz acto de subir la escalera y decir «aquí estoy yo» le granjeó un respeto por parte de los demás que nunca se hubiera imaginado. Se trataba de un respeto reverencial, y muchos otros niños de Everlost siguieron su ejemplo. Comprendiendo que su posición era elevada en más de un sentido, Mary decidió que era el momento de compartir lo que sabía de Everlost con todas las neoluces. Aunque llevaba más de cien años escribiendo, solo había hecho partícipes de lo que escribía al pequeño grupo de niños que había tomado bajo su protección. Pero al convertirse en Mary Hightower, todo eso cambió. Ahora sus escritos eran leídos por todo el mundo, y lo que una vez había sido un pequeño grupo de niños que estaban a su cuidado se había convertido en varios cientos. Y no le cabía duda de que terminaría siendo madre de miles.

Había quien le veía como a un dios. Ella no tenía ningún deseo de ser un dios, pero le gustaba el respeto con que la trataban y los honores que le dispensaban. Por supuesto, Mary también tenía sus enemigos, que la llamaban cosas menos halagadoras, pero siempre a una distancia prudencial.

Ahora su perspectiva desde el piso superior era excelente, y a veces juraba que desde allí podía ver el mundo entero. Aún así, sabía que se trataba de un mundo que había seguido evolucionando sin ella. Allá abajo pasaba el tráfico del mundo vivo: puntitos de autobuses y taxis en constante embotellamiento.

Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

«Que se dediquen a lo suyo —pensaba—. Para mí no significan nada. A mí me preocupa este mundo, no el de ellos».

Un golpe en la puerta distrajo su atención de la perspectiva. Al instante entró Stradivarius, un niño enclenque con el pelo rubio muy rizado.

— ¿Qué sucede, Stradivarius?

— Ha llegado un descubridor, señorita Mary. Dice que trae algo realmente bueno.

Mary lanzó un suspiro. Todo el mundo se llamaba a sí mismo «descubridor» en aquellos días. Normalmente no encontraban nada que mereciera la pena: un trozo de papel, o de madera, en ocasiones. Los verdaderos descubridores tenían cosas mucho mejores. Eran maestros en lo que hacían, y conocían todas las circunstancias que podían hacer que un objeto cruzara a Everlost. Pero los verdaderos descubridores eran escasos.

— ¿Ya ha estado aquí más veces?

— Creo que sí —respondió Stradivarius—. ¡Y me parece que trae auténtica comida!

Esa noticia captó la atención de Mary, aunque intentó que no se le notara mucho delante de Stradivarius. Se le daba bien disimular sus emociones, pero si el descubridor realmente había encontrado comida que había cruzado desde el mundo de los vivos, le costaría trabajo contenerse.

— Hazlo pasar.

Stradivarius salió, y regresó con un joven de unos trece años que no llevaba puesto más que un bañador cuya cintura quedaba oculta por una pálida barriga lograda a base de refrescos.

«Bueno— pensó Mary—, nadie puede elegir el momento ni la manera en que cruza a Everlost». Igual que aquel chico estaba condenado a pasar la eternidad en bañador, ella había quedado constreñida al más incómodo de sus vestidos del colegio. Lo único bueno es que era de color verde y hacía juego con sus ojos.

— Hola, señorita Mary —dijo respetuosamente el descubridor—. ¿Te acuerdas de mí, verdad? — Sonrió, pero su boca se alargó demasiado, y además tenía demasiados dientes en ella, lo que producía la impresión de que la parte superior de la cabeza se le podía volcar hacia atrás, como si fuera la tapa de una jarra.

— Sí, me acuerdo de ti. Eres Speedo, de Nueva Jersey. La última vez que viniste trajiste una naranja, ¿no?



— ¡Un pomelo!— respondió él, muy contento de que ella se acordara.

Hacía mucho tiempo desde la última vez que había visto a aquel descubridor, pero ¿cómo iba a olvidar un bañador como aquel?

—¿Qué traes hoy?

Su sonrisa se hizo aún más amplia. Ahora mostraba una fila de dientes que seguía y seguía hasta las orejas.

—¡He traído algo fantástico...! ¿Te apetecería un pequeño... postre?

—¿Un postre?— preguntó Mary—. ¡Por favor, no me digas que me has traído una de esas horribles galletas chinas de la suerte!

Fue evidente que Speedo se sentía algo ofendido por el comentario.

—Yo soy un auténtico descubridor, señorita Mary. No te hago perder el tiempo con galletas de la suerte. No pienso ni tocarlas.

—Eso es muy inteligente por tu parte— le dijo Mary—. Y lo lamento, no pretendía ofenderte. Ten la amabilidad de enseñarme lo que has traído.

Speedo salió apresuradamente, y volvió con una caja que colocó sobre la mesa.

—Tal vez prefieras sentarte —le dijo. Pero como ella no lo hizo, Speedo levantó la tapa para mostrar algo que Mary creía que nunca tendría la suerte de volver a ver.

—¡Una tarta de cumpleaños! —No tenía sentido intentar ocultar su asombro, y sí, tal vez debería haberse sentado, pues aquella visión casi le hace perder el sentido. Lo que tenía delante no era una simple rebanada de pan, o un roído hueso de pollo, que es lo que traían muchos de los descubridores de comida, sino una tarta entera de cumpleaños, una tarta blanca y redonda que no tenía el menor defecto. Decía: «Feliz quinto cumpleaños, Suzie». No tenía ni idea de quién sería Suzie, y tampoco le importaba, porque si cumplía años es que era una persona viva, y los vivos no eran de su incumbencia. Mary levantó el dedo y se volvió hacia el descubridor:

—¿Puedo?

—¡Naturalmente!

Lentamente, con infinito cuidado, Mary bajó el dedo hasta tocar la tarta con él, y lo pasó levemente por el borde, notando cómo se le pegaba el baño de la tarta a la yema del dedo. Lo retiró y se lo llevó a la boca para probar. La explosión de

sabores fue casi más de lo que podía soportar. Fue algo que anulaba el resto de sus sentidos, y tuvo que cerrar los ojos.

—¡Crema de mantequilla con aroma de vainilla! ¡Qué deliciosamente dulce!

—Es cosa fina, ¿eh? —dijo Speedo—. Me la iba a zampar yo mismo, pero entonces pensé que le podría interesar a mi clienta favorita. —Y por si acaso no había quedado claro, añadió—: Mi clienta favorita eres tú.

Mary sonrió y juntó las manos, al tiempo que comprendía cómo se había hecho con la tarta el descubridor:

—¡Te quedas esperando en las fiestas de cumpleaños! ¡Pero qué listo que eres!  
—Todo el mundo sabía que la única comida que cruzaba alguna vez era la comida preparada con mucho cariño, y eso solo ocurría cuando esa comida preparada con tanto cariño hallaba un prematuro e improbable final. ¿Qué sitio podía haber mejor para encontrar comida como aquella que una fiesta de cumpleaños, donde las madres cocinan con todo el cariño del mundo?—. ¡Genial! —exclamó Mary—. ¡Absolutamente genial!

Speedo parecía nervioso, y tiró hacia arriba del bañador, que era un gesto que hacía por nerviosismo, puesto que no había ningún peligro de que se le fuera a caer.

—No se lo dirás a nadie, ¿verdad? Porque, en fin, es un secreto profesional... Si se enteran de dónde voy a buscar la comida, todos harán lo mismo y el negocio se irá al garete.

—No se lo diré a nadie —prometió Mary—, pero me tienes que contar una cosa: ¿cuántas fiestas de cumpleaños has tenido que soportar hasta que por fin cruzó una tarta?

Él se hinchó de orgullo:

— ¡Trescientas setenta y ocho!

Mary movió la cabeza hacia los lados, como negando:

—¡Tienes que estar harto de cumpleaños!

—Bueno, uno cumple con su deber...

Entonces dio unos pasos, hablando de la tarta como si fuera un coche usado que intentaba vender:

— Fue algo digno de verse. ¡Esa niña echó la mano y tiró la tarta entera de la mesa antes incluso de que le pusieran las velas! Cayó al suelo deshecha, pero como puedes ver, dejó sobre la mesa, en el lugar donde había estado posada, una huella imperecedera: el fantasma de una tarta de cumpleaños, que solo esperaba a que yo lo cogiera.

Mary observó el pastel y pensó en volver a meter el dedo, pero se contuvo. Sería demasiado fácil seguir comiendo y no detenerse hasta la última migaja.

— Entonces —dijo Speedo—, ¿cuánto te parece que vale?

— ¿Qué quieres por ella?

— ¿Cómo se supone que voy a saber lo que quiero, cuando no sé qué tienes para darme?

Mary meditó un instante. La tarta valía diez veces más que cualquier otra cosa que le hubieran ofrecido nunca. Era el gran hallazgo de aquel descubridor, y podía ser que nunca más volviera a encontrar otra. Merecía un pago justo.

Cruzó la sala hasta llegar a una cómoda, y sacó de un cajón un manojo de llaves. Se lo lanzó a Speedo, y él lo cogió al vuelo.

— ¿Llaves?— preguntó—. Yo he encontrado un montón de llaves. No sirven para nada a menos que la cosa que abren haya cruzado también a Everlost, y eso no sucede nunca.

— Hace unas semanas ocurrió en el mundo de los vivos algo muy extraño— explicó Mary—. Un hombre metió su coche en el tren de lavado, y nunca llegó a salir por el otro lado. Nadie sabe qué fue lo que pasó.

Él la miró con una cara en la que se mezclaban la esperanza y la desconfianza.

— ¿Y qué pasó?

— Manchas solares.

— ¿Eh...?

Mary lanzó un suspiro:

— Si hubieras leído mi libro Todo lo que siempre quisiste saber sobre los vórtices pero no te atrevías a preguntar, sabrías que la actividad de las manchas solares tiende a crear vórtices del mundo de los vivos al nuestro, a través de los cuales caen a veces objetos del mundo vivo.



— ¡Ah!— exclamó Speedo—. Sí, claro... manchas solares.

Mary sonrió:

— Verás un Jaguar plateado aparcado en una plaza de garaje al lado norte de la antigua estación de Pensilvania. Yo apenas viajo, así que no creo que le vaya a dar mucho uso. Es tuyo si me prometes que me traerás dos de tus mejores hallazgos en cuestión de comida.

Mary sabía que el descubridor estaba emocionado con la paga, pero era un buen negociador:

— Bueno— dijo—, yo ya tengo un bonito coche...

— Sí— dijo Mary—, me hablaste de él la última vez que estuviste aquí. Según recuerdo, te da más problemas que vale, porque nunca encuentras un lugar donde aparlo.

— Sí— admitió—, supongo que podría apañármelas con algo más pequeño. Vale... ¡trato hecho!— Le dio la mano con demasiada energía, dejando por fin ver su emoción—. ¡Un Jaguar! ¡Vaya!

Su sonrisa se extendió hasta la mitad de las orejas, y Mary no pudo dejar de decirle algo al respecto. Alguien tenía que hacerlo:

— Speedo, deberías hacer un esfuerzo por recordar que los vivos solo tienen treinta y dos dientes.

Él la miró, sorprendido ante su franqueza.

— Ocho incisivos— prosiguió Mary—, cuatro caninos, ocho premolares y doce molares, si tienes muelas del juicio.

— ¡Ah!— exclamó él, poniéndose colorado.

— Es evidente que das mucha importancia a tu sonrisa, pero cuando piensas demasiado en ella, la sonrisa empieza a crecer.

Incluso antes de que Speedo se diera la vuelta para marcharse, Mary pudo ver que la información hacía efecto: su boca empezaba ya a reducirse para adquirir unas proporciones más sensatas.



En su libro *Visiones espectrales: Guía neoluz para cuidar el aspecto*, dice Mary Hightower: «Si te das cuenta de que a veces los demás te miran raro y no sabes por qué, es muy posible que tu autoimagen se te esté yendo de las manos. Me refiero a que el cuerpo o la cara estarán empezando a distorsionarse. Recuerda: tenemos el aspecto que tenemos solo porque recordamos que tenemos ese aspecto. Si uno olvida que tiene los ojos azules, puede que se le vuelvan rojos. Si uno olvida que los seres humanos tienen diez dedos en las manos, puede que se encuentre de repente con doce.

Un remedio sencillo para la pérdida de autoimagen es encontrar una foto que se parezca a ti; y si encuentras una tuya, muchísimo mejor. Estudia la foto. Quédate con todos los detalles que puedas. Una vez que tengas la imagen firmemente grabada en la mente, enseguida empezarás a recuperar tu anterior aspecto. Nunca menosprecies la importancia de recordar el aspecto que tenías en vida. A menos, claro está, que prefieras olvidarlo»



Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

## Capítulo 6

## Carroñeros

Transcripto por: Je\_tatica

41

Nick recordaba con detalle todo lo referente a su vida: el aspecto que tenía, el que tenían sus padres, lo que comía a mediodía antes del triste accidente que lo había dejado donde se encontraba... le preocupaba, sin embargo, que Lief lo hubiera olvidado todo durante los años pasados en el bosque. Si los recuerdos envejecían mal, borrándose como un periódico viejo, ¿Cuánto tiempo haría falta hasta que el mismo sufriera una pérdida semejante de memoria? No quería olvidar nada.

Acostumbrado a viajar a más de cien por hora, el viaje hacia el sur en compañía de Allie se le hacía muy lento. El excursionismo no era una de las actividades favoritas de Nick. En vida había que le dolieran las articulaciones y no había vez que no se tropezara con alguna inoportuna prominencia natural en la que desollarse las rodillas. Aquella excursión post mortem no resultaba más agradable que las excursiones en vida. Es verdad que no había ni dolores ni contusiones, pero no podía negar la sed que tenía. Sed y hambre. Lief les había dicho que ya no necesitaban comer ni beber, como tampoco necesitaban respirar, pero las ganas de hacerlo no habían cesado. <<Os acostumbrareis>>, les había asegurado en el bosque. Nick no estaba seguro de que quisiera acostumbrarse a una eternidad de vehementes anhelos.

Descubrieron también que sus cuerpos espectrales no necesitaban realmente dormir, pero, como ocurría con la comida, eso no les quitaba las ganas de hacerlo. Nick y Allie habían acordado que se tomarían un tiempo para dormir, igual que harían si siguieran vivos. Era una conexión con el mundo de los vivos que no querían perder. El sencillo acto de descansar, sin embargo, era algo que no podían realizar en cualquier parte.

—¿Cómo vamos a dormir si nos hundimos? —había preguntado Nick la primera noche. Las raquetas de asfalto cumplían su función mientras caminaban, manteniéndolos sobre la superficie de la carretera, pero si se quedaban quietos

Un lugar lleno de misterio  
EVERLOST



durante demasiado tiempo, el suelo comenzaba a engullirlos lentamente. Aquella noche no pudieron encontrar un modo de mantenerse a flote, y tuvieron que seguir andando.

Fue durante el segundo día de su viaje cuando descubrieron una solución. Cuando la carretera se volvió traicionera al pasar por las montañas, empezaron a ver pequeños trozos de asfalto que no eran como el resto de la calzada. ¡Eran sólidos! Aquellos trozos no tenían más que unos pocos palmos de anchura. Fue Allie quien comprendió lo que eran cuando descubrió uno que estaba señalizado con una pequeña cruz blanca de madera.

— ¡Esto es lo que es! —Dijo Allie—. Las vi cuando visite México. Ponen una crucecita al lado de la carretera donde la gente muere en accidente. No pensé que las fuera a ver en Estados Unidos, pero parece que aquí también hay gente que lo hace.

— ¡por lo visto, cuando un espíritu cruza a Everlost debe de dejar una huella permanente en el punto en que eso ha ocurrido, convirtiéndolo en un punto muerto! —Nick tenía que admitir que ese era un descubrimiento emocionante, si bien algo morboso.

Descansaron en uno de aquellos puntos muertos, bastante arrimados porque el sitio era pequeño, y como se encontraban a gusto a la luz que ellos mismos emitían, se permitieron el placer de un poco de charla intrascendente. Hablaron de cosas que no tenían importancia en sus planes, como la música que les gustaba, o como quien habría ganado la serie mundial de beisbol durante los nueve meses de su transición. Y como suele ocurrir con las charlas nocturnas, la conversación adquirió seriedad de repente:

—Cuando llegue a casa —dijo Allie—, encontrare el modo en que me vean.

— ¿y si no lo consigues? —Pregunto Nick—. ¿Y si siguen viviendo su vida como si no estuvieras allí?

—eso no va a ocurrir.

— ¿Por qué no? —Pregunto Nick—. ¿Por qué dices eso? No es así como funciona el mundo.

—es verdad. Por eso me parece que deberíamos aprender más sobre el antes de ir a nuestra casa. Tendríamos que encontrar otros fantasmas con más experiencias.

—Otras neoluces —corrigió Allie, que seguía negándose a admitir que era un fantasma.

Aquella palabra hizo que Nick se mirara las manos y los brazos, examinando su propia incandescencia, su suave brillo de neoluz. Las rayas que le cruzaban las manos seguían allí. Podía ver las huellas dactilares, pero tal vez no fuera más que porque esperaba verlas. Se pregunto si tendría el mismo aspecto si hubiera recorrido todo el camino hasta la luz que había al final del túnel, o si el recuerdo de la carne se disolvería completamente en el resplandor una vez alcanzado el destino final, un destino en el que tal vez se encontrara ya su familia.

—tenemos que aceptar que tal vez no haya nadie en casa —le recordó Nick a Allie.

Allie frunció los labios:

—tal vez en tu caso, pero en nuestro coche solo íbamos mi padre y yo. Mi madre se quedo en casa porque mi hermana estaba mala.

— ¿no te preocupa que tu padre pueda no haber llegado?

—Habrà llegado a algùn lado —repuso Allie—, que es más de lo que podemos decir de nosotros mismos. Como dijo Lief, los demás o sobrevivieron al accidente, o se fueron a donde tenían que ir, lo que significa que estarán más o menos bien.

Allie tenía razón: había un cierto consuelo en saber que existía un lugar al que terminaban yendo todos, que el fin no era el fin. Aun así, la idea de que su familia estuviera haciendo ese misterioso viaje todos al mismo tiempo era terrible... entonces Nick cayó en la cuenta de algo:

—no vi puntos muertos en donde ocurrió el accidente. Nosotros salimos despedidos al bosque, ¡pero no había puntos muertos en la carretera!

—Entonces no estábamos buscando puntos muertos —señalo Allie, pero Nick prefería pensar que no los había. Era mejor que la otra posibilidad.

— ¿Dónde ibais aquel día? —pregunto Nick.

Allie se tomo su tiempo antes de responder.

—no me acuerdo. ¿No es extraño?

—Yo también estoy empezando a olvidar cosas —admitió Nick—. No quiero olvidarme de sus caras.

—no lo harás —aseguro ella, y aunque no aportó pruebas de tal cosa, Nick prefirió creer esto también.

\* \* \*

Al tercer día ya habían dejado atrás las montañas, y la carretera se hizo más ancha y recta. Seguían al norte del estado de Nueva York, a muchos kilómetros de distancia de sus respectivos destinos. Yendo a aquel paso, llegar les costaría semanas, tal vez mese.

Pasaron una ciudad tras otra, y enseguida aprendieron a identificar con facilidad los puntos muertos. Eran distintos de los lugares vivos. En primer lugar, había en ellos una mayor claridad, eran menos borrosos, y los coches en ellos resultaban muchos más vivos. En segundo lugar, en cuanto pisaban uno de aquellos puntos, notaban una sensación de bienestar, de pertenecer a aquel lugar, como si los lugares fantasmas fueran los lugares verdaderamente vivos, y no al revés.

Era aquella cualidad gris del mundo de los vivos lo que les producía escalofríos. Aunque no lo dijeran, les hacía tanto a Nick como a Allie añorar el verdor y la reconfortante belleza del bosque de Lief.

Al anochecer del quinto día, encontraron un buen trozo del suelo sólido, bajo una gran señal que decía: << ¡BIENVENIDOS AL CONDADO DE ROCKLAND! >>. El pavimento estaba cubierto por hojas de árboles, que a sus ojos eran de un verde exuberante, y no resultaban jamás afectadas por el cambio de las estaciones. El punto era lo bastante grande como para se echaran los dos a dormir.

—Estoy cansado de dormir todas las noches —comento Nick—. No lo necesitamos. No estamos cansados. —pero entonces confeso la verdadera razón por la que no le apetecía dormir—: no me gusta no tener sueños.

Allie sentía lo mismo, aunque no quería decirlo. Una vez, varios años antes, se le había perforado el apéndice y le habían puesto anestesia general. Fue una sensación extraña: empezó a respirar la anestesia y, ¡pum!, perdió el sentido. Entonces, de pronto, volvió a despertar, y todo había acabado. No hubo más que un salto en el tiempo, una cierta modorra y después el regreso, acompañado de un dolor en el costado y varios puntos de sutura. Había sido como... no existir. Dormir allí era igual.

—Dormimos porque podemos —le dijo a Nick—. Porque nos recuerda cuando estábamos vivo.

—¿Cómo pueden ocho horas de muerte recordarnos a cuando estábamos vivos?



Allie no encontró respuesta, salvo que eso parecía correcto. Parecía natural, y en aquel estado antinatural en que se hallaban, cualquier cosa que pareciera natural estaba bien. Al final, Nick dejó de refunfuñar y se tendió.

—me quedare aquí tumbado, pero no me pienso dormir. Me quedare despierto mirando las estrellas.

Las estrellas, sin embargo, no eran lo bastante emocionantes para mantenerlo despierto. De hecho, resultaban sedantes. Se durmió antes que Allie, que se quedó pensando en su situación. ¿Y si, al llegar a casa, sus padres no estaban allí? ¿Y si su padre hubiera muerto en el accidente y su madre se hubiera trasladado? No le podría preguntar a nadie, no tendría modo de enterarse.

Y Allie se sintió agradecida al penetrar por fin en el anestésico sueño de Everlost.

\* \* \*

La emboscada tuvo lugar en mitad de la noche, sin previo aviso.

Nick y Allie abrieron los ojos y se encontraron con cuatro rostros severos y resplandecientes que los miraban desde arriba. En un instante los habían agarrado, los levantaban en el aire, y les pegaban. Allie intentó gritar, pero una mano enorme le tapó la boca: una mano como la de un monstruo. Pero no eran monstruos: eran niños no mayores que ella.

— ¡Nick! —grito. Pero Nick estaba demasiado ocupado peleando contra dos chavales que forcejeaban por sujetarlo también a él.

— ¿Qué pasa con vosotros? —Grito Nick—. ¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?

—Las preguntas las hacemos nosotros —dijo el chaval que parecía que estaba al mando. Era más pequeño que los demás, pero evidentemente era el más bravucón de todos. Llevaba pantalones bombachos no muy distintos a los de Lief, y de los labios le colgaba un cigarrillo que no menguaba ni se apagaba nunca. Pero, con mucho lo más extraño de ellos eran las manos, que eran grandes y huesudas y tenían el tamaño de las de un hombre. Al cerrarlas en un puño, parecían tan grandes como guantes de boxeo.

—Me parece que son almas verdes, Johnnie-O —dijo un chaval con un extraño pelo que parecía una fregona de color rojo encendido y que le daba aire de muñeco de trapo—. Llevaran aquí una semana puede que menos.

—Eso ya lo veo yo —dijo Johnnie-O—. No soy tonto, y distingo un alma verde cuando la veo.

—Somos neoluces —grito Nick—, igual que vosotros, así que dejadnos en paz.

Johnnie-O se rio.

—claro que sois neoluces, imbécil. Lo que decimos es que sois recién llegados. Almas verdes, ¿lo pillas?

—A lo mejor todavía tienen algo —dijo muñeco de trapo. Las almas verdes siempre traen algo.

—Bienvenidos a Everlost —dijo Johnnie-O poniendo una voz que no resultaba nada hospitalaria—. Este es mi territorio, y vosotros tenéis que pagarme por pasar.

Para que la soltara, Allie le dio un puñetazo en la cara al chaval que la sujetaba.

— ¿es así como recibís siempre a los visitantes? —pregunto.

Johnnie-O dio una calada al cigarrillo:

—los visitantes no siempre son amables.

Nick se sacudió con los brazos a los dos chavales que lo sujetaban:

—no tenemos nada con que pagaros.

—efectivamente, así que supongo que tendréis que matarnos —comento Allie con sorna, y añadió—: ¡Ah, que lastima, creo que no podréis!

—sacadles los bolsillos —ordeno Johnnie-O, y sus matones metieron las manos en los bolsillos del pantalón de Nick y de Allie y los volvieron del revés. No tenían casi nada más que pelusa, pero los bolsillos de Nick sí que mostraron un par de cosas que él había olvidado que se encontraban allí, una era aquella vieja moneda que debía de ser de cinco centavos, aunque tenía la cara borrada. Los matones no mostraron por ella ningún interés, y se la devolvieron lanzándosela por el aire. El la cogió y se la volvió a meter en el bolsillo. Pero fue la otra cosa que llevaba Nick lo que capto la atención de los chavales.

—Mirad esto —dijo uno de aspecto curioso que tenía los labios de color morado oscuro, como si hubiera muerto chupando un caramelo de mosto. Levanto una cosita dura que había caído del bolsillo de Nick, y que Nick reconoció enseguida como un chicle ya masticado y envuelto a continuación en su envoltura original. Su madre siempre se quejaba de que volvía a guardar los chicles en el bolsillo después de masticarlos y se pegaban a la ropa en la lavadora

El chaval de la boca amoratada mostro el trocito de chicle y miro a Johnnie-O dudando.

—Entrégamelo —dijo Johnnie-O. Su voz resultaba imponente para alguien de su tamaño. Abrió una mano enorme y rotunda.

Morrito morado dudo:

—podemos cortarlo en trozos —propuso.

—he dicho que me lo entregues. —Johnnie-O puso justo delante del chaval la mano con la palma hacia arriba.

No se le hizo ni a una mano de ese tamaño. Con cuidado, Morrito morado poso el chicle pequeño y redondo en la mano de Johnnie-O.

—La próxima vez que tenga que pedirte dos veces —dijo Johnnie-O—, te vas a hundir.

La nuez de Morrito morado se movió nerviosamente de arriba abajo, como un caramelo que se le hubiera quedado en la garganta.

Entonces, sin podérselo creer, Allie y Nick contemplaron como Johnnie-O desprendía el papel del pegajoso trocito de chicle y se lo metía en la boca.

—Qué asco —dijo Nick.

En respuesta, muñeco de trapo le propino un puñetazo en el estomago. Nick se dobló en dos por puro reflejo, sin darse cuenta hasta un segundo después de que no le había dolido. <<Que rabia les tiene que dar a los matones —pensó—, no poder causar dolor>>. Para los matones aquel lugar tenía que ser un infierno.

Johnnie-O masticó el chicle hasta que volvió a estar blando. Cerró los ojos por un instante mientras masticaba.

—A este todavía le quedaba bastante sabor —dijo—. A canela. —Entonces miró a Nick—. ¿Siempre mascas así los chicles? Cuando vivías, quiero decir...

Nick se limitó a encogerse de hombros.

—mastico hasta que ya no sabe a nada.

Johnnie-O siguió masticando.

—no tienes paladar.

—¿puedo mascarlo yo después? —preguntó Morrito morado.

—No seas asqueroso —respondió Johnnie-O.



Allie se rio al oír eso, y Johnnie-O le lanzó una mirada cortante. Después la siguió mirando de modo más calculado:

—¿no eres una preciosidad, verdad? —comento.

Allie apretó los labios de rabia, y ella sabía que ese gesto la volvía menos atractiva, lo que la hizo sentir más rabia aun.

—Soy bastante guapa —respondió—. Soy guapa a mi modo. —eso era verdad: nadie había dicho nunca que fuera una belleza deslumbrante, pero sabía perfectamente que tampoco carecía de atractivo. Lo que la enfurecía era tener que justificarse a ella misma y su apariencia ante aquel cerdo de manos enormes que mascaba el chicle usado por otros.

—En una escala del uno al diez —dijo Allie—, supongo que soy un siete. Pero tú no creo que te merezcas más de un tres. —se dio cuenta de que eso le molestaba, sobre todo porque era cierto.

—un siete no vale el esfuerzo de mirarlo —repuso el—. Y me parece que no vamos a tener que seguir mirándonos el uno al otro mucho tiempo más.

—¿Qué demonios quieres decir? —pregunto Nick, a quien el sonido de esas palabras no le gusto más que a Allie.

Johnnie-O cruzo los brazos, haciendo que sus desproporcionadas manos parecieran aun más grandes en comparación con el esmirriado pecho:

—un simple trocito de chicle no compra vuestro derecho a pasar por mi territorio —dijo, y se volvió hacia Nick—. Lo que significas que tendrás que servirme.

—Ni lo sueñes —repuso Allie.

—no hablaba contigo. No necesitamos a gente como tú por aquí.

—Bueno —dijo Allie—, no me voy sin él.

Los demás se rieron.

—¡Ah! —exclamo muñeco de trapo—, adonde vas, no creo que él quiera acompañarte.

Allie no sabía a qué se refería, pero aun así le entro pánico.

—Agarradla —ordeno Johnnie-O a sus camaradas.

Allie comprendió que tenía que pensar en algo rápidamente, y por eso dijo lo primero que se le vino a la mente:

— ¡apartaos de mí o llamo a McGill!

Eso hizo que se pararan en seco.

— ¿de qué hablas? —pregunto Johnnie-O, no tan seguro de sí mismo como un instante antes.

— ¡ya me habéis oído! —Grito Allie—. El McGill y yo tenemos un acuerdo especial. Viene cuando yo lo llamo. Y yo le doy de comer ladronzuelos que tienen las manos más grandes que el cerebro.

—Estas mintiendo —dijo otro chaval que no había hablado hasta entonces, quizá a causa de lo chillona y repugnante que resultaba su voz.

Johnnie-o parecía furioso:

—por supuesto que miente. —miro a Allie y después al chaval silencioso—. Como sabes que miente.

—es un alma verde. Seguramente acaba de cruzar —dijo el de la voz chillona—, así que ni siquiera puede haber visto al McGill.

—Además —añadió Morrito morado—, nadie que vea al McGill vive para contarlo.

—Salvo ella —dijo Nick tratando de respaldarla—. Por eso voy con ella. Mientras vaya con ella, el McGill también me protege a mí.

—entonces, ¿Qué pinta tiene? —pregunto Johnnie-O, mirando de cerca a Allie y tratando de encontrar en su cara señales de engaño.

—Te lo podía decir —explico ella, empleando una de las salidas favoritas de su padre—, pero después tendría que matarte.

Los demás se rieron al oír aquella frase, y entonces Johnnie-O apretó en un puño su manaza y golpeo por reírse al más cercano, que salió despedido hacia atrás un par de metros. Luego Johnnie-O volvió a acercarse a Allie.

—me parece que estas mintiendo —le dijo.

—Solo tienes que comprobarlo —se burlo Allie—. Tócame y llamare a McGill.

Johnnie-O dudo. Miro a Allie, miro a Nick, y después miro a los chavales que estaban a su alrededor. Su autoridad había sido desafiada, y Allie comprendió demasiado tarde que debería haber pensado en otro truco, un truco que hubiera permitido a aquel cerdo conservar su dignidad, porque un chaval como aquel

preferiría que se lo comiera un monstruo antes que soportar que una chica le faltara al respeto.

La miro directamente a los ojos y dijo:

—vas a hundirte.

Diciendo esto, chasqueo los dedos haciendo un ruido seco y quebradizo, como un plato al romperse. Entonces la agarraron entre tres chavales, la sacaron del punto muerto, la posaron en la carretera, en zona de los vivos, y empezaron a apoyarse con fuerza en sus hombros. Enseguida se había hundido en el asfalto hasta las rodillas, y un poco después hasta la cintura.

— ¡No! —grito, y empezó a llamar—: ¡McGill, McGill!

Eso solo los hizo detenerse un breve instante, y como la bestia no se materializo en el aire, volvieron a empujar. Ahora resultaba más fácil, con Allie ya hundida hasta la cintura.

Nick forcejeo y pataleo contra las manos que lo sujetaban, pero no sirvió de nada. No podía hacer nada más que mirar cómo se apoyaba y apretaban hacia abajo los hombros de Allie, hundiéndola en el suelo más y más. No tardaron en desaparecer sus hombros. El suelo le llegaba al cuello, y ella seguía gritando, ahora ya de manera histérica, mientras Johnnie-O se limitaba a reírse.

—Permitidme que haga los honores —dijo. Y entonces se acerco, el agarro de la parte superior de la cabeza y empezó a empujar hacia abajo—. Que disfrutes el viaje —dijo—. No te molestes en escribir.

Y entonces entro en escena otra voz, un grito agudo que parecía surgir de la nada, y apareció una silueta que agitaba los brazos enloquecida.

— ¡El McGill! —Grito uno de los chavales—, ¡El McGill!

Volvió a oírse aquel grito guerrero, que fue lo último que oyó Allie, pues acababan de hundirse en el asfalto sus oídos, sus oídos y toda la parte superior de su cabeza. Johnnie-O había dejado de empujar, pero la gravedad hacia el resto. La tierra la engullía como arenas movedizas, y Allie se iba hundiendo. Intento gritar, pero no salió sonido alguno, pues su grito fue completamente apagado por la tierra. La tierra se la engullía, y aquella sensación en su pecho, en el lugar en que debiera haber tenido los pulmones, era más angustiosa que ninguna otra cosa que pudiera recordar, y comprendió de pronto que aquella podía ser su eternidad. Iba de camino hacia el centro de la tierra, ¿a qué profundidad se hallaba en aquel instante? ¿A quince centímetros? ¿A dos metros? Hizo un esfuerzo por mover los



brazos, utilizaba toda la fuerza que le quedaba, pero era lo mismo que nadar en miel. Forzó una mano hacia arriba, e intentó impulsarse ella misma en aquella dirección, pero no sirvió de nada. Entonces, justo antes de que la abandonaran todas las esperanzas, alguien surgido de la nada la cogió de la mano y tiro. Sintió que se deslizaba hacia arriba centímetro a centímetro. Hizo un esfuerzo para sacar la otra mano del asfalto, hasta que las yemas de los dedos tocaron el aire. Alguien agarro también aquella otra mano. Fue ascendiendo, y pudo sentir como salía a la superficie la parte superior de la cabeza, los ojos y los oídos, y por fin la boca, y soltó el grito que había sido contenido por la mordaza de tierra y piedras.

¿Habían cambiado de parecer Johnnie-O y su banda? ¿O se trataba del monstruo que había invocado, y que había surgido del bosque y la sacaba de la tierra tan solo para devorarla? Pero con los ojos ya despejados, pudo verle por fin la cara a su salvador.

— ¿Lief?

— ¿estás bien? —Pregunto Lief—. Ya te daba por perdida.

Nick también estaba allí, y entre los dos tiraron hasta que Allie salió y se tendió en el sólido suelo del punto muerto. Se dejo caer con la respiración agitada, y Lief la miro de forma extraña.

—Lo sé, lo sé —dijo Allie—. No necesito respirar de este modo, pero quiero hacerlo. Porque si.

—Vale —aprobó Lief—. Tal vez algún día puedas enseñarme a sentir eso.

— ¿Dónde están Johnnie-O y montón de imbéciles? —pregunto Allie.

—se han ido. —Explico Nick—. Tuvieron tanto miedo cuando Lief arremetió contra ellos que echaron a correr.

Lief se rio:

—pensaron de verdad que yo era el McGill. ¿No es para mondar?

Lief empezó a arrancar hierbas fantasma de debajo del cartel de << ¡BIENVENIDOS AL CONDADO DE ROCKLAND!>>, y empleo los tallos para reparar sus raquetas de asfalto, que debían de haberse roto al arremeter contra Johnnie-O.

— ¿nos has estado siguiendo todo este tiempo? —pregunto Allie.

Lief se encogió de hombros:

—pues sí. Tenía que asegurarme de que no os devoraban los monstruos.

—Maravilloso —dijo Nick—. Tenemos un ángel de la guarda.

—si fuera un ángel no estaría aquí.

Allie sonrió. Después de todos aquellos años, Lief había abandonado su bosque por ellos. No podía ser una decisión tomada a la ligera, y Allie se prometió a sí misma que a partir de aquel momento cuidaría siempre de él.

\* \* \*

Temiendo que Johnnie-O y su banda pudieran regresar, no esperaron al alba. En vez de trastornarla, el encuentro tuvo el efecto de dar ánimos a Allie. Como de costumbre, Nick lo vio todo negro, y hablaba del *señor de las moscas* <sup>(1)</sup> y de los peligros de las bandas de pillos carentes de padres, pero incluso en su preocupación había una energía nueva, porque el hecho de encontrarse con Johnnie-O demostraba que había muchas neoluces alrededor. Y no todas serían desagradables como la banda de Johnnie-O.

Llegaron al río Hudson, y se quedaron en la carretera que discurría por palisades: unos acantilados escarpados esculpidos por los implacables glaciares de la última Edad del Hielo que se alzaban en la orilla oeste del río. El tráfico se hizo más denso, pero eso no les preocupaba, pues les daba igual si de vez en cuando pasaba a través de ellos algún coche. De hecho, durante un rato lo convirtieron en un juego en el que trataban de averiguar qué canción sonaba en la radio durante el breve instante en que los atravesaba cada coche.

—Hay que ver las cosas que hacemos los muertos para divertirnos —comentó Allie, lanzando un largo suspiro. El juego no duró mucho, más que nada porque Lief, que nunca había oído la radio de un coche, mucho menos *rock and roll*, se sentía cada vez más desplazado.

Hacia el ocaso del día siguiente, apareció río abajo aquella especie de rallador de queso que es el puente George Washington, que anunciaba su llegada a Nueva York. Lief se quedó abrumado ante la visión de la gran ciudad que se erguía ante él. Era un día claro, y desde el río podía verse el perfil de los rascacielos,

(1) novela de William Golding de 1954, todo un clásico de la literatura británica, de lectura obligatoria en los institutos. La novela, bastante pesimista, cuenta la historia de un grupo de niños que quedan aislados en una isla desierta, niños que van creando una sociedad dominada por los más crueles, quienes, a modo de sacerdotes, se sirven de los miedos de los demás para dominarlos.

(2) Famoso circo del siglo XIX

. Lief ya había estado en Nueva York dos veces: una por la fiesta del cuatro de julio y otra por el circo de P. T. Barnum <sup>(2)</sup>. Había ya edificios altos, sin duda, pero nada parecido a aquello.

—creo que se donde deberíamos ir —dijo Nick con una voz que, cosa extraña, sonaba a hueco. Allie tardó un rato en responderle.

—Manhattan está fuera de nuestra ruta —dijo ella finalmente—. deberíamos quedarnos en este lado del río y seguir hacia el sur.

Nick volvió a mirar la ciudad:

—me da igual lo que digas. Yo voy a dar una vuelta.

Esta vez Allie no discutió.

Había caído la noche cuando entraron en Manhattan, cruzando el puente. Y costó toda la noche sin descansar llegar al centro de la ciudad.

Los rascacielos de las inmediaciones del centro de Manhattan habrían dejado sin respiración a Lief, si hubiera tenido la costumbre de respirar. Pero la visión más maravillosa de todas era la de dos torres plateadas que vio brillando a la luz del alba cuando se aproximaban a la punta sur de la ciudad. Las dos torres eran monolitos idénticos: unos gemelos de acero y cristal que reflejaban la luz plateada del amanecer.

—No sabía que existieran edificios así —dijo Lief.

Allie lanzó un suspiro:

—No existen —dijo ella—. Al menos... ya no.

A Lief le pareció que la tristeza de la voz de Allie llegaba directa hasta el centro de la tierra.





## Lugares eternos

Transcrito por: Nirvanera7

54

**E**n el curso del tiempo y de la Historia hay ciertos lugares que nunca se perderán del todo. Por su propia naturaleza, el mundo de los vivos es cambiante, pero algunos lugares son eternos. El niño ahora llamado Lief había tenido la buena suerte de tropezarse con uno de esos lugares varios años antes: un exuberante bosque de montaña que había sido una vez inspiración de poetas. El lugar desbordaba tal calidez y buenos sentimientos que animó a muchísimos jóvenes a declararse bajo las copas de los árboles, y a muchísimas jóvenes a aceptar. El bosque provocaba que personas muy tías perdieran sus inhibiciones y se pusieran a bailar entre el follaje, locas de alegría, aun cuando supieran que esos bailes podían costarles una condena de brujería.

El bosque era un punto de apoyo de la vida, y por eso al envejecer, cuando una plaga de escarabajos devastó sus ramas y cortezas, el bosque no murió, sino que cruzó a Everlost. Su vida continuó, aunque no en el mundo de los vivos. En Everlost permanecería eternamente verde, a punto de amarillear, justo como les hubiera gustado verlo a los poetas si no se hubiese ido adonde tenían que ir.

Puede decirse, pues, que Everlost es el cielo. Tal vez no para la gente, pero sí para los lugares que se han ganado un rincón en la eternidad.

Pero son muy escasos tales lugares, semejantes islas de eternidad en el inconsistente y cambiante mundo de los vivos. Nueva York tenía su cuota de lugares imperecederos. El más grande de ellos se hallaba cerca de la punta sur de Manhattan: estaba construido por las dos hermanas grises de la verde estatua de la bahía. Las torres habían encontrado su cielo. Ahora formaban parte de Everlost, ancladas allí fuertemente y para siempre por el recuerdo de un mundo que lloraba su pérdida, y por la dignidad de las almas que un oscuro día de septiembre se fueron adonde tenían que ir.

\* \* \*

Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

Los tres muchachos se acercaron en silencio a las grandes Torres Gemelas. Lo que vieron al acercarse a ellas no se parecía en nada a lo que esperaban.

Allí había niños. Docenas de niños neoluces que jugaban en la gran plaza de mármol: jugaban al tejo, al escondite, al corre que te pillo... Algunos iban vestidos como Allie, con vaqueros y camiseta. Otros iban más formales. Y muchos llevaban ropa gruesa y pesada, que parecía pertenecer más bien a los tiempos de Lief. Unos pocos iban vestidos con los colores chillones de los setenta, y llevaban el pelo, a juego con la ropa.

Descubrieron su presencia antes de que llegaran a la plaza. A Allie y a Nick casi les daba miedo avanzar un paso, como si al hacerlo fueran a penetrar en un mundo diferente. Por eso permanecieron allí, al borde de la plaza, tanto rato que se hundieron hasta los tobillos, incluso con las raquetas puestas.

Como el sobrecogimiento de Lief no incluía historia ni referencia alguna respecto a aquel lugar, no tuvo problemas para seguir andando:

—Vamos —les dijo—, ¿a qué esperáis?

Nick y Allie se miraron el uno al otro, y entonces avanzaron un primer paso, pisando sobre el muy rígido suelo de mármol de una plaza que ya no existía. Tras dar aquel primer paso, todo fue ya más fácil. Resultaba raro pisar un suelo tan firme.

Unas chicas que saltaban con dos cambas a la vez fueron las primeras que lo vieron.

—¡Hola! —dijo una muchacha afroamericana vestida con ropa de colores tristes y con el pelo cosido en trenzas—. Sois almas verdes, ¿a que sí? —En ningún momento dejó de mover las dos combas, ni tampoco lo hizo la chica del otro extremo, que parecía completamente fuera de lugar en la plaza, vestida como estaba con un pijama de ositos de peluche. Otras chicas saltaban ágilmente por encima de las cuerdas. Una de ellas, sin embargo, dejó de saltar durante el tiempo suficiente para examinarlos con atención. Llevaba un top planteado brillante, sin espalda, y unos vaqueros tan ajustados que parecían una salchicha reventona. Miró a Allie, claramente extrañada por su ropa tan poco llamativa:

—¿Eso es lo que se lleva ahora?

—Sí, se lleva bastante.

Entonces la chica de los vaqueros ajustados miró a Lief, y examinó también su ropa:

—Tú no eres un alma verde.

—¿Quién lo dice? —preguntó Lief, ofendido.

—Es nuevo en la ciudad —explicó Allie—. Puede que haya cruzado hace tiempo, pero en cierto modo sigue siendo un alma verde.

Pasó volando una pelota roja de balonmano, perseguida por un grupo de niños. La pelota salió de la plaza a la calle, que estaba abarrotada de personas vivas.

—¡Corre —gritaba uno de los niños—, antes de que se hunda!

Otro niño salió corriendo en mitad del tráfico, cogió la pelota, que ya empezaba a hundirse en el pavimento, y desapareció bajo un autobús y dos taxis. No les prestó ninguna atención, y pasó a través del maletero del último taxi al tiempo que se levantaba con la pelota en las manos y corría feliz de vuelta a la plaza.

—¿Recuerdas todas esas cosas que mamá os decía que no hicierais? —preguntó la chica de las trenzas cosidas—. ¿Cómo meteoros corriendo por entre los coches? Bueno, pues aquí sí que las podéis hacer.

—¿Quién manda aquí? —preguntó Nick.

—Mary —respondió ella—. Tenéis que ir a verla. Le encantan las almas verdes. —Entonces añadió—: Todos hemos sido almas verdes una vez.

Nick le dio a Allie un golpecito en el hombro:

—Mira —le dijo.

Para entonces, la mayoría de los niños presentes en la plaza habían notado su presencia. Muchos habían dejado de jugar y miraban sin saber muy bien qué hacer. Una chica avanzó unos pasos, separándose de la multitud. Tenía un pelo rubio y largo que casi le llegaba al suelo, llevaba una camiseta psicodélica y pantalones campana tan grandes que los bajos prácticamente le arrastraban por detrás como la cola de un vestido de novia: el ejemplo perfecto de una *hippie* de los sesenta.

—Déjame adivinar —le dijo Allie—: te llamas Amor y quieres saber si somos chachis.



—No: me llamo Meadow, y dejé de decir «chachi» porque me harté de que la gente se riera de mí.

—¿Tienes que ofender a todo el mundo que te encuentras? —le susurró Nick a Allie, y después se volvió hacia Meadow—. Yo soy Nick, y este es Lief. La maleducada se llama Allie.

—Yo no estaba siendo maleducada —insistió Allie—. Estaba siendo graciosa. Hay una diferencia.

—No te estreses —dijo Meadow, que era algo casi peor que decir «chachi»—. Vamos, os llevaré ante Mary.

—Entonces bajó la vista—. ¿Qué es eso que lleváis en los pies?

Ellos bajaron la mirada hacia los amasijos de palitos que se extendían por el suelo a partir de sus zapatillas:

—Raquetas de asfalto —dijo Nick—. Una cosa parecida a las raquetas para la nieve, para no hundirnos.

—Um..., muy inteligente —dijo Meadow—. Pero ya no las vais a necesitar.

Se quitaron las raquetas, y siguieron a Meadow a través de la plaza hacia la Torre Uno. A su espalda, el resto de los niños reemprendió sus juegos.

Pasaron una fuente que había en el centro de la plaza, y Meadow se volvió hacia ellos:

—¿Os gustaría pedir un deseo? —preguntó. Al mirar de cerca, vieron que, bajo el agua reluciente, la fuente estaba llena de monedas.

—No realmente —dijo Allie.

—Mary dice que cada alma verde que llegaba aquí tiene que pedir un deseo.

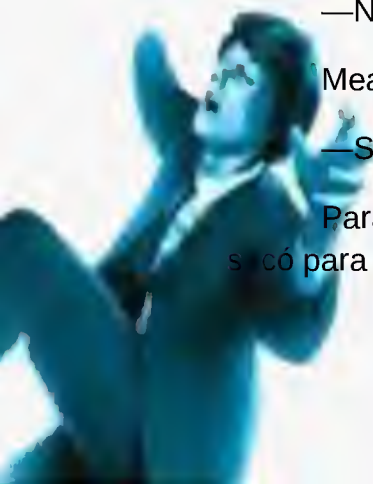
Nick ya estaba buscando en el bolsillo.

—No tengo ninguna moneda —dijo Allie.

Meadow simplemente sonrió:

—Seguro que sí tienes.

Para demostrar que no tenía, Allie se metió las manos en los bolsillos y los sacó para afuera.



—¿Ves?

—¿Y en los bolsillos de atrás?

Lanzando un suspiro, Allie comprobó los bolsillos traseros, sabiendo perfectamente que estaban vacíos, pues nunca los utilizaba. Por eso se sorprendió tanto al encontrar la moneda. Ni siquiera habían dado con ella los matones de Johnnie-O. Claro que entonces les había dirigido tal mirada cuando fueron a ponerle la mano en el trasero, que no habían llegado realmente a revisarlos.

—Qué extraño —dijo Allie, observando la moneda.

—No tanto. —Meadow le dirigió una sonrisa de paz y amor universal—. Como los vivos utilizaban tanto el dinero, cuando cruzaban, todo el mundo tiene por lo menos una moneda en el bolsillo.

—Yo tuve una moneda una vez —dijo Lief con desánimo—, pero me la robaron.

—Pide un deseo de todas maneras —dijo Meadow—. Mary dice que, menos uno, todos los deseos pueden hacerse realidad.

Nick arrojó su moneda a la fuente, y después Allie hizo lo mismo con la suya. Ella pidió el mismo deseo que pedían todas las almas verdes: volver a la vida. El único que no podía hacerse realidad.

En cuanto sus deseos se sumaron a los otros en el fondo de la fuente, Meadow los condujo hacia la Torre Uno. Lief parecía el colmo del turista, y seguía mirando hacia lo alto, donde las torres tocaban el cielo. Una y otra vez se chocó contra otros chicos por no querer bajar la vista.

—¿Cómo se sostiene? —preguntaba—. ¿No se caerá algo tan alto?

Allie no era una chica de lágrima fácil, pero desde su llegada a Everlost había llorado por lo menos una vez al día. A veces era tan solo la constatación de lo drásticamente que había cambiado su existencia lo que hacía aflorar las lágrimas a sus ojos. Otras veces, la causante era la intensidad con que echaba de menos a su familia. Aquel día las lágrimas llegaron de manera repentina, sin previo aviso.

—¿Qué sucede? —preguntó Lief. Pero realmente Allie no tenía ninguna explicación que darle. Ni siquiera estaba segura del motivo. ¿Lloraba de la alegría de que aquel lugar hubiera dejado una huella permanente en el mundo, y que siguiera existiendo todavía allí, en Everlost? ¿O lloraba al recordar cuánto se

había perdido aquel espantoso día en que las torres habían cruzado tan violentamente desde el mundo de los vivos? Tantas almas se fueron entonces donde no deberían haber ido...

—Esto está mal —dijo Allie—. Los niños no deberían jugar aquí. Es... es como bailar sobre una tumba.

—No —repuso Meadow—, es como poner flores en una tumba. Mary dice que cuanta más felicidad traigamos a este lugar, más lo honraremos.

—¿Quién es esa Mary exactamente? —preguntó Nick.

Meadow apretó los labios, tratando de pensar en la manera de explicarlo.

—Mary es una especie de... una especie de chamán, ¿sabéis? Una líder espiritual. Sabe muchas cosas, y por eso se hace un poco cargo del funcionamiento de esto.

De repente, el ascensor se detuvo y se abrió la puerta. Vieron que habían ascendido hasta el piso de observación destinado a los turistas, a juzgar por la cantidad de máquinas telescópicas, de esas que se accionan con una moneda, que estaban alienadas ante las ventanas que iban del suelo al techo. Pero, salvo eso, todo lo demás había cambiado y parecía reconvertido en una especie de orfanato. Igual que en la plaza de abajo, había por allí jóvenes neoluces de diversas épocas que jugaban o descansaban, sentados, esperando que pasara algo. Allie seguía sin estar muy segura de si aquello era una profanación de un lugar sagrado, o si tener allí a los niños era una especie de sanación.

Al dirigirse hacia el lado norte, atravesaron un comedor que había contado con una pizzería y un puesto de perritos calientes. Los mostradores estaban cerrados. No parecía que hubieran servido comida en mucho tiempo, pero los niños estaban sentados a las mesas en aquel momento, comiéndose unas diminutas porciones de tarta.

—No puede ser —dijo Lief—: están comiendo. ¿Cómo pueden estar comiendo?

Meadow sonrió:

—Mary ha cambiado no sé qué por una tarta de cumpleaños, y ha querido compartirla con los más pequeños.

—Pero nosotros no comemos —dijo Lief, confuso.





—Que no lo hagamos no quiere decir que no podamos hacerlo, siempre que haya comida fantasma.

—¿Comida fantasma? —preguntó Lief—. ¿Existe la comida fantasma?

Nick lo miró y negó con la cabeza:

—¿Llevas aquí cien años y no te has enterado de que hay comida fantasma?

Lief parecía como un niño que hubiera perdido el autobús a Disneylandia:

—Nadie me lo había dicho.

Ver a los pequeños comerse la tarta de cumpleaños le recordó a Allie el hambre que tenía. Igual que sus ansias de dormir, sabía que el hambre acabaría pasándose, pero no sabía cuándo. Si hubiera sido ella la que hubiera conseguido la tarta de cumpleaños, no habría tenido la generosidad de compartirla con nadie. O tal vez sí con Nick y con Lief, pero desde luego no con una multitud de niños.

—Mary os va a molar un montón —dijo Meadow. Allie tenía que admitir que resultaba agradable que la jerga de Meadow combinara tan bien con su ropa.

Habían levantado una pared provisional para separar la mitad norte del piso: era la residencia privada de Mary. A la puerta, como una guardia en miniatura, había un niño canijo con el pelo rubio y rizado.

—Unas almas verdes para ver a Mary —anunció Meadow.

—¡Almas verdes! —exclamó con emoción el niño del pelo rizado—. Estoy seguro de que Mary querrá verlas inmediatamente.

—Vale pues. *Ciao*. —Meadow les dijo adiós con la mano y se alejó con paso despreocupado.

—Es graciosa, ¿verdad? —comentó el niño del pelo rizado—. Meadow siempre está bien para reírse un poco. —Les tendió la mano—. Soy Stradivarius —dijo—. Vamos, os presentaré a la señora Mary.

La residencia privada de Mary estaba llena de muebles que no pegaban unos con otros. Igual que ocurría con los niños, todo parecía provenir de diferentes lugares y épocas. Todos los muebles habían cruzado a Everlost, y por eso brillaban a los ojos y resultaban duros al tacto. Por lo visto, a Mary se le daba bien recoger cosas que cruzaban.

Cuando Mary los vio, se acercó a ellos con movimientos serenos y gráciles. Allie no era de los que juzgaban a alguien por su manera de vestir (al fin y al cabo, los esnobs de su instituto hacían eso con ella a menudo), pero uno no podía evitar fijarse en el atuendo de Mary: terciopelo de color esmeralda fuerte, con puños y cuello de encaje blanco tan rígido que parecía a punto de morir estrangulada.

—Parece como si hubieras muerto yendo a una boda —comentó Allie. Esta vez Nick no se conformó con poner los ojos en blanco, sino que le pegó a Allie con el codo en las costillas.

—No —dijo Nick—, el que iba a una boda era yo.

Mary no apartó la mirada de Allie:

—No es de buena educación hacer comentarios sobre cómo cruza cada cual.

Allie notó que le ardían las mejillas, y le sorprendió que aún pudiera ponerse colorada, pero Mary le cogió la mano afectuosamente:

—No te apures —le dijo—. Solo te lo estaba explicando. No tenías por qué saberlo. Todo esto es nuevo para ti. —Se volvió hacia Lief y Nick—: Tenéis que aprender muchas cosas sobre vuestra vida, y hasta que lo hagáis, no debéis sentirnos mal si metéis la pata.

—En realidad, yo no soy nuevo —dijo Lief, incapaz de mirarla a los ojos.

—Eres nuevo aquí —dijo Mary con una cálida sonrisa—, y por eso tienes permiso para sentirte todo lo nuevo que quieras.

Nick no podía apartar la mirada de Mary. Había quedado cautivado desde el instante en que la vio. No se trataba solo de que fuera hermosa: además era elegante, y sus modales resultaban tan suaves y aterciopelados como su vestido. Se presentó cada uno a sí mismo. Y cuando Nick le estrechó la mano a Mary y ella le sonrió, él se quedó convencido de que aquella sonrisa era solo para él, y pese a que su mente racional le dijera otra cosa, se negó a creer que sonriera a todo el mundo del mismo modo.

—Debéis de estar cansados del viaje —comentó Mary. Volviéndose y haciéndolos pasar al centro de la habitación.

—No podemos cansarnos —repuso Allie.



—En realidad —dijo Mary—, esa es una equivocación muy frecuente. Nosotros nos cansamos incluso nos agotamos, solo que no descansamos durmiendo. Descansamos con la compañía de los demás.

Allie se cruzó de brazos:

—¡Ah, por favor...!

—No —dijo Stradivarius—: es cierto. Sacamos fuerzas unos de otros.

—¿Y qué pasa con Lief? —preguntó Allie. Para entonces, Lief se había ido hacia la ventana, pues estaba más interesado en la perspectiva que en ninguna otra cosa—. Lleva cien años solo y está lleno de energía.

Mary no se inmutó:

—Entonces debe de haber encontrado un lugar maravilloso, lleno de amor y de vida.

Por supuesto, tenía razón. El bosque había sido para Lief un lugar vigorizante. Allie no sabía muy bien qué pensar de aquella «señorita Mary». Allie no soportaba a los sabelotodos, pero Mary parecía saberlo todo de verdad.

—Hemos convertido los pisos superiores de esta torre en viviendas, pero la mayoría siguen vacíos. Podéis elegir con libertad los cuartos que prefiráis para quedaros.

—¿Quién dijo que nos íbamos a quedar? —pregunró Allie.

Nick le dio con el codo, esta vez más fuerte:

—Allie... —le dijo entre dientes—, es incorrecto rechazar una invitación en este mundo. O en cualquier mundo, ya puestos.

Pero si Mary se sintió ofendida, no dio muestras de ello:

—Tomáoslo como una parada de descanso, si preferís —dijo con amabilidad—. Una parada en el camino hacia donde estéis yendo.

—No íbamos a ninguna parte —dijo Nick con una sonrisa. Intentaba resultar encantador, pero más bien daba la impresión de estar sedado.

Allie sintió impulsos de quitarle a base de tortas aquella mirada obnubilada, pero se contuvo.

—Íbamos a casa —le recordó.



—Por supuesto, ese es siempre el primer impulso—dijo Mary con sumo paciencia—. No podáis estar al tanto de las consecuencias.

—Por favor, deja de hablarme como si fuera una ignorante —dijo Allie

—Eres una ignorante —puntualizó Stradivarius—. Como todas las almas verdes.

Esto enfureció a Allie porque era cierto. Ella, Nick e incluso Lief estaba en desventaja. Stradivarius se dirigió a una vitrina y saco de ella tres libros.

—Aquí tenéis un curso intensivo sobre Everlost. —Le entregó un libro a cada uno—. Tenéis que olvidar lo que sabéis sobre el mundo de los vivos y acostumbraros al modo en que funcionan las cosas aquí.

—¿Y si yo no quiero olvidar el mundo de los vivos? —preguntó Allie.

Mary sonrió con cortesía:

—Comprendo cómo te sientes —dijo ella—. Resulta dura desprenderse.

—Consejos para conejos —dijo Nick, leyendo el título en la cubierta del libro—, por Mary Hightower. ¿Eres tú?

Mary sonrió:

—Todos tenemos que hacer algo con nuestra neovida —explicó—: yo escribo.

Allie miró su propio ejemplar, impresionada muy a su pesar. Hojeó el libro: eran al menos trescientas páginas, y todas escritas a mano, con una caligrafía minuciosa, perfecta.

«Bueno —pensó Allie—, salimos del bosque en busca de respuesta, y ahora nos hallamos en compañía de la Autoridad de Everlost. ¿Qué más se puede pedir?».

Y sin embargo, por alguna razón, Allie no se encontraba cómoda.



## Realidad dominante

Transcripto por: Francatemartu

64

Mary Hightower detestaba que la llamaran María Reina de los Escocidos, aunque había algo de verdad en ello. La mayoría de las neoluces que estaban a su cargo eran mucho más jóvenes que ella. Con sus quince años, Mary se encontraba entre los habitantes de mayor edad de Everlost. Así que cuando llegaban a su torre chicos que tenían más o menos los mismos años que ella, les prestaba una atención especial.

Presentía, sin embargo, que Allie iba a convertirse en un problema. Decir que a Mary no le gustaba Allie sería incurrir en una exageración, puesto que a Mary, sencillamente, le gustaba todo el mundo. En eso consistía su trabajo, y se lo tomaba muy en serio. Allie, sin embargo, era peligrosamente testaruda y podía resultar nefasta. Mary deseaba equivocarse, pero tenía que reconocer que eso le ocurría raramente. Incluso sus peores predicciones se hacían realidad, no porque pudiera adivinar el futuro, sino porque sus muchos años de experiencia en Everlost la habían convertido en una buena psicóloga.

—Ya me he ocupado de las almas verdes —anunció Stradivarius al volver—. Los chicos han elegido un cuarto que da al sur, y la chica otro para ella sola que da al norte, ambos en el piso noventa y tres.

—Gracias, Stradivarius. —Como hacía a menudo, Mary le dio un beso en la parte superior de su ensortijada cabeza—. Les dejaremos unas horas para que se asienten, y después les haré una visita.

—¿Quieres que toque para ti? —preguntó Stradivarius—. Tal vez Mozart...

Aunque a Mary no le apeteciera escuchar música, le dijo que sí. A él le encantaba hacerla feliz, y ella no quería negarle ese gusto. Él era su mano derecha desde tiempo inmemorial, y a ella se le olvidaba con frecuencia que solo tenía nueve años y por lo tanto se había quedado atrapado en aquella edad en la que uno siempre quiere agradar. Eso resultaba maravilloso, pero también triste. Mary prefería fijarse en el lado maravilloso. Cerró los ojos y escuchó mientras

Un lugar lleno de misterio  
EVERLOST

Stradivarius levantaba su violín y tocaba un concierto que ella ya había oído mil veces, y que seguramente oiría mil veces más.

A la caída del sol, se fue a visitar a las tres almas verdes. Primero a los chicos.

Su «apartamento» estaba apenas amueblado con restos que habían cruzado a Everlost: aquí una silla, allá un escritorio, y después un colchón, y un sofá que tendría que hacer las veces de segunda cama. Lief estaba sentado en el suelo, intentando entender el funcionamiento de una *Game Boy*. Era un trasto viejo para los criterios del mundo de los vivos, pero para Lief era algo muy nuevo. Ni siquiera levantó la vista cuando entró Mary. Nick, sin embargo, se levantó, le cogió la mano y se la besó. Ella se rio sin querer, y él se puso colorado:

—Vi hacerlo una vez en una película. Tú me pareces tan... majestuosa o... no sé, que me pareció que era lo que había que hacer. Perdona.

—No, no pasa nada. Es que no me lo esperaba. Ha sido muy... galante.

—Bueno, al menos no te he dejado la mano manchada de chocolate —comentó él.

Ella lo miró detenidamente. Tenía una cara hermosa, con unos ojos castaños enternecedores y un cierto aspecto asiático que le hacía parecer... exótico. Cuanto más lo miraba Mary, más colorado se ponía él. Según recordaba Mary, el sonrojo estaba causado por la sangre que fluía a los vasos capilares del rostro. Ellos ya no tenían sangre ni vasos capilares, pero las almas verdes seguían estando lo bastante próximas al mundo de los vivos como para imitar esas reacciones fisiológicas. Tal vez estuviera azorado, pero para Mary, aquel color encarnado en sus mejillas resultaba encantador.

—¿Sabes? —le dijo ella, tocando suavemente el chocolate de la comisura del labio—. Alguna gente logra cambiar su apariencia. Si no te gusta el chocolate que llevas en la cara, puedes esforzarte para hacerlo desaparecer.

—Eso me encantaría —dijo él.

Mary pudo notar que él sufría otra reacción fisiológica ante el contacto de ella en su cara, así que retiró la mano.

Habría enrojecido, si fuera capaz de tal cosa.



—Por supuesto, esas cosas llevan su tiempo. Como el maestro zen que aprende a caminar sobre carbones encendidos, o a levitar. Requiere años de meditación y concentración.

—También puedo simplemente olvidarme de él —sugirió Nick—. Tú dices en *Consejos para conejos* que la gente a veces olvida su aspecto, y entonces les cambia la cara. Así que podría olvidar el chocolate a propósito.

—Una buena idea —respondió ella— lo que pasa es que no podemos elegir qué olvidamos. Cuanto más intentamos olvidar algo, más lo recordamos. Ten cuidado o terminarás con la cara entera embadurnada de chocolate.

Nick se rio nervioso, pensando que ella estaría bromeando, pero dejó de hacerlo al comprender que no era así.

—No te preocupes —le dijo—. Mientras siga con nosotros, estarás entre amigos y siempre te recordaremos quién eras cuando llegaste.

En un rincón, Lief gruñía de pura frustración:

—No consigo mover los dedos lo bastante rápido como jugar a esto. —Golpeó la *Game Boy* contra la pared, pero no dejó de jugar.

—Mary, ¿puedo hacerte una pregunta? —dijo Nick.

Mary se sentó con él en el sofá:

—Por supuesto.

—¿Qué ocurre ahora?

Mary esperó que siguiera, pero eso era todo.

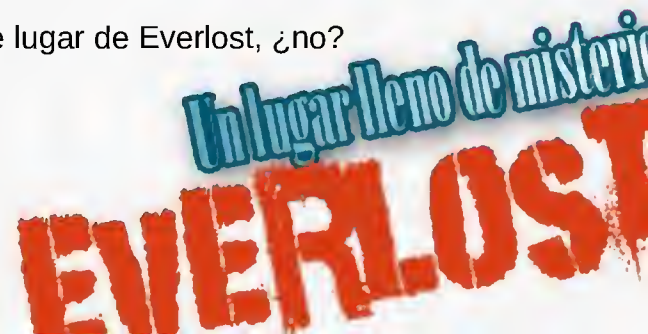
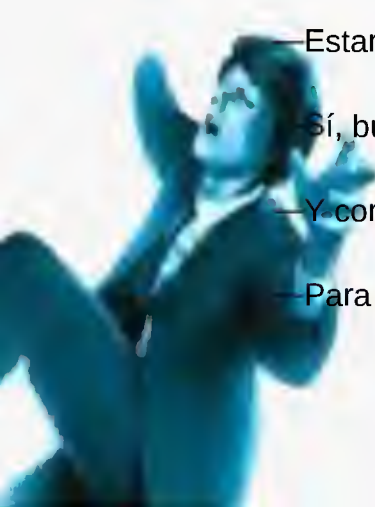
—Perdona... no estoy segura de comprender la pregunta.

—Estamos muertos, ¿no?

—Sí, bueno, técnicamente.

—Y como dice tu libro, estamos atrapados en este lugar de Everlost, ¿no?

—Para siempre.



—Entonces... ¿qué hacemos ahora?

Mary se irguió, no del todo cómoda con la pregunta.

—Bueno, ¿qué te gustaría hacer? Aquello que quieras hacer es lo que tienes que hacer.

—¿Y cuando me canse?

—Estoy segura de que encontrarás algo que te satisfaga.

—No se me da bien eso —respondió él—. Tal vez me puedas ayudar tú.

Ella se volvió hacia Nick y se encontró atrapada en su mirada. Esta vez él no estaba colorado.

—Realmente, me gustaría que pudieras.

Mary aguantó la mirada mucho más de lo que esperaba. Empezó a ponerse nerviosa, cosa que no le ocurría nunca. La palabra nerviosa no se hallaba en el diccionario emocional de Mary Hightower.

—Este juego es una idiotez —dijo Lief—. ¿Además quién diablos es Zelda?

Mary se desprendió de la mirada de Nick, molesta consigo misma por permitirse un desliz emocional. Ella era una mentora, una guardiana. Tenía que guardar una distancia emocional con respecto a los niños que estaban bajo su protección. Podía cuidar de ellos, pero solo a la manera en que una madre cuida de sus hijos. Mientras eso no se le olvidara, todo iría bien.

—Tengo una idea para ti, Nick. —Mary se dirigió a un tocador y abrió el cajón de arriba, tratando de controlar sus descarriados sentimientos. Sacó papel y bolígrafo. Mary se aseguraba de que todas las almas verdes dispusieran siempre de papel y bolígrafo, o lápiz para los más pequeños—. ¿Qué tal si haces una lista de todas las cosas que siempre has querido hacer, y después hablamos sobre ello?

Mary se fue a toda prisa, con menos aplomo que al entrar.

\*\*\*

Allie encontró el papel y los bolígrafos mucho antes de que apareciera Mary en su «apartamento», o «habitación» o «celda», porque ella todavía no sabía muy bien como llamarlo. Cuando Mary llegó, Allie ya había llenado tres páginas de preguntas.

Al llegar, Mary se quedó en la entrada hasta que Allie la invitó a pasar.

«Como un vampiro», pensó Allie. Los vampiros no pueden entrar en un sitio si no los invitan antes.

—No has perdido el tiempo —comentó Mary al ver todo lo que había escrito Allie.

—He estado leyendo tus libros —dijo Allie—. No solo el que nos diste, sino también otros que he encontrado por aquí.

—Bien... te resultarán útiles.

—...Y tengo algunas preguntas. Como, por ejemplo: en uno dices que está prohibido rondar o asustar a los vivos, pero en otra parte dices que somos espíritus libres y que podemos hacer lo que queramos.

—Bueno, sí que podemos —explicó Mary—, pero no debemos.

—¿Por qué?

—Es complicado.

—Por otra parte, dices que no podemos causar ningún efecto en el mundo de los vivos, que no pueden vernos, ni oírnos... Sí eso es cierto ¿cómo vamos a rondar y asustar a nadie, aunque queramos?

La sonrisa de Mary expresó la infinita paciencia que hay que tener cuando uno se mueve entre imbéciles. Eso molestó mucho a Allie, que respondió inmediatamente con la misma sonrisa tipo: «tú eres tonta y yo soy listísima».

—Como te dije, es complicado, y no es algo de lo que tengas que preocuparte el primer día que pasa aquí.



—Vale —dijo Allie—. No he leído aún todo tus libros (me parece que has escrito muchísimos), pero no he podido encontrar nada sobre cómo volver a casa.

Allie vio que Mary se ponía tensa. Se imaginó que, de haber sido un puercoespín, todas las púas se le habrían puesto de punta.

—No puedes volver a casa —dijo Mary—. Eso ya lo hemos hablado.

—Claro que puedo —repuso Allie—. Puedo ir andando hasta mi casa, llegar a la puerta y cruzarla. Bueno, o traspasarla. Pero en cualquier caso, estaré en casa. ¿Por qué no habla de eso ninguno de tus libros?

—No deberías hacerlo —dijo Mary, con voz tranquila pero casi amenazadora.

—Pero quiero.

—Pero no deberías. —Mary se dirigió hacia la ventana, y observó la ciudad a través de ella. Allie había elegido tener vistas al norte: el Empire State, Central Park, y más allá—. El mundo de los vivos no tiene el aspecto que tú recuerdas. Parece desvaído. Menos vivo de lo que debería.

Lo que decía Mary era verdad. El mundo de los vivos tenía un aspecto desvaído. Hasta la Torre de la Libertad, que se alzaba muy cerca de las torres en que se encontraban, daba la impresión de verse a través de una capa de niebla. Era evidente que pertenecía a otro mundo distinto: un mundo donde el tiempo corría hacia adelante, en vez de quedarse inmóvil conservándolo todo tal como era. O, por ser más precisos, tal como había sido una vez.

—Observa la ciudad —dijo Mary—. ¿Algunos de los edificios no te parecen más... reales?

Al mencionarlo Mary, Allie se dio cuenta de que había edificios que parecían más nítidos, más brillantes. No tenían que explicarle que eran edificios que habían cruzado Everlost al ser demolidos.

—A veces construyen nuevas cosas donde hay un edificio de Everlost —explicó Mary—. ¿Sabes lo que sucede cuando entras en un sitio de esos?

Allie negó con la cabeza.

—Que no ves el mundo de los vivos: ves Everlost. Cuesta mucho trabajo ver las dos cosas al mismo tiempo. Yo lo llamo «realidad dominante».

—¿Por qué no escribes un libro sobre eso? —espetó Allie.

—Ya lo he hecho —respondió Mary con una amplia sonrisita que dejaba claro que la suya era allí la realidad dominante.

—O sea que ya no vemos el mundo vivo con tanta claridad. Eso no significa nada.

—Significa que Everlost es el más importante de los dos mundos.

—Esa es una opinión.

Pensó que Mary iba a perder la calma y que se enzarzaría en una riña, pero la paciencia de Mary era eterna como la propia Everlost. Manteniendo el tono suave y bondadoso que utilizaba siempre, Mary señaló con un gesto la ciudad que se alzaba al otro lado de la ventana, y dijo:

—¿Ves todo eso? Dentro de cien años no quedará ninguna de todas esas personas, y mucho menos de los edificios serán demolidos para dejar sitio a otros. Sin embargo, nosotras seguiremos aquí. Este lugar seguirá aquí. —Se volvió hacia Allie—. Solo las cosas y los lugares merecedores de la eternidad cruzan a Everlost. Es una bendición que estemos aquí. No lo estropees pensando en volver a casa. Esta será tu casa durante mucho más tiempo que el llamado «mundo de los vivos».

Allie miró el mobiliario de la habitación.

—¿Qué es exactamente lo que ha hecho a esta mesa plegable «merecedora de la eternidad»? Habrá sido especial para alguien.

—O —repuso Allie—, simplemente dio la casualidad de que entró en un vórtice. —Levantó uno de los libros de Mary—. Lo has dicho tú misma.

Mary lanzó un suspiro:

—Pues sí.

—Corrígeme si me equivoco, pero ¿no te estás contradiciendo?

Mary siguió sin perder un ápice de su aplomo. De hecho, aceptó el reto mejor de lo que Allie esperaba:

Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

—Veo que eres lo bastante inteligente para saber que no hay respuesta sencillas —dijo Mary— Es cierto que a veces las cosas cruzan por accidente.

—¡Bien! Y no es una bendición que estemos aquí: es un accidente.

—Hasta los accidentes tiene un propósito divino.

—Si fuera así, no serían accidentes.

—Piensa lo que quieras —dijo Mary—. La eternidad es lo que es, y no la puedes cambiar. Estás aquí, y debes sacarle el mejor partido a la situación. Me gustaría ayudarte si me dejas.

—De acuerdo, pero solo una pregunta más: ¿se puede salir de Everlost?

Mary no respondió enseguida. Por un instante, Allie pensó que iba a decirle algo que no había escrito en ninguno de sus libros. Pero todo lo que dijo fue:

—No. Y con el tiempo conocerás por ti misma la realidad.

\*\*\*

En solo unos días, Allie, Nick y Lief llegaron a conocer todo lo que había que conocer sobre la vida en el mundo de Mary. La rutina diaria era simple: los niños jugaban en la plaza todo el día al balón, al corre que te pilló o a saltar a la comba, y al oscurecer se reunían todos en la planta setenta y ocho para escuchar historias que contaban otros niños, o para jugar a videojuegos, o para ver la única televisión que Mary había conseguido. Según Meadow, había niños que iban por el mundo buscando cosas que hubieran cruzado a Everlost y que después se las vendían a Mary. A esos niños los llamaban «descubridores». Un descubridor había traído una tele, pero esta solo emitía programas que habían puesto el día en que el televisor había cruzado Everlost. Todos los días en el horario de máxima audiencia ponían los mismos episodios de *Vacaciones en el mar* y de *Días felices*, y era de suponer que siguieran haciéndolo hasta el fin de los tiempos. Lo curioso es que algunos chicos los veían. Cada día. Como un reloj.

Nick vio la televisión durante varios días, fascinado más que nada con los anuncios y noticias viejas. Verlo era como entrar en la máquina del tiempo, pero incluso la máquina del tiempo resultaba aburrida cuando uno viaja constantemente al 8 de abril de 1978.



Allie prefería no ver la tele. Ella ya estaba notado algo intensamente incorrecto en el pequeño reino de Mary, aunque todavía no sabía decir exactamente lo que era. Tenía que ver con el modo en que las niñas saltaban a la comba y los niños veían todos los días aquella espantosa televisión.

Si para Nick había algo que estuviera mal, quedaba perdido entre todo aquello que estaba bien. La manera en que Mary pensaba siempre en los demás antes que en ella misma, la manera en que lograba que los niños se sintieran queridos, la manera en que se interesaba por él: Mary siempre se preocupaba por ir a ver a Nick y le preguntaba qué hacía, cómo se sentía, en qué nuevas cosas pensaba: además, le hablaba sobre un libro en el que estaba trabajando que versaba sobre distintas teorías que trataban de explicar por qué no había en Everlost nadie diecisiete años, cuando todo el mundo sabía que la mayoría de edad era a los dieciocho.

—Eso no es exacto —sugirió Nick—. Esa es la edad a la que se puede votar, pero la edad en la que se permite beber alcohol son los veintiuno. Por otro lado, en la religión judía la mayoría de edad es a los trece, y sé que aquí hay niños judíos de catorce años.

—Eso sigue sin explicar por qué no son admitidos en Everlost los que superan nuestra edad.

«Admitidos en Everlost», pensó Nick. Eso sonaba mucho mejor que «perdidos en el camino al cielo». Debido a sus propias tendencias pesimistas, a Nick le resultaba gratificante el modo que tenía Mary de ver las cosas.

—Tal vez —sugirió Nick— se trate de algo muy personal. Tal vez se trate del momento en que uno deja de verse a sí mismo como niño.

Stradivarius, que andaba por la puerta, se rio por lo bajo. Se había estado riendo por lo bajo de todo lo que decía Nick.

—Stradivarius, por favor —le dijo Mary—. Aquí valoramos la libre expresión de las ideas.

—Aunque sean ideas idiotas? —preguntó Stradivarius.

Nick no podía comprender por qué Mary tenía allí a Stradivarius. Por supuesto que tenía talento musical, pero eso no compensaba su actitud.

Mary se llevó a Nick para mostrarle cómo se fabricaban sus libros. La editoria estaba en la planta sesenta y siete. Había allí una treintena de niños, todos sentados en pupitres de colegio. Parecía una clase de caligrafía.

—Todavía no hemos encontrado una imprenta que haya cruzado a Everlost —le dijo—. Pero no pasa nada: ellos disfrutaban copiando a mano.

Y, desde luego, los niños de la editorial parecían emocionados con su trabajo, como antiguos amanuenses copiando en pergaminos las Escrituras.

—Se encuentran cómodos en la rutina —explicó Mary, y Nick lo aceptó sin pensar más en ello.

Pero Allie había empezado a comprender la naturaleza de las rutinas en las que aquellos niños se encontraban cómodos. Un día cogió a Nick en un momento en que no iba detrás de Mary.

—Quiero que te fijas en ese niño —le dijo a Nick—. Vamos a seguirlo.

—¿Para qué?

—Ya lo verás.

No es que Nick tuviera ganas de seguir a nadie, pero tampoco tenía nada importante que hacer, así que habría jugado a cualquier cosa que le hubiera propuesto Allie, sin embargo, no se trataba de ningún juego, sino de algo muy serio. El niño en cuestión, que tendría unos siete años, estaba en la plaza jugando al *kickball* con otra media docena de chicos.

—¿Qué es lo que buscamos —preguntó Nick, perdiendo la paciencia.

—Mira —dijo Allie—. Su equipo va a perder por nueve a siete.

—¿Qué me quieres decir? ¿Adivinas el futuro?

—Más o menos —respondió Allie—. Sobre todo cuando no hay futuro.

—¿A qué demonios te refieres?

—Vamos a seguirlo.



Ahora Nick estaba intrigado. Guardando cierta distancia, siguieron al niño a vestíbulo de la Torre Dos, donde se habían reunido algunos niños con una baraja para jugar a las familias.

Allie y Nick se escondieron detrás de un pilar, aunque eso no era necesario, pues los niños no parecían notar que los observaban, o si lo notaban, les daba igual.

—Va a pedir treses —dijo Allie.

—¿Tienes treses? —preguntó el niño a la niña que estaba a su lado.

—No tengo —le susurró Allie a Nick—. ¿Tú tienes sietes?

—No tengo —respondió la niña—. ¿Tú tienes sietes?

Ahora Nick estaba un poco asustado.

—¿Cómo sabías que iba a decir eso?

—Porque es lo mismo que dice todos los días. La misma puntuación en el *kickball*, el mismo juego de cartas...

—¡No es posible!

—Mira —dijo Allie—. Dentro de un instante, el niño al que hemos seguido tirará las cartas y acusará a la niña de hacer trampas. Entonces saldrá corriendo por la tercera puerta giratoria a la izquierda.

Sucedió tal como había dicho Allie.

Era la primera vez desde que llegaron al mundo de Mary que Nick se sentía incómodo:

—Es como... es como...

Allie terminó la frase por él:

—Es como si fueran fantasmas. —Que, claro está, es lo que eran—. Ya sabes cómo ven a los fantasmas: la gente dice que ven a un fantasma haciendo lo mismo en el mismo lugar un día tras otro.





Nick no quería dejar las cosas así. Corrió hacia el niño antes de que llegara a la puerta giratoria. —¡Oye! —le dijo Nick—. ¿Por qué abandonas el juego?

—¡Están haciendo trampas! —respondió.

—¿A que no eres capaz de volver?

El niño lo miró con un poco de miedo.

—No, no quiero.

—Pero, ¿no jugaste ayer la misma partida? —preguntó Nick—. ¿No te engañaron ayer de la misma manera?

—Sí —respondió el niño como si nada—. ¿Y...?

El niño empujó la puerta giratoria y desapareció por el otro lado.

Allie se acercó a Nick.

—Me junté para jugar con ellos hace unos días. Eso les sacó por el momento de sus casillas, pero al día siguiente volvieron a la misma rutina de siempre.

—Pero no tiene sentido...

—Sí que lo tiene —repuso Allie—. He estado pensando mucho en ello. ¿Sabes cuando estas escuchando música y se raya el disco? Bueno, pues es como si nuestra vida fuera un disco que se ha rallado en la última nota. Nunca llegamos al final, nos quedamos atascados. Y si no tenemos cuidado empezamos a entrar en un bucle y hacer lo mismo una vez y otra, y otra.

—Porque nos encontramos «cómodos en la rutina...» —dijo Nick, repitiendo las palabras de Mary—. ¿Es eso lo que nos va a pasar a nosotros?

—No si yo puedo evitarlo.



## CAPITULO 9

## EL BUCLE INTERMINABLE

Transcrito por cris273 y Dianis

76

Nick pasó los días siguientes observando a neoluces por los dominios de Mary, y eso le confirmó lo que Allie le había mostrado. Para aquellos niños, cada día se había convertido en una repetición del mismo día, y aunque hubiera querido preguntarle a Mary sobre el particular, no lo hacía porque sabía que ella encontraría el modo de darle un giro a la cosa para mostrarle el lado positivo y maravilloso. Prefería digerirlo y meditar sobre ello durante un tiempo él solo, sin la ayuda de Mary.

Sin embargo, eso no quitaba para que intentara pasar con ella todo el tiempo posible. Mary no era rutina. Cada día era diferente para ella: los niños a los que dedicaba su tiempo, las cosas que hacía... Era un alivio para Nick saber que la repetición interminable no era una tendencia inevitable. Las personas tenían capacidad de elección, si eran lo bastante fuertes.

A Nick le irritaba constantemente que Mary y él nunca pudieran pasar un rato solos. Dondequiera que se encontrara Mary se encontraba también Stradivarius, como un mayordomo. O como un perrito faldero. Pegársele a Mary evitaba que la vida de aquel niño se volviera repetitiva como la de los otros, aunque Nick hubiera deseado que Stradivarius se encerrara en algún cuarto para tocar a Beethoven para las paredes una y otra vez durante unos cientos de años.

—¿Tienes que ir con ella a todas partes? —le preguntó Nick—. ¿Nunca quieres hacer algo diferente?

Stradivarius se encogió de hombros:

—Me gusta lo que hago. —Después estudió a Nick con mirada fría—: Tú pasas mucho tiempo con Mary —observó—. Tal vez es el momento de que hagas otra cosa distinta.

Nick no podía comprender bien las emociones de Stradivarius, pero sí sabía que eran emociones desagradables.

—Este es un mundo de espíritus libres. Yo hago lo que quiero —repuso Nick—.

Un lugar lleno de misterio  
EVERLOST

—Ella se cansará de ti —dijo Stradivarius—. Le caes bien porque eres nuevo, pero no serás nuevo eternamente. Pronto no serás más que otra neoluz cualquiera, y ella no se acordará ni de tu nombre. Sin embargo, yo seguiré aquí.

Nick resopló al oír aquella idea.

—No olvidará mi nombre.

—Sí que lo hará. Hasta tú lo olvidarás.

—¿De qué me estás hablando?

—Tu ropa y tu cara de chocolate cruzaron contigo, pero tu nombre no lo ha hecho. No realmente. Nuestros nombres se desvanecen como cualquier otro recuerdo. No falta mucho para que todo el mundo te llame Chocolate. O Nestlé.  
—Stradivarius sonrió, pero no era una sonrisa agradable—: Sí, eso es: te llamarán Nestlé.

—No, eso no pasará. Y yo no olvidaré mi nombre.

—¿Estás seguro? —preguntó Stradivarius—. ¿Cómo te llamas?

Iba a responder de inmediato, pero no lo consiguió. No fue más que un segundo, pero un segundo es mucho tiempo cuando se trata de recordar tu propio nombre:

—Eh... eh... Nick. Me llamo Nick.

—Vale —dijo Stradivarius. Y después le preguntó—: ¿Y tu apellido?

Nick abrió la boca, pero volvió a cerrarla sin decir nada. Porque no lograba recordar.

Cuando Mary llegó, notó de inmediato el aspecto afligido de Nick.

—Stradivarius, ¿has estado fastidiando a nuestro nuevo amigo?

—Solo hablábamos. Si a él le parece que lo estaba fastidiando, es problema suyo.

Mary se limitó a negar con la cabeza, y le dio a Stradivarius un beso en su pelo rubio y rizado. Mientras ella lo hacía, Stradivarius le dirigió a Nick una sonrisa de placer como para hacerle rabiarse.

—¿Te acompañas al vestíbulo? Me está esperando un descubridor, y sospecho que tiene cosas interesantes que vender.

Stradivarius avanzó un paso.



—No, Stadivarius, no te decía a ti. Tú ya has visto muchos descubridores, pero he pensado que a Nick le podría interesar aprender a negociar con ellos.

Entonces le tocó a Nick hacerle rabiar con una sonrisa.

En cuanto se cerró la puerta del ascensor y Stradivarius quedó fuera de la vista, Nick lo apartó de la mente, olvidando todo lo que había dicho: no solo lo que había dicho sobre su nombre, sino también aquella certeza de que Mary se cansaría de él. Al fin y al cabo, Stradivarius no tenía más que nueve años. Era un niño pequeño, y tenía celos de niño pequeño: nada más.

Lo que Nick no había comprendido era que Stradivarius tenía nueve años desde hacía ciento cuarenta y seis años. Las emociones de un niño pequeño no se conservaban bien después de siglo y medio. Si lo hubiera comprendido, las cosas podrían haber ido de otro modo.

\* \* \*

Lief estaba en la sala de juegos, mirando la pantalla del videojuego, sin atreverse a parpadear: «Mover el mando a la derecha. Arriba. A la izquierda. Comer la gran bola blanca. Las cositas peludas se vuelven azules. Comer cositas peludas hasta que empiezan a parpadear. A continuación, huir de ellas».

Lief se había convertido en un adicto al Comecocos.

No se sabía cómo había cruzado el viejo Comecocos, hacía ya bastantes años. Mary se lo había comprado a un descubridor especializado en encontrar aparatos electrónicos que hubieran cruzado a Everlost. Los aparatos electrónicos no cruzaban con frecuencia. Es cierto que durante años la gente apreciaba sus gramófonos, vitrolas, estéreos 8, o sus iPods, pero al final nadie adoraba aquellas cosas con el tipo de enternecida devoción que podía provocar el cruce del aparato a Everlost. No se rompían los corazones por un lector de CD estropeado. Simplemente lo cambiaban por otro, y no volvían a acordarse del viejo. Por ese motivo, la electrónica que había en Everlost era principalmente el resultado de la actividad de manchas solares.

Mary se enorgullecía de estar al tanto en materia de electrónica, algo que hacía para que las almas verdes que llegaran pudieran sentirse de algún modo como en casa. Había requerido esfuerzo y paciencia, pero con los años había conseguido una colección de videojuegos, y había convertido la planta sesenta y cuatro en un salón de juegos. También había incontables discos de vinilo que habían cruzado,

porque la gente realmente adoraba su música. Sin embargo, aún tenía que encontrar un tocadiscos en el que ponerlos.

«Arriba. Izquierda. Cómete la gran bola blanca. Las cositas peludas se vuelven azules. Cómete las cositas peludas hasta que empiecen a parpadear. Huye».

Una y otra vez. La repetición no tenía para Lief tanto de tranquilizadora como de compulsiva. No podía parar, ni quería hacerlo. Nunca.

Estaba claro que en el bosque había sido una persona de costumbres fijas. Se columpiaba en los árboles, jugando a sus juegos él solo, los mismos juegos día tras día, pero aquello era realmente distinto: las actividades que llevaba a cabo en su bosque no tenían nada de apremiante; sin embargo, la interminable estimulación de aquella máquina moderna reclamaba su atención de un modo que no había conocido en el bosque. Algunos niños le decían que se trataba de una antigualla, pero eso a Lief no le importaba: el juego era completamente nuevo para él.

«Arriba. Abajo. Izquierda. Derecha. Comer. Correr».

—Lief, ¿qué estás haciendo? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Apenas fue consciente de la voz de Allie. Ni siquiera se volvió para mirarla:

—Un rato —le contestó.

«Arriba. Izquierda. Abajo».

—Creo que llevas cinco días delante de esa máquina.

—¿De verdad?

—Eso no está bien. ¡Tengo que sacarte de aquí! ¡Todos tenemos que salir de aquí!

Pero Lief dejó de escuchar, porque aquellas curiosas cositas peludas se habían puesto de color azul.

\* \* \*

Hacía mucho tiempo que las almas verdes no producían semejante efecto en Mary. Lief no era un problema: él simplemente despertaba en Mary los sentimientos maternos que ella albergaba hacia todos los niños que tenía a su

cuidado; pero Allie, con sus incesantes preguntas y sus neuróticas esperanzas, le provocaba reacciones que preferiría haber olvidado, y creía haberlo hecho: reacciones de duda y de frustración, y remordimientos tan profundos como altas eran sus torres.

Y luego estaba Nick. Los sentimientos que despertaba en ella eran de naturaleza diferente, pero igual de perturbadores. Él estaba tan sumamente vivo... En todo, desde su ansiedad a aquello de ponerse colorado en su presencia. Su memoria corporal de la vida resultaba tan atractiva, tan encantadora, que Mary hubiera podido pasar con él hasta el último minuto de su tiempo. Eso le parecía peligroso. Casi tanto como tener envidia de los vivos. Se contaban en voz baja historias de neoluces a las que la envidia de los vivos los había transformado en incubos: almas inútil y desesperadamente atadas a un receptor vivo. Aquellos era diferente, pero aún así era una debilidad, y en su posición ella no podía permitirse ser débil. Había demasiadas neoluces que necesitaban la fuerza que solo les podía dar la confianza en ella. Con todo aquello en la cabeza, se encontraba distraída y, cosa rara en ella, de mal humor. Y por eso, cuando nadie la veía, ni siquiera Stradivarius, descendió a la planta cincuenta y ocho, el lugar al que iba cuando necesitaba silencio y soledad.

La planta cincuenta y ocho estaba vacía el día en que las torres cruzaron a la eternidad. Por ese motivo no había tabiques que la dividieran, y así, con la excepción del núcleo en que se hallaba el ascensor, la planta entera era un espacio vacío de casi media hectárea.

Y aun así, Nick la encontró.

—Uno de los niños pequeños me dijo que tal vez estuvieras aquí —dijo al acercarse.

A ella le sorprendió que alguien supiera dónde iba. Aunque tal vez lo supieran todos, y simplemente la respetaran lo bastante para no molestarla. Vio cómo se acercaba él, con su suave resplandor visible a la luz del día, porque la planta era tan grande que la mayor parte de ella se hallaba en penumbra, pese a que había ventanas por los cuatro lados. Era evidente que Nick no se encontraba cómodo en aquel espacio.

—¿Por qué has venido aquí? Está tan... vacío.

—Tú ves el vacío —observó ella—. Yo veo las posibilidades.

—¿Crees que necesitarás todas estas plantas algún día?



—Ahí fuera hay otra neoluces, y cada día cruzan más a Everlost —explicó ella— Tal vez pasen miles de años hasta que necesitemos el espacio, pero está bien saber que cuento con él.

Mary dirigió la mirada a desvaído mundo de los vivos, deseando que Nick se fuera y al mismo tiempo que se quedara, y recriminándose el no ser capaz de mantener las distancias.

—¿Ocurre algo?

Mary meditó cómo responder, y al final decidió no hacerlo:

—Allie se va a ir, ¿verdad?

—Eso no quiere decir que me vaya yo.

—Allie es un peligro para sí misma —dijo Mary—. Lo que significa que también es un peligro para ti.

Nick no estaba preocupado:

—Solo quiere ir a casa y ver si su padre ha sobrevivido al accidente. ¿Qué tiene de malo?

—Alguna experiencia tengo respecto a volver a casa —dijo Mary, y notó que con solo aludir a aquella experiencia, el recuerdo, junto con todo el dolor que lo envolvía, se acercaba más.

Nick debió de percatarse de su emoción, porque le dijo:

—No tienes que contarlo si no quieres.

Y precisamente porque él tenía la bondad de no preguntarle, Mary se encontró contándoselo todo, con la misma sinceridad que hubiera mostrado ante un sacerdote. Se trataba de un recuerdo que había tratado desesperadamente de borrar pero que, como las manchas de chocolate que tenía Nick en la cara, cuanto más intentaba borrarlas, más imborrables se volvían.

—Yo morí un miércoles, pero no morí sola —le dijo Mary—. Como tú, yo tenía un compañero.

—Nosotros no éramos exactamente compañeros —le dijo Nick—. Allie y yo éramos completamente extraños hasta que ocurrió el accidente.

—Yo también tuve un accidente, pero mi compañero no era ningún extraño. Era mi hermano. El accidente fue culpa nuestra exclusivamente. Mikey y yo nos

dirigíamos a casa desde la escuela. Era un día de primavera, soleado pero fresco. Las colinas reverdecían. Aún recuerdo el olor de las flores silvestres que cuajaban los campos: es uno de los pocos olores que recuerdo del mundo de los vivos, ¿no es curioso?

—¿O sea que ocurrió en el campo? —preguntó Nick.

—No exactamente: había dos vías de tren, una al lado de la otra, que cruzaban el camino de tierra que llevaba a casa. Eran vías utilizadas más que nada por trenes de mercancías. De vez en cuando, sin motivo aparente, un tren de mercancías se detenía en la vía y se quedaba allí parado durante horas y horas. Eso era un incordio, porque bordear el tren a veces suponía caminar cerca de un kilómetro en cada dirección.

—¡No! —exclamó Nick—. ¿os metisteis bajo el tren?

—No, no éramos tan tontos, pero muy a menudo había algún vagón de carga con las puertas de ambos lados abiertas, de tal manera que permitía atravesarlo. Aquel día había uno. Mikey y yo habíamos reñido, no me acuerdo por qué, pero en aquel momento debía de parecernos algo importante, porque yo estaba furiosa y lo perseguía. Él corría delante de mí riéndose, y de pronto allí estaba aquel vagón, justo en medio del camino de tierra, con las puertas abiertas por ambos lados, como un túnel que daba al otro lado del camino. Mikey se subió al vagón. Yo subí justo detrás de él e intenté agarrarlo de la parte de atrás de la camisa mientras él cruzaba corriendo. No conseguí agarrarlo por muy poco. Mikey seguía riéndose, y eso me uso aún más furiosa. Saltó del vagón por el otro lado, y se volvió hacia mí.

Mary cerró los ojos: la imagen era tan intensa que podía verla proyectada en el interior de los párpados, como en una pantalla de cine. Como una peli, que decían los vivos.

—No tienes por qué contármelo —dijo Nick con amabilidad, pero Mary ya había ido demasiado lejos para detenerse.

—Si yo no hubiera estado tan furiosa, podría haber visto la repentina mirada de terror en los ojos de Mikey, pero no la vi. Estaba demasiado empeñada en atraparlo. Salté del vagón y le pegué un golpe en el brazo, pero en vez de devolvérmelo, él me agarró y fue entonces cuando comprendí algo que había olvidado: que había dos vías, una al lado de la otra. En una de ellas estaba el tren de mercancías que llevaba horas sin moverse, y por la otra pasaba un tren a toda velocidad. Acabábamos de saltar delante de un tren que no habíamos visto desde el otro lado del vagón. Cuando finalmente lo vi, ya era demasiado tarde. No llegué a notar cómo me golpeaba. En vez de eso, vi la repentina oscuridad de un túnel y

una luz muy, muy lejos, pero que se acercaba. Yo iba volando por aquel túnel pero no iba sola.

—Recuerdo ese túnel —dijo Nick.

—Antes de llegar a la luz, sentí que Mikey tiraba de mí. «¡No, no!», gritaba él, y tiró de mí y me hizo girar, y yo seguía tan furiosa con él que empecé a pelear. Lo golpeé a él y él me golpeó a mí, me tiró del pelo, yo lo empujé y, antes de darme cuenta, me vi a mí misma estrellándome contra las paredes de aquel túnel y perdiendo la conciencia incluso antes de caer al suelo.

—¡Eso es exactamente lo que nos ocurrió a Allie y a mí! —dijo Nick—. ¡Estuvimos nueve meses durmiendo!

—Nueve meses... —repitió Mary—. Mikey y yo despertamos en mitad del invierno. Los árboles estaban desnudos, las vías estaban cubiertas de nieve... Y, claro está, como les ocurre a tantas almas verdes, nosotros no podíamos comprender qué había sucedido. No comprendimos que estábamos muertos, pero sabíamos que algo no encajaba en absoluto. Sin pensar en otra posibilidad, hicimos lo peor que puede hacer una neoluz: regresamos a casa.

—Pero ¿no notabais que os hundíais en el suelo al caminar?

—El suelo estaba cubierto de nieve—explicó Mary—. Creímos que simplemente los pies se nos hundían en la nieve. Supongo que si nos hubiéramos dado la vuelta, habríamos notado que no dejábamos huellas tras nosotros, pero no se nos ocurrió mirar. Hasta que llegamos a casa no comprendí lo extraño que era todo. En primer lugar, la casa estaba pintada no del azul claro que siempre había tenido, sino de un verde oscuro. Toda la vida habíamos vivido con nuestro padre y el ama de llaves, pues nuestra madre había fallecido al dar a luz a Mikey. Padre no había encontrado nunca una nueva novia, pero todo eso había cambiado: allí estaba padre, sí, pero con una mujer a la que yo no conocía, y con sus dos niños. Estaban todos en mi casa, sentados a mi mesa, con mi padre. Mikey y yo sencillamente nos quedamos allí, de pie, y fue entonces cuando notamos que se nos hundían los pies en el suelo, y de pronto comprendimos, los dos a la vez, lo que había sucedido. Mi padre estaba hablando con aquella mujer, ella le dio un beso en la mejilla, y Mikey empezó a gritarles: «¿Qué haces, padre? ¿No me oyes? ¡Estoy aquí!». Pero padre no oía nada, ni veía nada tampoco. Y entonces la gravedad, la gravedad de la Tierra y la gravedad de la situación, todo se unió en una sola fuerza que tiraba de nosotros hacia abajo. Porque cuando uno va a su casa, Nick, el simple peso de su propia ausencia es tan insoportablemente pesado que empieza a hundirse como una piedra en el agua. Nada puede salvarlo entonces. Mikey fue el primero. Estaba allí, y un instante después se había



hundido hasta el cuello, y un poco después había desaparecido. Había desaparecido completamente. ¡Se había hundido completamente en el suelo!

—Pero tú no...

—Yo también me habría hundido —dijo Mary—, pero alcancé la cama. Como puedes comprender, al empezar a hundirme, mi reacción fue la que hubiera tenido cualquiera: agarrarme a lo que fuera. Yo ya estaba en la puerta del dormitorio de mis padres. Entré como pude, hundida ya hasta la cintura. Intentaba asirme a cualquier cosa, pero mi mano pasaba a través. Sin embargo, sí conseguí aferrarme a la pata de la cama de mis padres: era de sólido latón. Una solidez que pertenecía a Everlost. Me agarré y tiré de mi cuerpo hasta que conseguí subirme a la cama y tenderme sobre ella. Entonces me acurruqué y empecé a llorar.

—Pero ¿cómo...?

—Mi madre —respondió Mary sin esperar siquiera a que Nick terminara la pregunta—. Recuerda que ella había muerto dando a luz. Había muerto en aquella cama.

—¡La cama era un punto muerto!

Mary asintió con la cabeza.

—Me quedé así mucho tiempo, hasta que mi padre, sin saber que yo estaba allí, se metió en la cama con su nueva esposa. Yo no pude soportar verlos juntos, así que me fui. Para entonces ya me había recuperado lo suficiente como para que el peso de encontrarme en casa no resultara tan abrumador. Salí corriendo, y aunque me iba hundiendo rápidamente, no llegaba a hundirme del todo. Después me di cuenta de que cuanto más me alejaba de la casa, más fácil me resultaba caminar.

—¿Y tu hermano? —preguntó Nick en tono compasivo.

—Nunca volví a verlo —respondió Mary—: se hundió hasta el centro de la Tierra. Mary no dijo nada durante un rato muy largo. Notaba una incómoda pesadez allí donde una vez se había encontrado su estómago, pero el resto estaba infundido por una extraña y etérea sensación de ingravidez. Los espíritus de Everlost no flotaban en el aire tal como se imaginaban los vivos, pero en aquel momento tuvo la sensación de que hubiera podido hacerlo.

—No se lo había contado nunca a nadie, ni siquiera a Stradivarius.

Con suavidad, Nick le pasó la mano por el hombro:

—Comprendo que tuvo que ser horrible perder a tu hermano de ese modo —dijo—, pero tal vez, tal vez... yo pueda ser como un hermano para ti. —Entonces se acercó un poco más—. O... bueno... lo que quiero decir es... tal vez no como un hermano, sino otra cosa. —Entonces se inclinó hacia ella, y la besó.

Mary no supo cómo reaccionar. En los muchos años que había pasado en Everlost, había habido chicos que habían intentado besarla. Ella no estaba interesada en ellos, y siempre había encontrado la fuerza suficiente para apartarlos. Pero allí estaba un chico cuyo beso ella no quería rechazar. Por otro lado, tampoco deseaba que se le nublara el juicio con emociones desconocidas. Así que no respondió de ningún modo.

—Lo siento —dijo él con vergüenza, interpretando como desinterés su falla de respuesta.

—No te disculpes —fue todo lo que dijo Mary, pero se guardó sus sentimientos dentro de sí, muy constreñidos, igual que estaba constreñida ella en su vestido de terciopelo con encajes.

\* \* \*

El rechazo resultaba exactamente igual de humillante en muerte que en vida.

«Tiene que ser por el chocolate —pensaba Nick—. No, tiene que ser porque soy un año menor que ella. No: soy cien años menor que ella. Nick no esperó un ascensor, sino que subió la escalera de dos en dos escalones para regresar a su habitación, y cerró la puerta. Desde luego, Nick ya se había enamorado antes. Estaba aquella chica de Ciencias..., ¿o era de Historia? Ya no estaba seguro. Pero el caso es que aquello se había pasado. Allí en Everlost, sin embargo, no se pasaría nunca, y se preguntaba si sería capaz de desaparecer si lo intentaba con todas las fuerzas, porque ¿cómo iba volver a mirar a Mary a la cara, y mucho menos hacerlo durante el resto de la eternidad?

Mary, Mary, Mary. Tenía su rostro y su nombre guardados y asegurados en la mente... Y de pronto se dio cuenta de que no quedaba sitio para el nombre que realmente debería guardar allí, el nombre que aquel mocoso de Stradivarius estaba tan seguro de que olvidaría. Nestlé era como lo llamaban ahora los demás niños, pero ese no era su verdadero nombre, ¿verdad? Su nombre empezaba por N. Nate. Noel. Norman... ¡Estaba seguro de que empezaba por N!

\* \* \*

Mary sabía que las magistrales interpretaciones de Stradivarius podían siempre tranquilizarle el ánimo. Él era capaz de extraer los más dulces sonidos de su violín Stradivarius: el violín del que él había tomado su nombre en Everlost. Aquel día estaba tocando Las cuatro estaciones de Vivaldi, una de las obras favoritas de Mary. Se suponía que era para un cuarteto de cuerda, pero Stradivarius era el único intérprete de cuerda entre los 320 niños que estaban a su cuidado. Sin embargo, tenían muchos instrumentos. La gente amaba sus instrumentos musicales, y por eso eran muchos los que cruzaban a Everlost: una trompeta aplastada por un autobús, un piano que había caído de un decimosexto piso... De vez en cuando Mary intentaba formar una orquesta, pero a Everlost no llegaban suficientes niños con el talento ni el deseo de tocar en ella.

—¿Qué le gustaría que tocara ahora?

Mary estaba en las nubes, y ni siquiera se había dado cuenta de que Stradivarius había terminado de tocar.

—Lo que tú quieras, Stradivarius.

Él empezó a tocar una música triste y lastimera. Mary no pudo identificar el compositor, pero prefería algo más alegre.

—Nick tendría que estar aquí —dijo Mary—. Estoy segura de que a él también le encantaría oírte tocar.

El sentimiento que ponía Stradivarius en la obra decayó.

—Nestlé es un perro.

—Deberías hacer un esfuerzo para que te cayera bien —dijo Mary.

—Tiene la cara sucia, y no me gustan sus ojos.

—Es medio japonés. No debes tener prejuicios solo porque tenga un aire asiático en los ojos.

Stradivarius no respondió nada. Siguió tocando unos compases inquietantes, y después preguntó:

¿Por qué lo tienes siempre pegado a tus faldas? No sabe hacer nada. No es como otros niños. No es como yo.



Mary tenía que admitir que eso era cierto: Nick no era un espíritu sobresaliente. Pero ¿qué importancia tenía lo que supiera hacer? ¿Por qué no podía simplemente ser?

Mary se levantó y se acercó a una de las ventanas que daban a poniente. Era una tarde clara, y se podía ver Nueva Jersey al otro lado del río Hudson, aunque una leve bruma ocultaba el horizonte.

El mundo se había vuelto demasiado pequeño para los vivos. Los aviones desplazaban a la gente de un lado al otro del país en cuestión de horas. Se podía hablar con gente que estuviera en cualquier parte del mundo con tan solo apretar las teclas del teléfono, y ahora esos teléfonos ni siquiera estaban conectados por cables. Everlost no era así. Seguía siendo una selva inexplorada llena de niños salvajes y de incógnitas. Mary conocía a muy pocos niños más allá de su ámbito de influencia. Aun después de todos los años transcurridos allí, sus exploraciones eran limitadas, porque la seguridad requería atrincherarse en un sitio y viajar lo menos posible. Al mudarse del edificio de apartamentos de Everlost que había ocupado durante tantos años a las Torres Gemelas, Mary había ampliado su imperio y había arrastrado con ella a muchos más niños de los que habían estado anteriormente bajo su protección. Aun así, la única información que tenía del mundo más allá de las torres provenía de los descubridores. Más que nada, ellos contaban rumores. A veces le gustaba lo que oía, pero a veces no.

Entonces se le ocurrió una idea: una idea maravillosa que le proporcionaría a Nick un propósito y una razón para ser algo más que uno entre tantos.

—Los descubridores me han dicho que mis libros se leen ya en lugares tan lejanos como Chicago —le dijo Mary a Stradivarius—. Eso significa que en otras ciudades tiene que haber niños con necesidad de cuidados y de orientación, ¿no crees?

Stradivarius dejó de tocar.

—¿Estás pensando en irte de aquí?

Mary negó con la cabeza:

—No. Pero sí podría enviar a alguien de aquí. Alguien a quien pueda formar y enseñarle todo lo que sé. Esa persona puede establecer un asentamiento en alguna ciudad inexplorada. Tal vez Chicago.

A quién enviarías?

—Estaba pensando en Nick. Por supuesto, costará años formarlo de manera adecuada: diez, tal vez veinte. Pero no tenemos prisa.

Stradivarius se acercó a Mary, miró al brumoso horizonte, y volvió el rostro hacia ella.

—Yo puedo hacerlo —dijo él—. Y no se necesitarán años para formarme a mí.

Ella se volvió hacia él, sonriendo:

—Eres muy amable al ofrecerte.

—Pero yo puedo hacerlo —insistió él—. Puede que sea pequeño, pero los niños me respetan, ¿no? Me respetan incluso los mayores.

Ella le dirigió otra cálida sonrisa:

—Stradivarius, ¿cómo sería este lugar sin ti y tu violín? A mí me gustaría que estuvieras siempre aquí, tocando para nosotros.

—Para nosotros—repitió Stradivarius—. Ya veo.

Ella lo besó en la parte superior de la cabeza.

—Y ahora, ¿por qué no tocas otra cosa? Algo alegre.

Stradivarius empezó a tocar una melodía optimista, pero no dejaba de haber en la música un no sé qué de oscuro e indefinible.

\*\*\*

Allie no tenía dudas de que se iba a ir. No tenía ningún deseo de pasarse la eternidad atrapada en un bucle interminable, daba igual lo agradable que fuera ese bucle. Pero, por otro lado, era lo bastante lista como para no irse hasta haber obtenido aquello que buscaba por encima de todo: Información.

No información de «la señorita Mary», sino información de verdad.

Quiero enterarme de las cosas que no cuenta Mary!

Allie lo dijo en voz alta y sin miedo en lo que normalmente se llamaba «la planta de los adolescentes», ya que era allí donde solían reunirse los mayores del reino de Mary. Ninguno pareció reaccionar, pero un chico que jugaba al ping-pong perdió la concentración, y su pelota salió rebotando por toda la sala.

—No hagáis como si no me oyeráis, y no os creáis que ignorándome vais a conseguir que me vaya.

Como los más pequeños, también estos chicos habían quedado atrapados en la repetición, solo que a ellos no resultaba tan difícil sacarlos de su aletargamiento. Parecía que había allí unos pocos chavales de catorce años, otros de trece, y tal vez algunos de doce que anhelaban eternamente hacerse mayores. En total habría en el reino de Mary unos treinta chicos mayores, lo que constituía tan solo una décima parte de la población. Se preguntaba si serían simplemente menos los chicos mayores que se perdían de camino a la luz, o si ocurriría más bien que la mayoría de los chicos mayores no se quedaban mucho tiempo con Mary. Nick había dicho que Mary estaba escribiendo un libro sobre el tema. Allie se preguntaba si habría algún tema del que Mary no estuviera escribiendo un libro.

—Si hay algo de lo que no habla Mary, será por un motivo —dijo el chico del ping-pong.

Pero Allie tenía su respuesta bien preparada:

—Mary dice que hay cosas en las que no deberíamos pensar, y mucho menos deberíamos hacerlas. Pero ella no prohíbe nada terminantemente, ¿verdad?

—Porque siempre tenemos elección.

—Eso está bien. Y Mary respeta nuestras elecciones, ¿no?

Nadie dijo nada.

—¿No? —insistió Allie.

Sin mucho entusiasmo, los chicos se mostraron de acuerdo.

—Pueno, pues yo elijo hablar sobre esas cosas sobre las que no deberíamos hablar. Y, según sus propias reglas, Mary tendrá que respetar mi elección.



Varios de los chicos se quedaron algo confundidos, como correspondía. Eso estaba bien. «Agítalos un poco, haz que vean las cosas de un modo nuevo». Eso estaba bien.

Hubo una chica que dio un paso hacia delante. Era Meadow, la chica que habían conocido el día de su llegada.

—Venga, ¿qué te gustaría saber?

—Me gustaría saber algo sobre cómo se ronda a los vi-vos, y sobre cómo nos podemos comunicar con ellos. Quisiera saber si hay camino de regreso a la vida, porque, no importa lo que diga Mary, nosotros no estamos completamente muertos, o de lo contrario no estaríamos aquí. Quisiera saber algo sobre el McGill: ¿es real, o es solo algo inventado para asustar a los niños pequeños?

En aquel momento, toda acción se había detenido en la sala. Se habían roto las rutinas. Allie sabía que en cuanto se fuera, todo el mundo volvería a entregarse a ellas, pero de momento había logrado captar su atención. Un muchacho abandonó el billar y se acercó a Allie, pero no soltó el taco, como si pensara que podía necesitarlo para defenderse.

—Nadie sabe si el McGill es real —dijo—. Pero yo creo que lo es, porque Mary no habla de él. Si no fuera real, ella lo diría, ¿no?

Algunos otros mostraron su aprobación en murmullos.

—¿Y qué me dices de dejar Everlost? ¿Será posible volver a la vida?

Meadow dijo en voz alta, de manera categórica y poco agradable:

—Tu cuerpo está en una tumba, o peor aún, convenido en cenizas. No creo que quieras que te lo devuelvan.

—Ya, pero hay otras maneras de estar vivo... —dijo en voz baja un muchacho que estaba en un rincón. Cuando Allie se volvió hacia él, apartó la mirada.

—¿A qué te refieres con eso de «otras maneras»? —preguntó Allie. Como él no respondió, lo hizo Meadow:

No sabe lo que dice.

—Pero tú sí.

Meadow cruzó los brazos:

—Hay... habilidades... que unos tienen y otros no. No son habilidades buenas, y te traerán un montón de karma negativo. Mary las llama «artes criminales».

Todo el mundo había empezado a formar corro en torno a Allie y Meadow. Por la cara que ponían, parecía que algunos sabían de qué hablaban, aunque la mayoría no tenía ni idea.

—¿Qué clase de habilidades? —preguntó Allie—. ¿Cómo puedo saber si las tengo?

—Te irá mejor si no lo sabes.

—¡Perdonadme! —dijo una voz desde atrás. Todos se volvieron para ver a Stradivarius. No sabían cuánto había oído. Al instante Meadow puso distancia entre ella y Allie, y volvió al juego al que había estado jugando. El resto de los niños se apartó también de Allie, como si fuera venenosa—. Buenas noticias —prosiguió Stradivarius—. La señorita Mary acaba de comprarle a un descubridor una cesta de pollo frito. Dice que todos podremos dar un mordisquito.

La carrera hacia los ascensores casi se lleva consigo a Allie. Pese a las ganas que tenía también ella de probar aquel pollo, se resistió. Eso no le pasó desapercibido a Stradivarius, que aguardó pacientemente con ella a que llegara el último ascensor.

—¿Qué sucede? —le preguntó—. ¿Es que eras vegetariana cuando vivías?

Allie no supo si lo preguntaba en serio o sarcásticamente.



## Ascensor de bajada

Transcrito por SdM

92

**A** la mañana siguiente, Allie iba sola en un ascensor cuando en la planta noventa y ocho se subió un esqueleto humano.

Al verlo, Allie ahogó un grito.

— Tranquila— le dijo el esqueleto mientras se cerraban las puertas del ascensor.

Allie no tardó en comprender. No se trataba de ningún esqueleto humano en absoluto. Simplemente era un chico con maquillaje blanco por toda la cara y negro alrededor de los ojos, que llevaba un sencillo disfraz de esqueleto de Halloween. Su resplandor de neoluz completaba el efecto.

— Lo siento— dijo Allie—. Me has pillado desprevenida.

Había dos chicos que había tenido la malísima suerte de cruzar a Everlost en Halloween: aquel, y otro que tenía la cara pintada de verde y efecto despellejado. Todo el mundo los llamaba Skully y Molder3.

— Eh...— dijo Skully cuando se cerraron las puertas del ascensor—. He oído que preguntabas por las artes criminales.

— Sí— dijo Allie—, pero no sirve de nada preguntar si no contesta nadie.

— Yo puedo explicarte algo, pero no le digas a nadie que te lo he dicho yo.

La puerta del ascensor se abrió.

— ¿Te bajas aquí?— preguntó Skully.

Allie iba a la sala de juegos para intentar arrancar a Lief de su Comecocos, pero eso podía esperar. No salió nadie del ascensor, y las puertas volvieron a cerrarse.

— Cuéntame lo que sepas. Te prometo que no le diré a nadie que me lo contaste tú.

Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**



Skully apretó el botón del vestíbulo, y el ascensor comenzó su largo descenso.

— Hay un sitio a tres kilómetros de aquí... Es un edificio que cruzó hace mucho tiempo. Me parece que era una fábrica de encurtidos. En él vive un niño, lo llaman <<el Espectro>>. Enseña a la gente a hacer cosas.

— ¿Como qué, exactamente?

— Cosas paranormales, ectorrobo, secuestro de piel, lo que quieras...

— No sé qué es nada de eso.

Skully lanzó un suspiro de impaciencia:

— Puede enseñarte a mover cosas en el mundo de los vivos, a hacer que te oigan, e incluso que te vean. Dicen que hasta puede entrar en el mundo de los vivos y sacar cosas de él. Puede hacer realmente que las cosas crucen a Everlost.

— ¿Y puede enseñar todo eso?

— Eso me han dicho.

— ¿Lo has visto alguna vez?— preguntó Allie.

El muchacho retrocedió un poco:

— He visto chicos que han ido allí. Pero no han vuelto.

Allie se encogió de hombros:

— Tal vez después de visitar al Espectro hayan encontrado algo mejor que esto. Tal vez no hayan regresado porque no querían.

— Tal vez— dijo Skully—. Si quieres, te daré la dirección.

Allie iba a preguntarle más, pero se abrieron las puertas, él salió, y entró un tropel de niños que querían subir del vestíbulo a las plantas superiores.

\* \* \*

«Nick. Nicky. Nicholas».

Le había costado horas recordar su nombre y, ahora que lo había conseguido, no pensaba dejar que se le volviera a escapar. Su nombre era Nick. Nick lo que fuera. Era un apellido japonés, porque su padre era japonés. Su madre era caucásica, aunque ya no recordaba muy bien los detalles de la cara de ninguno de los dos,

pero eso era una batalla para otra ocasión. En aquel momento, retener su nombre de pila era una tarea que reclama toda su atención.

«Nick. Nicky. Nicholas».

También recordaría su apellido. Lo conseguiría. Tenía que conseguirlo. Recuperaría su apellido aunque para ello tuviera que ir a visitar su tumba y leerlo allí. Guardaría su nombre y su apellido para que nadie lo volviera a llamar Nestlé, ni Lindt, ni Cadbury, ni ninguna otra cosa más que «Nick, Nicky, Nicholas».

Cogió pedacitos de papel de su habitación, escribió su nombre en ellos una y otra vez, y metió una tira diminuta en cada uno de sus bolsillos, y otra en cada cajón, otra bajo el colchón, e incluso bajo los cojines del sofá en que dormía Lief. A Lief no le importaría. De todas formas, llevaba días sin aparecer por la habitación.

«Nick, Nicky, Nicholas. Quizá incluso Nico».

Lo interrumpió Allie aporreando la puerta. Sabía que era Allie porque era la única que aporreaba la puerta de aquel modo. Mary llamaba de modo suave y discreto. Allie golpeaba como si quisiera echar la puerta abajo.

— ¡Estoy ocupado!— dijo Nick—. Vete.

Pero ella siguió golpeando la puerta, y tuvo que dejarla pasar.

Cuando Allie entró, miró a su alrededor, como si algo no estuviera bien.

— Nick, ¿qué estás haciendo?

Nick también miró a su alrededor, y por primera vez vio lo que había hecho. Había pedacitos de papel por todas partes, no solo dentro y debajo de las cosas, sino por toda la habitación. Parecía como si el lugar entero estuviera lleno de manchitas de nieve. No solo había utilizado el papel de los cajones, sino que había rasgado todas las páginas de todos los libros de las estanterías. Los libros de Mary. Los había rasgado y convertido en tiras de papel y en cada pedacito había escrito «Nick», por delante y por detrás.

Hasta aquel instante no se había dado cuenta de que era de día. ¿No había empezado el anochecer? ¿Se había pasado toda la noche haciendo aquello? Se quedó sin palabras. No tenía ni idea de cómo había podido suceder tal cosa. Era como si hubiera entrado en trance, un trance que solo había roto la llegada de Allie. Y lo más extraño era que una parte de él quería echarla fuera de la habitación para regresar a su labor. A su importante labor: «Nick, Nicky, Nicholas». Igual que los niños que jugaban al kickball, o los que veían Vacaciones

en el mar todos los días hasta el fin de los tiempos, él había encontrado su «nicho», y ni siquiera se había dado cuenta.

Miró a Allie como suplicando, abriendo la boca pero sin ser capaz de decir nada. Sentía una especie de vergüenza que no podía explicar.

— No te preocupes— le dijo Allie—. Nos vamos de aquí.

— ¿Qué?

— Ya me has oído: nos vamos.

Nick se resistía. ¿Irse de allí? ¿Dejar a Mary?

— ¡No! Yo no quiero irme.

Allie lo miró como si fuera un enfermo mental. Y tal vez lo fuera.

— ¿Qué quieres hacer? ¿Quedarte aquí escribiendo tu nombre eternamente?

— Le dije a Mary que no me iría.

Pero entonces pensó que eso había sido antes de que ella rechazara rotundamente su lamentable acercamiento.

Allie puso mala cara, y Nick creyó que iba a empezar a despotricar sobre la malísima persona que era Mary, y bla bla bla, pero no lo hizo. En vez de eso, dijo:

— Si de verdad quieres impresionar a Mary..., si realmente quieres serle útil, entonces tienes que adquirir alguna habilidad.

— ¿Qué quieres decir?

— ¿No te gustaría poder hablar con los vivos, o aún mejor, poder entrar en su mundo y sacar cosas de él?

Nick negó con la cabeza:

— Pero... ¡eso es ectorrobo! ¡Mary lo detesta!

— Ella solo odia porque aquí no hay nadie que sepa hacerlo, y solo porque ella lo llame «artes criminales» no tienen por qué serlo. Solo serán criminales si uno las usa para fines criminales. Piensa en ello, Nick. Si vienes conmigo y aprendes todo lo que hay que saber, podrás volver con comida y juguetes para todos sus niños. A Mary le podrás traer una docena de rosas que no se marchitarán nunca. Entonces significarás algo para ella.



Nick encontró aquello irresistiblemente tentador. Cuanto más lo pensaba, más difícil le resultaba decir que no.

— ¿Quién va a enseñarnos eso?

— Conozco a alguien que conoce a alguien— dijo Allie.

Nick miró la habitación, cubierta de pedacitos de papel. Si la alternativa era pasarse así la eternidad, tal vez hubiera llegado el momento de confiar en Allie y demostrar su valor.

— ¿Y...?

— Vamos— dijo Allie—. Seguiremos hablando de camino a la sala de juegos.

\* \* \*

Uno ya estaba, faltaba el otro. Allie encontró a Lief exactamente donde esperaba: prácticamente pegado a la máquina de marcianitos.

— ¿Lief?

— Dejadme solo, tengo que superar este nivel.

— Lief, ese juego es tan viejo que los vivos ya no juegan a él. Esto ni siquiera es «retro», ¡es prehistórico!

— ¡Deja de molestarme!

Con los brazos cruzados, Nick apoyó la espalda contra un lado de la máquina:

— Ha encontrado su nicho— dijo Nick. — Igual que yo he estado a punto de encontrar el mío.

— No es un nicho— dijo Allie—, es un círculo. Mary puede pensar que está bien, pero no lo está. — Allie sabía ya que del mismo modo que el agua siempre busca el camino más bajo, las almas de Everlost tienden a formar un círculo que se convierte en una zanja, y esta después en un desfiladero, y cuanto más profundo se hace, más difícil es salir de él. Allie lo sabía, igual que sabía que Lief, si lo dejaban, seguiría jugando a aquel juego hasta el fin de los tiempos.

— ¡Esto no está bien, Lief!

— ¡Marchaos.

Ella se fue a la parte de atrás de la máquina para desenchufarla, pero se dio cuenta de que ni siquiera estaba enchufada, y lamentó que las leyes normales de

la física no tuvieran aplicación en Everlost. Las máquinas no funcionaban porque estuvieran conectas a una fuente de energía, sino porque de algún extraño modo, recordaban cómo funcionar.

Allie meditó un instante, y después dijo:

— ¡Nos vamos a un lugar que tiene juegos aún mejores!

— No le digas mentiras— repuso Nick. Pero ella había conseguido atrapar la atención de Lief. La estaba mirando a ella en vez de a la máquina. Tenía los ojos vidriosos y la expresión nublada, como si acabara de despertar de un sueño muy, muy profundo.

— ¿Juegos mejores?

— Escúchame— le dijo Allie—, tú me salvaste la vida antes de que llegáramos aquí. Ahora me toca a mí salvarte la tuya. No pierdas el alma por una máquina Comecocos.

En la pantalla, su Comecocos fue atrapado por uno de los seres peludos, y murió. Juego terminado. Pero, como todo lo demás en el mundo de Mary, no había terminado, porque volvía a empezar. No eran necesarias las treguas. Lief se volvió para mirar con ansia el videojuego, pero Allie le puso la mano en la mejilla y volvió su rostro para que la mirara a ella.

—Nick y yo vamos a aprender a rondar a los vivos. Quiero que vengas con nosotros. Por favor...

Allie pudo distinguir el instante en que Lief se desprendía de las arenas movedizas de su propia mente:

—Yo no te salvé la vida— repuso él—. Para eso ya era demasiado tarde. Pero te salvé de un destino peor que la muerte.

Ella no pudo evitar pensar que acababa de hacer lo mismo por él.

\* \* \*

En el fondo, Nick sabía que irse a conocer al Espectro era traicionar a Mary, pero si Allie no se equivocaba, las habilidades con las que regresaría valdrían la pena. Mary lo perdonaría, puesto que formaban parte de su carácter la capacidad de perdonar y de aprobar las acciones de los demás. Nick sintió un cosquilleo nervioso de impaciencia, que reconoció como una buena sensación: era casi como estar vivo.

Allie tenía la dirección que le había dado Skully. No era demasiado lejos, pero no había un momento seguro para abandonar las torres. Como Everlost era un mundo de insomnes, siempre había alguien allí para ver cualquier movimiento que hicieran. Decidieron salir a las tantas de la noche, durante la tormenta. De ese modo, los niños no estarían jugando fuera, y cuando cruzaran la plaza nadie podría verlos a ellos ni su resplandor de neoluz a través de la lluvia desde las plantas superiores. Si no perdían tiempo, tampoco los verían los vigías. Mientras descendía el ascensor, Nick se volvió para decirle a Allie:

—Tendría que verme un psiquiatra por lo que estoy haciendo.

—Será divertido— dijo Allie—. ¿Bien, Lief?

—Sí— contestó Lief, aunque no parecía muy convencido.

Pese a que la lluvia ni siquiera mojaba el mármol de la plaza, los rayos y truenos eran tan reales en Everlost como en el mundo de los vivos. Tras un relámpago, aguardaron a oír el trueno antes de salir, y se encaminaron hacia el norte, sin mirar atrás.

Porque si hubieran mirado atrás, habrían visto a Stradivarius, que los espiaba desde la segunda planta, viéndolos partir. Junto a él estaba Skully. En cuanto Allie, Nick y Lief se perdieron de vista, Stradivarius le entregó a Skully un caramelo de cereza: su recompensa por un trabajo bien hecho.







«No hables de las artes criminales— escribe Mary Hightower en su folleto *Los males paranormales*—. No hables de ellas, no pienses en ellas, y sobre todo, no intentes aprenderlas. Intentar influir en el mundo de los vivos solo te acarreará sufrimientos».



## Capítulo 11

## EL Espectro

100

*Transcrito por Anaid.*

La lluvia no había caído sobre Nick y Allie desde antes de cruzar a Everlost. Y la expresión «calados hasta los huesos» cobraba un significado completamente nuevo cuando la lluvia, de camino al suelo, pasaba a través de

—Es peor el aguanieve —dijo Lief.

La vieja fábrica de encurtidos estaba exactamente donde les había indicado Skully. Era un edificio de ladrillo blanco en Washington Street que, en algún momento de su existencia, había cruzado a Everlost. De modo inquietante, la pesada puerta de acero aparecía entreabierta. A Nick no le gustó su aspecto.

—¿Por qué tendré la sensación de que esto es una idea realmente mala?

—Porque —respondió Allie— eres un gallina con diploma.

Y por eso, para demostrar que no era ningún gallina, fue Nick el que abrió la puerta del todo. Fuera o no una mala idea, no habría más lamentos. Había tomado una decisión, y la llevaba a cabo.

En cuanto entró, lo invadió el aroma. En el aire flotaban succulentos efluvios de ajo y carne asada, que le impactaron con más ímpetu que la furiosa tormenta. Eran efluvios tan maravillosos que a Nick le temblaron las piernas.

Habían vaciado el edificio y no habían dejado de él más que ventanas cegadas, un suelo de cemento, y unas vigas negras que sostenían el piso superior. Del techo colgaba aquello que originaba los maravillosos efluvios: pollos

Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

asados, pavos, y pescados ahumados que colgaban de unos ganchos. Había también salamis enteros, que pendían de su cuerda.

—Entonces es cierto —dijo Allie en un susurro emocionado—. ¡El Espectro puede ectorrobar lo que quiera del mundo de los vivos!

—Nunca volveré a dudar de ti —comentó Nick.

—¡Vaya! —fue todo cuanto dijo Lief.

Estaban tan sobrecogidos por aquel festín colgante, que les llevó un buen rato ver la pequeña neoluz que permanecía sentada, con las piernas cruzadas, en el centro del suelo de cemento. Era como si estuviera congelada, como si no se hubiera movido de allí en años. Su resplandor tenía una tonalidad amarilla y se destacaba muy débilmente contra los grises muros.

—Os estaba esperando —dijo el Espectro.

Nick notó que los pies no le respondían, hasta que Allie le susurró al oído:

—Eso seguramente se lo dice a todo el que se presenta por aquí.

—¡Solo es un niño! —exclamó Lief, pero Allie le hizo callarse.

Los tres muchachos se acercaron a él. La luz era tenue, pero al aproximarse se dieron cuenta de que, aunque había muerto joven, el Espectro era un espíritu muy, muy viejo. Físicamente no podía tener más de seis años, y sin embargo producía tal sensación de edad que bien podría haber sido un viejo brujo lleno de arrugas. La ropa que llevaba ni siquiera parecía ropa de verdad. Eran pieles cosidas unas a otras, tal vez para protegerlo de una glaciación que hubiera tenido lugar veinte mil años antes.

—Decidme por qué habéis venido —dijo el Espectro con su aguda voz. No se le veía más que un diente. Tal vez fuera porque la mayor parte de los dientes de leche se le habían caído poco antes de que muriera.

—Hemos... hemos oído que puedes enseñar a rondar a los vivos —dijo Allie.

—Yo no enseño nada —repuso él—. O se tiene la habilidad, o no se tiene.

Entonces se llevó la mano al regazo y sacó una piedra pulida del tamaño de un hueso. El Espectro contempló la piedra un instante, como si contuviera toda la sabiduría del mundo, y entonces, con un movimiento suave, se la lanzó a Nick.

—¡Cógela! —dijo.



Nick levantó las manos, pero la piedra le atravesó el pecho, y cayó al suelo a sus espaldas. ¡No era una piedra de Everlost, era un objeto perteneciente al mundo vivo!

El Espectro se rio con su voz de niño muy viejo.

—Cógela. Tráemela —pidió.

—¿Cómo voy a cogerla?

—Igual que lo he hecho yo —explicó el Espectro.

Nick se dirigió hacia la piedra, se agachó, e intentó agarrarla. Sus dedos se cerraron en torno a ella, pero pasaron a través, tal como se había imaginado que ocurriría. Lo volvió a intentar, esta vez concentrándose. Nada. La piedra ni siquiera se movió ligeramente. «Bueno —pensó Nick—, ahora se dará cuenta de lo inútiles que somos, y empezará a enseñarnos».

Nick se irguió y se volvió hacia el Espectro, deseoso de empezar.

—No puedo —dijo Nick—. No puedo coger la piedra.

—En tal caso —dijo el Espectro—, para ti el curso ha terminado. —Entonces chasqueó los dedos, y se oyó como un trueno que no tema nada que ver con la atmósfera. La puerta de acero se cerró detrás de ellos. Por una vieja escalera de madera bajaron una docena de siluetas envueltas de pies a cabeza en una túnica negra, que se dirigieron directamente hacia Nick. Antes de comprender lo que sucedía, unas manos envueltas en guantes oscuros lo levantaron del suelo.

—¡Alto! ¿Qué hacéis?

—El precio del fracaso —dijo con calma el Espectro— es una eternidad para meditar en ello.

Y entonces levantaron a Nick por los pies y lo hundieron de cabeza en un tonel de salmuera que había cruzado a Everlost junto con el edificio. Estaba aún lleno de una viscosa agua salada. Entonces colocaron la tapa, y Nick se encontró sumergido en una oscuridad líquida y salada. Durante un instante horrible, pensó que se iba a ahogar allí, pero enseguida comprendió que no. La salmuera estaba dentro de él y también a su alrededor. Ocupaba el lugar en que deberían hallarse sus riñas, le llenaba la boca y la nariz, y sin embargo él no se ahogaba y nunca lo había.

Allie miró el tonel paralizada por la incredulidad, escuchando los gritos furiosos pero apagados que salían de su interior mientras los de las tunicas oscuras

clavaban firmemente la tapa. ¡Por eso nadie volvía cuando iba a ver al Espectro. ¿Cómo podía haber sido tan idiota de correr semejante riesgo? ¡Y de hacer que lo corrieran sus amigos! «Yo le he hecho esto a Nick —era lo único que podía pensar Allie—. Yo le he hecho venir aquí».

Allie miró el resto de los toneles. ¿Los habían llenado con aquellos que no superaban la prueba, niños incapaces de morir pero también incapaces de escapar, macerados para siempre en la salmuera de sus propios pensamientos?

—Ahora el otro chico —dijo el Espectro.

Lief negó con la cabeza:

—No. ¡No, yo no quiero! Solo quiero irme.

—Entonces tráeme la piedra y podrás irte.

Intentó mirar el rostro de los niños que lo rodeaban, pero ni siquiera parecían tener rostro debajo de aquellos oscuros envoltorios.

—No me gusta este juego —gritó Lief—. No quiero jugar.

—¡Déjalo irse! —exigió Allie—. ¿Qué clase de monstruo eres tú?

El Espectro se limitó a dirigirle una sonrisa de un solo diente, y se volvió de nuevo hacia Lief:

—La piedra.

Sin elección posible, Lief se dirigió hacia la piedra e intentó levantarla. Con cada intento lanzó un gruñido de frustración, y Allie pensó de pronto en aquella estúpida ma- quinita en la que una garra mecánica trataba de coger y levantar un juguete. La garra casi siempre subía vacía. Lo mismo le pasaba a Lief.

—¡Nooooo!

Los esbirros del Espectro estaban sobre él, y aunque Lief y Allie intentaran resistirse a ellos, eran demasiados. Chillando y dando patadas, Lief fue sumergido en otro tonel, y salpicó salmuera por el suelo hasta que clavaron la tapa. Allie podía oír los sollozos exhalados desde el interior de aquella espantosa salmuera.

Entonces los esbirros levantaron la tapa de un tercer tonel y esperaron.

—Tráeme la piedra —le dijo el Espectro a Allie.

Allie se enorgullecía de saber conservar la sangre fría en momentos de apuro, y de actuar cuando era realmente necesario. Tena que encontrar la solución. Tenía que encontrar el modo de sacarlos a todos de allí.

—Cogeré la piedra si tú sueltas a mis amigos.

El Espectro no se movió. Ni pestañeó. Allie sabía que no estaba en situación de negociar, pese a lo cual, el Espectro dijo:

—De acuerdo: tus amigos por la piedra.

No había más, entonces. Ella los había metido en aquel apuro, y solo ella podía sacarlos de él. Una piedra en el suelo. Parecía algo muy simple, pero alargó la mano hacia ella con el mismo terror con que habría intentado coger un carbón encendido.

Coger la piedra era como tratar de atrapar una sombra. Sus dedos pasaron a través de ella una y otra vez, y se enfadó contra la piedra: una estúpida pieza del mundo de los vivos, que se negaba a admitir que ella existía.

«¡Existo! —quiso gritarle—. ¡Existo y te moveré!».

Pero sus dedos seguían pasando a través de ella, una y otra vez.

—¡Ya es suficiente! —dijo el Espectro, y sus esbirros avanzaron hacia Allie.

—¡Muévete, piedra idiota, muévete!

Allie concentró cada ápice de su voluntad en las yemas de sus dedos, y los cerró de nuevo sobre la piedra pulida. Y de nuevo las yemas de los dedos le fallaron, pero esta vez la piedra tembló ligeramente.

Repentinamente, los esbirros dejaron de moverse y el Espectro se levantó. El mundo entero parecía pendiente de las yemas de los dedos de Allie.

—Vamos —dijo el Espectro.

Allie intentó tocar la piedra una vez más. Había conseguido que temblara ligeramente. La había movido, y saber que la había movido le proporcionaba un atisbo de fe en que podría volver a hacerlo. Esta vez intentó tocarla no solo con las yemas de los dedos sino con ambas manos, y trató de levantarla sobre las palmas.

«No dejaré a mis amigos en esos toneles —le decía a la piedra—. No seré la víctima de ese niño monstruoso: ¡LEVÁNTATE DEL SUELO!».



¡Y lo hizo! Aunque la piedra se le hundía bastante en sus manos fantasmales, ¡se alzó del suelo! Allie no permitió que la emoción quebrara su concentración. Agarró su voluntad con las manos, igual que hada con aquella piedra. Era pesada. Era tal vez la cosa más pesada que hubiera levantado en su vida, pero aquel peso no lo sentía en los músculos. Aquel era un peso que sentía en el alma, y la tensión era tan fuerte que le parecía que su espíritu se iba a desgarrar. Se aproximó lentamente al Espectro, y los esbirros retrocedieron.

—Aquí tienes la piedra —dijo ella. Él tendió la mano y ella posó las suyas sobre la de él. La piedra permaneció en sus manos solo un instante más, y después cayó a través de ellas a la palma abierta del Espectro. Él cerró la mano en torno a la piedra.

—Muy bien. Las habilidades se revelan mejor cuando uno no tiene más remedio que utilizarlas.

—Libera a mis amigos.

—Cinco años de estudio —dijo el Espectro.

—¿Qué?

—Has mostrado tu habilidad. Ahora debes desarrollarla y descubrir qué más habilidades tienes. Porque donde hay una habilidad, hay otras. Estudia conmigo durante cinco años y entonces liberaré a tus amigos.

Allie retrocedió un paso:

—Ese no fue el trato.

El Espectro no mostró ninguna expresión:

—Dije que los liberaría. No dije cuándo.

Esta vez, en lugar de dar con una salida inteligente y bien planeada a la situación, Allie intentó arremeter contra el Espectro, lo cual, por supuesto, no sirvió de nada, pues los esbirros estaban allí para sujetarla. Su fuerza no parecía natural, ni siquiera para los espíritus de Everlost, y no tardó en averiguar por qué. En sus forcejeos, Allie agarró la bufanda que cubría uno de los rostros, y lo que vio la aterrorizó. Tendría que haber comprendido desde el principio que algo no encajaba. Si las neoluces estaban condenadas a vestir la ropa con la que habían muerto, ¿cómo iba a encontrar el Espectro un grupo de esbirros que estuvieran todos ellos vestidos de negro? La explicación consistía en que no eran neoluces en absoluto. Eran cáscaras, y cuando Allie le quitó la bufanda a aquel rostro, vio

que no había ningún rostro dentro: lo único que había era la tela que se curvaba tras una cabeza que no existía.

Allie gritó, trató de alcanzar otros rostros, y uno tras otro fue viendo que no eran más que soldados vacíos, sin alma. Aquel truco era una de las habilidades del Espectro: envolver con ropa el aire vacío, crear soldados de la nada... Cuanto más gritaba Allie, más se reía el Espectro.

Unos guantes sin mano la agarraron firmemente y se la llevaron hasta la puerta.

—Vuelve cuando estés preparada para aprender —dijo el Espectro.

Entonces abrieron la pesada puerta de acero, la echaron a la calle, y cerraron tras ella de un portazo.

Allie intentó levantarse sobre los codos, pero se dio cuenta de que no podía, y vio que se estaba hundiendo en medio de una calle perteneciente al mundo de los vivos. Intentó liberarse, pero solo consiguió hundirse más en el asfalto, que parecía una brea líquida ansiosa de tragársela. Un camión de la basura pasó por allí, y sus ruedas le atravesaron la cabeza como si no existiera. Eso solo consiguió enfurecerla más. Se puso tan furiosa, que una de las ruedas de atrás reventó al pasar a través de ella. El camión pegó un frenazo y se hizo a un lado de la calzada.

—¿Esa rueda la he reventado yo?

Pero si lo había hecho, no se preocupó por ello. No podía preocuparse en aquel momento. Con tremenda fuerza de voluntad, tiró de sí hacia arriba. Hundida en el asfalto hasta la cintura, movió las piernas y presionó con las manos hasta que consiguió salir.

Corrió hacia la puerta de la guarida del Espectro. Por un instante olvidó que no se trataba de una puerta del mundo de los vivos, y se pegó contra ella, pensando que podía atravesarla. El batacazo contra el sólido acero fue tal que casi se cae de nuevo en la calzada. Golpeó la puerta una y otra vez, presionando además con el hombro. Intentó subir hasta alguna ventana para entrar por ella, pero estaban eternamente bloqueadas con barras de seguridad que habían cruzado a Everlost con el resto del edificio. Durante horas trató de encontrar la manera de entrar, y al rayo del alba no se encontraba más cerca de liberar a sus amigos que al comienzo.

Mientras la impenetrable oscuridad del cielo daba paso al variado gris de una mañana tormentosa, la lluvia se convirtió en aguanieve, y los pinchazos de las

gotas al atravesarla fueron como dardos de hielo. Era desagradable, pero no doloroso. No había nada de dolor, pero eso solo conseguía aumentar su rabia. Aquel estado de muerte y no muerte le robaba el derecho a sentir con su cuerpo, y eso volvía mucho más severa la angustia de su alma.

«Vuelve cuando estés preparada para aprender», le había dicho el Espectro, pero Allie ya sabía que nunca sería alumna suya. Ella no era un monstruo, y tampoco estudiaría lecciones de un monstruo. Sin embargo, volvería. Volvería con una fuerza de trescientos niños. Los niños de Mary. Si no había más remedio, arrancarían los ladrillos del edificio uno a uno, hasta que no quedara ni la sombra de la sombra de aquel lugar.

\* \* \*

Allie fue corriendo durante todo el camino de vuelta a la gran plaza de mármol que señalaba los límites de los imponentes dominios de Mary, y entró a toda velocidad por una de las puertas giratorias, ignorando las miradas de sorpresa de los niños que estaban de vigilantes. Se dirigió al ascensor a tal velocidad que se chocó contra la pared trasera. El ascensor recibió una sacudida, se cerraron las puertas, y en un instante empezó a subir.

Ella y Mary podrían haber tenido sus pequeñas diferencias, pero Allie confiaba lo suficiente en Mary para saber que se sacrificaría por la seguridad de los niños que estaban a su cuidado. Juntas se enfrentarían al Espectro y, quién sabe, tal vez eso crearía lazos entre ellas.

Comenzó por el piso superior, pero Mary no se encontraba en él. Solo había niños en aquel comedor sin comida, jugando a sus juegos matutinos.

—¡Mary! ¿Dónde está Mary? ¡Tengo que encontrarla!

Allie se dirigió a la planta de la sala de juegos, a la planta de la editorial, a la de la televisión, y allá donde iba la seguían los niños, pues su conmoción conseguía sacarlos de sus rutinas, igual que un tren levanta a su paso las hojas del suelo.

Mary no estaba por ningún lado.

Stradivarius, sin embargo, aparecía por todas partes. Allá donde ella iba, Stradivarius parecía encontrar siempre un camino para llegar primero.

—Mary sabe dónde habéis ido esta noche —le explicó Stradivarius—. Lo sabe todo el mundo.

Allie observó a los niños que estaban a su alrededor, y comprendió, por el modo en que la miraban y por la distancia que guardaban, que se había convertido



de pronto en una intrusa, en alguien que daba miedo. En alguien en quien no se podría confiar.

—Mary no quiere hablar contigo —dijo Stradivarius—. Nunca.

—Escucha, asqueroso: ¡dime dónde está Mary, o te juro que te sacaré al mundo vivo y te hundiré en la tierra con tanta fuerza que no pararás hasta llegar a China! Como Stradivarius no respondió, Allie decidió averiguarlo por sí misma. Había oído que cuando estaba preocupada por algo, a Mary le gustaba pasear por las plantas vacías. Un rápido vistazo a la sala de control de los ascensores bastó para averiguar que todos ellos estaban parados en las plantas habituales, excepto uno, que descansaba en la cincuenta y ocho.

108

\* \* \*

Fue el vado lo primero que impresionó a Allie. Sabía que las plantas de las torres que no se usaban estaban varias, pero unas lo estaban más que otras. Cuando uno se hallaba en la gran extensión de cemento de la planta cincuenta y ocho, se sentía como si fuera el único ser en todo el universo.

Efectivamente Mary estaba allí, en un rincón apartado, contemplando por los ventanales el mundo a sus pies. Al volverse para ver a Allie, la expresión de su rostro se endureció. Empezaban a pararse en aquella planta otros ascensores, y además los niños bajaban en tropel por las escaleras para ver cómo se desarrollaba la escena.

Mary avanzó hacia ella con paso decidido y una expresión de tal dureza que Allie creyó que iba a abofetearla..., pero no lo hizo. En vez de eso, Mary se detuvo a cierta distancia. «A distancia de duelo», pensó Allie. La distancia a la que se enfrentaban dos hombres con pistola.

—Quiero saber dónde está Nick —dijo Mary. Allie vio que había estado llorando, aunque Mary intentaba que no se le notara.

—Necesito tu ayuda —dijo Allie.

—¡Primero dime dónde está Nick!

Allie dudó. Aquello no iba a resultar fácil.

—Lief y Nick han sido capturados por el Espectro.

Al oír la palabra «Espectro», muchos de los niños pequeños ahogaron un grito y se agarraron a otros más mayores.

Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

—¿No te lo dije? —preguntó Stradivarius—. ¡Ellos se lo buscaron!

—¡Cállate, Stradivarius! —Era la primera vez que Allie oía a Mary gritarle a Stradivarius. De hecho, era la primera vez que le oía gritar a nadie. Entonces Mary volvió su furia contra Allie—: ¡Fuisteis allí deliberadamente en contra de mis deseos y advertencias!

Allie no intentó negarlo:

—Lo sé. Lo siento, y si quieres puedes castigarme como te parezca, pero primero tenemos que rescatar a Lief y Nick.

—Fuiste tú quien los puso en peligro.

—Sí —admitió Allie—. Sí, es cierto. Fue un error, pero ahora...

Entonces Mary se volvió hacia todos los reunidos:

—Espero que esto sea una lección para todos: nada bueno sacaréis abandonando este lugar.

Allie empezaba a irritarse:

—Sí, de acuerdo. Soy el mal ejemplo que hay que evitar. Ahora ¿podemos empezar a pensar qué vamos a hacer?

Mary la miró con la misma tristeza que tenían sus ojos al mirar por el ventanal. Cayó de ellos una lágrima, y se la secó con la mano.

—No podemos hacer nada.

Allie oyó lo que dijo Mary, pero estaba convencida de que no había entendido bien.

—¿Qué?

—Nick y Lief están perdidos: tú los has perdido —dijo Mary. Y se volvió para irse.

Allie movió la cabeza hacia los lados en gesto de negación. Sintió deseos de atacar a Mary igual que había hecho con el Espectro, pero se contuvo.

—No! No..., tú no puedes dejarlos allí.

Entonces Mary se volvió hacia ella con auténtica ira:

—¿Te crees que no querría salvarlos? ¿Te crees que me hace gracia que Nick pase la eternidad preso por ese espíritu malvado?

—Entonces haz algo para evitarlo.

—Eso pondría en riesgo a todos los niños que hay aquí, y no seré yo quien haga tal cosa. ¡Yo los protejo! ¡No los envío ahí fuera a la guerra! El Espectro nos deja en paz a nosotros, y nosotros lo dejamos en paz a él. Así sucede con todos los monstruos. Incluso con el McGill. —Volvieron a oírse cuchicheos nerviosos ante la mención del McGill—. Ahí fuera el mundo no es un lecho de rosas, por si no lo sabes —explicó Mary—. Algunos se hunden y no regresan nunca. Otros son capturados y tampoco se los vuelve a ver. Perder a Nick y Lief es una tragedia, y no lo haré todo más trágico aún enviando otros niños indefensos para que el Espectro los reduzca a esclavitud.

Allie se quedó tan sin aliento como pudiera quedarse alguien que en realidad no respiraba, y dijo:

—Eres un monstruo. ¡Tú no eres mejor que el Espectro! ¿Me estás diciendo que no vas a hacer nada? ¿Que Nick y Lief son «bajas aceptables»?

—Ninguna baja es aceptable —dijo Mary—. Pero a veces tenemos que aceptarlas de todos modos.

—¡Yo no lo haré!

—Si yo puedo aceptarlas, entonces podrás tú —repuso Mary—. Si quieres quedarte aquí con nosotros, aprenderás a sobrellevarlo.

Y de repente, Allie comprendió lo que estaba haciendo Mary:

Se estaba deshaciendo de ella. La estaba echando del redil, pero lo haría sin mancharse las manos. Si Allie quería quedarse, entonces tendría que aceptar la pérdida de sus

amigos, y ni siquiera podría intentar rescatar a Nick y Lief. Allie nunca permanecería allí bajo aquellas condiciones, y Mary lo sabía. Tal vez por eso Mary permanecía tranquila, de nuevo dueña de sí misma.

—Lamento mucho que ocurriera esto —dijo Mary—. Sé lo que debes de estar pasando en estos momentos.

Lo que terminaba de empeorar las cosas era que el tono de compasión de la voz de Mary era auténtico. Era verdad que le preocupaba. Sin embargo, las preocupaciones de Mary tenían un precio demasiado alto.



Allie blandió la mano con todas sus energías, y le dio una bofetada tan fuerte que Mary se tambaleó hacia atrás. Stradivarius la cogió, y al instante otra docena de niños sujetaban a Allie y la derribaban al suelo, tirando de ella como si quisieran partirla en dos.

—¡Dejadla! —gritó Mary, y de modo casi instantáneo, los niños la soltaron.

—Me gustaría que pudieras sentir dolor —dijo Allie—. Quisiera que pudieras sentir el dolor de esa bofetada.

Entonces se volvió, se dirigió a un ascensor y bajó sola en él. No sabía a dónde iría. Lo único que sabía era que había renunciado públicamente a María Reina de los Escocidos, y que no pensaba regresar.

\* \* \*

Mary siguió mirando las puertas del ascensor de Allie mucho después de que se cerraran. Allie no lo sabía, pero Mary había sentido el dolor de la bofetada. No en la cara, pero sí en el alma, donde dolía aún más. Aun así, Mary había hecho lo correcto: había presentado la otra mejilla.

—Volved a lo que estabais haciendo —dijo Mary a todos los niños que estaban a su alrededor—. No ha pasado nada.

Todos empezaron a dispersarse, y ella y Stradivarius no tardaron en encontrarse solos en la planta.

—¿Por qué has dejado que se vaya? —preguntó Stradivarius—. Habría que castigarla.

—Ya es bastante castigo encontrarse sola en el mundo de los vivos —dijo Mary, y aunque Stradivarius no parecía satisfecho con la respuesta, la aceptó.

Todos la aceptarían. Mary se preguntaba si Allie tendría una remota idea de lo duro que resultaba sacrificar a Nick y Lief por todos los demás niños. Pero el Espectro tenía poderes de los que carecía Mary. Si había sido insensato por su parte acudir allí, sería doblemente insensato intentar un rescate. Insensato e inútil. Y ahora Nick ya no estaba. Se había ido antes de que ella pudiera llegar a conocerlo, y ya no podía hacer nada. Por un momento pensó que no podría resistir tanta pena. De la garganta brotó un grito sin sonido provocado por el remordimiento, pero se esforzó por reprimirlo, igual que por contener las lágrimas. Le hacía por todos sus niños.

—Hiciste lo correcto —le dijo Stradivarius.

Ella se agachó para besarlo en la cabeza, pero, en vez de hacerlo, se detuvo, se arrodilló, y el beso se lo dio en la mejilla.

—Gracias, Stradivarius. Gracias por ser tan leal.

Stradivarius sonrió.

Mientras el ascensor de Allie descendía, el de ellos subía. La pena de Mary era intensa, pero encontraría el modo de sobreponerse. La agitación que había traído Allie consigo no tardaría en desaparecer. Los niños no tardarían en volver a jugar a la pelota y a saltar a la comba, como debía ser y como sería día tras día, por siempre jamás.





En su libro *Todo lo que cuenta Mary es mentira*, escribe Allie la apartada:

«Everlost está llenos de misterios. Algunos son maravillosos, otros son terribles. Sin embargo, deberíamos explotarlos todos. Tal vez para estamos aquí para experimentar lo bueno y lo malo que Everlost tiene que ofrecernos. Yo no sé realmente por qué no hemos llegado al lugar al que íbamos, pero hay algo que sí que sé quedarse atrapado haciendo lo mismo una y otra vez no es buen modo de pasar la eternidad. Y cualquiera que diga lo contrario se equivoca».





## Capítulo 12

## Aprendiendo a sintonizar

Transcrito por: nahirr

114

La sensación de aislamiento que Allie experimentó tras abandonar el reino de Mary era tan aplastante como si la hubieran encerrado también a ella en un tonel. Estar fuera del mundo de los vivos la dejaba infinitamente sola. Mary podía actuar como si el mundo de los vivos ya no importara, pero para Allie este era un continuo recordatorio de que podía contemplar la vida, pero no participar en ella. Durante días trató de idear un plan para rescatar a sus amigos de las garras del Espectro, y mientras pensaba iba caminando, porque tenía que hacerlo. Era como un tiburón, que siempre tenía que estar moviéndose, y aunque había encontrado muchos puntos muertos en la ciudad en los que podía descansar, nunca permanecía demasiado tiempo en ellos. Un día, en un momento de lucidez, se dio cuenta de que había entrado en su propio bucle interminable: iba caminando por las calles siguiendo exactamente el mismo patrón, y no llevaba días haciéndolo, sino semanas. Había creído que ella era inmune al peligro de quedar atrapada en un patrón fantasmal, pero se equivocaba. La sensación de indefensión que eso le produjo, la sensación de inevitabilidad, estuvieron a punto de provocar su derrumbe y que terminara cediendo voluntariamente a aquel patrón. Podría haber continuado recorriendo aquella repetitiva trama de calles, porque hacerlo era más fácil que negarse a hacerlo. Se había convertido en algo cómodo, familiar. Fue recordar a Lief y Nick, que seguían atrapados en aquellos toneles, lo que le dio fuerzas para salir, pues si quedaba atrapada en aquel círculo nunca encontraría el modo de liberarlos.

El primero paso fue el más difícil. En la calle 21 giró a la izquierda en vez de hacerlo a la derecha, y sintió de inmediato una sensación de pánico. Sintió el impulso de volver atrás, de regresar al viejo patrón: pero se resistió, y dio otro paso, y otro, y otro. El pánico no tardó en quedar reducido a terror, y el terror a un simple miedo. Y después de eso, tan solo fue necesario avanzar una manzana más para que el miedo se desvaneciera hasta convertirse en no más que una

Un lugar lleno de misterio  
EVERLOST

suave aprensión, esa sensación que tiene todo el mundo cuando se enfrenta a lo desconocido.

Teniendo cuidado de no volver sobre sus pasos, se forzó a ir por sitios que había estado evitando. Nueva York era una ciudad llena de gente, pero había zonas menos transitadas. Esos eran los lugares por los que había deambulado Allie, porque no podía soportar que las multitudes pasaran a través de ella como si ella no se encontrara allí.

Pero entonces se obligó a ir a los lugares más concurridos. Fue al pasar a mediodía por Maniatan cuando descubrió algo sobre lo que Mary seguramente no habría escrito en ninguno de sus libros.

Las calles estaban concurridas. O, más que concurridas, estaban abarrotadas. Los rascacielos del centro vomitaban miles de personas durante aquellas horas y, naturalmente. Todas ellas cruzaban a través de Allie como si ella no existiera. Era terriblemente desagradable notar cómo la atravesaban, mucho peor que cuando hacía lo mismo algo inanimado como un coche o un autobús, porque una persona viva llevaba en su interior un extraño alboroto orgánico. Cada vez que alguien la atravesaba podía sentir el flujo de la sangre, los latidos del corazón, el ruido de los intestinos que seguían digiriendo lo que la persona había ingerido en el desayuno. Por decirlo sin exagerar: resultaba asqueroso.

Más extraña aún, sin embargo, fue la repentina desorientación que sufrió cuando un apretado grupo de ejecutivos pasó a través de ella. Sus pensamientos se volvieron extraños y aleatorios, más o menos como son justo antes de empezar a dormir:

...acciones a punto de dividirse/necesitamos esa subida/ah, sí, Hawai...

Y, cuando pasaron los ejecutivos, todo cuanto quedó fueron los potentes sonidos de la ciudad. Allie pensó simplemente que acababa de oír retazos de conversaciones, y lo dejó pasar. Pero enseguida volvió a ocurrir lo mismo, cuando la atravesó un grupo de turistas de camino al barrio de los teatros:

...demasiado caro/cómo me duelen los pies/¿ese olor qué es?/carteristas...

Esta vez se dio cuenta de que no se trataban de retazos de conversaciones porque la mayor parte iban callados, y los que hablaban lo hacían en francés. Entonces comprendió de qué se trataba exactamente: era como pasar por el dial de una radio... pero lo que estaba sintonizando eran las mentes.

Recordó aquel momento en que la habían echado a la calle desde la fábrica del Espectro. Un camión la había atravesado, o al menos lo había hecho una de sus ruedas. Estaba tan furiosa que en aquel instante el neumático reventó, y parecía como si su ira hubiera provocado el reventón. ¿Qué era lo que le había dicho el Espectro? "... Debes descubrir qué más habilidades tienes. Porque donde hay una habilidad, hay otras...".

¿Podía todo aquello ser parte de algún talento innato para rondar a los vivos? ¿Tendría ella una habilidad especial para introducirse en el mundo real, para hacer cosas como reventar un neumático y leer por breves instantes la mente de los vivos?

Y entonces pensó: ¿Sería posible prolongar aquellos momentos?

La siguiente experiencia de sintonización fue buscada intencionadamente, con la esperanza de fijar la sintonía.

Vio una chica que parecía más o menos de su edad. Era una chica de clase alta, que llevaba el uniforme de algún lujoso colegio privado. Allie la siguió durante varias manzanas, adaptándose a su paso. Entonces dio un repentino salto hacia adelante y se metió dentro de su piel.

... podría pero si lo hago podría no funcionar y podría no gustarles pero tal vez sí y si no lo hago entonces desde luego ni se darán cuenta de que estoy y esta falda es decididamente tan estrecha estaré engordando ahí está ese sitio de las pizzas no voy a reventar esta puñetera falda pero huele tan bien...

¡Alto! La chica giró a la derecha de repente, y entró en el sitio de las pizzas dejando a Allie en la calle, tambaleándose por la experiencia. Había sintonizado la mente de la chica durante al menos diez segundos. Cuando Allie se recuperó, ya se había hundido en la acera hasta las rodillas, y tuvo que hacer un esfuerzo por salir de allí.

"No debería haberlo hecho", se dijo Allie, pero aún así, tenía ganas de repetirlo. Eso la asustó, y por eso salió de la Sexta Avenida y se metió por una calle



secundaria, asegurándose de que no tendría contacto con ninguna otra persona viva durante el resto del día, “Esto se lo tengo que contar a Nick y Lief”, pensó; y entonces recordó que a menos que ella los rescatara, no podría volver a contarles nada. Se pasarían en salmuera el resto de su eternidad.

La única forma de rescatarlos era encontrar a quien pudiera ayudarla, y tenía que hacerlo antes de caer en una nueva rutina. Mary y su pequeño club no le podían servir, así que Allie tendría que buscarse nuevos aliados. La cuestión era: ¿dónde podría encontrarlos?

Comenzó buscando fantasmas de edificios que hubieran cruzado a Everlost al ser demolidos. Eso solo les había ocurrido a unos pocos. Tal vez solo uno de cada mil de los que habían sufrido la bola de demolición había sido juzgado por Dios, o por el universo, o por lo que fuera, digno de cruzar a Everlost.

El viejo hotel de Waldorf-Astoria era el más prometedor. Al fin y al cabo, era un hotel, y por lo tanto ¿qué mejor lugar para que se establecieran niños muertos y no muertos?

Pasó por la puerta giratoria y encontró un vestíbulo que exhibía todo el esplendor del art déco. Alguna cantante muerta hacía mucho cantaba suavemente desde una radio grande y vieja Embraccable you. Había un enorme bar justo a la salida del vestíbulo, pero ninguna botella adornaba sus baldas de madera de cerezo. En vez de botellas, había un gran letrero que decía: BAR CERRADO PERMANENTEMENTE A CASUA DE LA PROHIBICIÓN .

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí?

Llamó dos veces e hizo sonar el timbre del mostrador de recepción, pero no contestó nadie. La combinación de música de los años veinte con el vacío absoluto del lugar le produjo ese escalofrío propio de las películas de terror. El hotel no estaba desierto, sino que estaba desalmado, como los soldados vacíos del Espectro. Salió de allí tan rápido como pudo.

Tenía que afrontar el hecho de que casi todas las neoluces de la ciudad habían terminado yéndose con Mary. Se está más seguro dentro de un grupo grande. El pequeño reino de Mary era sencillamente el lugar en que había que estar en aquella parte del mundo. Pero, pensó Allie, Everlost tendría otros territorios...



## Capítulo 13

# Un paso del tiempo en el interior de una botella

118

*Transcrito por: upsybetzy*

**L**ief estaba acostumbrado a la soledad, pero había bastante diferencia entre estar solo en un exuberante bosque verde y encontrarse encerrado en un túnel de salmuera.

Al principio estaba seguro de que Allie no tardaría en rescatarlo. Como tal cosa no ocurrió durante los primeros minutos, ni los siguientes, ni un poco después, empezó a asustarse. Después el miedo se transformó en ira y después la propia ira fue macerando hasta transformarse en resignación. Apenas podía oír nada metido en aquella salmuera, y aún podía palpar menos.

Entonces, conforme pasaban los días, su mente empezó a hacerle jugarretas sorprendentes. Fue capaz de olvidar donde estaba. La oscuridad se convirtió en un infinito sin estrellas que se extendía en el espacio vacío, y su espíritu llenaba el vacío que iba de un infinito a otro. Así, pensaba, era como debía de haberse sentido Dios antes de la creación: un simple espíritu en medio de una eternidad líquida e informe. Eran una sensación tan potente que el tiempo mismo parecía haberse detenido en seco. Lief se sentía como si él fuera el universo entero y la nada, todo a la vez. Eran tan formidable aquella sensación de la intemporalidad, que pudo encerrarse y quedarse tan apretado en la como lo estaba en el tonel.

Peró al contrario, Nick se hallaba en un estado lamentable.

Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

## Capítulo 14

## Los Monaguillos

119

Transcrito por: LauParra

«¡BIENVENIDOS AL CONDADO DE ROCKLAND!». Aquel era un letrero de carretera que Allie había creído que nunca volvería a ver. La última vez que lo había visto, la habían empujado hacia el centro de la Tierra, y si no hubiera sido por Lief y Nick, no habría vuelto a ver la luz.

«Debo de estar loca viniendo aquí». En fin: loca o no, allí estaba.

—¡Johnnie-O! —gritó a pleno pulmón—. ¡Quiero hablar contigo, Johnnie-O!

Allie sabía que no era solo la mala suerte lo que había hecho que Johnnie-O y su pandilla de imbéciles cayeran aquella noche sobre ellos. Tal como se imaginaba Allie, cualquiera que cruzara a Everlost por aquella zona seguiría la carretera principal y tendría que pasar por allí. Si Johnnie-O no se encontraba allí en persona, había muchas probabilidades de que tuviera un vigía haciendo guardia en aquel lugar, esperando que alguna desprevenida alma verde se acercara a descansar sobre el letrero de «¡BIENVENIDOS AL CONDADO DE ROCKLAND!».

Imaginaba bien. Tuvo que gritar y hacer ruido durante unas horas, pero al final le transmitieron a Johnnie-O la noticia, y él hizo su aparición a eso del mediodía. Lo acompañaban una docena de niños, en lugar de solo los cuatro de la otra vez. Y en esta ocasión nada iba a espantarlos. El cigarrillo, siempre encendido, aún le colgaba de la comisura de los labios, y estaba claro que seguiría allí hasta el fin de los tiempos.

—Eh... es la chica que te engañó —dijo el niño de los labios amoratados y el bulto en la garganta. Johnnie—O le propinó un golpe.

Un lugar lleno de misterio  
EVERLOST



—No me engañó —repuso él, y nadie le llevó la contraria. Johnnie-O se colocó en pose de pistolero, como en las películas de vaqueros. Con sus manos enormes, resultaba más cómico que otra cosa—. Creí que te habíamos enviado hacia el centro de la tierra —comentó.

—Creíste mal.

—¿Y...? ¿Has vuelto para que te pueda hundir del todo esta vez?

—He vuelto para hacerte una propuesta.

Johnnie-O la miró con expresión glacial. Al principio Allie pensó que ponía aquella cara para impresionar. Después comprendió que no sabía lo que significaba la palabra «propuesta».

—Quiero que me ayudes —explicó Allie.

Muñeco de trapo se apartó el pelo de los ojos con un movimiento de la cabeza y se rió:

—¿Y por qué íbamos a ayudarte?

—Porque podéis conseguir algo que os encantará.

Para entonces habían llegado aún más chicos. Algunos eran realmente pequeños, otros de su edad, o tal vez un poco mayores. Pero todos, incluso los más pequeños, tenían el gesto amenazador.

—¡No queremos nada contigo! —dijo Johnnie-O, y su coro de matones se mostró de acuerdo. Eso no era más que una pose, y Allie lo sabía. Johnnie-O tenía que estar muerto de curiosidad. Si no fuera así, ya la habría empujado hacia el centro de la Tierra.

—Asaltáis a las almas verdes en busca de las migas que llevan en los bolsillos y de chicle ya mascado...

Johnnie-O se encogió de hombros:

—Vale, ¿y...?

—¿Y si yo os dijera dónde podéis conseguir comida de verdad? No migas que se han quedado en los bolsillos, sino barras enteras de pan.

Johnnie-O seguía con los brazos cruzados.

—¿Y si yo te cosiera esa boca mentirosa?

—Esto no es ninguna mentira. ¡Sé de un lugar donde los salamis y los pollo cuelgan del techo, un lugar donde podréis comer todo lo que queráis, acompañándolo de zarzaparrilla!

—Zarzaparrilla... —repitió uno de los pequeños.

Johnnie-O le lanzó una mirada de advertencia, y el pequeño bajó los ojos.

—Ese lugar no existe. ¿Te crees que soy tonto?

«Pues sí, pero ese es otro tema», le entraron tentaciones de decir. Pero lo que realmente dijo fue:

—¿No habéis oído hablar del Espectro?

A juzgar por sus caras, todos habían oído hablar del Espectro. Hubo cuchicheos, algunos niños se apartaron un poco de ella, y el bulto de la garganta de Morrito Morado empezó a subir y bajar como una boya. Por un instante, Allie incluso creyó ver un asomo de miedo en los ojos de Johnnie-O, pero él lo disimuló con una amplia sonrisa que levantó hacia el cielo la punta de su repelente colilla de Marlboro.

—¿Primero nos cuentas que es amigo tuyo el McGill, y ahora el Espectro? — Su sonrisa se transformó en un gesto de pocos amigos, y el cigarrillo colció a apuntar hacia el suelo. Ya he tenido suficiente, ¡Te vas a hundir!

—¡Abajo con ella! —empezaron a gritar los otros—. ¡Abajo, abajo!

Todos se acercaron, y Allie comprendió que disponía de menos de un segundo antes de que se apoderara de ellos la mentalidad de la banda, y que entonces ya nada que dijera podría salvarla.

—¡Mentí! —gritó ella—. ¡Mentí sobre el McGill para que no me hundierais en la tierra, pero esta vez digo la verdad! —Johnnie-O levantó la mano, y los niños se quedaron dubitativos, esperando una señal.

—El Espectro capturó a mis amigos, ¡y no los puedo rescatar yo sola! Necesito a alguien fuerte —dijo Allie, mirando a Johnnie-O a los ojos—. Necesito a alguien inteligente.

Allie observó la punta de su cigarrillo. ¿Se levantaría hacia arriba, o caería hacia abajo? El cigarrillo vaciló durante un rato, para terminar alzándose hacia el cielo.

—Has encontrado al hombre que necesitas.

\* \* \*

Llevaron a Allie a la ciudad más cercana, al lugar que Johnnie-O y su banda de matones juveniles consideraban su casa. Johnnie-O se tomó la molestia de cruzar varias veces la calle sin motivo aparente.

—Es por los restaurantes chinos —explicó Muñeco de Trapo—. Se supone que dan mala suerte, o eso es lo que le han contado a Johnnie-O.

Y de ese modo fueron serpenteando por la calle, cruzando para evitar los cuatro restaurantes chinos de la ciudad, demostrando con ello que la superstición no era patrimonio exclusivo de los vivos.

Llevaron a Allie hasta su escondrijo. Era una tontería llamarlo escondrijo, porque no se tenían que esconder de los vivos, ya que estos no podían verlos. Como Mary, Johnnie-O había encontrado un edificio que había cruzado a Everlost y había hecho de él su hogar. El suyo era una iglesia blanca de madera, cosa que a Allie le pareció divertida. Aquel muchacho no tenía pinta de haber entrado en una iglesia en toda su vida, pero de muerto se afincaba en una. Al menos parecía haber un cierto equilibrio en el universo. Había allí unos treinta niños en total, todos eran discípulos de Johnnie-O, como si este dirigiera un colegio de chicos duros. Se llamaban a sí mismos «los Monaguillos» porque vivían en una iglesia, pero a los ojos de Allie se trataba más bien de «modificadillos» porque cada uno de ellos tenía algo ligeramente modificado con respecto al ser vivo que había sido: como las manos de Johnnie-O, o el pelo de Muñeco de Trapo.

—¿Cómo es que no hay chicas? —preguntó Allie.

—De vez en cuando viene alguna por aquí, queriendo unirse al grupo —explicó Johnnie-O—. Pero la mandamos a freír espárragos. —Y entonces añadió—: No me gustan mucho las chicas.

Allie no pudo evitar sonreírse:

—Me parece que te llegó la muerte un año demasiado pronto.

—Sí —admitió Johnnie-O—. Y eso me fastidia mucho.

Ahora que ella había sido aceptada por el líder, los otros muchachos la miraban de refilón, como si se tratara de una criatura exótica.

—Estupendo —pensó ella—, estoy haciendo de Wendy para un Peter Pan delincente y sus chicos de reformatorio».



Ella le contó todo lo relativo a la fábrica de encurtidos y los soldados vacíos de Espectro.

—Su magia no está a nuestra altura —dijo orgullosamente Johnnie-O. Allie no estaba muy convencida de eso, pero no estaba en situación de elegir.

—Lo peor será entrar. Hay una gran puerta de acero. No es acero del mundo vivo, sino acero que ha cruzado a Everlost con el resto del edificio. Me pasé horas aporreándola y no le hice ni una abolladura.

Johnnie-O no parecía preocuparse:

—Eso no es problema: emplearemos explosivos.

—¿¡Tenéis explosivos!?

Él llamó a un chico que estaba al otro lado de la iglesia:

—¡Eh, Muñones, mueve ese culo y ven para acá!

El chico llegó corriendo:

—Hace unos años —explicó Johnnie-O—, Muñones vendía en su garaje fuegos artificiales ilegales. Un día se le prendieron, y Muñones se ganó un viaje de solo ida a Everlost. El caso es que se trajo de equipaje parte de su alijo de explosivos —dijo, y a continuación añadió—: eso es más de lo que se puede decir de la mayoría de sus dedos.

—Sí —aclaró Muñeco de Trapo, riéndose—: Por eso Muñones solo puede contar hasta tres.

\*\*\*

Allie y los monaguillos partieron al alba, y los miembros de la banda llevaban bates de béisbol, cadenas y diversas armas caseras que de algún modo habían cruzado a Everlost. Habrían resultado aterradores en el mundo de los vivos, pero no siendo aplicables allí las amenazas de tortura ni de muerte, eran pura exhibición, complementos de vestuario para vivos malos que no habían llegado adonde tenían que ir.

Mientras marchaban hacia el sur, en dirección a la gran ciudad, Morrito Morado no paraba de dirigirle a Allie miradas asesinas. Y no habían recorrido mucho camino cuando rompió su silencio.

—Esto no me gusta Johnnie-O —dijo, y al hacerlo le subía y bajaba, como una pelota de ping-pong, el bulto de la garganta—. Ella no es de los nuestros, no deberíamos fiarnos.

Johnnie-O se sonrió con suficiencia:

—Heimlich no se fía de nadie.

—No sabemos nada de ella —dijo Heimlich—. Podría estar llevándonos derechos ante la bruja del cielo.

—¡Cállate! —exclamó Johnnie-O—, esa bruja no existe.

—¿La bruja del cielo?

Johnnie-O rechazó la idea con un gesto de la mano:

—No es más que una historia tonta para asustar a los niños pequeños. Es una bruja que vive sobre el cielo de Manhattan.

—Y que devora las almas de los niños —dijo otro.

—Sí —añadió Muñeco de Trapo, enseñando los dientes y crispando los dedos como si fueran garras—: los agarra y les chupa toda el alma aspirando por la nariz. La llaman también «Reina de los Escocidos».

Johnnie-O les dio a cada uno una bofetada digna de un dúo de payasos.

—¿Qué pasa, nacisteis tontos o solo moristeis así? —Se volvió hacia Allie—: Hay chicos dispuestos a creerse cualquier cosa.

Prudentemente, Allie no dijo nada.

—Deberíamos obligarla a hacer cabrillas —dijo Muñeco de Trapo—. De ese modo sabríamos si podemos confiar en ella.

Johnnie-O explicó que todos los aspirantes a miembros de la banda de los Monaguillos tenían que coger una moneda y hacer cabrillas con ella en la superficie del río Hudson. Si rebotaba al menos dos veces como una piedra, entonces el dueño era merecedor de pertenecer a los Monaguillos. Había que utilizar una moneda que hubiera cruzado con uno, y solo había una oportunidad, pues una vez que la moneda se hundía, desaparecía para siempre.

Allie no acababa de comprenderlo:

—Pero... ¿cómo puede hacer cabrillas una moneda de Everlost en agua que pertenece al mundo de los vivos? Eso no puede ser: la moneda simplemente se caerá al fondo.

—Bueno —dijo Johnnie-O guiñándole un ojo—, yo soy el que decide si ha hecho cabrillas o no.

A la mañana siguiente, llegaron al puente de George Washington, que cruzaba el río Hudson en la punta norte de Manhattan. Se detuvieron allí. Allie miró hacia atrás y los vio a todos arremolinados junto a la vía de acceso.

—No cruzamos puentes —explicó Johnnie-O, y Allie se sonrió:

—¿Es que os da miedo?

Johnnie-O le lanzó una mirada desafiante con los párpados casi cerrados.

—Si hubieras intentado cruzar un puente alguna vez sabrías lo fácil que es hundirse a través de él y caer al río. Pero supongo que no eres lo bastante lista para imaginártelo.

Allie estuvo a punto de responderle y decirle que ella ya había cruzado aquel puente, y que tal vez deberían llamarlo Johnnie-Cero en vez de Johnnie-O, porque tenía cero agallas, pero entonces dijo Muñeco de Trapo:

—Perdimos más de veinte chicos en una ocasión, tratando de cruzar el puente de Tappan Zee. Fue horrible.

Todos bajaron la mirada, compungidos, notaron que los zapatos se les estaban hundiendo en el asfalto, y empezaron a moverse arrastrando los pies.

—Agua pasada —dijo Johnnie-O apretando los puños—, pero ya no cruzamos puentes.

Allie se tragó todo lo que había estado a punto de decir. Se preguntó si ella, Nick y Lief se habrían hundido en él de no haber llevado sus raquetas de asfalto.

—A lo mejor ella trabaja para la bruja del cielo —dijo uno de los niños pequeños—. A lo mejor quiere que nos hundamos.

Los demás la miraron con ojos aterrorizados, pero el terror enseguida se transformó en amenaza.

—Johnnie-O tiene razón —dijo Allie—: no debemos correr riesgos.

Iremos por el túnel —anunció Johnnie-O, y se colocó delante.



\* \* \*

Caían ráfagas de nieve cuando llegaron, cuatro horas más tarde, al túnel Lincoln. Aunque había un estrecho paso para el personal de mantenimiento, Johnnie-O condujo a todo el mundo por el medio de la carretera, dejando a propósito que los atravesara el tráfico.

«El machito de Everlost», pensó Allie, aunque ella habría preferido ir por el paso para el personal de mantenimiento, no quería mostrar indicios de debilidad, así que caminó al lado de Johnnie-O, ignorando la molesta sensación de ser atravesada por el tráfico.

Cuando llegaron al otro lado del túnel, en Manhattan, las ráfagas se habían convertido en una tormenta de nieve con todas las de la ley, la primera del invierno. Un viento feroz quería llevarse los abrigos de los vivos.

Al pasar a través de Allie, la nieve resultaba distinta de la lluvia o el aguanieve. Le hacía cosquillas. En cuanto al viento, sí que lo sentía, y era realmente frío. Pero, como el resto de los fenómenos atmosféricos, sentirlo no era lo mismo que verse afectado por él. El frío no le hacía, no podía hacerle temblar. Y pese a lo desagradable que les resultaba a los vivos tener que luchar contra la tormenta de nieve, Allie hubiera querido ser uno de ellos. Pero a Johnnie-O, como a Mary, los vivos le daban igual. Allie se preguntó cuánto tiempo tendría que pasar hasta que a ella le ocurriera lo mismo.

El camino era lento, porque parecía que cada manzana de la ciudad contaba con un restaurante chino, y Johnnie-O les hacía cruzar, o bien meterse por calles laterales para evitarlo.

—Esto es ridículo —dijo Allie—. El chow mein no transmite la peste. La siguiente vez, se negó a cruzar la calle, y marchó por delante del «Emporio Mandarín de Wan Foo».

—¡Jo, qué valiente! —dijo uno de los niños pequeños, y Johnnie-O se vio obligado a hacer lo mismo, solo para demostrar que era tan valiente como ella.

Cuando, finalmente, llegaron a la fábrica del Espectro, algo no le dio buena espina a Allie. La puerta de acero que había permanecido cerrada a cal y canto, en aquel momento estaba completamente abierta y ligeramente abombada.

Johnnie-O miró a Allie como recabando una explicación, pero ella se limitó a encogerse de hombros.

«Tal vez —pensó—, Nick y Lief hayan conseguido escapar».

Pese a todos sus alardes de puños y fanfarronería, Johnnie-O no quería ser el primero en entrar, así que Allie fue delante y, con cautela, penetró en el edificio.

Dentro, la escena no se parecía a lo que esperaba. Ya no había comida colgando del techo. En su lugar, por el suelo había carcasas de pollo asado a medio limpiar y trozos de carne.

—¡Dios mío! —exclamó Allie.

—Lo que tú dijiste —comentó Johnnie-O—: ¡No he visto tanta comida en cincuenta años!

Incapaz de controlarse, se lanzó al interior, y los Monaguillos lo siguieron, cogiendo las carcasas y la carne del suelo y llevándoselas a la boca. No había que pelearse, porque había bastante comida para todos.

—¡No! —gritó Allie—. ¡El espectro! ¡Puede estar por cualquier parte!

Pero ellos no escuchaban.

Allie se preparó para el instante en que los huecos sirvientes del Espectro caerían sobre ellos para encerrarlos en toneles, pero al observar el lugar vio que los toneles habían desaparecido. Habían desaparecido todos menos uno, que estaba colocado en el centro de todo el follón.

Se dio cuenta de que había tiras de tela negra mezcladas con los restos de comida, y después algo más le llamó la atención: era un pavo, uno de los grandes, de los de doce kilos, más o menos. Era un ave que el Espectro seguramente había ectorrobado, introduciéndolo en Everlost directamente desde la mesa de acción de gracias de alguien. Pero había algo... El pavo tenía marcado un mordisco, claramente recortado y enorme. Como si un dinosaurio hubiera hundido los dientes en él y lo hubiera desgarrado. Aún se podían ver las marcas de los dientes.

«¿Quién puede dejar marcado semejante bocado? », se preguntó Allie.

Entonces dirigió su atención al tonel solitario que había en el centro de la estancia. Dentro había alguien que gritaba y daba golpes. Allie no pudo entender lo que decía, pero sí reconoció la voz. Solo el oírla le produjo un frío mucho más intenso que la tormenta.

—¡Johnnie-O! ¡Ven aquí! —exclamó.

Con un pollo en cada puño y con la grasa goteándolo por la barbilla, Johnnie-O parecía mucho más gracioso y menos amenazador que de costumbre. A

regañadientes, le pasó los pollos a Heimlich dirigiéndole una mirada que quería decir: «Cómetelos y eres hombre muerto»

Se acercó al tonel, y tanto él como Allie se pusieron de rodillas y arrimaron el oído a la madera.

—¿Quién está ahí? —dijo la voz de dentro—. Dejadme salir, ¡dejadme salir y os daré todo lo que queráis!

Era el Espectro.

Johnnie-O miró a Allie para recabar su opinión. Al fin y al cabo, ella les había proporcionado el mayor festín de su neovida, así que le guardaba ahora una verdadera devoción.

—¡Dejadme salir! —gritó el Espectro—. ¡Exijo que me dejéis salir!

Allie habló en voz lo bastante alta para ser oída a través de la madera y la salmuera.

—¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Quién te ha hecho esto?

—¡Dejadme salir! —chilló el Espectro—. Si me dejáis salir, os ectorrobaré comida de los mejores restaurantes del mundo vivo y os la pondré a los pies.

Pero Allie no le hizo caso:

—¿Dónde están los otros toneles?

—Se los ha llevado.

—¿Quién? —preguntó Allie.

—El McGill.

Estupefacto, Johnnie-O ahogó un grito, y se le quedó la boca abierta. El cigarrillo se habría caído si tal cosa fuera posible.

—¿El McGill?

—Tiene el barco en la bahía, más allá de la Estatua de la Libertad —dijo el Espectro—. Dejadme salir y os ayudaré a luchar contra él.

Allie pensó en ello, pero entonces miró a su alrededor. Las tiras de tela negra se retorcían como serpientes. Se movían de manera frenética, y Allie comprendió lo que estaba haciendo el Espectro. Incluso desde dentro del tonel, el Espectro intentaba reunir a sus guerreros de aire para atacarlos y capturarlos. Las tiras de



tela intentaba volver a unirse, pero no lo conseguían. El McGill las había rasgado muy bien para que ni siquiera el Espectro pudiera volver a juntarlas.

Allie miró el tonel y trató de encontrar en su interior alguna compasión para con aquel ser que tan despiadadamente había apresado a sus amigos. Al final comprendió que su compasión no llegaba tan lejos.

—¡Vamos a dejarlo aquí! —exclamó, lo bastante alto para que él pudiera oírla—. Que se cueza bien en su propio jugo.

—¡NO! —gritó el Espectro dentro del tonel, y por toda la estancia empezaron a volar como meteoros los huesos y carcasas del pollo, impulsados al azar por la ira del Espectro.

Allie no se preocupó por ello. Se volvió hacia Johnnie-O:

—¿Podrán venir conmigo tus Monaguillos? —preguntó—. No podré luchar yo sola contra el McGill.

Pero Johnnie-O no quería problemas:

—Ya tenemos lo que buscábamos —dijo—. Y nadie, vivo, muerto o como sea, podrá convencerme de luchar contra el McGill. Hazlo tú sola.

Y entonces, casi a modo de disculpa, cogió una pata del pavo que había sido mordido por el McGill. La arrancó y se la ofreció a ella, como si fuera una ofrenda propiciatoria,

—Toma, cógelo —dijo Johnnie-O—. Tú también te lo mereces,

Y Allie lo cogió. Hincó los dientes en el pavo y disfrutó de su sabor: el primer sabor que había probado en todos los meses que llevaba allí. Era como estar en el cielo.

Pero, con todo lo maravilloso que fuera, no estaba a la altura del infierno que sabía que la esperaba en cuanto localizara al McGill.

Se volvió para irse, pero antes de que le diera tiempo a hacerlo, Johnnie-O la llamó:

No nos has dicho tu nombre —dijo, levantando el Marlboro en una sonrisa—. Tengo que saberlo si vamos a contar historias de cómo fuiste a luchar contra el McGill y todo eso.

Allie se sintió extrañamente halagada. Johnnie-O acababa de decidir que merecía convertirse en leyenda.

—Me llamo... —y durante un instante no consiguió recordarlo. Pero ese instante pasó, y dijo—: Allie.

Johnnie-O asintió.

—Allie la Apartada —dijo él.

Allie tuvo que reconocer que le gustaba:

—Sí, así está bien.

—Buena suerte —dijo Johnnie-O—. Espero que no te coman ni nada por el estilo,

Allie se dirigió hacia Battery Park, en la punta de Manhattan, desde donde pensó que vería el barco de McGill, si es que seguía allí. Sentía terror, pero al mismo tiempo se sentía ennoblecida. Luchar por la liberación de sus amigos parecía una misión desesperada para una chica sola, pero ahora ella era Allie la Apartada, que iba a guerrear contra el McGill. Los niños contarían su historia, cualquiera que fuese. No se trataba ya solo de una misión: se trataba de una búsqueda. Y estaba dispuesta.



## El barco de azufre

Trascribió por: Kar.

**E**l 17 de febrero de 1963, dejó el mundo de los vivos un barco llamado *Reina Sulfúrea*, unos días después de hacerse a la mar en Beaumont, Texas. El barco desapareció junto a la costa de Florida sin enviar siquiera un mensaje de radio. Todo lo que se halló de él fue una mancha de aceite, algunos chalecos salvavidas, y el persistente olor del azufre: el espantoso olor asociado a los huevos podridos y, qué casualidad, asociado también al infierno.

131

Había para el olor, claro está, una explicación perfectamente lógica que no tenía nada que ver con el demonio. El *Reina Sulfúrea* era un viejo barco cisterna de la segunda guerra mundial, que se utilizaba entonces para transportar azufre líquido. Sin embargo, el espeluznante olor, combinado con el hecho de que el barco desapareciera en el triángulo de las Bermudas, invitó a la gente a imaginar un final oscuro y sobrenatural al infortunado barco cisterna.

En realidad, la muerte del *Reina Sulfúrea* fue sumamente extraña, pero no exactamente sobrenatural. Dicho llanamente, el *Reina Sulfúrea* fue atacado por una enorme ventosidad del océano.

Aquel fatídico día de febrero, una enorme burbuja de gas natural de más de cien metros de diámetro surgió de debajo del suelo oceánico, y al llegar a la superficie, engulló el barco entero en menos de un segundo. La burbuja estalló, y las olas se abalanzaron contra el barco y lo hicieron desaparecer. El mar se tragó al *Reina Sulfúrea*. Hubo los previsibles momentos de pánico absoluto y de terror mortal mientras la tripulación del navío trágicamente sumergido hacia su último viaje hacia la profundidad por aquel camino de luz, yendo hacia donde tenían que ir. Entonces, menos de un minuto después, el barco mismo llegaba a su destino, a sabiendas, al fondo del mar.

Pero ese no fue su final.

Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**



Porque lo que no sabía nadie era que el viejo navío era el último de su clase. Había sido el último barco construido por unos astilleros a punto de quebrar, que cerraron el mismo día que el *Reina Sulfúrea* fue botado de aquel dique seco. Los trabajadores, sabiendo que llegaba el final de una era, construyeron aquel barco con todo el cuidado de que puedan hacer gala unos armadores. Su amor por él quedó soldado en cada remache. Una muerte tan innoble para aquel amado navío no podía caer en saco roto en los tejidos de la eternidad. Y así, cuando finalmente se asentaron las aguas revueltas por el aire cargado de metano, quedó allí un fantasma del *Reina Sulfúrea*, flotando para siempre en el semimundo de Everlost.

Como ninguna alma había cruzado con él, el fantasma del *Reina Sulfúrea* navegó durante años a la deriva, sin tripulación ni pasajeros. Es decir, navegó a la deriva hasta que el McGill lo encontró y lo convirtió en el barco pirata más grande que jamás surcara los mares de la eternidad, y salvo por un desagradable roce que había tenido con el *Holandés Errante*, nadie había puesto nunca en duda su supremacía en el océano.

Como el espantoso olor de azufre seguía rodeando al navío, el McGill lo encontró útil para inspirar miedo, porque el McGill sabía que si se trataba de ser un monstruo, lo más importante era cuidar la imagen. Uno no necesitaba más que oler el azufre para convencerse de que el *Reina Sulfúrea* procedía del infierno y no de Texas.

El McGill había remodelado el barco cisterna para convertirlo en el mejor barco pirata posible. No era demasiado difícil darle un aire amenazador, pues el barco ya estaba oxidado y decrepito al cruzar a Everlost.

En la cubierta, el McGill se había hecho un trono con piezas de aquí y allá: tubos arrancados del barco, portarretratos de fantasía, cortinas de viejos edificios que habían cruzado a Everlost. El trono estaba adornado con joyas pegadas con chicles viejos. Era, en pocas palabras, una monstruosidad, igual que el propio McGill, y le venía de perlas.

La última aventura del McGill había consistido en una incursión en Nueva York. Llevaba tiempo oyendo rumores sobre el Espectro y su pequeño lugar de meditación, donde, con extraña disciplina, como si se tratara de un arte marcial, enseñaba a los niños a rondar a los vivos. El McGill no soportaba las leyendas en las que no figuraba él. Pues, bajo su punto de vista, tales leyendas le hacían la competencia y había que acallarlas.

Y al Espectro lo había acallado de maravilla. Claro que este había presentado batalla, había levitado y llamado a la lucha a unos espectros de túnica negra que caminaban con humanos... Como si algo de eso fuera a impresionar al McGill. Había aprendido muy pronto que la fuerza física en Everlost no tenía nada que ver con la masa muscular. Tenía que ver con la fuerza de la voluntad de uno, y el McGill estaba seguro de ser la criatura con más fuerza de voluntad que hubiera vivido nunca. Después de hacer trizas con sus garras a los guerreros espectrales, el McGill se había encargado del propio Espectro. Aquel pequeño neandertal le había presentado batalla, pero había demostrado no ser rival para el McGill.

—Si alguna vez sales de ahí —había gritado al tonel donde había encerrado al Espectro—, harás mejor en no volver a cruzarte en mi camino. ¡JAMÁS! ¡O de lo contrario, encontraré para ti algo mucho peor!

Aunque ni siquiera estaba seguro de que el Espectro le hubiera oído, pues no dejaba de lanzar maldiciones desde el interior del tonel.

El McGill había cenado como un rey con toda la comida que aquel Espectro había sacado del mundo de los vivos. Se dio un festín de varias horas y tiró las sobras a sus asociados, que estaban muy contentos de poder comérselas. Así llamaba a su tripulación: «asociados».

Con la panza todavía llena del festín, habían regresado al barco cargados con una docena de toneles, dejando tras ellos tan solo al que contenía al Espectro.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó Cabecita al McGill, que estaba sentado en su trono observando los barriles colocados al azar en la cubierta. Cabecita era el principal asociado del McGill. En algún momento, Cabecita había olvidado la correcta proporción de la cabeza humana con respecto al cuerpo, y por ese motivo su cráneo había mermado como una manzana olvidada en el alféizar de la ventana. La diferencia no era tan importante como para hacerle parecer un monstruo. Era más sutil. Cuando uno miraba a Cabecita, sabía que algo no encajaba, pero no estaba seguro de lo que era.

—Señor. Los toneles, ¿qué hacemos con ellos?

—Ya te he oído —espetó el McGill.

Se levantó de su trono y se dirigió a los toneles con su paso amplio, retorcido y espantoso.



—Según el Espectro, hay alguien dentro de cada uno de ellos —dijo Cabecita con cierta emoción en la voz. En vida, Cabecita debía de haber sido el tipo de niño que rompe la caja de cereales para buscar el premio en el fondo.

—Ya lo veremos —soltó el McGill.

—Y apuesto a que esos niños llevan tanto tiempo en salmuera —dijo Cabecita— que adorarán a cualquiera que los libere.

El McGill meditó en ello durante un rato. Se acarició la barbilla, tan rugosa e informe como una patata. Era una idea interesante. Otros lo temían, pero nunca había sido objeto de total adoración.

—¿De verdad lo crees?

—Solo hay un modo de averiguarlo —dijo Cabecita, y añadió—: Si se muestran desagradecidos, los volveremos a meter en los toneles y los echaremos al mar.

—De acuerdo entonces —dijo el McGill, e hizo un gesto a sus asociados, que merodeaban por las sombras—. ¡Abridlos!

\* \* \*

Aunque ni siquiera el Espectro lo sabía, encerradas en un tonel las neoluces se parecían mucho a los vinos. Cuanto más se deja envejecer un vino, mejor se vuelve..., a menos, claro está, que algo vaya mal, y se convierta en vinagre.

Pero ni Lief ni Nick se convirtieron en vinagre. Cada uno de ellos se adaptó a su modo a la nueva situación. Mientras Lief se convertía en una especie de niño en el útero, y perdía toda noción del tiempo y el espacio, a Nick le ocurrió lo contrario. Fue consciente de cada instante que pasaba, y nunca llegó a olvidar el lugar en que se encontraba. Tampoco olvidó quien era, así que aquellos tontos trocitos de papel en los que había escrito su nombre no resultaron una absoluta pérdida de tiempo.

Nick se dio cuenta de que podía pasar el tiempo haciendo un inventario de todo lo que recordaba de su vida y su neovida. Aunque algunos recuerdos claves ya se habían perdido, Nick seguía lo bastante cercano a su existencia terrenal para recordar muchos otros. Intentó repasar por orden alfabético las canciones que conocía, y cantarlas todas. Hizo un catálogo mental con las películas que recordaba haber visto, e intentó verlas dentro de su cabeza. Sin tener otra cosa



sobre la que reflexionar que él mismo, llegó a la conclusión de que había pasado demasiado tiempo de su vida quejándose y preocupándose. Si algún día lograba salir de aquel tonel, sabía que sería una persona distinta, porque nada, ni siquiera hundirse en la tierra, podía ser peor que aquello.

Y de ese modo, tanto Nick como Lief se habían transformado profundamente con aquella experiencia de maceración: Lief había entrado en un extraño estado de dicha espiritual, y Nick se había vuelto audaz y fuerte.

Nick sintió el movimiento del tonel cuando lo sacaron de la guarida del Espectro. No tenía ni idea de dónde lo llevaban, pero el mero hecho de que hubiera actividad a su alrededor le pareció una noticia esperanzadora. Contó en su mente los segundos mientras esperaba que sucediera algo trascendental. Contó 61 259 segundos desde que empezaron a mover el tonel hasta que levantaron la tapa. Levantaron al mismo tiempo la tapa de tres toneles. Nick se puso en pie de inmediato, preparado para dar las gracias a su libertador. Como durante muchas semanas no había tenido delante de los ojos otra cosa que salmuera y oscuridad, al principio apenas pudo ver nada. A su lado estaban otros chicos. A su izquierda había un tonel abierto con alguien que seguía sumergido bajo la superficie. A su derecha, de pie en otro tonel, había un muchacho al que Nick no reconoció, que empezó a chillar y no paró. Nick permaneció allí de pie, sorprendido, preguntándose cómo podían aguantar tanto sus pulmones. Parecía una sirena antiaérea. Entonces cayó en la cuenta de que el niño ya no tenía realmente pulmones, puesto que era un espíritu y todo eso, y no necesitaba dejar de chillar para tomar aire. Podía seguir chillando hasta que llegara el fin del universo, lo cual tal vez fuera su intención. Estaba claro que, en el interior del tonel, aquel niño se había vuelto vinagre.

—¡Lleaos de aquí a ese que chilla! —dijo una voz babosa—. ¡Cogedlo y colgadlo!

Varios chicos que estaban cerca cogieron al que chillaba, lo sacaron del tonel, y se lo llevaron. Él no dejó de chillar ni un instante.

«Pobre muchacho —pensó Nick—, ese podría haber sido yo».

Pero no lo era. Y era un gran consuelo saber que había sobrevivido a todo aquel purgatorio en salmuera. Nick parpadeó y volvió a parpadear, haciendo un esfuerzo por enfocar la mirada, dispuesto a afrontar cualquier situación con la que se encontrara. Se hallaba en la cubierta de un barco que estaba salpicada de

migas. Había tripulantes a su alrededor, niños todos ellos, y de pie delante de un feo trono se encontraba alguien que solo podía ser descrito como un monstruo.

\* \* \*

Lief no se había dado cuenta de que habían levantado la tapa de su tonel. No se daba cuenta prácticamente de nada. Oyó chillar a un niño, pero sonaba muy lejos, no en su universo. Aquello no le concernía. Lief existía ahora sin tiempo ni espacio. Él era todo y nada. Se trataba de algo maravilloso. Entonces, cuando alguien lo agarró del pelo y tiró de él hacia arriba, notó que el mundo de paz infinita que había descubierto en el interior de sí mismo no lo abandonaba. Si había perdido la razón o se había convertido en «uno con el universo» era cosa opinable.

—¿Quién eres tú? —preguntó una voz babosa y distorsionada—. ¿Qué sabes hacer? ¿En qué me puedes ser útil?

Lief estaba todavía en la primera pregunta.

—Se llama Lief —dijo una voz familiar. Lief recordó que aquella voz pertenecía a alguien llamado Nick. De repente, los recuerdos empezaron a regresar a su mente: recordó el viaje desde el bosque, los días pasados delante del videojuego, y el hecho de que lo hubieran encerrado en un tonel.

Alguien se acercó a él. No, no exactamente alguien, sino más bien «algo». Tenía un ojo del tamaño de un pomelo, cuajado de venas como garabatos. El otro ojo era de tamaño normal, pero lo llevaba colgando.

—¡No me gusta su aspecto! —dijo el monstruo—. Parece como si alguien lo hubiera hecho de arcilla, pero se hubiera olvidado de terminarlo.

—Creo que ha olvidado su propio aspecto —dijo un chico con la cabeza demasiado pequeña.

El monstruo levantó una garra de tres dedos y apuntó a Lief con ella.

—Te ordeno que recuerdes tu aspecto!

—Déjalo en paz! —gritó Nick.

—¡Te ordeno recordarlo!



Lief sospechaba que sabía qué era aquella criatura, y también sospechaba que debería sentir pavor, pero no lo sentía.

La criatura se acercó más a Lief. Cuando abrió la boca, salió de ella una lengua que se dividía en tres tentáculos de pulpo.

—Te ordeno que recuerdes tu aspecto, o de lo contrario te tiraremos por la borda.

Lief sonrió alegremente:

—Vale.

Entonces cerró los ojos, y rebuscó por su mente hasta que encontró el recuerdo de su rostro. En cuanto lo encontró, notó que empezaban a formarse sus rasgos. Cuando abrió los ojos, sabía que había vuelto a ser él, o al menos algo que se le parecía.

El monstruo lo escudriñó con su enorme ojo, y gruñó:

—Esto ya es otra cosa.

Nick, que seguía hundido en su tonel hasta la cintura, observaba atentamente al monstruo, y se preparaba para luchar, si era necesario. Pero entonces le vino a la cabeza algo que casi da al traste con su reciente valor:

—¿Eres... tú eres... el McGill?

La criatura se rió y, cojeando por la cubierta, se acercó a Nick. Al caminar, las migas crujían bajo sus pies de seta.

—Sí que lo soy —respondió—. ¡Has oído hablar de mí! Dime qué has oído.

El horrible hedor de la criatura provocó una mueca en el rostro de Nick.

—He oído decir que eras el perro del demonio y que te escapaste mordiendo la cola.



Decir eso no resultó acertado. El McGill lanzó un bramido y le dio tal patada a tonel de Nick que se hizo añicos, derramando la salmuera por toda la cubierta del barco.

—¿Un perro? ¿Quién dijo que yo era un perro? ¡La correa se la pondré a ellos!

—Lo dijo un niño —respondió Nick, tratando de no mirar a Lief—. Si no eres un perro, entonces ¿qué eres?

El McGill atizó su afilada garra contra el pecho de Nick.

—Soy tu rey y señor. Tú me perteneces.

A Nick no le gustó cómo sonaba aquello:

—Entonces... ¿somos tus esclavos?

—Asociados —puntualizó el niño de la cabeza demasiado pequeña.

El McGill ordenó que le registraran los bolsillos por si había algo de valor en ellos, y como no encontraron nada, el monstruo levantó su garra y señaló con ella la escotilla:

—¡Abajo con ellos! —le gritó a un grupo de asociados—. ¡Enteraos de qué saben hacer, y obligadlos a que lo hagan!

\* \* \*

El McGill observó con un ojo cómo se iban, mientras no apartaba el otro de Cabecita. En cuanto se fueron los dos nuevos niños, el McGill hizo un gesto con una de sus garras:

—Abre el siguiente.

Cabecita hizo lo que se le pedía. Sin embargo, el tonel estaba vacío, igual que el siguiente, y el siguiente. No había en ellos más que salmuera, sin nadie dentro.

—No lo puedo entender —dijo Cabecita—. El Espectro dijo que había alguien en cada uno de los toneles.

—Mintió —repuso gruñendo el McGill, y se retiró a sus aposentos, que se hallaban justo debajo de su gran trono al aire libre.

Catorce toneles y nada más que tres ocupantes. Eso no le hacía ninguna gracia al McGill. No era la primera vez que sucedía tal cosa. Si le hubieran dado cinco centavos cada vez que había esperado encontrarse una neoluz y la neoluz no estaba, sería un monstruo rico.

Fue pensar en los centavos lo que le hizo dirigirse hacia su caja fuerte. Era una voluminosa cosa de hierro encajada en la pared. Solo el McGill conocía la combinación. Le había costado más de un año de intentos dar con ella, y ahora la caja fuerte era su posesión más estimada. Giró la ruedecilla, escuchando su familiar traqueteo, y después, cerrando su garra en torno a la palanca, tiró de ella hacia arriba.

Dentro había un caldero lleno de monedas tan desgastadas que era imposible saber lo que eran, ni de qué país procedían. Había cogido las monedas a enemigos o asociados (y todo el que no era un asociado, era un enemigo). Todo el mundo sabía que el dinero no servía para nada en Everlost, pero el McGill guardaba las monedas de todas formas.

—Si no sirven para nada, ¿por qué las guardas en la caja fuerte? —le había preguntado Cabecita una vez.

El McGill no había respondido, y Cabecita era lo bastante prudente para no volver a preguntar. La explicación más sencilla era que el McGill lo guardaba todo..., pero la respuesta acertada era que las monedas eran los objetos más abundantes en Everlost, y como tales eran para él de especial interés.

Solo guardaba otra cosa más en la caja fuerte, y la tenía escondida bajo el caldero de las monedas. Era una pequeña tira de papel, de un centímetro de ancho por cinco de largo. En aquel diminuto papel estaban impresas las siguientes palabras:

*La vida de un valiente vale lo que la de mil cobardes.*

Leía y releía aquella tira de papel para recordarse por qué vigilaba las costas y atacaba los asentamientos de Everlost. Después la volvía a dejar en su escondite, debajo del caldero de las monedas. Aunque pocos lo sabían, había algo más en el McGill que un ciego pillaje sin sentido. Aquella pequeña tira de papel le recordaba constantemente que tenía una meta más grande.

\*\*\*

Nick, que seguía desorientado por su renacimiento al mundo de los casi vivos, pasó tropezando de la luminosa cubierta a los estrechos y oscuros pasillos del barco. Los «asociados» del McGill los empujaban a él y a Lief, mientras el resto de la tripulación, a su alrededor, se burlaba de ellos al pasar. Lief les sonreía y los saludaba con la mano como si fuera un héroe de regreso a la patria, y eso a Nick le ponía enfermo.

—¿Vas a parar ya? —le preguntó Nick—. ¿Por qué estás tan contento?

Nick notó que los chicos que se burlaban tenían los dientes torcidos y los rasgos desproporcionados: las orejas ligeramente descolocadas, la nariz contrahecha, retorcida o achatada, como si su cara fuera de plastilina y el McGill hubiera estado jugando con ella. Había chicos y chicas, pero la verdad es que ya era imposible diferenciarlos. Nick los llamó para sí «feoides», y se preguntó si serían tan feos por dentro como por fuera. Parecían más bien idiotas (algo que tal vez hubiera logrado el servicio al McGill), y como ninguno de ellos parecía muy interesado en lo que hacía, Nick decidió correr un riesgo calculado: se desprendió de los feoides que lo sujetaban, agarró a Lief de la mano y echó a correr. Tal como se imaginaba, los feoides fueron lentos en reaccionar, y cuando empezaron a perseguirlos, Nick y Lief les habían sacado bastante ventaja.

—¿A dónde vamos? —preguntó Lief.

—Lo sabremos cuando lleguemos. —La verdad era que Nick no tenía ni idea. El valor y la espontaneidad eran algo nuevo en él. Hasta después de hacerlo no se le pasó por la cabeza que tal vez estuviera confundiendo valentía con estupidez. Debería haber trazado antes un plan de fuga. Al fin y al cabo, aquello era un barco, y eran limitados los lugares a los que podían huir. Pero ya no se podía volver atrás, así que siguió corriendo, doblando curvas en los pasillos y subiendo por las escotillas con la esperanza de no equivocarse, que, claro está, es lo que terminó haciendo.

Seguido por los feoides, que les iban ganando terreno, Nick abrió una escotilla y vio que daba a una de las bodegas del barco, un espacio grande y tenebroso de diez metros de profundidad, trece de largo, y un horrible olor a huevos podridos. Había una empinada escalerilla de hierro que bajaba, pero habían atravesado a tal velocidad la escotilla que se salieron completamente de ella, dieron la vuelta por encima de la barandilla, y cayeron a las profundidades de la bodega.

Si hubieran estado vivos se hubieran matado al caer pero, tal como estaban las cosas, la caída no pasó de ser un simple fastidio. Se estrellaron contra muebles,



estatuas y marcos de cuadros, y cuando lograron orientarse, se encontraron inmersos en el gran tesoro escondido del McGill, que parecía algo así como la cueva de los cuarenta ladrones. Había cosas brillantes como lámparas, tiradas junto a cómodas, y ejes de automóvil, como si varios camiones de mudanza hubieran descargado allí todos los artículos del rastro de una ciudad, y se hubieran ido. «Mary sabría qué hacer con todo esto», pensó Nick. Ella lo organizaría, lo distribuiría, le daría utilidad. Estaba claro que el McGill no tenía otro propósito que acumularlo, como evidenciaba el hecho de que todo estuviera rotulado con las palabras: «PROPIEDAD DEL MCGILL». No tenía otro impulso que la avaricia, nada más. Nick podía imaginarse al McGill capturando descubridores y cogiéndoles todo lo que tuvieran. Tal vez incluso obligara a los descubridores a trabajar para él, recogiendo cosas que hubieran cruzado a Everlost para que el McGill pudiera almacenarlas.

Cuando Nick y Lief hubieron atravesado la cueva del tesoro para llegar a la escotilla más cercana, se encontraron con Cabecita, que estaba allí, con un montón de asociados de apoyo.

—Hola —les dijo Lief todo sonriente—, ¿no nos encontrabais?

Cabecita interpretó como sarcasmo la excentricidad de Lief, y lo apartó de un empujón. Luego cogió a Nick y lo empujó contra la pared.

—El McGill quiere saber en qué podéis serle útiles.

—No somos esclavos de nadie —dijo Nick.

Cabecita asintió con la cabeza:

—Ya me parecía que erais demasiado rebeldes para tener ninguna utilidad.

—¿Eso significa que puedo volver ahora a mi tonel? —preguntó Lief.

Cabecita no le hizo caso.

—¡Colgadlos! —ordenó—. Colgadlos con los demás inútiles.

Entonces la tripulación se acercó a ellos, los agarró y los obligó a pasar a través de la escotilla en la que con pinceladas descuidadas e infantiles, habían escrito: «SALA DE CANPANIYAS». Nick se resistió, pero no sirvió de nada, y

aunque su primer impulso fue intentar convencerlos de que no lo encerraran allí, no iba a Cabecita la satisfacción de verlo implorar.

Cabecita abrió la escotilla.

—Que os divirtáis —dijo con una risita poco agradable. Y Nick sospechó que diversión no era precisamente lo que iban a encontrar allí.



Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**



«Solo hay una regla respecto a nadar en Everlost —dice Mary Hightower—: ¡No! Las grandes cantidades de agua son muy peligrosas para nosotros, las neoluces, porque si la tierra es como arenas movedizas, el agua es como aire. Si sucediera que te cayeras a un lago, o río, o mar, verías que el agua ofrece tanta resistencia como ofrecerían las nubes a alguien que cae del cielo. Llegarías al fondo a tal velocidad que te encontrarías incrustado en el suelo a siete metros de profundidad antes que tu velocidad de caída se convirtiera en la velocidad normal de hundimiento. Y ahí se acabaría todo.

Los barcos fantasma son la única excepción a esta regla. Como los edificios de Everlost, que permaneces en la Tierra mucho después de dejar «el mundo de los vivos», los barcos fantasma siguen haciendo aquello para lo que fueron fabricados: flotar. Y no hay nada que pueda hundirlos: ni maremotos, ni huracanes, ni torpedos... Pero que no te tiren por la borda».



Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**



## Una travesía peligrosa

Trascrito por: Kar.

Allie conocía los peligros de viajar por el agua antes de subir a bordo del transbordador que llevaba a Staten Island<sup>1</sup>, pero al ver que el barco fantasma del McGill estaba justo allí, en la bahía, comprendió que tenía que aprovechar la oportunidad. Si no lo hacía, no podía saber dónde iría aquel barco, ni tampoco si alguna vez volvería a encontrarlo.

Había ido corriendo desde la vieja fábrica de encurtidos a Battery Park, y desde allí podía ver, tal como había dicho el Espectro, el barco del McGill. Sabía que era un barco fantasma porque al avanzar no dejaba estela en el agua. Y sabía que era el barco del McGill porque, debajo del nombre, «Reina Sulfúrea», tenía pintadas en descuidadas letras negras las palabras «PROPIEDAD DEL MCGILL». La única manera de llegar hasta él, sin embargo, era por medio de otro barco. El transbordador que iba a Staten Island parecía el mejor candidato para la misión.

Allie fue andando hacia el embarcadero del transbordador, y se abrió camino por entre el bullicio de gente que intentaba salir y entrar del barco, ignorando los pensamientos que le penetraban como balas en la mente cada vez que alguien pasaba a través de ella. Todos aquellos pensamientos giraban en torno al viento y la nieve, cosas que a ella no le importaban nada. No se permitió aflojar el paso, porque se daba cuenta de que el suelo del transbordador resultaba tan peligroso para ella como la superficie de un puente. Era como caminar sobre un pañuelo de papel, a cada pisada se le hundían los pies hasta los tobillos, y tenía que andar muy aprisa para evitar hundirse demasiado en la cubierta.

Sonó la sirena del barco, y este abandonó el muelle rumbo a Staten Island. Allie se había imaginado que la bahía sería grande, pero no tanto como era en realidad. Los barcos del mundo vivo tenían que virar con frecuencia para evitar la colisión. En aquel momento, el barco del McGill se hallaba entre ellos y Staten Island, invisible para el piloto del transbordador. Con un poco de suerte, el transbordador pasaría a través de él, dejando a Allie en su destino.

A su alrededor, las personas vivas hablaban de comidas y de compras, de maridos desconsiderados y de mujeres insatisfechas. La charla intrascendente

<sup>1</sup> que constituye uno de los cinco distritos de la ciudad de Nueva York.

parecía tan sumamente banal desde su actual perspectiva que se preguntó cómo era capaz la gente de ponerse a hablar de aquellas cosas. Tales insignificancias llenaban la vida de los vivos. Empezaba a comprender por qué Mary no quería ni acordarse de ellos.

«Mary». De manera casi inconsciente, Allie se volvió para contemplar la ciudad. A través de la nieve que caía, los edificios de la ciudad eran tan solo una sobra desvaída, pero las Torres Gemelas del reino de Mary resaltaban, vivas y brillantes, como si estuvieran pintadas sobre la silueta de la ciudad, y se erigían en un orgulloso desafío de todas las cerezas que en otro tiempo Allie había albergado sobre la naturaleza del mundo. «Algún día —pensó—, yo también escribiré un libro». No se trataría de un libro de normas y etiqueta, sino de un libro hecho de vivencias personales, porque cada día en Everlost era una nueva experiencia. ¿Cómo podía Mary pensar que sabía tanto sin abandonar nunca la comodidad de su torre? Ese sí que era uno de los mayores misterios de Everlost.

Pero en aquel momento tenía otras cosas de las que ocuparse, como aquel barco fantasma que se acercaba a ella. Nerviosa, Allie intentó apoyarse en la barandilla del transbordador, y el resultado fue que la pasó a través. Movié los brazos intentando recuperar el equilibrio, pero le faltó poco para caerse al agua. Se salvó doblando las rodillas y echándose hacia atrás, pero eso tampoco resultó ser buena idea. Pegó con el trasero en la cubierta, y la atravesó. Intentó utilizar las manos, pero estas atravesaron la madera y el acero que había debajo. Pudo sentir el cálido aire de la cubierta inferior en las yemas de los dedos, y notó cómo seguía hundiéndose.

Al intentar enderezarse, su cuerpo siguió cayendo, y pasó a través de una fila de bancos de la cubierta inferior, sin siquiera alborotar las páginas del periódico de un hombre al atravesarlo. Y no se paró allí. La fuerza de la caída hizo que quedara incrustada en el suelo de aquella cubierta. Frenéticamente intentó impulsarse hacia arriba, pero de nuevo lo único que consiguió fue hundirse más.

Cayó a través de la cubierta inferior de pasajeros y llegó al piso de los coches, donde estos descansaban con el motor apagado mientras cruzaban la bahía. Ni siquiera la detuvo el acero de los vehículos. Y entonces la embargó el pánico.

—¡Socorro! —gritó—, ¡que alguien me ayude!

Pero, naturalmente, no había nadie que pudiera oír sus gritos, y se maldijo por no haber pensado en hacerse un par de raquetas de asfalto antes de subir a bordo.

Atravesó también el suelo del piso de los coches y cayó a la sala de máquinas. Los engranajes chirriaban y los pistones retumbaban resonando a su alrededor y, cuando intentó ponerse en pie, sus pies atravesaron el casco del barco. Pudo sentir el agua helada de la bahía en los tobillos, y después en las espinillas, y comprendió que si no se le ocurría algo rápidamente, pasaría por el fondo del barco y, tal como había escrito Mary, «ahí se acabaría todo».

—¡Socorro! —volvió a gritar, dirigiéndose, si no a nadie del mundo vivo, a alguna fuerza que hubiera en los cielos, y que resultaba tan invisible para ella como ella lo era para los vivos.

Había un hombre en la sala de máquinas. Tenía el pelo canoso y alborotado, y una barba de dos días; el uniforme azul indicaba que formaba parte de la tripulación, que era uno de los pilotos del transbordador que se había tomado un descanso. Sorbía café tranquilamente, subiendo y bajando las cejas como en muda conversación consigo mismo.

Allie ya estaba hundida hasta la cintura, y sus piernas colgaban en el agua, fuera del casco. Fue entonces cuando se le ocurrió algo: «¡La pija de la pizzería!».

Al sintonizarla, Allie se había sentido como una cometa elevada del suelo por los pensamientos de la chica. ¿Y si lo volvía a intentar, esta vez con aquel hombre mayor?

Era una posibilidad muy remota, pero tenía que intentarlo. Avanzar a través del acero del casco del barco requirió todo el esfuerzo de que era capaz. El casco era lo bastante grueso para ralentizar un poco su caída, pero ese grosor hacía que moverse en él exigiera un enorme esfuerzo de voluntad. Al final, tuvo que recurrir a impulsarse con los pies en el agua que había por debajo y mover las manos en el aire, como si estuviera nadando. Estaba hundida ya por debajo del ombligo cuando alcanzó al hombre, que estaba sentado en su silla, completamente ajeno a ella. Notaba que el agua de la bahía la atravesaba por el medio, llenando el lugar en que había tenido el estómago.

«Un poco más y me habré ido», pensó.

Y de ese modo, haciendo un último esfuerzo, se inclinó hacia delante, hacia el hombre de la silla, y lo tocó. Sintió la circulación sanguínea, los latidos del corazón, y se convirtió en una cometa impulsada por los aires. Dejó de sentir el frío del agua y...



... nunca ganaré lo que tengo que ganar no tengo posibilidad tengo todas las posibilidades a la lotería los números que me dan suerte cuatro veinticinco cumpleaños siete doce catorce la edad de los nietos treinta y nueve los años de casado dieciocho millones y si gano la lotería no tendré que volver a Staten Island...

Allie no se notaba los pies, no se notaba las manos, no se notaba nada, y lo único que podía oír eran los pensamientos de él. Era como si su cuerpo hubiera dejado de existir de repente y fuera solo espíritu, instalado en el ser de otra persona.

147

Abrió los ojos, sin darse cuenta siquiera de haberlo cerrado, y lo que vio resultó muy distinto a lo que había visto antes. En la mesa había una taza verde de café, pero al mirar ahora, no sabía si era verde o roja. Sus ojos se fueron sin querer hacia una luz roja que había sobre el motor, pero la luz ya no era roja, sino blancuzca. Entonces comprendió lo que pasaba.

«Estoy viendo a través de sus ojos, y por lo visto es daltónico».

Vio cómo la taza ascendía hasta sus labios y después volvía a bajar. Casi podía saborear el café.

... tengo que ganar a la lotería ahí está todo...

Aquellos pensamientos en torno a la lotería asaltaron la mente de Allie, y él ni siquiera era consciente de su presencia. Cuando él volvió a llevarse a los labios la taza, ella hubiera podido jurar que había probado realmente la bebida, y entonces, en unos pocos instantes, empezó a sentir algo grandioso: notaba calor, el calor del café y el calor de la máquina. Podía notar que las yemas de sus propios dedos tocaban el asa de la taza, podía notar la presión en la piel, la etiqueta de la camisa en la nuca. Todo estaba sumido en cierto sopor, como si le hubieran inyectado novocaína, pero no había duda de que ella volvía a sentir con los nervios de la carne viva. Todo resultaba tan extraordinario que por un momento olvidó por qué estaba allí.

... lotería lotería lotería tengo diez veces más posibilidades si compro diez boletos...

Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

Y entonces se dio cuenta de que llevaba allí al menos un minuto, mientras el transbordador seguía moviéndose. ¡Tal vez hubiera perdido ya la oportunidad de abordar el barco del McGill! Podía salirse del hombre en aquel preciso instante, pero el miedo a hundirse por el caso del barco era tan grande que no se atrevió. Si el piloto subiera a las cubiertas en vez de quedarse allí sentado, la llevaría con él.

... lotería lotería ¿y si los sumara todos y dividiera por 7...?

Su frustración fue en aumento. «¡Deja de pensar en esa idiotez de la lotería y levántate!».

Y de pronto, el hombre posó la taza del café y se levantó.

¿Era simple coincidencia? Allie no estaba segura. El hombre permaneció de pie por un momento, y después volvió a sentarse lentamente en su silla, algo desconcertado.

Si eran los pensamientos de ella lo que le había hecho levantarse, tal vez pudiera repetirlo. Allie hizo acopio de la misma frustración y determinación de un momento antes:

«¡Levante», insistió. Y el hombre volvió a levantarse.

...lotería lotería lotería ¿por qué acabo de levantarme...?

Vale, pensó Allie. Aquello era nuevo. Estaba claro que el hombre seguía sin sospechar su presencia, y que no distinguía entre los pensamientos propios y los de ella. Allie trató de aprovecharse de eso.

«Ve a la cubierta superior —dijo Allie—. Siempre te tomas el café aquí abajo y nunca disfrutas de la vista».

«Además, aquí hace demasiado calor, debería subir a la cubierta», pensó el hombre.

Cuando él se levantó para subir la escalera. Allie sintió el roce de la tela contra el cielo: una sensación extraña y lejana. El frío del piso de coches le impactó a Allie

repentinamente. No es que pudiera sentirlo realmente, pero sí podía sentirle a él sintiendo frío, y se dio cuenta de que había utilizado tal fuerza de voluntad para hacerle subir que el hombre se había olvidado de coger su anorak.

«La próxima cubierta», susurró Allie. Él obedeció. La primera cubierta de pasajeros estaba caliente, aunque no tanto como la sala de máquinas. Él siguió subiendo hasta el nivel superior, que estaba abierto al aire y la nieve. Ahora, utilizando a aquel hombre, Allie se podía apoyar contra la barandilla sin caer a través de ella.

Pero cuando Allie miró al agua, se asustó al no ver por ningún lado el barco del McGill. No podía ver nada más que la orilla de Staten Island en la distancia. Sufrió un momento e pánico, hasta que comprendió lo que ocurría:

«Estoy viendo a través de sus ojos —se recordó—, y él no puede ver el barco fantasma».

Se salió de él dando un paso. Era tan fácil como quitarse un abrigo, y en el instante en que lo hizo, la naturaleza del mundo volvió a cambiar. El barco del McGill reapareció al ver el mundo a través de sus propios ojos fantasmales. El barco del McGill estaba demasiado a la derecha, y el transbordador avanzaba muy rápido. ¡Si seguía así, pasaría al lado del barco fantasma, a unos cien metros de distancia!

Embargada de furia y desesperación, Allie se volvió hacia el viejo piloto, pero él ya no estaba allí. Lo encontró dirigiéndose hacia el puente de mando. Corrió tras él y volvió a penetrar a hurtadillas en el viejo. De inmediato, mientras él abría la puerta del puente de mando y entraba, el mundo que ella veía volvió a perder el color. El puente de mando era pequeño y olía a barniz viejo. En los controles se hallaba otro piloto más joven.

—Hoy el viento es matador —comentó el joven—. Tendrían que hacer estos chismes un poco más aerodinámicos.

—Ajá —dijo el viejo, distraído.

El joven lo miró un instante.

—No, qué va —respondió el viejo—, es solo... nada, no sé. Algo raro.

Ella comprendió que él estaba presintiendo. Aun cuando ella se escondiera por debajo de su umbral de comprensión, él notaba un asomo de su presencia.

En la mente de ella se formó un plan, pero si él empezaba a percibirla, ella podría que hacerlo con rapidez, o de lo contrario sería demasiado tarde.





«Dile que tome ya su descanso —mandó Allie—. Toma tú el control».

De pronto, Allie sintió que el cuerpo del viejo se giraba, y que miraba a su alrededor como buscando a alguien.

—¿Qué dem...?

—¿Te ha picado algo? —preguntó el piloto joven—. Aquí los bichos no saben que estamos en invierno. Crían en la sala de máquinas, y suben por los mamparos.

«¡Hazlo! —insistió Allie—. ¡Toma el control del transbordador ya!»

Pero el viejo respondió: «¡No...!»

Sus pensamientos fueron invadidos por el pánico, y Allie comprendió que había sido descubierta.

«¿Quién eres tú? ¿Qué es lo que quieres?».

Aterrorizada, pensó en salir de él de un salto y entrar en el otro piloto, pero nunca había hecho un salto de persona a persona. No: sería mejor quedarse donde estaba y trabajar con el viejo. Se calmó un poco y le habló a través de sus pensamientos:

«Eso no importa —le dijo—, lo púnico que importa es que tomes el timón y modifiques el rumbo».

—¡No! —respondió él, esta vez en voz alta.

El otro hombre lo miró:

—¿No qué?

—No... eh... no era un bicho —dijo—. Al menos no del tipo que piensas.

El otro hombre no supo qué decir, así que simplemente dirigió su atención al frente.

«No importa quién sea yo —pensó Allie—. ¡Tienes que ponerte al timón! ¡Tienes que modificar el rumbo!».

Pero no estaba dispuesto a obedecer. Entonces Allie hizo un movimiento calculado. Aquello era una batalla de voluntades, y aunque ella era una extraña en la piel de él, lo que tocaba esa piel ya no parecía tan lejano como hacía un rato. Tal vez... quizá...

Allie empujó una mano hacia delante y vio que la mano se movía. No era su mano sino la del viejo pilo. Sus dedos temblaban, pues dos espíritus contendían por controlarlos, pero terminó venciendo Allie. Ahora ya no se trataba solo de sintonizar mentes, sino de sintonizar un cuerpo y de utilizarlo como si fuera suyo. Se agarró al hombreo del piloto joven y habló, pero al hacerlo lo hizo con la voz seca y áspera de un hombre que se había pasado la vida fumando un par de paquetes diarios.

—Puedes bajar —se oyó decir Allie a sí misma con la voz del viejo—. Yo terminaré este trayecto. —El piloto joven no discutió. Asintió con la cabeza y se fue, contento de poder descansar.

En el interior de su mente, el viejo piloto intentaba recuperar el control de sus brazos.

«¡Paciencia! —le dijo Allie—. Paciencia, pronto habrá terminado todo».

Pero eso solo consiguió aterrorizarlo más.

Aferrando el timón, Allie giró a la derecha. En aquel momento no podía ver el barco del McGill, pero recordaba el punto donde se encontraba. El barco comenzó un viaje que lo desviaba de su rumbo certero.

Y de pronto Allie pensó: «¡Vuelvo a estar viva! ¡Vuelvo a ser de carne, hueso y sangre! ¿Era aquello lo que había querido decir el chico al comentar que había otras maneras de estar vivo?». Allie comprendió que acababa de hacer un descubrimiento importante, pero en aquel momento no tenía tiempo de pensar en eso.

Mantuvo el rumbo durante un minuto entero. Al cabo de aquel minuto, el cuerpo que ocupaba estaba temblando con toda la fuerza del espíritu del hombre, que intentaba recuperarlo. Finalmente, ella no dejó, pues ya había logrado su objetivo. En el instante en que ella salió de su cuerpo, el hombre soltó un pequeño grito y recuperó rápidamente el control de sí mismo. Se secó la sudorosa frente, y en vez de permitir que lo desbordara el terror ante lo sucedido, prestó atención al timón, corrigiendo inmediatamente el rumbo hacia Staten Island. Eso sí, ella lo oyó rezar en voz muy baja, susurrando una serie de avemarías. Allie hubiera querido tranquilizarlo, decirle que aquello era un hecho excepcional que no volvería a repetirse, pero estando ya tan cerca del barco del McGill, no podía perder tiempo.

Después del cambio de rumbo, iban derecho hacia el barco fantasma. La proa del enorme navío del McGill embistió de lleno en el costado del transbordador, pero en vez de partirlo por la mitad se limitó a atravesarlo, como si no estuviera allí. En ese momento, las imágenes del transbordador se desvanecían en la nada, como si la

realidad de Everlost a la que pertenecía el barco fantasma hiciera desaparecer en su avance todo lo demás, y Allie recordó lo que había dicho Mary de lo difícil que resultaba ver dos cosas que ocupaban el mismo espacio.

La proa del barco del McGill la golpeó con dureza, y Allie comprobó que su acero era sólido y no podía atravesarlo. Si no encontraba algo a lo que se pudiera agarrar, el barco del McGill saldría del transbordador y volvería a encontrarse en el mar, fuera de su alcance. Alargó la mano en busca de cualquier cosa a la que aferrarse, hasta que pasó a su lado el ancla, que colgaba de un agujero en la proa. Se agarró a ella, y el ancla la elevó por encima de la cubierta del transbordador. En un instante el transbordador se había alejado, avanzando a ritmo constante hacia Staten Island, y Allie había quedado aferrada con todas sus fuerzas a un ancla suspendida sobre las agitadas aguas de la bahía de Nueva York. Dándole gracias a sus padres por obligarla a seguir asistiendo a clase de gimnasia durante cuatro años, Allie trepó por la cadena del ancla y subió ágilmente a la cubierta del barco fantasma.

Su aparición sorprendió a un grupo de extraños piratas, que la capturaron en el mismo instante en que llegó a bordo. Su deformidad era aún más desagradable que la de los Monaguillos. La llevaron casi hasta la parte más elevada del barco, donde había algo que se repantigaba en un trono de estilo chabacano.

Fuera lo que fuera, lo que ocupaba el trono distaba mucho de ser humano. A Allie le resultaba horrible mirarlo, pero era aún peor apartar la mirada. Tenía en vez de manos unas afiladas garras de tres dedos, y su piel era tan roja como la de un bogavante y estaba tan picada como la luna. Los ojos disparejos vagaban cada uno a su aire, y las repugnantes greñas parecía que pudieran echar a andar en cualquier momento. El aspecto de aquel monstruo iba más allá de lo grotesco, hasta tal punto que Allie encontraba su terror equilibrado en algún modo con la fascinación. ¿Cómo podía existir algo tan horrible?

—¿Qué eres tú? —preguntó. Creyó que se lo preguntaba a sí misma, pero comprendió que lo había dicho en voz alta.

—Soy el McGill —respondió él—. ¡Tiembla al oír mi nombre!

Y Allie se rio. No quería hacerlo, pero aquella frase era tan tonta que no pudo evitarlo.

El McGill frunció el ceño, o al menos eso le pareció a ella. Hizo un gesto con la sucia garra, y todos los piratas reunidos huyeron como ratas, salvo uno de cabeza pequeña que estaba al lado de Allie.



—Te haré sufrir de maneras que no puedes ni imaginarte —dijo el McGill, aunque Allie le creyó, no estaba dispuesta a permitir que aquella bestia la viera con miedo, como había dejado que la viera el Espectro. Si había aprendido algo, era que los monstruos solo tenían el poder que uno les concedía. Pero también sabía que a los monstruos no les hacía gracia la falta de respeto. Y ella ya le había mostrado falta de respeto en una ocasión, así que seguramente no saldría impune si lo hacía una segunda vez.

—He oído que eres la mayor criatura de todo Everlost —dijo asintiendo con la cabeza en señal de respeto—. Ahora veo que es cierto.

El McGill sonrió, o al menos eso le pareció a Allie. Volvió el ojo que le colgaba hacia el desproporcionado muchacho que estaba a su lado:

—¿Qué te parece, Cabecita, la arrojo por la borda, o le hago algo peor?

—Algo peor —respondió Cabecita. Por algún motivo, Allie se había imaginado que contestaría eso.

El McGill se recolocó en el trono, intentando poner más cómodo aquel espantoso cuerpo suyo, cosa que parecía imposible.

—Pero antes quiero saber cómo has subido a mi barco.

Allie sonrió:

—No lo había hecho nadie hasta ahora, ¿verdad?

—La verdad es que no —contestó Cabecita, y el McGill lo fulminó con la mirada antes de volverse hacia Allie.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó el McGill.

—Te lo diré, pero solo si...

El McGill no la dejó terminar. Agitó su garra.

—Solo si nada, yo no hago tratos. Tírala por la borda, he perdido interés en ella.

Cabecita fue a agarrarla, pero ella se escapó.

—No —dijo Allie—. Espera..., te diré cómo he llegado a tu barco.

Cabecita dudó un instante. Allie había pensado que podría conseguir lo que quisiera si jugaba bien sus cartas, pero ahora comprendía que no estaba en condiciones de jugar a nada. El McGill no se andaba con juegos, y lo de tirarla por

la borda iba en serio. Lo mejor que podía hacer era ganar tiempo con la esperanza de encontrar algún medio de negociar la vida de Nick y Lief, suponiendo que no los hubieran tirado ya por la borda.

—Cogí el transbordador que va a Staten Island —dijo rápidamente—, y me colé aquí cuando atravesó tu barco.

De repente los dos ojos vagabundos del McGill miraron directamente hacia ella. Aferró con sus garras el borde del trono y empujó para levantarse.

—Ese transbordador cambió de rumbo —dijo el McGill—, como si lo hiciera a propósito. ¿Fuiste tú quien lo hizo?

Allie se preguntó qué respuesta podría evitar que la tiraran por la borda, si un sí o un no. Al final comprendió que la mejor respuesta combinaba lo mejor de ambas posibilidades.

—Sí y no —dijo.

El McGill se acercó un paso.

—Explícate.

—Yo no podía hacerlo virar por mí misma, así que digamos que salté al cuerpo del piloto y lo dominé durante un rato.

El McGill siguió dirigiéndole en silencio su horrible mirada.

—¿Esperas que me lo crea? —dijo al fin.

—Puedes creer lo que quieras, pero te digo la verdad.

La criatura la miró durante unos instantes más:

—Entonces, ¿me estás diciendo que sabes cómo usurpar, poseer, y controlar a los vivos? ¿Realmente sabes secuestrar la piel?

A Allie no le gustó mucho cómo sonaba aquello. ¿Era eso lo que había hecho ella? ¿Había poseído al piloto? ¿Le había secuestrado la piel? Sonaba sumamente... delictivo.

—Yo prefiero llamarlo «sintonización corporal».

El McGill se rio de eso:

—Sintonización corporal: muy bien. —Por un momento se rascó insistentemente el nervio de su ojo más pequeño, el que colgaba.

—¿Cómo te llamas?

—Allie —respondió ella—. Allie la Apartada.

El McGill, nada impresionado por el sobrenombre, metió una de sus garras en su enorme nariz, sacó de ella un moco del tamaño de una cucaracha, y lo tiró a la pared, donde se quedó pegado. Allie hizo una mueca.

—Llévatela abajo —le dijo el McGill a Cabecita.

—¿La cuelgo con los demás?

—No —dijo el McGill—. Ponla en los camarotes de los invitados.

Cabecita asintió obedientemente y cogió a Allie por el brazo con un poquito más de respeto de que había mostrado antes. Allie, sin embargo, sintiendo que su capacidad de negociación acababa de cambiar, se apartó a Cabecita con un gesto de orgullo.

—Has cogido a mis amigos, que estaban en la fábrica del Espectro.

El McGill prestó mucha atención.

—Amigos... —pronunció el monstruo lentamente.

—¿Estás aquí?

—Puede que sí, y puede que no. De momento irás a tu camarote. Cuando quiera hablar contigo, te haré llamar.

Ella suspiró, sabiendo que no podía presionar más.

—Gracias por ser tan... compasivo —dijo Allie—. Pero me gustaría que Cerebro de Guisante me quitara las manos de encima.

—Yo soy Cabecita —corrigió el muchacho—. Cerebro de Guisante trabaja en la sala de máquinas.

El McGill los despidió con un gesto de la mano, Cabecita le hizo a Allie una reverencia en plan de burla, y la condujo a los camarotes de los invitados haciendo gala de más respeto del que una neoluz hubiera recibido sobre el *Reina Sulfúrea* desde que este barco cruzara a Everlost.

\*\*\*



En cuanto la chica se fue, el McGill volvió pesadamente hacia su trono, y se sentó. Desde la posición privilegiada en que se asentaba el trono, podía contemplar el océano que se extendía ante él. Habían cruzado por debajo del puente Verrazano, y el *Reina Sulfúrea* no tardaría en salir otra vez al Atlántico, a su interminable travesía de un lado a otro de la costa este de Estados Unidos.

El McGill raramente se permitía fantasear. Llevaba una existencia pesimista, siempre esperando lo peor, y alegrándose cuando lo peor no sucedía. Pero aquella chica le había tocado la fibra sensible.

¡El secuestro de piel! Aquella era una habilidad más útil que ninguna de las que ya poseía. Ser capaz de saltar a voluntad de un cuerpo a otro..., introducirse en el mundo de los vivos, y encontrar nueva carne que habitar cada vez que le viniera en gana. ¡Qué poderoso sería si contara con una habilidad como aquella! ¿Le podría enseñar aquella chica? Si era así, valía la pena posponer el resto de sus planes. Sí: aquella nueva asociada ofrecía emocionantes posibilidades.



Lo más que se aproxima Mary Hightowe a mencionar al McGill es en su libro *Cuidado, esto va contigo*. Entre párrafos dedicados a los peligrosos vórtices gravitacionales y los reality shows, escribe Mary: «Si encuentras un punto muerto que contiene algo de gran valor, como joyería, comida que ha cruzado a Everlost, o cualquier otro objeto que parezca demasiado bueno para ser verdad, lo más probable es que sea efectivamente demasiado bueno para ser verdad. Aléjate de esos lugares, o puede que te encuentres en una situación muy desagradable ».

Normalmente se asume que ella se refiere aquí a las trampas que pone el McGill para las almas verdes, que según se dice están colocadas en puntos estratégicos a lo largo de toda la costa de Estados Unidos. Por supuesto, su existencia nunca ha sido demostrada...



Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

## Capítulo 17

## La sala de campanillas

Trascrito por nahirr

158

A diferencia de Mary Hightower, el McGill no escribía libros. A su modo de ver, la información era mejor guardársela, más o menos como los objetos atesorados en la bodega de su barco. Cuanta menos información tuvieran los demás, más poder tendría él sobre ellos. Sin embargo, el McGill leía a escondidas cada libro que había escrito Mary Hightower. Al principio lo encontraba todo muy divertido, porque la información que daba Mary era errónea la mitad de las veces. Cuanto más leía, no obstante, más comprendía que Mary no se equivocaba en absoluto, sino que distorsionaba deliberadamente lo que sabía cuando le convenía. Guardándose para ella la mejor información, se parecía mucho al McGill.

El hecho de que Mary no mencionara al McGill en ninguno de sus libros era una espinita que él tenía clavada. El McGill era una leyenda. Era, al fin y al cabo, el Único Monstruo Verdadero de Everlost, y se merecía como poco un capítulo entero. ¿Es que eso era mucho pedir? Algún día se enfrentaría a aquella Mary, la derrotaría, la reduciría a la esclavitud, y después la obligaría a escribir sobre él una enciclopedia entera. Pero de momento tenía la atención puesta en otra chica.

\*\*\*

Allie sabía que la hospitalidad a bordo del *Reina Sulfúrea* solo duraría hasta que el McGill se cansara de ella o consiguiera lo que andaba buscando. Lo que andaba buscando “él”, pues Allie estaba razonablemente convencida de que aquella bestia era macho. En cualquier caso, tenía el tiempo contado. Además, tampoco tenía paciencia para esperar. Tenía que averiguar sencillamente si estaban allí Nick y Lief. Una vez instalada en el “camarote de los invitados”, Allie esperó hasta que

Un lugar lleno de misterio  
EVERLOST



dejaron de oírse las pisadas de Cabecita, y entonces abrió sigilosamente la puerta y salió con cuidado.

El barco era grande y la tripulación escasa, así que pudo transitar por los pasillos y las escotillas sin ser vista. En las ocasiones que se encontraba con los feos subalternos del McGill, éstos hacían tanto ruido que le daban tiempo suficiente para esconderse.

Un barco tiene muchos rincones en los que guardar prisioneros, así que exploró metódicamente cada rincón oscuro, ignorando el horrible olor a huevos podridos, que se hacía más intenso conforme se adentraba en las entrañas del barco. Finalmente, encontró la enorme bodega en que el McGill guardaba su tesoro. Por el hedor y los residuos amarillos que había en el suelo, Allie supuso que las bodegas habían transportado azufre en otro tiempo, pero ahora albergaban el botín de los pillajes del McGill. Se maravilló de lo que vio en cada una de las estancias, y se preguntó cómo habrían cruzado todas aquellas cosas. ¿Habría muerto alguien en aquel sillón reclinable de cuero? ¿Estaba hecha con tanto cariño aquella vidriera de aquel ventanal que cruzó a Everlost al arder la iglesia? ¿Y qué pasaba con aquel armario ropero, con el vestido de novia y el esmoquin que colgaban en su interior? ¿Se fueron la novia y el novio adonde tenían que ir en su infortunada noche de bodas? ¿Acaso su amor, como el de Romeo y Julieta, no era apropiado para el mundo de los vivos?

Cada objeto tenía una historia que nunca conocería nadie, y el hecho de que McGill tratara aquellas cosas con tanta desconsideración hacía que Allie odiara aún más a aquel ser.

Abrió la puerta de la cuarta y última bodega, esperando hallar más montones de cosas atesoradas por el McGill. Aquella estancia era diferente, sin embargo. Al observar su interior, su mente no comprendió cabalmente lo que veía. Su primera impresión fue que se trataba de un móvil colgante gigantesco, algo parecido a lo que había visto una vez en el Museo de Arte Moderno. Unos objetos grandes y desiguales colgaban de cadenas, cada uno con una altura diferente, brillando ligeramente como bombillas de pocos vatios.

Entonces habló uno de los objetos:

—¿Qué hora es? —preguntó el brillante bulto.

Allie dejó escapar un grito, retrocedió y golpeó el mamparo de acero que tenía detrás. La pared hizo un sonido apagado, sordo, hueco.

—¿Qué hora es? —volvió a preguntar el bulto. Era un chico, tal vez uno o dos años menor que ella, que llevaba puesto un pijama de franela gris, y colgaba de

los tobillos, cabeza abajo, a casi dos metros del suelo. Su pijama tenía una aleta dorsal en la espalda y un dibujo de un tiburón por delante.

—No... no lo sé... —respondió Allie.

—Vale, de acuerdo —el chico no se mostró decepcionado, tan solo resignado.

—Ten cuidado —dijo una chica que colgaba a su lado—: muerde.

El chico del pijama sonrió, mostrando una serie de dientes muy afilados, como un tiburón, que recordaban el dibujo que llevaba en el pijama.

—Eso va en la naturaleza del depredador marino —explicó.

Sólo entonces empezó a comprender qué era aquello, al observar toda la escena que tenía ante sus ojos: los bultos que colgaban eran neoluces. Cada uno de ellos era una neoluz. Tenía que haber allí cientos de niños, todos colgados cabeza abajo.

\*\*\*

El acto de colgar a alguien en la sala de campanillas había sido inventado por el McGill, que proclamaba con orgullo la paternidad de aquella idea. Como no era posible herir a nadie en Everlost, y como el McGill deseaba provocar dolor, había discurrido una nueva forma de tortura, que resultaba funcional en varios aspectos diferentes: en primer lugar, porque proporcionaba un modo diferente de almacenar a aquellas neoluces que no podía utilizar de forma inmediata; y en segundo lugar, porque producía a las víctimas una terrible sensación de aburrimiento. Explicado con sencillez, aquello consistía en colgar a alguien cabeza debajo de los tobillos por medio de una soga o cadena. No es que eso fuera realmente doloroso para el espíritu que resultaba colgado de esa forma, pero era un modo tedioso de pasar los días, y si el aburrimiento era lo más próximo al sufrimiento que podía provocar el McGill, tendría que conformarse. De todas formas, para él resultaba entretenido, pues a menudo bajaba a la bodega y comenzaba a moverlos. Empezaban a chocar unos con otros, y a cada golpe gruñían y gritaban, como si fueran campanillas de viento humanas.

El día que colgaron a Nick, no supo si aquello era mejor o peor que estar encerrado en el tonel de salmuera. El olor de huevos podridos era ciertamente más desagradable que el ajo y el eneldo de la salmuera, pero por otro lado allí al menos no se sentía tan solo. Lief, que en su tonel había alcanzado el nirvana, se

lo tomó con calma, sonriendo todo el tiempo, y al final Nick pensó que estar solo era mejor que colgar cabeza abajo junto a un bendito conformista como él, y además la compañía de Lief resultó preferible a la de aquel otro que chillaba sin parar, a la del que se estaba convirtiendo en tiburón.

En cuanto a los feoides los colgaban, les pintaban un número en el pecho, en negro. Por motivos que Nick no alcanzaba a comprender, él tenía el número 966, y Lief el 266, aunque el niño le había dibujado el dos al revés.

—Tu pelo tiene gracia —le dijo Lief en cuanto se fueron los feoides—. Se te ha quedado de punta para arriba.

—No —repuso Nick, muy irritado—, se me ha quedado de punta para abajo.

Lief se encogió de hombros subiéndolos hacia abajo.

—Bueno, arriba es abajo en China, y tú eres medio chino.

—¡Medio japonés, so memo! —Nick alargó la mano y le pegó en el hombro, pero con eso sólo consiguió que se empezaran a balancear y pagar contra otros que tenían a su alrededor.

—¡Eh, cuidado! —dijo algún chico—. Ya resulta bastante desagradable cuando baja el McGill a balancearnos un poco. No necesitamos que un par de idiotas hagan lo mismo.

Sus compañeros también se quejaban cada vez que Nick intentaba subir por su propia cuerda para llegar a la rejilla que había arriba. A través de aquella rejilla podía ver el cielo, y pensaba que si conseguía salir al aire libre, se le ocurriría un medio de escapar.

Por desgracia, todas las cuerdas estaban engrasadas, y él nunca lograba ascender más de tres metros antes de volver a caer y balancearse chocando contra los de al lado, provocando una reacción de quejidos en cadena, que a su vez conseguían que el chillador empezara a chillar, de lo que todo el mundo le echaba a Nick la culpa.

Aparte de pelearse de vez en cuando o de cantar en grupo, no había nada que hacer salvo esperar a que el McGill les encontrara una utilidad. Nick tenía la fantasía de que Mary llegaría con un centenar de sus niños para rescatarlo. Nunca se imaginó que su liberadora pudiera ser Allie.

\*\*\*



—¡Dios mío!

Allie estaba allí, en el suelo cubierto de polvo de azufre de la sala de campanillas, sin poder aún creerse lo que estaba viendo. Intentó contar cuántos había, pero eran sencillamente demasiados para contarlos. Tenían un número garabateado en el pecho, y algunos de esos números andaban por cerca del mil.

—¿Has venido a liberarnos? —preguntó la niña número 342.

Como Allie no sabía si sería posible rescatar a tantas neoluces, no contestó. En vez de hacerlo, dijo:

—Estoy buscando a dos chicos. No pueden llevar aquí mucho tiempo. Uno se llama Nick, y el otro Lief.

Entonces, desde lo alto, se dirigió a ella una voz.

—Están al otro lado —se trataba de un chico mayor que iba vestido con un uniforme de los *boys scouts*, con el pelo rubio cobrizo, colocado cabeza abajo muy recto, como una llama al revés. La suya era la soga más corta: colgaba a unos cinco metros sobre el suelo, lo que le situaba a mayor altura que ningún otro, y por eso era el que tenía mejor vista de la bodega—. No hacen más que hablar y hablar —comentó—. Diles que se callen, son un peñazo.

Allie se abrió camino por entre la masa de niños colgados que oscilaban como péndulos al pasar ella, y refunfuñaban por ser molestados. Ella intentaba ser cortés, pero era evidente que el bosque de espíritus colgantes no agradecía aquella intrusión.

—Callaos, idiotas —dijo el chico colgada arriba. Allie se preguntó si el estar colgado en la punta le habría conferido automáticamente cierta autoridad sobre los demás, o si solo le ponía los nervios de punta—. ¡Os he dicho que os calléis! —gritó más fuerte—. Seguid haciendo ruido y conseguiréis que empiece el de los chillidos.

Y junto a Allie, el chillador, al que le habían vuelto a recordar su ocupación, empezó a gemir en los mismos oídos de Allie. Tras reflexionar un poco, le cerró la boca con la mano.

—Eso —le dijo ella— está totalmente fuera de lugar. No vuelvas a hacerlo. Nunca —el chillador la miró con ojos de preocupación—. ¿Me has entendido bien? —preguntó Allie. El de los chillidos asintió con la cabeza, y ella retiró la mano.

—¿Puedo chillar solo un poquito? —preguntó él.

—No —dijo Allie—. Tus días de chillar se han terminado.

—Caray —dijo, y se quedó callado a partir de ese momento.

—¡Eh! —anunció alguien—. ¡Esta chica ha hecho callar al chillador! —los aplausos de manos que apuntaban hacia el suelo resonaron en toda la bodega.

—Allie, ¿eres tú? —le preguntó Nick. Ella siguió abriéndose camino por entre unos pocos espíritus colgantes más, y entonces los vio a los dos. Nick colgaba a metro y medio del suelo, con la cabeza más o menos al nivel de la de ella. Lief estaba colgado dos palmos más arriba—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Nick—. ¡Se suponía que el Espectro te había metido a ti también en un tonel!

—Me escapé antes de que pudiera hacerlo —explicó Allie.

—¿Y nos dejaste allí?

Allie lanzó un suspiro. Nick y Lief no tenían ni idea de lo que ella había pasado para llegar hasta allí, y no era aquel el momento adecuado para contárselo. Miró a Lief, que sonrió y le hizo un gesto del revés con los brazos que le colgaban.

—¡Hola!

Aquella aceptación serena por parte de Lief de la situación en que se encontraba le hizo a Allie sentirse aún peor.

—¡Esto es horrible! ¿Cómo puede hacer algo así el McGill?

—Es un monstruo —le recordó Nick—. Y los monstruos hacen estas cosas.

—¿Te vas a quedar colgada aquí con nosotros? —le preguntó Lief muy contento—. ¡A mi me queda sitio!

—No le hagas caso —le dijo Nick a Allie—. Está en otro mundo —Nick se retorció y dobló las rodillas hasta que pudo agarrarse los tobillos con las manos—. ¿Puedes cortar la cuerda y soltarnos?

Entonces el chico de arriba del todo se dirigió a ellos:

—Si los liberas, el McGill os tirará a los tres por la borda. O tal vez se ponga tan furioso que nos tire por la borda a todos.

Allie sabía que tenía razón. El McGill era al mismo tiempo miserable e impredecible. Y además, si los soltaba, ¿adónde irían? Aunque salieran de la bodega seguirían atrapados en el barco.

—No os puedo liberar ahora —les dijo—, pero lo haré pronto. No os dejare colgados —sonrió al darse cuenta de lo más que había elegido la frase.

—¿Así que nos vas a dejar aquí? —preguntó Nick.

—¡Vuelve a visitarnos! —le dijo Lief alegremente.

—Volveré pronto, lo prometo.

—¿Lo prometes? También nos prometiste que la visita al Espectro no sería peligrosa —le recordó Nick—. Y mira cómo resultó.

Allie no intentó buscar excusas, porque Nick tenía razón. Todo era culpa de ella. Allie raramente pedía perdón por nada, pero esta vez, al decir “lo siento”, lo hizo con toda la intensidad de todas las veces que no se había disculpado estando viva. Entonces los abrazó en aquella difícil postura y los dejó a ambos balanceándose ligeramente. Se marchó antes de no poder dominar su emoción.





## Capítulo 18

## El secuestro de piel explicado a los tontos

Transcripto por Vampiro Bell

165

El *Reina Sulfúrea* fue bordeando la costa este, muy pegado a ella, deteniéndose de vez en cuando para enviar un bote salvavidas con un grupo de desembarco encargado de ver si se había quedado atrapada alguna nueva neoluz en alguna de las trampas que ponía el McGill. Eran dispositivos realmente simples: unas redes camufladas atadas a los árboles de Everlost. Un alma verde podía encontrar una barra de caramelo, o un cucurucho de palmitas de maíz, o cualquier otra cosa que el McGill usara como cebo, pero en el instante en que lo cogía, la trampa se accionaba y allí se quedaba atrapado el niño hasta que llegaba la tripulación del *Reina Sulfúrea* para sacarlo. Era tan fácil como atrapar un conejo.

El McGill estaba encantado con la manera en que le iban las cosas en aquellos días. Todo marchaba bien. No podía creerse que hubiera sido una mera coincidencia hallar a aquella chica, Allie. No: estaba claro que las fuerzas del universo se ponían de acuerdo para favorecerlo. Si se trataba de fuerzas de la luz o de las tinieblas..., bueno, eso estaba aún por ver.

La mañana que siguió a la inesperada llegada de Allie, el McGill bajó a su camarote y la encontró en él, leyendo uno de aquellos puñeteros libros de María Reina de los Escocidos.

Cuando entró, Allie levantó la vista hacia él con indiferencia desde la cama, y volvió a su lectura.

—Los libros de Mary dan rabia —le dijo al McGill—. No se pueden distinguir las verdades de las mentiras. Algún día le aclararé las cosas.

A él le costó trabajo no sonreír. A ella le desagradaba Mary, igual que a él. Eso era buena señal. El McGill sacudió la cabeza en un calculado gesto de desdén. Sus

Un lugar lleno de misterio  
EVERLOST

pelos engrasados se movieron como látigos y salpicaron gotas de aceite contra la pared:

—Me enseñarás a secuestrar la piel ahora.  
Ella pasó la página en el libro, sin hacerle caso:

—No obedezco órdenes.

El McGill se detuvo, sin saber si ponerla pringando o tratarla con inusitada paciencia. Eligió la paciencia:

—Me enseñarás a secuestrar la piel ahora..., por favor.

Allie posó el libro y se sentó:

—Bueno, dado que has utilizado las palabras mágicas, pues vale, por qué no.

Allie no mostraba el más leve disgusto cuando lo miraba. Eso le resultaba molesto, incluida la misma tripulación, lo encontraba profundamente repulsivo. Su capacidad de repeler era para él un gran motivo de orgullo. Tomó nota mental de que tendría que buscar nuevas e ingeniosas maneras de horrorizarla.

Lo que el McGill no sabía era que Allie sí que sentía repulsión, pero se le daba increíblemente bien ocultar sus emociones cuando quería. A Allie le parecía que el McGill ya tenía bastante poder sobre ella, y no tenía ganas de darle además la satisfacción de la náusea.

—El arte de secuestrar la piel —empezó Allie—: lección numero uno.

—Escucho.

Allie dudó. Se había metido en camisa de once varas, porque se había alguien que no debía aprender de hacer secuestros de piel, ese era el McGill. Apenas había aprendido ella misma, pues solo lo había intentado una vez, con el piloto del transbordador, pero eso no lo sabía el McGill. Él se creía que ella era una experta. Y mientras actuara como tal, todo iría bien.

—Poseer a los vivos es algo sumamente complicado —dijo con autoridad—. Lo primero que hay que hacer es encontrar... eh... un vórtice de espíritu.

—Un vórtice de espíritu —repitió el McGill—. No sé lo que es eso. —Tampoco Allie, pero eso no importaba—. ¿Quieres decir un lugar que ya ha sido rondado por espíritus? —preguntó.

—Sí, eso es.

—¿Un lugar que ha sido rondado aunque no sepamos por qué?

—¡Exacto!

El McGill se acarició en gesto pensativo la hinchada barbilla.

—Conozco un lugar así. Una casa en Long Island. Fuimos allí en busca de neoluces para capturarlas. No encontramos ni una, pero los muros de la casa siguen diciéndonos que nos vayamos.

—Vale —dijo Allie—. Entonces empezaremos ahí las lecciones.

El McGill asintió con la cabeza:

—Te haré llamar cuando lleguemos.

En cuanto se fue, Allie dio rienda suelta a su repulsión, temblando y retorciéndose, y después volvió a la cama, horrorizándose un poco más con el volumen de información errónea de Mary Hightower. Tenía la esperanza de que entre todos aquellos consejos inútiles de Mary algo le diera una pista para vencer al McGill, el truco que estaba buscando.

\* \* \*

Siendo una criatura arrogante, el McGill creía que podía distinguir cuándo le mentía alguien. Era aquella arrogancia precisamente lo que le impedía ver que Allie lo engañaba. El McGill se paseaba por la cubierta del barco, encantado con aquel nuevo elemento de su existencia. A su alrededor, la tripulación se entregaba a sus labores. No tenía mucho sentido que se ocuparan tanto de fregar, limpiar y abrillantar todo, pues lo que estaba oxidado en cualquier momento seguiría oxidado para siempre. Lo que había quedado cubierto de polvo de azufre permanecería eternamente así, no importaba cuanto se afanara la tripulación en limpiarlo. Lo único útil que podían hacer era limpiar las migas de gallera que el McGill solía dejar a su paso. Sin embargo, el McGill insistía en que su barco era como un barco de verdad, y su tripulación como una tripulación de verdad, y a lo que se dedica una tripulación de verdad es a limpiar. Siempre estaban los mismos



miembros de la tripulación limpiando las mismas cosas a la misma hora del día. La rutina. Eso era lo que hacía que un barco fantasma fuera un barco fantasma. Allie, sin embargo, rompía la rutina.

Paseaba orgulloso por delante de sus hombres, echándoles bichos negros, o escupiéndoles en los zapatos, solo para que recordaran quién era el jefe. Entonces volvió al puente de mando y ordenó que virara el barco para poner rumbo a Long Island y a la casa encantada de la que le había hablado a Allie. A continuación se sentó en su trono y acercó la mano a una escupidera de latón deslustrado que había al lado. El recipiente había sido originalmente utilizado para escupir tabaco de mascar, flema y otras cosas asquerosas, pero allí tenía una función diferente: el McGill metió la zarpa en él y sacó una galleta china de la suerte, unas de las muchas de la que estaba llena la vasija de latón.

168

A Mary Hightower no le gustaban las galletas de la suerte, y así se lo decía a sus lectores. Solo acordarse de eso le hacía reír al McGill. Lo que no les decía Mary a sus lectores era que en Everlost había muchas de esas galletas. Tal vez no tantas como monedas con la cara borrada, pero eran mucho más útiles que ellas. Por una vez, Mary le había hecho un favor, pues si los demás se mantenían apartados de las galletas de la suerte, ¡más quedaban para él!

El McGill deshacía las galletas con los dedos y tiraba las migas a la cubierta para que la tripulación se lanzara a ellas como gaviotas. A continuación se sentaba en su trono y leía la pequeña tira de papel que había estado oculta en la galleta.

*Del agua te llegará la salvación.*

Allie había salido del agua, ¿no? Se echó hacia atrás, contento consigo mismo.

\*\*\*

Naturalmente, la casa de Long Island les dijo que se fueran.

Se lo dijo en voz bien alta, y se lo dijo muchas veces. Era una casa muy pesada. Sin embargo, era una casa que ladraba y mordía. Había una pareja joven viviendo allí, y aunque también les gritaba a ellos, por lo visto no podían oírla, pues ambos eran sordos. Como la casa carecía de apéndices con los que poder comunicarse en el lenguaje de signos, se sentía profundamente frustrada. Tenía que resultar muy agradable para ella contar finalmente dentro de sus muros con espíritus que pudieran oírla, aun cuando no tuvieran mucho interés en escuchar. Pese a ello

Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

Allie tenía que reconocer que era la localización perfecta para su primera lección falsa de secuestro de piel.

—Vale —le dijo Allie al McGill—, primero tienes que encontrar un punto muerto en la habitación. —Eso no era muy difícil porque la casa entera estaba tan llena de ellos como un gruyer de agujeros. Por lo visto había muerto allí mucha gente, pero Allie no quería pensar en ello.

El McGill eligió un punto cerca de una ventana que daba al mar.

—¿Ahora qué?

—Cierra los ojos.

—Mis ojos no se cierran —le contestó el McGill.

—Vale. Entonces mantenlos abiertos, pero ponte de frente al mar... y espera a que el sol se levante.

—Estamos a mediodía —observó el McGill.

—Sí, lo es. Tienes que quedarte así hasta que el sol se levante mañana, y después mirar fijamente el sol.

—¡Fueeeeeeeeeeeera de aquí! —decía la casa.

—Si tenemos que estar aquí hasta el alba, ¿Por qué no me lo dijiste antes de que viniéramos?

—¿Sabes cuál es tu problema? —dijo Allie—. Que no tienes paciencia. Eres inmortal, no tienes que ir a ningún lado. El secuestro de piel requiere paciencia. Tienes que seguir aquí de pie, y esperar el alba.

El McGill la miró aviesamente, le escupió una flema marrón en el zapato, y dijo:

—Bueno. Pero tú quédate conmigo. Si tengo que seguir oyendo lo que dice esta casa maldita, entonces tú también.

Así que los dos se quedaron allí, ignorando las actividades sin sentido de las personas que vivían en la casa, y haciendo caso omiso de todo lo que esta decía.

Sin embargo, a la mañana siguiente estaba nublado, y en vez de ver el sol de amanecer, lo que apareció en el horizonte fue una franja gris.

—Tendrás que esperar a mañana —le dijo Allie al McGill.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver esto con poseer a los vivos?  
Allie puso los ojos en blanco, como si la respuesta fuera obvia:

—Mirar el sol al alba te proporciona la visión espiritual. No todas las personas vivas pueden ser poseídas. La visión espiritual te permite ver a cuáles les puedes secuestrar la piel, y a cuáles no.

El McGill la miró dudando:

—¿Y así es como aprendiste tú?

—Bueno —dijo Allie—, este es el primer paso.

—¿Cuántos pasos hay?

—Doce.

El McGill la miró con los ojos disparejos y vagabundos, y entonces preguntó:

—¿En esta casa hay alguien poseíble?

Allie recordó el momento en que había alcanzado a ver a los ocupantes de la casa, hablando uno con el otro por medio de complejos signos hechos con las manos. En realidad todo el mundo era poseíble, pero no quería que el McGill lo supiera. Lo importante era asegurarse de que no le enseñaba al McGill nada en absoluto. Y también entretenerse lo suficiente para enterarse de sus puntos débiles. Si ella podía hacerle pasar por doce ridículos pasos, convenciéndolo de que al final aprendería a secuestrar la piel, podría hallar el modo de derrotarlo, o al menos de liberar a sus amigos. En cualquier cosa, sabía que tendría que salir huyendo cuando todo terminara, porque cuando al fin el McGill se diera cuenta de que se había reído de él, su furia haría temblar a todo Everlost.

—La mujer es poseíble —le dijo Allie al McGill.

Muéstramelo —dijo la criatura—. Róbale la piel ahora.



Allie apretó los dientes. Su experiencia al tomar control del piloto del trasbordado había sido emocionante, pero también aterradora. Había sido una experiencia intensa, pero también, en cierto sentido, asquerosa, algo parecido a ponerse la ropa sudada de otra persona. Aun así, si quería seguir engañando al McGill, tendría que ofrecerle algo.

—Vale, lo haré. Pero solo si me dices por qué pones un número a cada uno.

Él pensó en ello, y después dijo:

—Te lo diré después de que le secuestres la piel a la mujer.

—Vale. —Allie movió los hombros como un corredor que se prepara para la carrera, y después se acercó a la mujer que estaba en la cocina. Entrar dentro de ella fue más fácil esta vez que con el piloto del transbordador, tan vez porque era una mujer, o tal vez porque la practica hace al maestro. La mujer no llegó a entender qué le había ocurrido. Lo que a Allie le chocó más al principio fue el completo silencio. Le entró miedo, pensando que algo iba mal, hasta que recordó que la mujer era sorda. Ahora el mundo que rodeaba a Allie resultaba más brillante, tan como se lo parecía a los vivos, y podía sentir la seductora densidad de la carne. Dobló los dedos de la mujer, y comprobó que solo le había costado unos segundos vencer su conciencia y tomar el control. Allie miró a su alrededor. A través de los ojos de la mujer ya no podía ver al McGill, pero sabía que estaba allí. Si él quería una prueba de que ella era capaz de poseer a la gente, la tendría. Anduvo revolviendo por los cajones de la cocina hasta que encontró un rotulador, y entonces se dirigió a la pared y escribió en grandes letras mayúsculas:

#### CUIDADO CON EL MCGILL

Entonces se salió de la mujer de un salto, porque no quería pasar dentro de ella ni un segundo más de lo necesario. El mundo vivo se desvaneció en los apagados colores de Everlost, volvió a oír, y vio allí al McGill, que mostraba sus dientes podridos y afilados en una sonrisa:

—¡Muy bien! —exclamó—. Muy, muy bien.

—Ahora explícame lo de las neoluces que tienes en el barco.

—No.

—Lo prometiste.

—Mentí.

—Entonces no te enseñaré lo que sé.

—Entonces tiraré a tus amigos por la borda.

—¡¡¡Fueeeeeeeeeeeeeera de aquí!!!

Allie apretó los puños y soltó un bramido furioso que solo consiguió hacer sonreír al McGill. Tal vez ella tuviera algunas cartas, pero el McGill no le dejaría olvidarse de que a él le habían tocado los ases.

—Volveremos cada mañana —dijo el McGill—, hasta que tengamos un amanecer claro. Entonces seguiremos con el paso dos.

Allie no tuvo más remedio que acceder. Regresó al *Reina Sulfúrea* en el bote guardando un enfurecido silencio, más decidida que nunca a burlar al McGill.

En cuanto a la mujer a la que había poseído Allie, una vez recuperado el control de su cuerpo, echó un vistazo a las palabras que había garabateado en la pared y llegó a la conclusión de que las historias que se contaban sobre aquella casa eran ciertas. Contactó inmediatamente con la inmobiliaria y puso la casa en venta, decidida a alejarse con su marido lo antes posible de Amityville<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup>Amityville es una población de Estados Unidos donde hay una famosa casa embrujada. Un hombre asesinó en ella a sus padres y sus cuatro hermanos: desde entonces algunos de los inquilinos de la casa han huido de espavoridos.

«Mucho cuidado con las galletas chinas de la suerte que Cruzan a Everlost »,  
escribe Mary Hightower en su libro *cuidado, esto va contigo*. «Son instrumentos  
del mal, y lo que hay que hacer es no acercarse a ella. ¡EVITA LA  
TENTACIÓN! ¡Ni siquiera te acerques a los restaurantes chinos! Esas galletas  
malignas le pudrirán la mano a cualquiera que las toque»



Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**



# La maléfica galletita de la muerte

Transcrito por: Lia Belikov

174

El McGill siguió las indicaciones de Allie, permitiendo que lo guiara por los tres primeros pasos de la posesión de humanos. Se suponía que ya había adquirido la «visión espiritual», que le permitía distinguir qué humanos eran poseíbles y cuáles no, pese a lo cual, cuando miraba a los humanos, no veía diferencia alguna entre ellos. Esto no se lo dijo a Allie, sin embargo. Ya llegaría la visión espiritual, pensó. En cuanto recorriera los pasos que le quedaban, llegaría. Tenía que llegar.

El segundo paso consistía en seguir a una persona viva durante veinticuatro horas.

—El propósito —explicó Allie— es llegar a encontrarse en sintonía con las cosas que hacen los vivos.

Se trataba de una tarea sorprendentemente difícil, debido a que los vivos podían viajar por medios que no estaban al alcance de McGill. Cada vez que el McGill elegía a alguien para seguirlo, esa persona terminaba subiéndose a un coche, o a un tren o, como sucedió en cierta ocasión, a un helicóptero, que se lo llevaban demasiado rápido para los pies del McGill.

Le costó varios días dar con alguien que no se iba a ninguna parte: un recluso de la prisión local. Pasó veinticuatro horas observando las diversas pero limitadas actividades del preso, y después el McGill regresó triunfante al *Reina Sulfúrea*.

El tercer paso, sin embargo, era mucho más difícil. Según Allie, era necesario que realizara un acto completamente desinteresado. El McGill no creía que tal cosa fuera posible.

—Podrías soltar a uno o dos niños de la sala de campanillas —sugirió Allie—.

Un lugar lleno de misterio  
EVERLOST

Pero el McGill se negó tajantemente:

—Eso no sería desinteresado —le dijo—, porque lo estaría haciendo para ganar algo.

No, si lo que se exigía era que el acto fuera completamente desinteresado, entonces la tarea no iba a resultar nada fácil. Una cosa así requería consultar las galletas chinas de la suerte. Cuando Allie se fue a su camarote, el McGill volvió a meter la mano en la escupidera para sacar una galleta de la suerte, la deshizo con los dedos, y sacó de dentro la tira de papel. Esta vez la tira decía:

*La respuesta llega cuando se ha olvidado la pregunta.*

Molesto, el McGill tiró por la borda las migas de la galleta, en vez de dejárselas a la tripulación.

Pero no era el único que estaba molesto con la dificultad de aquel tercer paso. Para sus adentros, Allie se maldecía a sí misma por no ser más inteligente. ¿De verdad había pensado que el McGill se iba a dejar engañar para liberar a sus amigos? Claro que el reto que suponía aquel tercer paso la permitía ganar tiempo, pero si el McGill se mostraba realmente incapaz de realizar un acto desinteresado, eso solo conseguiría ponerlo cada vez más furioso.

Ahora ella gozaba en el barco de mayor libertad que ningún miembro de la tripulación, pero le estaba sucediendo algo preocupante: cada vez que se miraba al espejo, su imagen parecía borrarse. ¿No estaba una oreja un poco más grande que la otra? ¿Siempre había tenido torcido aquel diente de abajo? Se preguntaba cuánto tiempo haría falta para convertirse en algo semejante al resto de la tripulación.

Allie pensaba en todo eso estando una tarde en la cubierta del barco, mirando hacia la playa..., solo que no podía verla. El cielo estaba claro, y sin embargo no podía ver más que océano. Tenía la impresión de que el *Reina Sulfúrea* iba siempre pegado a la costa, pero en aquellos momentos se hallaban en mar abierto. Resultaba inquietante, porque aunque sabía que ya no formaba parte del mundo de los vivos, contemplar ese mundo le proporcionaba una cierta conexión con la vida que en otro tiempo había vivido. Según sus cálculos, deberían estar ante la costa de Nueva Jersey, en la parte sur del estado, donde vivía su familia, pero la orilla no estaba a la vista.

Mientras miraba al horizonte, el McGill se acercó a ella, avanzando de aquel modo pesado y espantoso en que solía hacerlo.

—¿Por qué nos alejamos de la costa —le preguntó Allie— si se supone que tenemos que revisar las trampas?

—No tengo trampas en Nueva Jersey —fue toda su respuesta.

—Pero ¿para qué salimos a mar abierto?

—No he venido aquí para responder preguntas tontas —dijo él.

—Entonces, ¿para qué has venido?

—Estaba en el puente de mando —dijo el McGill—, y vi cómo mirabas por la borda. He venido a ver si estabas bien.

Allie encontró aquella muestra de preocupación aún más inquietante que las sustancias que tan libremente rezumaban de los diversos orificios corporales del McGill. El McGill acercó a la cara de Allie su garra de tres dedos llenos de escamas que se iban desprendiendo, y le levantó la mejilla. Allie miró aquel dedo grande e hinchado, morado y pálido como un pez muerto que hubiera pasado tres días al sol, y se apartó de él con repugnancia.

—Te doy asco —comentó el McGill.

—¿No es eso lo que quieres? —repuso Allie. Desde el principio, ella había notado que él se sentía muy orgulloso de su capacidad de inspirar asco. Nunca dejaba pasar la oportunidad de resultar repulsivo, y se le daba muy bien discurrir nuevas cosas repugnantes. En aquel momento, sin embargo, él no parecía demasiado contento consigo mismo.

—Tal vez mi mano pudiera tocar de manera más suave y delicada —observó—. . Trataré de conseguirlo.

Allie aguantó el impulso de mirarlo. «Por favor, no me digas que el monstruo se está enamorando de mí», pensó.

Sencillamente, no pertenecía al tipo de chica compasiva que hubiera podido manejar una circunstancia como aquella.



—No intentes conquistarme —le dijo a él—. El rollo de la Bella y la Bestia no me va, ¿entiendes?

—No intento conquistarte. Solo he bajado para asegurarme de que no pretendías saltar.

—¿Por qué iba a querer hacerlo?

—De vez en cuando hay quien lo hace —comentó el McGill—: miembros de la tripulación que opinan que es mejor hundirse que servirme a mí.

—Tal vez tengan razón —repuso Allie—. No sueltas a mis amigos ni respondes a mis preguntas. Puede que estuviera mejor ahí abajo.

El McGill negó con la cabeza:

—Dices eso tan solo porque no sabes lo que le pasa al que se hunde, pero yo sí lo sé. —Entonces el McGill se quedó callado. Los ojos, que le colgaban y no miraban nunca en la misma dirección, en aquel momento parecían dirigidos hacia otro lugar completamente distinto. Hacia un lugar que solo él podía ver.

—Puede comenzar con agua —dijo—, pero siempre termina con tierra. Tierra, y después roca. Cuando uno entra en la tierra, la nota oscura, opresiva y fría. Nota la roca dentro del cuerpo.

Allie recordó aquella ocasión en que Johnnie-O casi consigue hundirla en la tierra. Recordaba la sensación de tener la tierra dentro del cuerpo. No se trataba de algo que quisiera volver a experimentar.

—Uno siente que la presión aumenta más y más a su alrededor mientras la gravedad lo empuja hacia abajo —explicó el McGill—. Y a continuación empieza a sentir calor. Hay más calor del que pudiera soportar un cuerpo vivo. La piedra está incandescente, roja. Se ha vuelto líquida, y uno siente el ardor. La incandescencia debería quemarlo a uno hasta reducirlo a nada, pero no lo hace. Ni siquiera nos hiere, porque nada puede herirnos, pero la intensidad del calor sí que la sentimos... y resulta enloquecedora. Lo único que se ve es el rojo derretido, y después, cuando muy poco a poco.

Allie quería hacerlo callar, pero vio que no podía, porque por mucho que no quisiera saber, sentía que tenía que saber.

—Uno se va hundiendo durante años, y de vez en cuando se tropieza con otro —continuó el McGill—. Siente la presencia de los demás en torno a él. La piedra derretida apaga el sonido de sus voces. Unos a otros se dicen cómo se llaman, si es que se acuerdan. Y después, al cabo de veinte años, se llega a un lugar tan cuajado de espíritus hundidos que tiene que detenerse. Una vez que está allí, una vez que el espíritu ha dejado de caer y comprende que ya no va a ninguna parte, todo lo que le queda es esperar.

—¿Esperar qué?

—¿No está claro?

Allie no se atrevió a adivinar de qué estaba hablando.

—Esperar el fin del mundo —dijo el McGill.

—El mundo... ¿va a tener fin?

—Por supuesto que va a tener fin —le dijo el McGill—. Tal vez no en los próximos cien mil millones de años, pero al final el sol se apagará, la Tierra reventará, y todos los niños que se hayan hundido alguna vez en el centro de la Tierra serán libres para salir zumbando por el universo, o para hacer lo que hagan las neoluces el día en que ya no haya gravedad.

Allie intentó imaginarse esperando mil millones de años, pero no pudo.

—Es horrible.

—No, no es horrible —dijo el McGill—, y eso lo hace peor que horrible.

—No entiendo.

—Bueno, cuando uno está en el centro de la Tierra, se olvida de que tiene brazos y piernas, porque no las necesita. Ni los puede usar. Uno se reduce a espíritu. No pasa mucho tiempo antes de que ya no sepa dónde termina él, dónde comienza la tierra... y al final se da cuenta de que ya no le importa. De pronto se encuentra con una paciencia infinita: la paciencia suficiente para aguardar hasta el fin del mundo.

—«Descanse en paz» —dijo Allie—. Tal vez sea eso a lo que se refieren. Quizá fuera una bendición del universo que las almas perdidas que no podían

hacer otra cosa más que esperar fueran bendecidas con una paz eterna. Era un poco como aquella extraña dicha que Lief había encontrado en el interior del barril.

—Nunca podría imaginarme con tanta paciencia —comentó Allie.

—Ni yo —dijo el McGill—. Por eso empecé a clavar las garras hasta llegar a la superficie.

Allie miró de pronto al McGill, cuyos ojos ya no parecían dirigirse hacia un lugar que no se encontraba allí, sino que ambos la miraban a ella.

—¿Quieres decir...?

El McGill asintió.

—Me contó más de cincuenta años, pero quería volver a la superficie, y cuando alguien desea algo muy intensamente, entonces puede conseguirlo, sea lo que sea. Nadie ha deseado nunca salir tan intensamente como yo. Yo soy el único que ha regresado del centro de la Tierra. —Entonces el McGill se miró las retorcidas garras—. Me ayudó el imaginarme como un monstruo que se abría camino desde las profundidades con sus garras, y por eso, cuando por fin llegué a la superficie, eso es lo que yo era: un monstruo. Y eso es exactamente lo que quiero ser.

Aunque no había habido ningún cambio en el rostro del McGill desde que empezara su explicación, Allie hubiera podido jurar que tenía un aspecto distinto.

—¿Por qué me has contado todo esto? —preguntó Allie.

El McGill se encogió de hombros:

—Pensé que debías saberlo. Pensé que merecías un poco de verdad a cambio de lo que estás haciendo por mí.

Y aunque el cuadro que le había pintado el McGill no era bonito precisamente, por algún motivo le hizo a Allie sentirse un poco mejor. Un poco menos a oscuras.

Gracias —le dijo—. Ha sido muy considerado por tu parte.

El McGill levantó la cabeza:

—¿Considerado...? ¿Crees incluso que se podría considerar un acto interesado?



Allie asintió con la cabeza.

—Sí, supongo que sí.

El McGill sonrió lo bastante para mostrar sus encías podridas:

—La respuesta ha llegado cuando olvidé la pregunta, tal como decía la galleta de la suerte.

—¿La galleta de la suerte? —preguntó Allie—. ¿A qué te refieres?

Pero el McGill no le hizo caso.

—He conseguido hacer algo desinteresado —decía el McGill—. Ya estoy listo para el cuarto paso.

\* \* \*

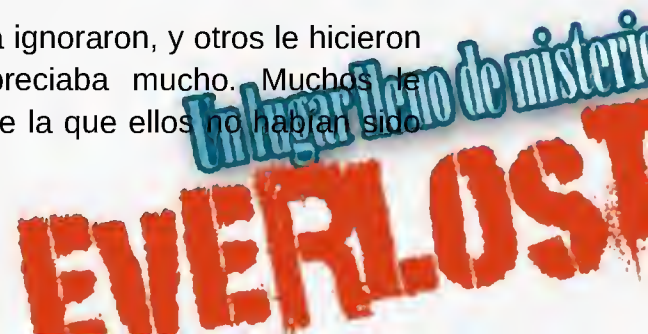
Allie rebuscó en todos los libros de Mary que pudo encontrar hasta que descubrió el lugar en que hablaba de las galletas de la suerte, de lo maléficas que eran, de cómo le pudrían la carne al que las tocaba, y de que había que evitarlas como si se tratara de desechos nucleares. Allie comprendió que si Mary tenía tanto miedo de las galletas de la suerte como para prohibirlas, es que tenía que haber algo importante en ellas.

Buscó a Cabecita. Se encontraba abajo, en el comedor, con el resto de la tripulación, que se entretenía jugando a juegos que repetían una y otra vez. Echaban y se cambiaban viejas cartas de jugadores de béisbol que habían muerto hacía tiempo. Discutían quién hacía trampas a las damas.

Como en el mundo de Mary, también los tripulantes del barco, si no lo arrancaba del juego el McGill, se quedaban atrapados en bucles eternos, enzarzándose en juegos que repetían una y otra vez.

«Recuérdalo —se dijo Allie—, y no bajas nunca la guardia. No te permitas volver a caer en la rutina».

Cuando la vieron entrar en el comedor, algunos la ignoraron, y otros le hicieron un gesto de desprecio. La tripulación no la apreciaba mucho. Muchos le envidiaban haber logrado el favor del McGill, cosa de la que ellos no habían sido



capaces. Aun así, tenían que admitir de mala gana que desde que él se hallaba a bordo, su situación había mejorado. El McGill estaba distraído y les exigía mucho menos.

Más que ninguno de los otros, Cabecita comprendía la importancia de tener a bordo a Allie. Al principio ella se había imaginado que él estaría celoso, como le había pasado a Stradivarius con Nick, pero dado que Cabecita solía ser el chivo expiatorio de las iras del McGill cuando las cosas no iban tal como él quería, Allie se había convertido en cierto modo en su salvadora. No es que pudiera considerarlo un amigo, pero tampoco era un enemigo. Había algo de él que pudiera pensarse por el pequeño tamaño de su cabeza, y era en gran medida quien organizaba las cosas en el *Reina sulfúrea*. Cabecita estaba de pie en una esquina, haciendo de árbitro para dos niños de la tripulación que jugaban al juego de la estatua, ese en que se da una palmada en cada una de las manos del contrincante, y si se inmota, se le puede atizar una palmada más.

—Háblame de las galletas de la suerte —le dijo ella. De inmediato él dejó a su aire a los dos jugadores y se llevó aparte a Allie, para sentarse con ella en una mesa en la que pudieran hablar sin que nadie los oyera.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Cabecita.

—Mary Hightower dice que son el mal. ¿Es cierto?

Cabecita se rió:

—Mary debe de haber tenido una mala experiencia con alguna de ellas.

—Entonces dime la verdad.

Cabecita miró a su alrededor como si se tratara de un gran secreto, y después dijo en voz baja:

—Las galletas de la suerte cruzan todas.

Allie se tomó un rato para entenderlo.

—¿Qué quieres decir con «todas»?

—Quiero decir todas. Cada una de las galletas chinas de la suerte que ha sido marcada alguna vez en cualquier parte del mundo cruza a Everlost. Los vivos

pueden romperlas para abrirlas, pero el fantasma de esas galletas cruza siempre sin romper, esperando simplemente que alguna neoluz lo encuentre.

—Eso es interesante —dijo allie—, pero ¿por qué es algo tan importante?

Cabecita sonrió:

—Es muy importante —dijo, y entonces se acercó más a ella—, porque en Everlost las galletas de la suerte aciertan siempre.

\*\*\*

Allie no estaba segura de que Cabecita tuviera razón. Igual que había sido errónea la información de Mary, podía serlo la de Cabecita. Tal vez solo fuera un rumor. Tal vez no fuera más que un mito. Había, sin embargo, un modo de averiguarlo: tenía que abrir una.

Como el McGill había hablado de las galletas, Allie razonó que tenía que tener un alijo de ellas escondido por alguna parte, así que mientras el McGill estaba fuera, inspeccionando una trampa en la costa Maine, Allie subió a la cubierta del trono y comenzó la búsqueda.

No fue demasiado difícil encontrarlas. De hecho, las habría encontrado antes si no le hubiera dado tanto asco acercarse a la escupidera del McGill. Pero dado que él se enorgullecía de resultar repulsivo, no la utilizaba nunca. En vez de escupir en ella, escupía en cualquier otro lado. Siendo así, la escupidera seguramente sería el lugar más libre de flemas de todo el barco.

Efectivamente. Metió la mano en la escupidera y encontró la colección de galletas chinas de la suerte del McGill.

Cogió una con la mano, apretó los dientes, y aguardó a ver qué sucedía, esperando que Mary no tuviera razón al pronosticar que la mano se le pudriría y desprendería. La mano no se le pudrió, ni se marchitó. Y Allie no se sorprendió en absoluto.

Entonces empezó a sentir impaciencia mientras sostenía en la mano la pequeña galleta. Nunca había creído en adivinos, pero tampoco había creído en fantasmas. Cerró los ojos, cerró el puño en torno a la galleta, y apretó. La galleta se desmoronó con un satisfactorio crujido, y después sacó la pequeña tira de papel de entre las migas.



*La ambición egoísta mete a los amigos en un berenjenal.*

Allie no estaba segura de si estaba más sorprendida o molesta. Era como si el universo entero la señalara con el dedo por haber llevado a Nick y Lief ante el Espectro. Probó con otra galleta, porque la primera solo le hablaba de lo que ya había ocurrido, no del futuro. Tal vez la segunda resultara más útil. Partió otra galleta, y leyó la suerte:

*Serás la última. Serás la primera.*

Como a eso no le encontraba el sentido, cogió una tercera galleta:

*Irte o quedarte: la elección será tuya.*

Aquello era como empezar a comer pistachos, y Allie se encontró abriendo galletas una tras otra compulsivamente... hasta que llegó a la cuarta, la abrió, y vio que la tira de papel decía:

*Mira detrás de ti.*



## El día que colgaron al McGill

Transcripto por nahirr

184

En la sala del trono, en pie, detrás de Allie, viendo cómo le robaba las galletas de la suerte, el McGill dominaba su genio. Nadie le había birlado nunca sus galletas, y su cólera contra ella era profunda, pero, cosa rara en él, aguantó los impulsos de atacarla. El McGill había completado con éxito los primeros cuatro pasos. Solo le quedaban ocho. Si se dejaba llevar por la cólera y lanzaba a la chica por la borda, nunca adquiriría el secreto de la posesión de los vivos. Pero como la ira el único modo de reaccionar que conocía el McGill, lo que hizo fue quedarse allí, sin reaccionar de ninguna manera.

La muchacha, que seguía de espaldas a él, se puso rígida al leer la tira de papel de la cuarta galleta, y cuando terminó de volverse lentamente, lo vio allí. En cuanto ella lo vio, el McGill reconoció el terror en sus ojos. Era la primera vez que la veía asustada desde que había subido al barco. Al principio, al McGill le había molestado que ella no pareciera asustada, pero en aquel momento le molestó que sí lo estuviera. No quería que ella le tuviera miedo. Y esta delicadeza nueva que encontraba en sí mismo le resultaba profundamente perturbadora.

—¡Expícate! —La voz le salió al McGill en tonos guturales y profundos, como el gruñido de un tigre en el momento de saltar.

Allie se puso muy derecha y abrió la boca para hablar, pero vaciló. El McGill sabía lo que significaban aquellas vacilaciones. “Va a mentirme”, pensó, y supo que si ella le mentía, no podría reprimir su furia. La tiraría por la borda con tales fuerzas que alcanzaría tierra firme como si se tratara de una bala de cañón.

Entonces, al cabo de un momento, Allie relajó los hombros y dijo:

—Acababa de enterarme de algo sobre las galletas de la suerte y quería comprobar por mí misma si era cierto. Creo que me he dejado llevar.

Un lugar lleno de misterio  
EVERLOST

Sonaba a sincero, lo bastante sincero para que el McGill pudiera contener la cólera. Avanzó hacia ella pesadamente, dirigiendo un ojo a la cara de ella, y el otro a la escupidera.

—Dame la mano —le exigió, y como Allie no lo hacía él se la agarró y la mantuvo sujeta.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella.

No respondió, sino que alcanzó la escupidera con la garra que le quedaba libre, cogió una galleta de la suerte y se colocó a ella en la palma de la mano. A continuación cerró su zarpa en torno a la mano de Allie.

—Vamos a averiguar qué nos depara la suerte —dijo, y le apretó con tanta fuerza la ano que no solo se desmenuzó la galleta, sino que también crujieron los nudillos de la chica. A continuación el McGill le soltó la mano y sacó la tira de papel con sus afiladas uñas.

*El perdón no quiebra el curso del destino.*

El McGill sintió que la ira lo abandonaba. Las galletas no mentían nunca.

—Muy bien —le dijo—. Te perdono. —Y se sentó en su trono, satisfecho—. Ahora, sal de mi vida.

Allie se volvió para irse, pero se detuvo en el umbral de la puerta.

—El perdón era el quinto paso —dijo antes de irse.

\* \* \*

El cerebro de Allie, o su memoria de cerebro, o como quiera que llamemos a los procesos de pensamiento de una neoluz, funcionaba a toda mecha. Regalarle a McGill el quinto paso no había sido más que un impulso, pero en su momento le había parecido que era lo que debía hacer, lo correcto. Pero ¿en qué estaba pensando? ¡No había nada de correcto en aquel regalo, porque se había quedado sin quinto paso! Y todo aquel entrenamiento no servía de nada, pues en todo el tiempo que había pasado allí no le había aproximado lo más mínimo a su objetivo, que era la liberación de sus amigos. Para que tuvieran alguna esperanza, tenía que encontrar el punto débil del McGill, y Allie sospechaba que, si tenía alguno, tendría que ver con aquellas preguntas que se negaba a responder.



—¿Por qué el McGill se mantiene alejado de Nueva Jersey? —le preguntó Allie Cabecita cuando volvió a encontrarse a solas con él.

—Eso es algo de lo que no quiere hablar —le dijo Cabecita.

—Por eso te pregunto a ti y no a él.

Cabecita se calló mientras pasaban a su lado algunos miembros de la tripulación. Cuando se fueron, Cabecita empezó a cuchichear:

—No se mantiene alejado de toda Nueva Jersey —explicó—, sino solo de Atlantic City.

Esa ciudad era el equivalente de Las Vegas en la Costa Oeste: docenas de hoteles y casinos, un paseo marítimo lleno de tiendas de caramelos de café con leche y de agua salada.

—¿Por qué le tiene miedo el McGill a un lugar como ese?

—Fue derrotado en él —dijo Cabecita—. Ocurrió en el Steel Pier. En Atlantic City hay dos muelles de recreo que hace años ardieron y cruzaron a Everlost: el Steel Pier y el Steeplechase Pier. Se convirtieron en la base de operaciones de los “Malhechores de los Muelles Gemelos”, una banda de neoluces realmente duras, probablemente la banda más criminal que existe. En fin, el caso es que el McGill los asaltó hace veinte años, y ellos se defendieron. Fue una batalla terrible, y cuando concluyó, habían hecho prisionero al McGill y habían tirado al mar a toda la tripulación de su barco.

—¿Lo hicieron prisionero?

Cabecita asintió con un gesto.

—Se lo llevaron al Steeplechase Pier y lo colgaron cabeza debajo de la torra que hay para saltar en paracaídas, y no dejaban de subirlo y bajarlo cada treinta segundos durante cuatro años... hasta que uno de los Malhechores traicionó a los demás y lo dejó libre.

—Me sorprende que te contara algo así.

—No lo hizo —explicó Cabecita—. Pero es que yo fui quien lo liberó. —Entonces Cabecita la miró a ella, estudiando su rostro—: Ya he respondido a tus preguntas —dijo—, ahora soy yo el que tiene una pregunta para ti. Me gustaría saber si de verdad estás enseñando al McGill a secuestrar la piel.

Prudentemente, Allie esquivó la pregunta.

—Bueno, eso es lo que él quiere.

—El McGill no debería conseguir siempre lo que quiere.

Ella no se esperaba esa respuesta por parte de Cabecita.

—Pero... ¿no quieres que tu amo tenga esa habilidad?

—Él es mi capitán, no mi amo —repuso Cabecita, mostrando cierta indignación en la voz. Meditó por un instante bajando los ojos, y después volvió a mirar a Allie. Era una mirada potente, apremiante, tal vez un poco acusadora—. No recuerdo gran cosa de los días en que estaba vivo, pero sí que recuerdo que mi padre, o tal vez fuera mi madre, trabajaba en un manicomio.

—Una institución mental —corrigió Allie.

—Cuando yo vivía, no tenían palabras tan bonitas para esos sitios. A veces yo tenía que entrar allí. Las personas que veía dentro estaban muy enfermas, pero algunas estaban más que enfermas: estaban poseídas.

—Las cosas han cambiado —observó Allie—. Ya no piensan esas cosas.

—No importa lo piensen: yo sé lo que digo.

Por un momento, los pensamientos de Cabecita vagaron libres. Allie no podía imaginarse cómo sería entrar en un antiguo manicomio. Y no quería saberlo.

—Incluso cuando estaba vivo, yo veía la diferencia entre los enfermos y los poseídos. Se les nota en los ojos. Mi madre, o tal vez fuera mi padre, decía que la posesión no existía, pero tú sabes que sí, porque tú misma lo has hecho.

—Yo no he vuelto loco a nadie.

—Bueno —dijo Cabecita—, yo lo único que sé es que si fuera una persona viva no querría que algo como el McGill viviera en mi interior.

—¿Por qué te preocupa? Si él secuestra la piel de alguien y abandona Everlost, tú serás el capitán.

—Yo no valgo para capitán —dijo él, ofreciendo una sonrisa muy de lado—. No tengo cabeza para eso.

Allie regresó a su camarote y se acostó, pensando en lo que había dicho Cabecita sobre los muelles de Atlantic City, hasta que le vino una idea: era una manera de vencer al McGill, o al menos de distraerlo lo suficiente para que ella y sus amigos

pudieran escapar. El plan era sencillo, y era peligroso, pero era su principal esperanza.

Todo cuanto necesitaba era una pequeña tira de papel... y una máquina de escribir.

\* \* \*

Aunque el McGill despreciaba a todo el mundo, estaba empezando a sospechar que si alguna vez alguien llegaba a gustarle, ese alguien podría ser Allie. Eso le preocupaba, porque sabía que, si podía, ella lo abandonaría y escaparía con sus amigos. El McGill, sin embargo, creía en la fuerza del chantaje: mientras tuviera a sus amigos colgando como zanahorias delante de sus narices, Allie haría lo que él quisiera.

Sabía que no llegaría a confiar nunca en ella, porque el McGill había dejado atrás la confianza al mismo tiempo que su condición humana. No confiaba en nadie más que en sí mismo, o ni siquiera eso, pues a menudo sospechaba de sus propios motivos. Se preguntaba, por ejemplo, si no creería en los doce pasos de Allie hacia la posesión de humanos tan solo porque deseaba ardientemente creer en ellos. O, lo que sería aún peor, ¿no creería en ella tan solo porque ella había empezado a gustarle?

Como no podía confiar en sí mismo, llegó a la conclusión de que necesitaba comprobar la sinceridad de Allie, y de ese modo cuando Allie desapareció de la vista, el McGill llamó a un niño de tamaño descomunal conocido como Martinete. Martinete se destacaba por haber muerto en un accidente de lucha en el salón, cuando estaba vestido como su luchador favorito. El McGill solía llevarlo en sus ataques a la costa para meter miedo a las almas verdes que aún no habían comprendido que el dolor y las dislocaciones de articulaciones habían dejado de ser un problema del que tuvieran que preocuparse. Aquel día, sin embargo, tenía para Martinete una misión distinta.

—Coge un bote y a dos miembros de la tripulación —le ordenó el McGill tras explicarle la naturaleza de su cometido—. Parte en medio de la noche, cuando el resto de la tripulación esté abajo. No se lo digas a nadie, y en cuanto halles lo que vas a buscarla, acude a nuestro encuentro en la península de Rockaway. Estaré aguardando allí con el *Reina Sulfúrea* hasta que regreses.

Martinete partió con diligencia, encantado de que se le confiara una tarea tan importante.



El McGill se reclinó, toqueteando las joyas de los brazos del trono. En caso de que Martinete hiciera bien su trabajo, no tardarían en averiguar si Allie decía la verdad.



Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

En su libro todo lo que cuenta Mary es mentira, Tomo 2, Allie la apartada comenta lo siguiente sobre la naturaleza de la eternidad: «Puede que Mary haya inventado el término 'neoluz' pero eso no quiere decir que realmente comprenda lo que significa ser una neoluz. Tal vez haya una razón por la que estamos aquí, o tal vez no. tal vez sea un accidente, o tal vez sea parte de un enorme plan que nuestra inteligencia no alcanza a entender. Lo único que sé es que nuestra luz no se apaga. Y eso tiene que significar algo. Lo que deberíamos estar haciendo, en vez de extraviarnos en bucles interminables, es buscar a cuestiones como esta».



Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

## Capítulo 21

## La red de la araña demente

Transcrito por: Karenmaro.

191

**A**bajo, en la sala de campanillas, Nick estaba cada vez más decidido a romper sus ataduras. Una gran parte de su vida la había pasado obedeciendo a otros. Durante aquellos días en que estaba vivo, había seguido lo que le marcaban los amigos y las modas, sin decidirse nunca a hacer nada por sí mismo. Después, al llegar a Everlost, siguió a Allic, que era la que tenía el empuje. Siempre había sido ella la que tenía un objetivo y un plan para alcanzarlo, por equivocado que pudiera estar. Pero el tiempo pasado en el tonel de salmuera había ciertamente cambiado su modo de ver las cosas. Durante todo aquel tiempo, no podía hacer más que esperar a que lo rescataran desde fuera. No había nada peor que aquel lánguido sentimiento de soledad y no poder hacer nada por su propio destino, y sin embargo, volvía a encontrarse allí, colgado como un jamón, esperando simplemente que llegara alguien a socorrerlo.

Muchos de los niños colgados a su lado habían llegado a aceptarlo. Lief, con su extraña felicidad postraumática, le recordaba constantemente a Nick que también él podía dejar atrás su voluntad un día y volverse tan pasivo como una planta, esperando a que el tiempo tuviera en él el efecto que tiene en las neoluces. La idea lo horrorizaba, lo ponía nervioso, y ese nerviosismo le impulsaba a actuar.

—Voy a encontrar el modo de salir de aquí —anunció para todos los otros chicos colgados que quisieran escuchar.

—¡Cállate! —dijo el que estaba colgado en lo alto—. Nadie quiere oír eso.

Algunos repitieron aquel parecer poco entusiasta.

—Vosotros los nuevos siempre os estáis quejando, quejando, quejando —dijo algún chico que se encontraba muy en el medio de la sala de campanillas, y que tal vez llevara allí muchos años, y había perdido cualquier cosa que se pareciera a la esperanza.

Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**



—No me estoy quejando —anunció Nick, y comprendió que, por una vez, eso era verdad —. Voy a hacer algo. —Entonces empezó a doblarse por la cintura y a agitar los brazos, moviéndose como un péndulo.

Lief le dirigió una sonrisa:

—Parece divertido —dijo, y comenzó a hacer lo que Nick, hasta que empezaron a columpiarse juntos, chocando con los otros niños que los rodeaban, a los que no les hacía gracia que los sacaran de su sopor semivegetativo.

Quejas de «¡Parad ya!» o «¡Dejadnos en paz!» comenzaron a repetirse por toda la cámara, pero a Nick no lo iban a persuadir. Sin embargo, no podía balancearse hasta la puerta, y aunque hubiera podido, la puerta estaba cerrada por fuera, así que no había nada que hacer, y había tantos niños allí que no podía aumentar el impulso con el que se columpiaba y hacerlo como un verdadero péndulo. Al final, se enredó accidentalmente con Lief al darse con el codo en un momento en que pasaba a su lado, y empezaron a girar uno alrededor del otro como en los bailes tradicionales. Las cuerdas se enredaron, y terminaron apretados uno contra el otro como si estuvieran bailando agarrado.

El chico que colgaba arriba se rio:

—¡Os está bien empleado! —dijo—. ¡Ahora os quedaréis así pegados!

Las cuerdas se habían enmarañado completamente, y se encontraban aún más lejos del suelo que al comienzo.

«Más lejos del suelo... ».

A Nick le vino a la mente una idea de forma tan repentina que salió por su boca embadurnada de chocolate casi antes de comprender lo que quería decir:

—Macramé.

—¿Eh...? —preguntó Lief.

Un día, hace mucho tiempo, cuando Nick había vuelto a casa del colegio, y estaba demasiado pachucho para hacer otra cosa, su abuela le había dado un hilo de bramante y le había enseñado cómo tejerlo según elaborados patrones. Aquello se llamaba macramé. Él había hecho un colgador para plantas que probablemente seguía sujetando una vieja malamadre que tenían en la sala de estar.

—¡Lief! —dijo—. Retuércete en torno a mí un poco más.

Y sin esperar a que Lief respondiera, Nick lo agarró e hizo a Lief retorcerse a su alrededor una y otra vez hasta que la torsión de las cuerdas enmarañadas los hizo girar en el sentido contrario, como una goma enrollada demasiado tensa. Pero antes de que pudieran girar demasiado, Nick dijo:

—Simplemente sígueme. Haz lo que yo.

Nick alargó la mano y cogió a otro niño.

—¡Eh! —se quejó el niño.

Nick no le hizo caso, y giró al niño de tal manera que por encima de ellos se enmarañaron sus cuerdas. Lief hizo lo mismo con otro chico que había a su lado. Para entonces los que estaban alrededor se daban cuenta y lo comentaban en murmullos. Aquello no era ya solo un balanceo normal y corriente: aquello tenía intención y propósito. Era algo nuevo.

—¿Qué haces ahí abajo? —preguntó el chico que estaba más alto.

—¡Todo el mundo! —Gritó Nick—. Coged al que tengáis al lado y empezad a enredaros las cuerdas. ¡Todo lo enredadas que podáis!

—¿Por qué? —Preguntó el de lo alto.

Nick trató de pensar en algo que pudiera comprender el de lo alto. Como llevaba un uniforme de los *boy scouts*, Nick pensó que lo había encontrado:

—¿No hiciste nunca un cordón en el campamento de los *boy scouts*? —Preguntó Nick—. Ya sabes: con esas tiras de plástico que empiezas a tejer para hacer un cordón para el silbato, o algo así.

—Sí...

—empiezas con tiras muy largas, ¿vale? Pero al final, cuando están tejidas todas las tiras ha quedado muy corto.

—Sí... —repitió el chico, empezando a entenderlo.

—Y si nosotros seguimos enmarañándonos y enredando las cuerdas como en un cordón, cada vez nos alejaremos más del suelo. Y puede que si llegamos lo bastante alto, podamos alcanzar esa rejilla de ahí arriba y...

—... Y salir! —exclamó el chico, terminando la idea de Nick.

—Yo no quiero enredarme —dijo un niño a lo lejos, lloriqueando.

—¡Cállate! —Le contestó el *boy scout* de lo alto—. Creo que podría funcionar. Que todo el mundo haga lo que dice él. ¡Empezad a enrollar las cuerdas!

Lo único que hacía falta era una orden del líder para que todo el mundo empezara a enmarañarse unos con otros. Era una extraña danza de niños que se entretejían entre sí, agarrándose de la mano, tirando, columpiándose, juntando las cuerdas, y a cada puntada que daban las cuerdas, el grupo de chicos colgados se elevaba del suelo un poco más.

Costó más de una hora y ya no quedaba más de un centímetro de cuerda libre, habían ascendido al menos seis metros. El resultado no se parecía a un cordón, ni siquiera a un colgador de macramé para una maceta. Las cuerdas eran un lío de marañas, y los propios niños habían quedado dentro como moscas atrapadas en una tela de una araña enorme y demente. Desde donde estaba colgado, Nick podía ver la abertura, por encima de ellos, ahora mucho más cerca, a tan solo unos tres metros de distancia. Si se libraba de aquella maldita cuerda, podría subir por la maraña de gente y salir. No necesitaba más que encontrar una rata que royera las cuerdas.

Miró a su alrededor, ninguno de los niños que antes estaban cerca de él antes lo seguía estando en aquel momento: tenía vecinos completamente nuevos. De hecho, todo el mundo estaba charlando: los que recordaban sus nombres se presentaban a los demás. Aquello era lo más parecido a vivir que durante años habían experimentado todos aquellos niños. Hasta el chillador, que llevaba haciendo mohínes desde que Allie le prohibiera chillar, hablaba muy contento. Sin embargo, aunque la maraña había llevado una muy necesaria novedad a su existencia de colgados, no había liberado a nadie. Nick tenía que pensar: tenía que haber algo más que pudiera hacer. Y entonces, entre todas las voces que cotorreaban, oyó que una preguntaba:

—¿Qué hora es?

Por entre las cuerdas entretejidas, vio al chico del pijama al que todo el mundo llamaba Tiburón. Se le ocurrió una idea, y le sorprendió a Nick que en la sala de campanillas no se le hubiera ocurrido antes a nadie, tan dóciles como se habían vuelto y tan inmersos como estaban en sus bucles de postura inversa. Pero tampoco Nick había pensado de manera lateral hasta aquel día, ¿no? La cuerda de Nick no le dejaba ya mucha movilidad, pero consiguió abrirse camino a través del pegote de niños, haciéndoles cambiar de posición, y de eso modo pudo avanzar poco a poco hasta llegar cerca de Tiburón, que le sonrió mostrándole los afilados dientes.

— Esto es más divertido que darse un festín de nadadores!



—Eh... bien. Oye, ¿te importaría echarme una mano?

—Claro que no. ¿Qué quieres que haga?

A Tiburón le costó menos de cinco minutos roer la cuerda de Nick.

\*\*\*

—Hay un problema en la sala de campanillas —le dijo al McGill un tembloroso marinero.

En su trono, el McGill se inclinó adelante:

—¿Qué tipo de problema?

—Eh, señor... parece que se han... enmarañado.

—Pues desenmarañalos.

—Bueno, no es tan fácil como parece.

De mal humor, el McGill salió a cubierta y se fue hasta la rejilla que había sobre la sala de campanillas. La abrió tirando de ella, y dirigió la mirada a las profundidades para observar la situación por sí mismo. Sus cautivos no sólo estaban enmarañados, sino que encima hablaban entre ellos. Aquello producía una impresión de... felicidad. Y eso era completamente inaceptable.

—¿No podríamos arrojarles alguna cosa repugnante?

—Iré a ver —dijo el marinero, y se marchó apresuradamente.

El McGill volvió a mirar abajo, a la maraña de niños.

—No parece que se encuentre nada cómodos —dijo.

Efectivamente, estaban hablando unos con otros, pero al mismo tiempo se empezaban a cansar de la nueva situación y a comprender hasta qué punto aquella maraña resultaba más desagradable que colgar simplemente cabeza abajo.

—Arrójales por encima lo que encuentres y después déjalos —le dijo el MacGrill al marinero cuando regresó—. No tardarán en volver a sufrir.

Al irse de allí, al MacGrill le pareció por un instante que en algún punto de la cubierta olía a chocolate, pero pensó que habría sido tan sólo su imaginación.



Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

## Capítulo 22

## En el ropero

Transcrito por: Lauparra

197

Nick había logrado salir, pero en el *Reina Sulfúrea* no había ningún lugar al que pudiera ir. En todas partes, en cada escalera, en cada escotilla, siempre había algún feoide limpiando. Era cierto que el barco estaba lleno de oscuros rincones en los que ocultarse, pero los rincones oscuros no le servían de nada, porque no podía apagar su brillo de neoluz, y cualquier rincón dejaba de ser oscuro en cuanto se escondía en él. Todavía no tenía ningún plan para abandonar el barco, pero tal vez si pudiera encontrar a Allie, podrían intentarlo juntos. A aquellas alturas, ella tenía que conocer el barco mejor que él. El problema era que no tenía ni idea de dónde se encontraba Allie, y no estaba en condiciones de patearse el barco buscándola. Al final, regresó a las entrañas del navío. No a la sala de campanillas, pero sí a una de las bodegas. Era el mejor lugar para esconderse, pues nadie se atrevía a bajar allí para poner las manos en las posesiones del McGill. Se escondería en la bodega hasta la noche, cuando la tripulación estuviera abajo, enzarzada en sus juegos o reyertas, o en lo que fuera. Esas serían las horas en que podría moverse por el barco con más facilidad. Entonces buscaría a Allie. Pero por el momento le bastaría con aquel gran armario de roble. Se coló dentro, cerró bien las puertas, y aguardó.

\*\*\*

La cueva de los cuarenta ladrones, en la bodega central del barco, era una traicionera montaña que se había ido constituyendo a partir de muy distintos botines. Allie, que había ido allí varias veces en busca de libros que mereciera la pena leer y de otras cosas para pasar el rato, sabía que había visto una máquina de escribir antigua, aunque no recordaba muy bien dónde. Las cosas guardadas en la bodega eran una mezcla de tesoros y pura basura. El McGill no hacía distinción: si un objeto cruzaba y podía poner en él sus ávidas manos, se lo llevaba a bordo y lo echaba allí. Había joyas mezcladas con botellas de cerveza vacías.

El McGill estaba en aquel momento en su «oficina de campaña», planeando una incursión a una trampa para almas verdes en la península de Rockaway. Como

Un lugar lleno de misterio  
EVERLOST



estaba ocupado, Allie tenía tiempo para buscar. Trepas por entre los viejos archivos y neumáticos de coche, percheros y armazones de cama no era cosa fácil, y sin otra luz que su propio brillo para guiarse por entre los restos, resultaba realmente duro. Casi se queda atrapada bajo la hélice de un avión y aplastada por un pulmón de acero, pero al final encontró la máquina de escribir bajo una vieja mesa. Estaba hecha de metal negro mate. Tras muchos años de uso antes de cruzar a Everlost, las teclas habían quedado borradas. En la parte frontal, un pequeño emblema decía «Smith-Corona».

Su abuela tenía una máquina de escribir antigua como aquella, y todavía la usaba. «Las palabras no son palabras si no hay que aporrearlas», le daba por decir. Allie encontró una tira de papel en todo el barullo, y pensó cómo podría ponerla en la máquina.

Escribir a máquina, descubrió Allie, se parecía mucho a hacerlo en un teclado de ordenador, pero sin la velocidad de este y con un esfuerzo cinco veces mayor. Se estremeció al pensar en la gente que se habría pasado un día tras otro hundiéndose los dedos en aquellas pequeñas teclas redondas que se sumergían casi tres centímetros antes de alzar un brazo de hierro que golpeaba la cinta y dejaba una sola letra impresa en la página. Se alegró de no tener que escribir más que una frase corta pero, aun así, cometía errores que la obligaban a ir muy despacio. Los bracitos de la máquina se quedaban trabados unos con otros, como cuando mucha gente intenta pasar al mismo tiempo por una puerta. Le costó cuatro intentos llegar a escribir el mensaje perfectamente, y después dejó la máquina donde la había encontrado y se fue a buscar unas tijeras. Al final tuvo que conformarse con las tijeras diminutas de una navaja del ejército suizo que había visto en el suelo. Cuando terminó, se metió en el bolsillo la pequeña tira de papel. Iba a posar la navaja suiza cuando oyó una voz detrás de ella:

—¿Admirando mi tesoro?

Ella se volvió tan rápido que la navaja suiza se le escapó de la mano y fue a insertarse en el ojo colgante del McGill. Él se la sacó y la dejó caer al suelo. La herida curó al instante, como ocurría con todas las heridas en Everlost.

—Ten cuidado con ese chisme, o le sacarás un ojo a alguien —dijo.

Allie se rio con una ligera risita.

—Por si intentas robar algo, te aconsejaré que no lo hagas —dijo él—. Cualquier cosa que robes, te la haré tragar. Eso puede que no te hiera, pero lo sentirás en el estómago hasta el fin de los tiempos.

—No he venido a robar —dijo Allie—. Solo estaba explorando.

El McGill se volvió a mirar hacia la puerta que daba a la sala de campanillas.

—Me sorprende que no visites a tus amigos.

—No necesito visitarlos —dijo ella—. Tú los liberarás pronto.

—¿Estás segura? ¿Cómo sabes que mantendré mi palabra?

—No lo estoy, pero ¿qué elección tengo más que confiar en ti?

El McGill estiró los labios en una sonrisa y le tendió una mano. Ella hizo una mueca, pues no deseaba sentir su piel áspera e hinchada, pero en vez de eso, su mejilla encontró algo suave. Al mirar, vio que la mano de él ya no estaba recubierta de escamas, sino de una piel suave, como de visón. Las yemas de los dedos seguían teniendo uñas amarillas y afiladas, pero la mano en sí resultaba suave al tacto.

—Ya te dije que trataría de que mi mano pudiera tocar de manera más suave y delicada.

A pesar de eso, Allie se apartó:

—No cambies por mí.

—Cambiaré como me parezca.

—Sigue siendo monstruosa.

—Bueno, así es como me gusta que sea.

El McGill observó su tesoro con orgullo.

—Aquí dentro hay ropa de chica. Podrías encontrar algo más bonito que ponerte.

—No puedo quitarme la ropa que llevo. Morí con ella.

—Pero sí te puedes poner algo encima.

Entonces el McGill vio un gran ropero de roble:

—Creo que podría haber algo ahí —dijo, y con ambas manos agarró los tiradores y tiró de ellos para abrir las puertas.

\*\*\*

Nick había oído toda la conversación entre Allie y el McGill, y había permanecido durante toda ella contando los segundos hasta que el McGill se

fuera. Cuando oyó que mencionaba el ropero, el corazón le dio un vuelco. ¿Era posible tener tan mala suerte? Si el McGill abría el ropero y lo veía, seguramente tiraría el ropero completo al mar, con Nick dentro. Nick se encogió todo lo que pudo, intentando ocultarse tras un vestido de novia que colgaba de una percha, y cerró los ojos.

\*\*\*

El ropero se abrió con un chirrido, y Allie, que estaba a más de un metro de distancia, vio a Nick al instante. Ahogó un grito. No pudo evitarlo. El McGill, sin embargo, como estaba justo delante, veía el vestido de novia pero no al muchacho que se ocultaba tras él. El McGill se volvió hacia Allie, obviamente pensando que aquel grito ahogado se debía al vestido.

Allie hizo un esfuerzo por no mirar a Nick, para que el McGill no pudiera seguirle la mirada. La punta de una zapatilla de Nick sobresalía por debajo del vestido, así que Allie se acercó y ahuecó un poco las enaguas, fingiendo que admiraba los encajes. De ese modo ocultó la punta de la zapatilla. Afortunadamente, el vestido era lo bastante grueso para ocultar el brillo de Nick, y el ropero tenía un fuerte olor al alcanfor de las bolas de naftalina, que era mucho más potente que cualquier efluvio de chocolate.

—No seré la novia de un monstruo —dijo Allie, y entonces agarró las puertas del ropero y las cerró, llevándose casi por delante la mano del McGill. Este la fulminó con la mirada:

—¿Y quién te ha dicho que yo te lo fuera a pedir? —contestó, y se marchó hecho una furia.

Allie esperó a estar segura de que se había ido, y después esperó otro tanto y otro tanto más antes de volver al ropero y abrirlo.

—¿Qué estáis haciendo aquí? ¿No sabes lo peligro que es? Si se enteran de que te has escapado...

—No se enterarán. Ahí hay cientos de niños. Y no es que nos estén contando todo el tiempo.

—Si te cogen, adiós muy buenas.

—Por eso no me cogerán.

Allie miró en torno a ella:

—¿Ha venido contigo Lief? ¿Está escondido en alguna parte?





Nick negó con la cabeza:

—Sigue ahí con los demás. —Entonces sonrió—. Están hechos un lío. He hecho que se enredaran todos.

—¿Y es mejor estar ahí escondido que colgado allá?

—No me voy a quedar en este ropero. En cuanto pueda, saldré del barco y volveré con ayuda.

—¿Y cómo lo vas a hacer exactamente?

—Eso es lo que todavía no sé.

—Yo sí que tengo un plan —dijo Allie—. ¡Escaparse ahora no hará más que estropearlo todo!

—Llevamos semanas esperando tu «plan».

«Semanas —pensó Alice—. ¿Han sido semanas?».

—Los mejores planes llevan su tiempo —repuso.

Nick la miró detenidamente un momento, y después dijo:

—Me parece que te gusta estar con el McGill. Tienes alguna influencia sobre él, ¿no? No sé en qué consiste, pero la tienes, y te gusta.

Allie sintió deseos de agarrarlo y sacudirlo. Era una insinuación ofensiva. Era ridículo. Era... cierto.

—Tengo un plan para que podamos escapar todos, si quieres esperar.

—Yo ya no espero más. Y de todas formas, dos planes son mejor que uno.

Allie apretó los puños y emitió un gruñido que recordaba al McGill más de lo que ella hubiera querido admitir.

—Aunque salieras del barco, ¿quién te crees que te iba a ayudar?

—Mary —respondió Nick.

Allie se rio al oírlo, antes de darse cuenta de que lo había hecho demasiado fuerte. Miró a su alrededor para asegurarse de que seguían solos, y a continuación bajó la voz hasta convertirla en poco más que un susurro:

—Mary no nos ayudó antes y tampoco nos ayudará ahora.

—Podré convencerla. Sé que podré.

—¡Eres un idiota!

—¡Ya veremos quién es el idiota!

Pese a lo frustrante que era no responderle, Allie no quería quedarse allí discutiendo. Cada minuto que pasaban hablando era otro minuto que corrían el riesgo de ser descubiertos.

—Puedo coger un bote salvavidas —dijo Nick.

—Cuando descubran que falta, no les llevará mucho tiempo averiguar quién ha sido. El McGill castigará a Lief, y seguramente también a mí.

—Podemos bajar a Lief... ¡Podemos irnos los tres!

Allie pensó en ello, pero negó con la cabeza.

—El McGill cree que yo le estoy enseñando a poseer a los seres vivos. En cuanto comprenda que me he ido, irá a buscarme. —No, pensó Allie. La mejor manera de sacar a Nick del barco sería hacerlo en secreto, y de tal modo que no quedaran indicios reveladores de su fuga.

—¿Qué me dices de esto? —preguntó Allie—. Mañana por la mañana el McGill enviará una expedición para revisar una de sus trampas para almas verdes. Si de algún modo pudieras meterte en la barca cuando se dirija a la orilla...

—Vale. Eso podría funcionar.

—Yo estaré en la cubierta, e intentaré distraer a cualquiera que ande por allí. Pero depende de ti encontrar un sitio para esconderte en el bote. —Allie pensó en ello—. Meteré unas mantas en el bote, tal vez puedas ocultarte debajo. —Allie volvió a mirar a su alrededor, y se acercó algo más a Nick—. Si llegas a ver a Mary, dile que si ella quiere plantarle cara al McGill, que vaya a Atlantic City. Allí hay una banda que puede ayudarla a enfrentarse a él, si es que los convence para unir fuerzas. Allie cerró las puertas del ropero, dejando a Nick otra vez dentro—. Recuerda: mañana al alba.

—¿Cómo voy a saber cuándo es el alba? —le preguntó Nick desde dentro. Ella dejó que Nick lo averiguará por sí mismo.

Allie subió al alcázar del barco, y después salió a cubierta. Era el crepúsculo, y el McGill estaba en la proa, viendo cómo se ponía el sol sobre tierra firme. Hacía eso cada día. El McGill era una bestia extraña: se deleitaba en su propia

podredumbre, y sin embargo disfrutaba de la belleza de un mundo del que ya no formaba parte.

Nick había dicho que llevaban semanas allí, y Allie no podía negarlo. Ella no tenía la más remota sensación del tiempo transcurrido. Bueno, se había entretenido bastante tiempo. Nick tenía razón: era hora de hacer algo.

Se dirigió sigilosamente al trono del McGill, metió la mano en la escupidera y sacó una galleta de la suerte. Con mucho cuidado buscó una esquinita del papel del interior, y lo fue sacando, lo arrugó, y a continuación insertó la tira falsa que había escrito a máquina. Hecho esto, dejó de caer de nuevo la galleta en el recipiente donde permaneció como una pequeña bomba de relojería, esperando el momento en que la agarrara la zarpa repugnante y avariciosa del McGill.

\*\*\*

Al alba del día siguiente, el McGill y cinco hombres dejaron el *Reina Sulfúrea* para emprender una breve travesía hacia la península de Rockaway. Alguien había dejado varias mantas en un rincón del bote y el McGill las quitó de allí, ordenando que se las llevaran a la bodega con el resto de sus pertenencias. Allí no hacían ninguna falta. Bajaron el bote al agua, el McGill mandó arrancar el motor, y se fueron.

Nadie prestó atención a la sogá de amarre que pendía de la proa del bote e iba arrastrando por el agua. Si hubieran tirado de ella habrían encontrado a Nick, sumergido bajo las olas pero sujeto a la sogá, que le daba dos vueltas alrededor del brazo mientras el bote se impulsaba hacia la playa.





## La suerte impía

Transcrito por: Lauparra

**H**abía un defecto en el plan de Allie: ella no tenía ni idea de cuándo cogería el McGill aquella galleta de la suerte que había manipulado. Pensó que debería añadir algunas otras al conjunto para aumentar sus posibilidades, pero antes de que pudiera hacerlo su situación dio un vuelco.

Justo cuando empezaba a pensar en volver a la bodega del tesoro para escribir más tiras de galleta, Cabecita entró en su camarote, sin llamar, acompañado por cuatro feoides.

—El McGill quiere que subas a cubierta —dijo Cabecita—. Y te quiere allí ahora mismo.

Eso no era algo extraordinario: el McGill mandaba a llamar a la gente a su antojo, como si todos los relojes de Everlost marcaran las horas de su propia agenda. Pero sí era la primera vez que Cabecita entraba por las bravas y sin siquiera llamar.

—¿Qué quiere?

—A ti —respondió Cabecita, y aunque en anteriores ocasiones se había mostrado amable y servicial con ella, esta vez no ofreció ni asomo de explicación, ni de guiño, ni de sonrisa—. Será mejor que no le hagas esperar.

Cuando Allie salió a la cubierta del trono, encontró al McGill allí sentado, con las garras apretadas y una mirada en sus terribles ojos más terrible de lo habitual. Junto a él se hallaba una enorme neoluz que Allie hacía tiempo que no veía: la vestida con aquel ridículo traje de luchador.

—Buenas tardes —dijo el McGill.

—¿Querías verme? —dijo Allie.

—Sí. Me gustaría conocer los pasos del ocho al doce.



—Termina el paso siete —dijo Allie—, y entonces te diré en qué consiste el octavo. —A Allie se le había ocurrido una buena idea para el paso número siete: como el McGill era tan aficionado a amenazar e insultar a todo el mundo, Allie decidió que el paso número siete consistiría en pasar setenta y dos horas en silencio. Hasta entonces el McGill ni siquiera había podido aguantar veinticuatro.

—Acabas de hablar —dijo ella—. Me parece que tendrás que comenzar de nuevo.

El McGill le hizo una señal al luchador:

—Martinete, puedes sacarlo ya.

Martinete entró obedientemente en una cámara adyacente, y volvió haciendo rodar un tonel que dejó en el centro de la sala.

—¿Me vas a meter ahí? —preguntó Allie—. ¿Se trata de eso? Si lo haces nunca conocerás los últimos cuatro pasos.

El McGill volvió a dirigir a Martinete un gesto afirmativo, y este abrió la tapa del tonel apalancado. Estaba lleno de líquido, pero había algo más en el tonel, algo que brillaba, y en cuanto quitó la tapa, aquello se levantó, goteando viscosa salmuera. En cuanto Allie vio de quién se trataba, supo que se encontraba en un aprieto realmente muy, muy serio: era el Espectro.

—¡Tú! —exclamó el Espectro en cuanto vio a Allie.

El McGill se levantó.

—Soy yo el que te ha traído aquí —le dijo el McGill al Espectro—. Y responderás a mis preguntas.

—¿Y si no quiero hacerlo?

—Entonces volveremos a cerrar ese tonel.

El Espectro levantó la mano, y varios objetos sueltos empezaron a volar por la sala, golpeando al McGill.

—¡Deja de hacer eso, o tu próxima parada será el centro de la Tierra! —bramó el McGill—. Tu habilidad para mover cositas no me impresiona, y ni siquiera me molesta. Ya te vencí antes, y si quieres luchar contra mí, volveré a hacerlo. Pero esta vez no tendré piedad. —Lentamente, los objetos fueron cayendo al suelo—. Bien, ahora responderás a mis preguntas.

El Espectro lo miró con un odio tan inmenso que podría haber deformado el tiempo.

—¿Qué quieres saber?

—¡No me creo una palabra de lo que dice! —espetó Allie.

El McGill no le hizo caso:

—Háblame de esta chica y sus amigos. Dime qué es lo que sabe.

El Espectro se rio:

—¿Ella? ¡Ella no sabe nada! Yo me ofrecí a enseñarle, pero no quiso.

—¡No me hacía falta! —contrató Allie—. ¡He tenido otro maestro!

—No hay nadie más que enseñe las cosas que enseñó yo —dijo el Espectro, con arrogancia—, No sabías nada cuando viniste a mí, y sigues sin saber nada.

—¡Sé entrar en el interior de las personas! —repuso Allie—. Sé secuestrar la piel. —Intentó que su voz sonara fuerte y segura, pero salió débil y quebrada.

—Es cierto —dijo el McGill—. La he visto hacerlo.

El Espectro salió del tonel y se acercó a ella, dejando un rastro de salmuera por donde pisaban sus mocasines.

—Es posible —dijo—. Esta chica tiene una habilidad no desarrollada para mover objetos, así que es posible que tenga también la capacidad de secuestrar la piel.

El McGill se acercó a los dos.

—Lo que me gustaría saber es esto: ¿Esa capacidad puede enseñarse? ¿Puede enseñarme a mí?

El Espectro ni siquiera pestañeó:

—Por supuesto que no.

El McGill apuntó al Espectro con un dedo peludo, torcido y afilado:

—Entonces enséñame tú a secuestrar la piel.

El Espectro negó con la cabeza:



—Eso no se puede enseñar. O se tiene la habilidad, o no se tiene. Y tú llevas el tiempo suficiente en Everlost como para conocer qué habilidades tienes. Si a estas alturas no has poseído a ningún ser vivo, no lo harás nunca.

Allie pudo notar la cólera del McGill, como si se tratara del calor despedido por un horno.

—Ya veo. —Como el calor del centro de la Tierra.

—¡Está mintiendo! —gritó Allie—. ¡Lo que pretende es conquistarte para que confíes en él, y traicionarte en cuanto estés descuidado! Soy yo la que te ha estado ayudando todo este tiempo. ¿A quién vas a creer, a él o a mí?

El McGill los miró a ambos: al Espectro, que tenía a su izquierda, y a Allie, a su derecha.

—¿A quién vas a creer? —repitió Allie.

El McGill miró un rato más a Allie, y después se volvió a Martinete y al resto de la tripulación que estaba presente:

—Volved a meterlo en el tonel, y después tiradlo por la borda.

—¿Qué? —gritó el Espectro.

—¡No hay sitio más que para un monstruo en Everlost! —gruñó el McGill.

El Espectro levantó las manos, y los objetos volvieron a volar, pero aunque tenía grandes poderes mágicos, estaba en inferioridad de condiciones. Ninguna lluvia de objetos podía salvarlo de ser encerrado de nuevo en el tonel.

—Sufrirás —gritó el Espectro—. ¡Encontraré el modo de hacerte sufrir!

Pero pronto no se oían de él más que los furiosos gorgoritos que salían del interior del tonel. Martinete puso la tapa y volvió a fijarla con las puntas que tenía puestas anteriormente. A continuación, cogieron el tonel entre él y Cabecita y lo tiraron por la borda. El barril desapareció bajo las olas sin salpicar una gota de agua y se hundió hasta el fondo del mar para continuar después más allá. De ese modo, el Espectro encontró su destino.

En cuanto desapareció, Allie sintió que la invadía una sensación de alivio, como una lluvia purificadora.

—En fin —dijo—, ahora que está esto aclarado, tienes que retomar el paso siete. No, no hables. Puedes empezar ahora. Son setenta y dos horas. Sé que puedes conseguirlo.

Y el McGill no habló. En vez de hacerlo, alargó la mano, y un marinero entregó al McGill una brocha que goteaba pintura negra.

—¿Qué haces? —preguntó Allie.

—Lo que debería haber hecho en el instante en que llegaste a bordo.

Entonces pintó un 0001 en la blusa de ella, y ordenó:

—Colgadla.

208

\*\*\*

Hacía mucho tiempo que el McGill no estaba tan furioso. Y ya ni se acordaba de lo agradable que era.

La ira. Podía dejar que lo invadiera. Podía dejarla danzar como las llamas de una hoguera. Una ira contra ella a causa de sus mentiras, y contra sí mismo por haber permitido que sus sentimientos le nublaran el juicio. Era una ira suficiente para suprimir cualquier debilidad, para cauterizar la herida que, con su engaño, ella había abierto en su destrozado corazón. Aquella chica se había burlado de él, pero eso se había acabado.

Al añadir a Allie a la sala de campanillas, la colección había quedado completa. Bajó a mirar. La tripulación se había ocupado de desenmarañarlos, y todos volvían a balancearse con libertad. Miró cómo colocaban a Allie cabeza abajo, de tal manera que el 0001 que llevaba en la camisa se convertía en un 1000.

*La vida de un valiente vale lo que la de mil cobardes.*

Ya la primera vez que leyó aquella predicción, hacía años, comprendió lo que significaba: que podría recuperar su vida a cambio de la de mil neoluces. Esas almas serían la moneda con la que compraría su regreso a la vida. Apenas se atrevía a imaginarlo: carne y hueso, sangre y aliento. Por un breve instante, había pensado que el secuestro de piel sería aún mejor, pero aquella opción no había existido nunca realmente, ¿no? No: había tan solo un modo de regresar al mundo de los vivos, y aquel era el trato: su vida a cambio de la de mil almas. Si el trato era con Dios o con el Demonio, eso no le importaba al McGill. Lo único que le importaba eran los términos. Y bien: él había cumplido su parte. Tenía mil almas.

Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

con las que pagar. Ahora lo único que necesitaba era un lugar en que hacer la transacción.

Así pues, volvió a su sala del trono, y se fue derecho hacia la escupidera. Introdujo la mano, sacó una galleta, y la aplastó contra uno de los brazos del trono para extraer la tira de papel, impaciente por conocer su contenido. En cuanto vio el mensaje, comprendió lo que significaba, y por primera vez en muchos años, el McGill sintió miedo, porque la tira de papel decía:

*La victoria te aguarda en los Muelles de la Derrota.*

Ignorando todas las advertencias de su mente, que le decían que no se trataba de una buena idea, el poderoso McGill mandó a la tripulación del *Reina Sulfúrea* poner rumbo a Atlantic City.





## El viaje de Nick

Transcripto por nahirr

210

A través de un traicionero puente, y después por todo lo ancho de Brooklyn, Nick se dirigía a Manhattan desde la península de Rockaway. No podía sospechar que, mientras él cruzaba aquel primer puente, Allie estaba siendo colgada por el McGill.

Su misión estaba clara, pero no era en absoluto sencilla: obtener ayuda. Más concretamente, obtener ayuda de Mary. Esa era la parte más difícil, porque Allie tal le había explicado que Mary se había negado anteriormente a poner en riesgo a sus niños. Con todo lo que le dolía a Nick que Mary hubiera preferido dejarlo encerrado en el tonel, tenía que admirar la ausencia de egoísmo que eso implicaba. Su principio no era “No abandones a ningún niño”, sino “No pongas en peligro a ningún niño”. Eso hacía bastante difícil conseguir ayuda de ella.

Nick no encontró neoluces en su caminata hacia los dominios de Mary. Ciertamente, había muchos puntos muertos por el camino, y tal vez hubiera neoluces escondidas aquí y allá, pero no las iba buscando. Sólo tenía una cosa en la cabeza.

Marchó por el centro de la Avenida Flatbush. Los coches y los peatones lo atravesaban al pasar. A diferencia de Allie, él no tenía ninguna habilidad para conectar con el mundo vivo, y encontraba que cuando más ignoraba ese mundo, más tendía a quedarse reducido a sombras. El mundo de los vivos era tan insustancial para él como el haz de luz que sale de un proyector de cine, y los propios seres vivos no eran más que la película que se proyectaba en una

Un lugar lleno de misterio  
EVERLOST

pantalla, que solo resulta importante si uno se decide a mirarla. Comprendía que Mary, Everlost hubiera llegado a parecerle el mundo real. El mundo verdadero. Sería fácil para él engañarse hasta verlo de la misma manera, pero ¿deseaba hacerlo?

Por un momento, Nick eligió centrarse en la “película” de los vivos: un niño y su madre que cruzaban la calle para coger el autobús; una mujer mayor que caminaba muy despacio, y un taxista que le pitaba y que solo conseguía recibir un bastonazo en el capó. Eso le hizo reír. Aun cuando él ya no formara parte de aquel mundo, le parecía que estaba dotado de una vibrante chispa de la que carecía Everlost. No, el mundo de los vivos no podía suprimirse ni ignorarse, y por primera vez se preguntó si el desprecio que mostraba Mary por él no sería simplemente envidia.

Al acercarse a Manhattan, el recuerdo que le quedaba de su corazón empezó a latir de impaciencia. ¿Cómo reaccionaría Mary al verlo? ¿Actuaría de manera reservada y digna? ¿Lo regañaría por haberse ido? Nick era consiente de que seguía albergando sentimientos hacia ella que habían sobrevivido a monstruos y toneles, pero ¿sentiría ella algo por él? Nick había querido adquirir alguna habilidad del Espectro, alguna habilidad con la que serle útil a Mary. Pero regresaba sin nada nuevo que ofrecerle, aunque, por otro lado, era indudable que había cambiado. No tenía miedo... O, si no era exactamente así, al menos podía decir que ya no estaba lleno de miedos. Cuando llegó a Manhattan empezó a correr y ya no se paró hasta alcanzar las torres.

\*\*\*

Mary pensó que tenía que haber ocurrido algo horrible. Lo pensó al ver la cara de angustia de Stradivarius. Nunca le había visto un aspecto tan sombrío.

—¿Qué pasa, Stradivarius? ¿Qué ha sucedido?

—Ha vuelto —fue todo lo que respondió Stradivarius. Y se marchó arrastrando los pies, con la cabeza gacha, en un gesto de absoluta derrota que ella no acabó de comprender. Antes de que pudiera preguntarle nada más, vio de pie, en la puerta, a alguien a quien había creído que no volvería a ver nunca,

—¿Nick?

—Hola, Mary.

Tenía más chocolate en la cara que antes. Les ocurría a muchas neoluces que los cambios no fueran siempre los deseados, pero a Mary eso no le importó, porque él estaba allí, y debajo del chocolate había una sonrisa solo para ella.

Era raro que Mary se dejara llevar por los impulsos, pero en aquella ocasión el control y el porte de los que tanto se enorgullecía se esfumaron por la ventana. Corrió hasta Nick y lo abrazó con fuerza, y no quiso soltarlo. Fue en ese instante cuando Mary comprendió que el cariño que sentía por él era más que eso: era amor. Algo que no había sentido en todos los años que había pasado en Everlost. Había sido un sentimiento más fácil de vencer cuando pensó en lo que había perdido, pero en aquel instante la emoción afloró a borbotones, y lo besó, entregándose al aroma embriagador y al fuerte sabor del chocolate con leche.

Nick no se había esperado exactamente aquello. Tal vez sí en sus sueños más desenfrenados, pero sus sueños más desenfrenados no solían hacerse realidad. Por un momento notó que los músculos no le respondían, como si se le hubieran quedado dormidos. Pero después le rodeó la cintura con los brazos para fundirse con ella. Nick comprendió que como no necesitaban respirar, podían seguir así para siempre. Si a las neoluces les resultaba inevitable caer en bucles, aquel era un bucle en el que no le importaría caer.

Pero el beso llegó a su fin, como siempre ocurre con tales instantes, y Mary retrocedió un paso, recuperando la compostura.

—Vaya —dijo Nick—. Creo que me has echado de menos.



—Creí que te había perdido —dijo Mary—. ¿Me podrás perdonar algún día por no haber ido a auxiliarte? ¿Comprendes por qué no podía hacerlo?

A Nick le costó un rato responder. Lo comprendía, pero eso no quería decir que pudiera perdonarlo del todo.

—No hablaremos de eso si no quieres —dijo Nick, y así quedó la cosa.

—¿Cómo has escapado? —preguntó Mary.

—Es una larga historia, pero ahora no es importante. Necesito que me ayudes.

Nick se sentó y le habló del McGill, del barco fantasma, y de su carga de neoluces prisioneras.

—Sé que tú no creías realmente en el McGill...

—No —dijo Mary—. Siempre he sabido que existía... Pero, como el Espectro, se mantiene a distancia.

—Allie ha ideado una manera de vencerlo.

—¡Allie! —Nick pudo notar el desdén que impregnaba su voz—. Allie es una insensata. No ha aprendido nada de lo que le ocurrió con el Espectro, ¿verdad?

—Ya lo creo —dijo Nick—. Pienses lo que pienses, Allie es inteligente. Cuando me fui, al McGill le faltaba comer de su mano.

Mary suspiró.

—Veamos, ¿qué quiere que haga?

Aquello era lo más difícil. Nick sabía que tenía que intentar convencerla, y darse con cuidado al hacerlo.

—Quiere que lleves a los niños a Atlantic City. Los necesitaremos a todos para vencer al McGill.

Mary negó con la cabeza:

—¡No! No puedo hacer eso. No pondré a mis niños en peligro.

—Allie dice que allí hay una banda peligrosa, una banda que ya lo ha vencido una vez, así que no estaremos solos.

—¡Allie no sabe de lo que habla!

—Mayor motivo para ayudarla, si sabes cosas que no sabe ella. —Y como Mary no dijo nada más, Nick puso las cartas sobre la mesa—: Si tú no ayudas, iré sin ti.

—Esa —dijo Stradivarius, repantigado en una silla de un rincón— es la mejor idea que he oído nunca.

Ninguno le hizo caso.

—El McGill acabará contigo —dijo Mary—. Tú no puedes luchar contra él.

—Eso será seguramente cierto, pero si tú no me ayudas, no tendré más remedio que ir solo.

Mary se volvió, y dio un puñetazo en la ventana. Nick no sabía si estaba furiosa contra él o contra sí misma.

—No... no puedo...

Nick no iba de farol, y eso no tardó Mary en comprenderlo. Nick era consiente de que sus sentimientos por ella eran fuertes, pero también sabía que había cosas aún más fuertes.

—Te quiero, Mary —dijo—, pero hay cosas que tengo que hacer, aunque tú no quieras—. Y se volvió para irse.

Ella lo llamó antes de que él llegara a la puerta. Nick había pensado que no lo haría, porque, según su experiencia, cuando Mary tomaba una determinación, no había ya nada que hacer. Pero tal vez ella también estuviera cambiando.

—No pondré en peligro a mis niños —repitió jugueteando nerviosamente con el guardapelo que llevaba prendido del cuello—. Pero tampoco puedo dejar a mil niños en manos del McGill. Iré contigo.

—¿Qué? —dijo Stradivarius.

Tampoco Nick se esperaba eso.

—Pero... pero eso no servirá de nada. Para luchar contra el McGill necesitamos un ejército.

Aunque, por lo visto, Mary tenía una opinión más fundamentada. Como siempre

\*\*\*

Mary tenía influencias secretas que iban más allá de lo que nadie sabía. En otras palabras, podía poner las manos en cosas en la que la mayor parte de las neoluces solo podían soñar, si es que eran capaces de soñar. Aquel día dispuso de un transporte de lujo: un tren fantasma que salía de la vieja estación de Pensilvania.

No se despidió de los niños, porque no quería preocuparlos. Dejó a Meadow al cargo, y Stradivarius, que se negó a abandonar a Mary, se convirtió en el tercer miembro de la expedición.

—¿Te crees que voy a dejar que te lleves toda la gloria? —le preguntó Stradivarius a Nick mientras los tres marchaban hacia el norte de la ciudad—. De un modo u otro quedaré por encima de ti. ¡Ya lo verás!

—Personalmente —repuso Nick—, creo que quedarías mejor colgado de los tobillos cabeza abajo.



Stradivarius le dijo con sorna:

—Cada vez tienes más chocolate en la boca. No tardará en cubrirte toda esa jeta de bobo.

Nick se encogió de hombros:

—No parece importarle a Mary.

A Nick le pareció que si Stradivarius hubiera cogido su violín, se lo habría estrellado en aquel momento en la cabeza.

Parad los dos —les reprendió Mary—. Se supone que tenemos que pelear contra el McGill, no entre nosotros.

En realidad, Nick se dio cuenta de que había disfrutado de la riña con Stradivarius, tal vez porque él había reído el último.

Anocheecía cuando llegaron a la vieja estación de Pensilvania, un glorioso edificio de piedra con cúpula de cristal que hacía medio siglo había sido demolido, en el cuestionable nombre del progreso, y reemplazado por una miserable ratonera subterránea que habían abierto por debajo del Madison Square Garden. La nueva estación de tren más fea de la civilización occidental, pero afortunadamente la antigua estación pervivía en Everlost, aunque solo fuera por su propia indignación.

Nick estaba impresionado, como era de esperar, en parte porque Mary quisiera subirse a un tren, considerando cómo había tenido lugar su muerte. En cuanto al conductor. Era un viejo amigo del pequeño reino de Mary: una neoluz de nueve años que se hacía llamar Charlie Chu-Chú. En vida había sido un obseso de los trenes en miniatura, y por eso para él la vieja estación de Pensilvania, con sus muchos trenes fantasma, era como estar en el cielo.

—No os puedo llevar a Atlantic City —les explicó—, porque no hay vías muertas que vayan hasta allí. Pero puedo llevaros hasta la mitad del camino. ¿os va bien?

—¿Nos puedes acercar a Lakehurst? —preguntó Mary—. Allí tengo un amigo con el que podremos hacer el resto del camino.

Entonces, con Charlie a cargo de la máquina, el tren fantasma arrancó sobre el recuerdo de las vías, rumbo a Nueva Jersey.

\*\*\*

Llegaron a Lakehurst unas horas después, pero les costó el resto de la noche encontrar al amigo de Mary: un descubridor llamado Speedo. Tras hallarlo, Nick pensó que prefería pasar la eternidad con la cara embadurnada de chocolate que hacerlo metido en un bañador mojado. Nick pensó que Speedo debía ser bastante buen descubridor, sin embargo, porque tenía un Jaguar último modelo.

—Es un vehículo genial —les dijo llevándolos por las antiguas carreteras de una vieja estación aeronaval, presumiendo del coche—, pero sólo puedo llevarlo por carreteras que ya no existen, ¿y sabéis lo difíciles que son de encontrar? —entonces le dirigió a Mary un dedo acusador—: ¡Eso no me lo explicaste cuando me diste el coche!

Mary sonrió:

—No me lo preguntaste.

Speedo les dijo que llevaría semanas llegar a Atlantic City por carreteras desusadas, pero a Mary eso no le preocupó.

—En realidad —dijo—, lo que me interesa es tu otro “vehículo genial”.

—Sí, me lo imaginaba —dijo Speedo, mientras entraban en la explanada asfaltada que había delante de un hangar—. Pero conduzco yo.

Cuando Nick vio el vehículo del que hablaban, hasta en su sorpresa fue capaz de sonreír: la señorita Mary Hightower no viajaría mucho, pero cuando viajaba, ¡estaba claro que sabía hacerlo con estilo!

## Capítulo 25

## Los Muelles de la Derrota

Transcrito por klevi

218

Cuando el reina Sulfúrea llegó a Atlantic City, una espesa niebla matutina cubría la playa, ocultando los muchos hoteles con vistas al mar, pero los dos antiguos muelles cruzaban esa niebla, sobresaliendo como dos brazos que se alargaran para atrapar al barco fantasma.

El Steeplechase estaba a la izquierda, con sus docenas de atracciones de feria que seguían girando y zumbando, como los engranajes de un gran reloj. A la derecha estaba el Steel, que había sido un lugar lleno de ricos y famosos. Los carteles aún anunciaban en letras gigantescas los días dorados que había vivido antes de que el fuego lo lanzara al mar: «Esta noche Frank Sinatra», «Baile hasta el amanecer en el Marine Ballroom», y, naturalmente «No se pierda a Shiloh, el caballo mundialmente famoso que se lanza al mar desde lo alto».

Los vivos ya no podían ver los muelles, por supuesto. Lo único que veían los vivos eran los casinos que les chupaban el dinero como esponjas, y el estridente nuevo Steel Pier, levantado junto a las ruinas del original, aunque, como en el caso de la antigua y la nueva estación de Pensilvania, no había comparación posible. Cuando los ojos de Everlost miraban a la playa de arena de Atlantic City, los dos antiguos muelles se destacaban, igual que lo hacían las dos torres perdidas de la silueta de Nueva York, como grandes faros de la eternidad.

La Tripulación del Reina Sulfúrea se reunió en cubierta para contemplar la llegada a los muelles.

—¡Vamos a chocar contra ellos! —exclamó cabecita.

—No, no vamos a chocar —repuso el McGill, con la confianza de un monstruo seguro de su destino. Los dos muelles estaban a menos de veinte metros de distancia uno del otro, dejando entre ellos el espacio justo para que pudieran atracar un barco del tamaño del Reina Sulfúrea. Resultaba ser para su barco el atracadero perfecto, como si constituyera parte de un designio más grande. A los

Un lugar lleno de misterio  
EVERLOST



ojos del McGill, aquello era otro indicio de que el universo y él se encontraban en perfecta alineación. Tal como lo predijo McGill, el Reina Sulfúrea se deslizó suavemente entre los dos muelles a punto de rozar a ambos lados. Como un guante.

—¡Apagad las máquinas! —dijo a la gente que estaba en aquel momento en el puente de mando, y esperaron hasta que el impulso hacia delante del Reina Sulfúrea lo depositara en el fondo arenoso de su enorme punto muerto, haciéndolo detenerse.

—¿Y ahora qué? —preguntó cabecita. La aprensión le brotaba de la piel como el sudor a los vivos. Al fin y al cabo, cabecita había abandonado a la banda de asesinos que se llamaban a si mismo «los Malhechores de los muelles Gemelos».

No tratarían con amabilidad a un traidor si llegaban a ponerle las manos encima. El McGill Sabía que la batalla de aquel día sería la más dura de toda su muerte, pero también sabía que saldría vencedor. Las galletas de la suerte no mentían nunca.

—Que se preparen para tender la pasarela al Steel Pier —le dijo cabecita—. El resto venid conmigo. Entonces el McGill condujo a la tripulación abajo, a la sala de campanillas.

\* \* \*

Durante todo este tiempo, Lief permaneció colgado de los tobillos, aguantando pacientemente a que sucediera algo. Pero era muy poco lo que sucedía en la sala de campanillas, y aún menos desde que se había ido Nick. Era agradable que hubiera llegado Allie, aunque ella no parecía muy contenta.

Lief no compartía su irritación. Para él, las cosas ahora tenían sentido. Era como si toda su existencia fuera un rompecabezas en el que finalmente las piezas habían conseguido encajar. Lo de menos era la imagen que mostrara ese rompecabezas, ya fuera la oscuridad de un tonel de salmuera, o la visión de mil niños colgados cabeza abajo; eso no importaba, lo que importaba era que el rompecabezas estaba completo. Él se sentía completo, y eso era más esencial que las circunstancias. Por muy desagradable que estas fueran, no podían hacer desaparecer aquella sensación de haberse completando absolutamente. No era algo que le pudiera explicar a Allie, como tampoco se lo había podido explicar a Nick. Pero Tenía claro que no sentía realmente deseos de abandonar la sala de campanillas, aunque, en realidad tampoco los sentía de quedarse. Estaba contento de, simplemente, existir.

Sabía que allí había otros como él. Muchos de los niños colgados también habían encontrado su paz.

Por entre el bosque de almas, Lief pudo descubrir a Allie mirándolo con tristeza en los ojos. Lief levantó una mano para saludarla. Le daba pena Allie, porque no había encontrado la paz, como tampoco la había encontrado Nick. Ambos luchaban duramente contra todo: estaban llenos de miedo, de soledad, de resentimiento, de rabia. Lief recordaba que había sentido aquellas mismas cosas, pero ese recuerdo era ya borroso, como tantos otros recuerdos suyos. Ni siquiera tenía miedo del McGill, porque solo le quedaba ya un sentimiento: la paciencia. Paciencia para aguardar lo que viniera después.

—Deberíamos habernos quedado en el bosque contigo —dijo Allie.

Lief sonrió dulcemente:

—Eso habría sido la diversión eterna. —Entonces miró a los chicos que lo rodeaban—. Pero este sitio también está bien. No me importa estar aquí. Estoy preparado.

—¿Preparado para qué? —pregunto Allie.

Lief se quedó perplejo con la pregunta:

—No lo sé —respondió—. Simplemente... preparado.

Fue entonces cuando se apagó el zumbido de las máquinas del Reina Sulfúrea. Un poco después, al encallar el barco, toda la multitud de colgados fue propulsada hacia delante, y después hacia atrás.

—Nos hemos parado —dijo el boy scout que estaba en lo alto.

—Siempre terminamos parándonos —comentó otro.

—No, esto es distinto.

—¡Escuchad! —gritó Allie—. ¡Escuchad!

Llegaba el sonido de lejanas pisadas sobre metal, que rápidamente se fueron haciendo más fuertes. No se trataba solo de una persona que descendiera a las entrañas del barco, si no de docenas.

\* \* \*

Tal como había pronosticado la galleta, Allie fue la última y la primera: había sido la última en ser colgada, y la primera en ser bajada.

El McGill entró en la sala de campanillas con toda la tripulación detrás. Se fue derecho a Allie.

Allie encontró al McGill aún más espantoso visto del revés. Podía verle los enormes y deformes agujeros de la nariz, llenos de metafísica asquerosidad. Afortunadamente no tuvo que mirar mucho rato, porque con un simple navajazo de sus garras, el McGill cortó la cuerda que sujetaba a Allie, que cayó de cabeza en el suelo manchado de azufre. Se levantó rápidamente, dispuesta a mirar a la bestia cara a cara.

—¿Dónde estamos? —preguntó—. ¿Por qué nos paramos?

El McGill no apartó la mirada, pero tampoco respondió. En vez de hacerlo, se dirigió a la tripulación:

—Bajadlos a todos —les mandó—. Y emplead las cuerdas para atarles las manos a la espalda.

—¿Nos vais a soltar? —preguntó el boy scout que estaba en lo alto, a lo que el McGill respondió:

—Vais donde os darán vuestro premio.

—¡Bien! —exclamo Lief.

—No creo que se trate de un permiso como para alegrarse —le explicó a Allie.

Lief se encogió de hombros.

—Bueno, bien de todas maneras.

El McGill cogió a Allie del brazo, y aunque ella intentó desprenderse, él no la soltó.





—Tú te vienes conmigo, y harás exactamente lo que yo diga. Entonces se la llevó a cubierta.

\* \* \*

Antes del fatídico accidente de automóvil, Allie había vivido en Jersey del Sur. Para ser exactos, en Cabo May, que se encontraba en el extremo meridional del estado. Aunque solo estaba a una hora de Atlantic City, y lo hacían como si se tratara de una declaración política.

Aun así, Allie supo dónde estaba en el mismo instante en que llegó a la cubierta del Reina Sulfúrea. Pero tenía que disimular su emoción, o de lo contrario el McGill podría sospechar. ¡Su plan había funcionado! O al menos había funcionado hasta aquel momento. Quedaba mucho todavía, una docena de puntos en los que podía ir mal, pero había algo con lo que sabía que podía contar: La arrogancia del McGill y su fe ciega en la predicción de la falsa galleta de la suerte. Tal vez eso diera a los Malhechores de los muelles Gemelos la ventaja que necesitaban para volver a vencerlo. «Los enemigos de mis enemigos son mis amigos», pensó Allie. No importaba que fueran los Malhechores: Si vencían al McGill, serían dignos de ser amigos suyos.

El McGill la llevó hasta la pasarela. La rampa descendía abruptamente desde la cubierta del Reina Sulfúrea a la superficie entarimada del Steel Pier.

—Tú primero —le dijo empujándola, O sea que ella era el cebo—. ¡Camina! —exigió él, así que Allie bajó por la pasarela hasta el vasto entarimado del muelle.

—Sigue andando —dijo el McGill, esperó con la tripulación justo al pie de la pasarela, Tal vez listos para huir si la situación lo requería. Allie avanzaba a grandes zancadas, dejando atrás tiendas y carteles: La cerveza de Schmidt, Los cacahuates del hacendado, Caramelos de agua salada, Pollo frito. Todas estaban vacías: si en el incendio del muelle había pasado comida a Everlost, esa comida había desaparecido hacía tiempo.

Al principio solo se oían las gaviotas y la fantasmagórica música de un órgano de vapor que llegaba desde el otro lado del muelle. La desolación del lugar le recordó la sensación que había tenido al entrar en el vestíbulo del hotel Waldorf-Astoria. Entonces se giró al oír un ruido repentino de cascos en la madera, y vio algo muy extraño. Hacia el final del muelle, un caballo saltaba desde una plataforma situada a quince metros de altura a una cisterna levantando al caer una tromba de agua. Entonces el caballo subió una rampa que había en la cisterna, salió de allí y volvió a hacer su camino por la rampa hacía el lugar desde el que se había tirado. Aquel

caballo que se lanzaba al agua era una parte de los recuerdos del muelle, y era el único animal que había visto Allie que hubiera cruzado a Everlost. Sintió una enorme compasión por aquella criatura y su peculiar eternidad.

—¡No te distraigas! —dijo el McGill—. El caballo hace lo que tiene que hacer. Tú sigue caminando.

Allie siguió caminando, pero no vio a nadie. Los Malhechores debían de saber que ellos estaban allí, pero se mantenían escondidos.

—¡Eh! —gritó ella, pero nadie respondía—. ¿Hay alguien ahí?

Entonces, a su derecha, oyó el largo y lento chirrido de un gozne oxidado. Se volvió para ver la enorme entrada oscura de una gran sala de baile, pero sobre aquella entrada colgaba, torcido un letrero robado de unas de las atracciones del otro muelle. El letrero decía: «AGUJERO DEL INFIERNO».

Aquella, comprendió Allie, tenía que ser la guarida de los Malhechores. De la oscuridad salió un muchacho, con la cara contorsionada en un gruñido de pitbull. Llevaba puesta una camiseta que decía: «Megamuerte» y sostenía un bate de béisbol lleno de puntas de hierro.

—¡Salid de mi muelle! —gruñó.

Entonces el McGill dio un paso hacía adelante:

—¡Yo soy el McGill y soy yo el que te echa! —Se volvió y gritó como para ser oído desde cualquier punto del muelle—: ¡Salid de vuestro escondrijo, cobardes! Salid a luchar... o a huir.

Allie creyó saber lo que iba suceder acto seguido: que saldrían los chicos que estaban ocultos por todas partes, docenas y docenas de ellos. Tenían que tener poderes si habían derrotado ya una vez al McGill. Y ahora tendrían aun más. Rodearían al McGill y a su tripulación. El McGill no tendría ni una posibilidad. Pero no fue eso lo que paso.

Aquel único malhechor con gesto de pitbull permaneció allí unos segundos más, manteniendo su pose. A continuación dejó caer el bate lleno de puntas, se dio la vuelta y se dio a la fuga como un cachorro asustado, corriendo hacia la playa cuanto le permitían las piernas, y desapareció en Atlantic City. Luchar o huir, había dicho el McGill. Y el muchacho había elegido.

El McGill empezó a reírse estruendosamente para que lo oyera todo el muelle, pero siguió sin salir ningún delincuente de su escondite.

—¡Los poderosos malhechores! ¡Jajajá!

La tripulación registró cada centímetro de ambos muelles, y hasta los postes que sostenían la estructura por debajo, que tenían percebes incrustados por toda su superficie. Los muelles incendiados estaban realmente muertos. Los malhechores se habían ido, y las esperanzas de Allie se hundieron con la misma horrible pesadez con que lo hacía Shiloh, el caballo que se lanzaba al agua desde lo alto.

Es prácticamente imposible leer todos los libros de Mary Hightower, porque ha escrito sencillamente demasiados, y como todos fueron copiados a mano, los ejemplares son más difíciles de encontrar cuanto más lejos se esté de la editorial. Ni el McGill ni Allie habían leído el libro de Mary titulado Pasado y presente de los niños salvajes. Si lo hubieran hecho, se habrían encontrado esta perla en el capítulo tercero:







«Bien conocidos por su salvajismo son los Malhechores de los muelles Gemelos, que reinaron en Atlantic City durante muchos años, hasta que desaparecieron. Aunque las informaciones no resultan claras, más de un descubridor ha llegado a mí con la historia de cómo los Malhechores se sintieron atraídos hacia los casinos que se encuentran fuera de los muelles por el seductor sonido de las máquinas tragaperras. Una vez allí, los Malhechores quedaron hipnotizados por esas naranjas, ciruelas y cerezas que no paran de girar, y se hundieron en las arenas movedizas de la alfombra para no volver nunca, lo que demuestra sin lugar a dudas que el juego es muy, muy peligroso».



## ¡Ah, la humanidad!

Transcrito por: Lia Belikov

**H**abía llegado el momento glorioso, y el McGill estaba preparado. De hecho, llevaba más de veinte años preparándose para aquel día. Sin nadie que le disputara su dominio, empezó a desembarcar su carga de neoluces, y el Muelle no tardó en llenarse con todos los niños que el McGill había ido reuniendo, que llevaban las manos atadas a la espalda y cerraban los ojos a la luz cegadora de la niebla matinal. El instinto de lucha había abandonado a muchos de ellos, que se limitaban a aguardar el destino que el McGill les tuviera reservado.

El McGill abarcó con la mirada a sus mil almas, sumamente contento consigo mismo. Agarrando en su mano las dos tiras de la suerte que más valoraba, las leyó para cerrar el trato.

Levantó la mirada hacia la niebla gris que lo envolvía todo, y gritó a los cielos implorando una señal de aquel, fuera quien fuera, que le había ofrecido aquel trato:

—¡Estoy aquí! —gritó el McGill, pero el cielo no respondió. Agitó en el aire las tiras de papel—. «¡La vida de un valiente vale lo que la de mil cobardes!». Ya tengo mil almas y las he traído aquí, siguiendo las instrucciones de estas predicciones.

No hubo respuesta. Tan solo el ruido de los cascos de un caballo, un relincho y una tromba de agua. Era como si el mismo Muelle se estuviera burlando de él. Volvió a gritar, aún más alto:

—¡No he cejado hasta completar mi parte del trato! ¡Ahora devuélveme la vida! Libérame de Everlost y devuélveme la vida.

El McGill aguardó. La tripulación aguardó. La tripulación aguardó. Las mil almas aguardaron. Hasta la desafinada música del órgano de vapor procedente del otro Muelle parecía apagada y acallada ante la gravedad del momento.

Y entonces otro sonido empezó a aparecer como cortando la música. Era un débil zumbido, como el distante gemido de un coro de ángeles, que se fue haciendo cada vez más fuerte, hasta que retumbó en la piel de todos tanto como en sus oídos. Entonces algo se materializó, saliendo de la niebla. Algo inmenso.

—¡Dios mío! —dijo Allie—. ¿Qué es eso?

Era tan enorme que no solo invadía los ojos, sino también la mente, hasta eliminar absolutamente todo lo demás.

—¡Estoy aquí! —gritó el McGill preso de inmensa alegría—. ¡Estoy aquííííí! — Y extendió los brazos, abriendo toda su alma para recibir la recompensa cuando esta descendiera gloriosamente de los cielos.

\*\*\*

No todas las cosas que encuentran un final prematuro cruzan a Everlost. Como las condiciones atmosféricas que provocan un tornado, también en eso las condiciones tienen que ser las adecuadas para que ese paso tenga lugar.

Tanto el amor de los vivos como las ocasionales manchas solares juegan su papel, pero seguramente el factor más importante es la persistencia del recuerdo. Hay ciertas cosas y lugares que los vivos no olvidarán nunca, porque no podrían hacerlo. Esas son las cosas y los lugares destinados a cruzar a Everlost.

En Everlost, Pompeya se conserva en perfecto estado, y la gran biblioteca de Alejandría sigue albergando la sabiduría del mundo antiguo.

En Everlost, el *challenger* sigue situado en una plataforma de lanzamiento de Florida, aguardando eternamente un exitoso lanzamiento, y el *Columbia* se encuentra en un extremo de la pista, disfrutando de un aterrizaje perfecto.

Lo mismo ocurre con el mayor dirigible de la historia:

El zepelín LZ-129, más conocido como *Hindenburg*, cruzó a Everlost en mayo de 1937 en una terrible explosión de hidrógeno que envió a treinta y cinco pasajeros adonde tenían que ir, pero se trajo a un muchacho alemán que cruzó con él a Everlost. De ese modo, el gran dirigible renació, listo para emprender el vuelo, relleno con un recuerdo de hidrógeno, y libre de las esvásticas que lucía en la cola, a las cuales se negó la admisión en Everlost cuando cruzó el resto de la nave.



En cuanto al muchacho, terminó tomando el nombre de Zepp, y tuvo el honor de ser el primer piloto de un dirigible en Everlost. Su idea era ofrecer viajes a cualquier neoluz que se encontrara, recibiendo a cambio lo que quisieran darle.

Sin embargo, como tantos otros en Everlost, Zepp cayó en su propio bucle, y por razones que nadie ha podido explicar, durante sesenta años no hizo otra cosa que volar de un lado a otro entre Lakehurst, en Nueva Jersey. Y Roswell, en Nuevo México.

Causó un enorme revuelo el día que la actividad de manchas solares lo hizo visible por un momento, pero esa es otra historia.

228

Al final, Zepp vendió el *Hindenburg* al descubridor conocido como Speedo por unas cajas de salchichas, y Speedo se convirtió en el orgulloso propietario de la aerobave más grande jamás construida por el hombre. Un vehículo genial, donde los hubiera.

\*\*\*

El morro del gran zepelín gris pareció materializarse en la niebla procedente de otra dimensión.

—¡Estoy aquí! —gritaba el McGill preso de una alegría inmensa—. ¡Estoy aquííííí!

La mayor parte de los doscientos cuarenta y cinco metros de longitud del dirigible quedaba oculta en la niebla mientras se posaba suavemente en el Steel Pier, justo delante del McGill. Utilizó como tren de aterrizaje la pequeña cabina de piloto que colgaba debajo del globo.

En la mole del dirigible, delante de esa cabina, se abrió una pasarela, revelando que el gran globo gris no era algo vacío, sino que tenía su estructura por dentro. Era como carne plateada que envolviera un esqueleto de hacer, y había unos enormes pulmones que contenían su respiración de hidrógeno, que proporcionaba más de cien toneladas de impulso opuesto a la gravedad. Era una maravilla de la ingeniería, pero el McGill no veía ningún zepelín ante sus ojos: lo que veía era el carro de los dioses.

—¡Estoy aquí! —repitió el McGill, pero se sentía tan sobrecogido que esta vez apenas le salió un susurro.

Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

La pasarela descendió hasta tocar la superficie del Muelle, y el McGill esperó ver a aquel ser que tenía los poderes mágicos suficientes para devolverle la vida. No le importaba que el mundo de los vivos hubiera seguido funcionando sin él, ni que todos aquellos a los que había conocido en vida estuvieran muertos hacía ya tiempo. De todas maneras, apenas recordaba a ninguno. En cuanto su espíritu volviera a quedar instalado en un cuerpo vivo, se adaptaría a aquel siglo veintiuno y reclamaría el derecho a crecer y envejecer, un derecho que la muerte le había negado.

Por la pasarela descendieron tres siluetas, pero fue la primera la que capturó la atención del McGill: una muchacha ataviada con un vestido de terciopelo verde. Cuando pisó el Muelle y avanzó hacia él, la mandíbula torcida del McGill se desplomó, los brazos se le quedaron como muertos, y las dos pequeñas tiras de papel que aferraba en sus garras cayeron al suelo. No podía ser. ¡Era totalmente imposible!

—¿Megan?

La chica sonrió al oír aquel nombre.

—Megan —repitió ella—. Ahora me acuerdo. Ese era mi nombre.

Permaneció allí, a tres metros de distancia del McGill, y al mirarlo la sonrisa desapareció del rostro de ella, pero no por completo. Solo entonces él se fijó en los otros dos que habían descendido con ella: un niño con el pelo rubio y rizado, y otro con la cara embadurnada de marrón. ¿No había colgado el McGill a aquel niño?

—Megan... —repitió ella, disfrutando claramente el recuerdo de aquel nombre—. Pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora me llamo Mary Hightower.

Las venas de los disparejos globos oculares comenzaron a palpar:

—¿Tú eres Mary Hightower? ¡No! ¡No es posible!

—Sabía que te sorprendería. Sin embargo, yo siempre he sabido quién eras tú, Mickey. ¿Cómo no iba a saberlo?

Por entre la tripulación, e incluso por entre los cautivos, empezó a correr un murmullo, como una ola en el océano:

«Mickey, Mickey, lo ha llamado Mickey...».

—¡No me llames así! —gritó el McGill—. Ese no es mi nombre. Me llamo McGill, ¡y soy el único monstruo verdadero de Everlost!

—Tú —dijo su hermana mayor— eres Michael Edward McGill. Y no eres un monstruo: eres mi hermano pequeño.

Una segunda ola de murmullos recorrió a todos los presentes, esta vez un poco más fuerte: «El hermano, el hermano, es el hermano de Mary...».

230

El McGill se sintió embargado con tantas emociones en conflicto que pensó que estallaría en mil pedazos. Sin duda tal cosa sería posible para una neoluz que sufriera un tormento tan desgarrador como el suyo. Lo embargaban la alegría de volver a ver a su hermana y la rabia de no encontrarse ante la esperada liberación. Se sentía humillado al ver expuesta su verdadera personalidad, y le espantaba verse obligado a afrontar todo ello.

—Tengo un regalo para ti, Mickey —dijo ella—. Es un regalo que te debería haber dado hace tiempo. —Levantó la mano y abrió el guardapelo de plata que llevaba alrededor del cuello. Acto seguido se lo presentó a él, del mismo modo en que un sacerdote podría presentarle la cruz a un vampiro, y aunque el McGill intentó apartar la mirada, ambos ojos, tanto el grande como el pequeño, quedaron paralizados por lo que vio.

En una cara del guardapelo había un viejo daguerrotipo de su hermana, en el que tenía exactamente el mismo aspecto que seguía teniendo. Y en la otra cara del guardapelo había una foto del muchacho llamado Michael Edward McGill.

—¡¡¡No!!! —gritó el McGill, pero era ya demasiado tarde: había visto la foto, y sabía quién era, lo sabía en lo más profundo de su ser—. Nooooo...—gritó, pero aquella viscosidad de su voz había ya empezado a cambiar, porque Mickey McGill había recordado de repente cuál era su aspecto.

Para los que estaban a su alrededor (para Nick, para Allie, para la multitud de cautivos y para la tripulación, la transformación fue ni más ni menos que milagrosa. En unos segundos, el McGill se transformó de bestia en niño. Se le enderezó la cabeza, y aquella greña revuelta de pelo se transformó en un cabello corto y cuidadosamente peinado. El ojo que colgaba regresó a su cuenca, y el hinchado se deshinchó.

Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**



Le salieron cinco dedos de unas limpias donde tenía las garras. Incluso los apestosos harapos que le cubrían el cuerpo se cosieron en un regreso a la ropa que llevaba en la foto, y cuando todo ese proceso concluyó, el McGill no era ya más que un muchacho de catorce años muy pulcro, que bien podía ser el orgullo de su madre.

Mickey se tocó la cara, comprendiendo lo que había sucedido, y gritó:

—¡No me puedes hacer esto a mí! ¡Soy el McGill! ¡No puedes hacerme esto!

Pero ya estaba hecho. La monstruosa imagen que había llevado años cultivar había desaparecido, reemplazada por su propia humanidad. Mary cerró el guardapelo: misión cumplida.

Allie no podía dejar de mirar. Aquel muchacho, aquel Mickey... ¿podría ser la misma persona que había capturado y colgado a mil niños? Tuvo que hacer un esfuerzo por recordarse que la humanidad había vuelto a su rostro, pero que haría falta más que una fotografía para hacer lo mismo con su alma.

Mientras todos los demás se limitaban a quedarse con la boca abierta, fue el *boy scout* que había estado colgado arriba del todo el que comprendió las posibilidades que se abrían ante ellos: había llegado el momento de la liberación. Y de la venganza.

—¡A por él! —gritó, lanzándose hacia adelante.

Con las manos aún atadas a la espalda, se tiró contra Mickey McGill y lo derribó al suelo. Los demás lo siguieron rápidamente, y en unos segundos mil niños se hallaban allí, empujando contra el McGill. Con las únicas armas de sus pies, empezaron a darle patadas y, siendo tantos, podrían haberlo enviado al otro mundo.

—¡No! —gritó Mary—. ¡Deteneos!

Pero la furia de la masa se había apoderado de ellos, y ninguno le prestaba oídos. La multitud se fue volviendo más vociferante, más salvaje, como si el espíritu de los Malhechores de los Muelles Gemelos se hubiera adueñado de los niños.

En medio de todo, Mickey sufría los golpes y patadas de aquella danza aterradora. No podían matarlo. Ni siquiera le podían herir. Pero el dolor de su completa humillación superaba con mucho a cualquier dolor físico.

—¡Detenedlos! —gritó él a su tripulación, pero el McGill había perdido todo poder sobre ellos. En lugar de obedecer sus órdenes, la tripulación del barco desertó, y huyeron del muelle presas del pánico y corriendo hacia Atlantic City tal como había hecho el único Malhechor que habían encontrado. Mickey estaba ahora realmente solo.

Entonces alguien comenzó a cortar las cuerdas que ataban las manos de los cautivos, y dejaron de limitarse a darle patadas para empezar a balancearlo, tirar de él e intentar desgarrarlo en trozos.

Aquello no era lo que habían predicho las galletas de la suerte. ¡La predicción fallaba! ¿Cómo podía ocurrir tal cosa?

Fue solo entonces cuando, azotado y golpeado por la rabia de los neoluces que había sometido, el McGill comprendió la verdad: él no era el hombre valeroso del que hablaban las galletas: él era un alma cobarde.

\*\*\*

Eran muy pocos los que no habían participado en el castigo a Mickey McGill: no lo hicieron Allie, Nick y Lief; tampoco Mary, ni Stradivarius, y ni siquiera Cabecita, que era el único miembro de la tripulación que había tenido el valor suficiente para quedarse. Ninguno de ellos se unió a la multitud, pero tampoco la detuvo. Mary no dejó de gritarles que se calmaran y dejaran en paz a su hermano, pero no le prestaron oídos. AL final, no pudo hacer otra cosa que apartar la mirada.

—Le están dando su merecido —dijo Nick.

—Pero tendríamos que hacer algo —repuso Allie—. ¡Esto es horrible!

—No —dijo con tristeza Cabecita—. Vino aquí a encontrar su destino, y eso es lo que ha encontrado. Hay que dejar que el destino siga su curso.

Observaron cómo la multitud se aproximaba al extremo del muelle, con Mickey más o menos en el centro. Y Allie se dio cuenta, como Mary, de que no podía mirar. En vez de hacerlo, se volvió hacia Cabecita, que había cogido las dos tiras de papel que Mickey había dejado caer.

—«La victoria te aguarda en los Muelles de la Derrota» —leyó—. Esto lo ha escrito tú, ¿no?

—Sí —admitió Allie—, pero la de las mil almas... esa es verdad.

—No exactamente —dijo Cabecita—. Para que lo sepas: yo encontré esa vieja máquina de escribir antes que tú.

Allie se quedó al mismo tiempo impresionada y espantada. Cabecita se encogió de hombros:

—Tuve que discurrir algo para mantenerlo ocupado durante los últimos veinte años.

La multitud había llegado prácticamente a la punta del muelle. Allie casi deseó que Mickey pudiera alcanzar el *Reina Sulfúrea*, pero eso supondría que escapara realmente, porque la multitud sencillamente lo colgaría, y pasaría el resto del tiempo utilizándolo como una piñata irrompible.

No podía hacer nada para ayudar a Mickey McGill pero, lejos de entregarse a reflexiones sobre el destino, pensó en el trabajo que tenía entre manos. En su plan. Su propósito.

Allie sabía qué era lo que tenía que hacer a continuación, porque lo había pensado y sopesado desde todos los puntos de vista antes incluso de llegar a Atlantic City. Aunque Mickey McGill no lo sabía, al dirigirse a Atlantic City la estaba acercando a cien kilómetros de su casa, y nunca había estado tan cerca de ella desde que cruzara a Everlost.

Allie había liberado a sus amigos, y ahora estaba ella misma libre del McGill. Todo lo que restaba era contemplar su vuelta al hogar.

—Tengo que irme —dijo, pillando a todos por sorpresa.

Abrazó apresuradamente a Lief, después a Nick. Les dio las gracias por ser sus compañeros accidentales de viaje y por todo lo demás.

—Allie yo... —Pero Allie levantó la mano para que se callara. No le gustaban las despedidas largas y emotivas, y no quería permitir que aquello se convirtiera en una de ellas.



Entonces se volvió hacia Mary. A pesar de todo lo que había pasado entre los dos, la saludó con un respetuoso gesto de cabeza, y miró al *Hindenburg*.

—Te has llevado el premio a la Aparición Estelar.

—Tenemos mucho que hacer aquí —le respondió Mary—. ¿Por qué no te quedas a echarnos una mano?

—Lo haría si no tuviera otros planes.

Mary lo aceptó sin preguntar qué planes eran esos. Allie se imaginó que lo sabría.

—Podríamos haber sido amigas —dijo Mary con algo de pena.

—No lo creo —repuso Allie lo más educadamente que pudo—, pero me alegro de que no seamos enemigas.

Entonces Allie se volvió y, obligándose a no mirar atrás, pasó, caminando a grandes zancadas, por delante del descomunal dirigible y dejó atrás el muelle.

\*\*\*

La multitud imponía su ira contra Mickey McGill mientras él se abría camino hacia el extremo del muelle, tratando de escapar. Estaba completamente decidido a hundirse en la Tierra una vez más.

El destino, sin embargo, tenía otros planes para él:

Al acercarse al extremo del muelle, llegó a sus oídos un sonido, que apenas se distinguía entre el griterío de la furiosa multitud, pese a lo cual él sí lo oyó. Era un ruido de cascos. Un relincho. Una tromba de agua. Se volvió para observar, a través de los brazos y piernas que agitaba la multitud, a Shiloh, el famoso caballo que se lanzaba al agua, y que en aquellos momentos estaba saliendo de la cisterna en dirección a la rampa desde la cual volvería a lanzarse al agua:

«Del agua te llegará la salvación».

Mickey McGill giró bruscamente y se abrió camino por entre la enfurecida multitud en dirección al caballo.

\*\*\*

Una vez más, Allie tenía que acostumbrarse a la mullida y succionada naturaleza del suelo de los vivos. El paseo marítimo de Atlantic City no cejaba en su empeño de tragársele los pies, y ella no podía dejar de moverse para evitar hundirse. Podía caminar los cien kilómetros que la separaban de su casa. Podía incluso hacerse un nuevo par de raquetas de asfalto para que el camino le resultara más llevadero, pero lo que no sabía era qué carretera seguir.

—Perdonen —le dijo a una pareja que pasaba—, ¿me podrían decir cómo se va a...?

235

Pero la pareja siguió caminando como si no la hubieran visto.

Y es que, claro está, no la habían visto. ¿Se le había olvidado el sencillo hecho de que era un fantasma? Sí, ya podía admitirlo. «Neoluz» y todas esas palabras bonitas para mencionarlo, no cambiaban los hechos. Estaba muerta, era un fantasma. Pero además era un fantasma con poderes.

Mientras consideraba sus posibilidades, oyó un sonido que la hizo mirar atrás, hacia los dos muelles. Era el sonido de los cascos de un caballo sobre la madera. Esperaba oír a continuación el revelador sonido de la tromba de agua que desplazaba el caballo al caer, pero esta vez no lo oyó. En su lugar, vio al caballo, que ahora llevaba a lomos a un jinete, saliendo al galope desde detrás del gigantesco zepelín. Siguiendo al caballo iba una multitud de niños, pero el caballo corría más que ellos. En cuanto llegó a la pasarela que pertenecía al mundo de los vivos, los cascos del caballo dejaron de oírse, pero eso no detuvo apenas su carrera. El caballo se volvió hacia ella y siguió avanzando. Un instante después, el caballo se había acercado lo suficiente a Allie para permitirle distinguir quién era el jinete: Mickey McGill. Él la vio a ella al mismo tiempo que ella lo veía a él y podía apreciar la ira en sus ojos.

Se horrorizó: los ojos de aquel niño rabioso resultaban aún más aterradores que los ojos del monstruo.

Intentó correr, pero inútil: el caballo era demasiado rápido. Mickey se le venía encima, y ella no podía hacer nada para evitarlo. La pisotearía, la capturaría, la castigaría por haberlo traicionado. Allie volvió a mirar atrás: los ojos del McGill seguían fijos en ella, y eran ojos que decían: «Pagarás por lo que me has hecho». Y también decían: «¡No podrás escaparte de mí!».

Pero entonces Allie comprendió que tal vez sí que podía.

Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

Delante de ella había una chica de pantalón de chándal, que hacía *footing* por el paseo marítimo. Debía de tener unos diecinueve años, y llevaba el pelo recogido por detrás en una coleta.

Allie se volvió de nuevo para mirar tras ella. Mickey McGill se encontraba apenas a unos metros de distancia. El caballo iba a galope tendido, y él se inclinaba ya a un lado, dispuesto a cogerla. Sin tiempo que perder, Allie saltó al interior de la chica, adoptando el movimiento de su cuerpo y tratando con todas sus energías de sintonizar con ella.

En un abrir y cerrar de ojos, desaparecieron Mickey y su caballo, y también el *Hindenburg* y los Muelles. Lo único que podía ver, a través de los ojos de aquella chica, era la niebla matinal del mundo de los vivos. Allie sintió el frescor del día, y la carne de gallina en la piel. Sintió los latidos de un corazón. Sintió el cansancio de un cuerpo que llevaba al menos una hora corriendo de un lado a otro del paseo marítimo.

Mickey McGill y la multitud de niños que lo perseguían tenían que seguir allí, pero se habían vuelto invisibles, y ella se había vuelto inalcanzable. Ahora nada ni nadie en Everlost podía atraparla, porque acababa de tomar un vehículo al mundo de los vivos.

«¿Qué ocurre? —se preguntó la confundida alma propietaria del cuerpo al que Allie acababa de secuestrar la piel—, ¿Por qué no puedo mover los brazos ni las piernas? ¿Qué me sucede? ».

«Shhh... —le respondió Allie—. No va a pasar nada».

Entonces Allie giró, y se alejó corriendo.





## Capítulo 27

## El día de las almas

Transcrito por maka.mayi

237

Mikey se había escapado, y aunque Mary admitía que el monstruo conocido como McGill se merecía las iras de la multitud de niños, para sus adentros sentía alivio de que a su hermano no lo enviaran de nuevo al centro de la Tierra. Qué había sucedido para que se convirtiera en un monstruo, eso no lo sabría nunca. Pero ahora el monstruo se había esfumado, al menos aparentemente. Y lo que Mikel hiciera de sí mismo a partir de aquel momento solo le concernía a él.

La multitud había regresado de la infructuosa persecución de su hermano, y buscaba orientación en ella.

A su lado, Nick observaba la masa de liberados:

—No parecían tantos cuando estaban colgados cabeza abajo.

Mary observó el dirigible. Estaba diseñado para transportar solo unos cien pasajeros. Habría que meterlos a presión, pero se podía hacer. El compartimiento de los pasajeros no era más que una pequeña porción de la aeronave. La mayor parte de ella consistía en un armazón metálico que sujetaba las enormes cámaras de hidrógeno que hacían ascender el dirigible. Dentro había espacio para mil neoluces, y Speedo le aseguró que el peso no sería un problema ya que, técnicamente, las neoluces no tenían verdadero peso, sino tan solo el recuerdo de ese peso, un recuerdo que bastaba para hundir al desprevenido hasta el centro de la Tierra, pero no para impedir que ascendiera un dirigible decidido a volar.

—¿Qué hora es? —preguntó un niño que recordaba curiosamente a un tiburón.

—Hora de ir a casa —respondió ella, y entonces se dirigió a la multitud—: Escuchadme todos. Tenemos mucho que hacer. Sé que algunos lleváis presos

Un lugar lleno de misterio  
EVERLOST

mucho tiempo, pero ahora sois libres... ¡y tengo un lugar maravilloso para vosotros! ¡Hay sitio para todos, y no tendréis que volver a pasarlo mal!

—¿Tú eres la bruja del cielo? —preguntó una niña que tendría más de cinco años.

Mary sonrió y se puso de rodillas ante ella:

—Claro que no —respondió—. Esa bruja no existe.

—Vale —dijo Nick—, ¡formad una sola fila aquí, y poneos por el número que lleváis en el pecho, para que sepamos que no se ha perdido nadie! —Los niños empezaron a colocarse por orden, como si se tratara de un juego—. ¡Sin empujar, que hay sitio para todos! —sonrió Mary. Ahora Nick y ella formaban un equipo. Se acostumbraría bien a eso.

—¡Eh! —gritó alguien—. ¡Mirad lo que tengo!

Los dos se volvieron para ver a Lief, que pasaba apuros para acarrear un pesado caldero. Mientras otros perseguían a Mikey, Lief había vuelto a bordo del *Reina Sulfúrea*.

—¡El McGill dejó el caldero a Lief. Estaba lleno de viejas monedas con la cara borrada.

—Menudo tesoro... —farfulló Nick.

—Es un tesoro maravilloso —dijo Mary, y le guiñó el ojo a Nick—. Hay bastantes para que cada uno pueda pedir un deseo en la fuente.

Algunos niños intentaron mirar dentro del caldero, pero Mary lo apartó.

Volvieron a la tarea que tenían entre manos. Los niños seguían colocándose en fila, intentando leer los números, que estaban escritos boca abajo. Algunos niños se quedaban atrás, sin entrar en la fila, porque no estaban seguros de que debieran hacerlo, y hacia esos niños se dirigió Mary.

Le entregó el caldero a Nick:

—Tenme esto —le pidió—. Asegúrate de que no se acercan a él hasta que lleguemos a la fuente.

Y entonces se dirigió a hablar con los niños que tenían reparos en ponerse en la fila. Al final, con el encanto y la bondad de Mary, no quedó una sola neoluz que no quisiera subir.

Tan preocupada estaba Mary con asegurarse de que no se dejaban ninguna neoluz que hubo alguien de quién sí se olvidó. Mary no se dio cuenta hasta que se hallaban ya en el aire, deslizándose suavemente hacia el norte, a miles de pies por encima de la costa:

—¿Dónde está Stradivarius?

Se volvió hacia Nick, que se limitó a encogerse de hombros:

—No lo he visto por ningún lado.

Mary registró las cabinas, los corredores y las pasarelas que subían a la estructura del dirigible. Pero Stradivarius no se encontraba a bordo: lo habían dejado en tierra.

\* \* \*

Pese a llevar 146 años en Everlost, hay cosas que nunca cambian en un niño: cierta tendencia al enfado; la incapacidad de prestar atención más allá de un periodo limitado de tiempo; y, por supuesto, la curiosidad.

Mientras Mary hacía entrar a las mil almas en el dirigible, Stradivarius había subido con Lief a bordo del vacío *Reina Sulfúrea*. Pero, en tanto que Lief se conformaba con un caldero de monedas, Stradivarius exploró el barco más en profundidad, hasta que halló la bodega del tesoro. En cuanto la vio, se sintió en el cielo, y se perdió en la búsqueda y descubrimiento de todas las cosas. Joyas y juguetes, y objetos que no podía identificar. Era un paraíso de riquezas y misterios.

Cuando salió a la cubierta, cargado con todo el botín que podía llevar en los brazos, el gran dirigible había despegado ya, y su peor pesadilla se acababa de convertir en realidad: Mary lo había olvidado. Dejó caer en cubierta el botín, que hizo mucho ruido.

—¿Quién eres tú?

Stradivarius se volvió al oír la voz.

—¿Quién eres tú y por qué no te has ido con los otros?

Era un chico alto, con la sonrisa torcida y una cabeza ligeramente pequeña en relación al cuerpo. Aunque Stradivarius estaba a punto de llorar, se contuvo.





pues no quería mostrar debilidad ante aquel rezagado de la tripulación de monstruo.

—Tal vez no me quisiera ir —dijo Stradivarius.

Aunque Stradivarius no podía estar seguro, el muchacho de la cabeza pequeña parecía, como él, abandonado por los suyos.

—Es un buen barco —dijo Stradivarius—. Me gusta todo lo que hay ahí debajo.

—No ha servido durante veinte años —explicó el muchacho antes de presentarse como Cabecita. Stradivarius podría haberse reído, pero no lo hizo. El nombre le iba bien, como ocurría con todos los nombres de Everlost. Cabecita estaba aguardando que volviera alguien de la tripulación, pero hasta el momento no había vuelto nadie. Y Stradivarius sospechó que ninguno lo haría.

Stradivarius miró el muelle de la derecha y el de la izquierda. Se imaginó que podría hacerse una casa en aquellos muelles..., pero entonces vio una enorme silla tachonada de joyas en una plataforma de cubierta del *Reina Sulfúrea*. La silla era al mismo tiempo bella y espantosa. Stradivarius se sintió atraído por ella.

—¿Qué es eso?

—Es el trono de McGill —respondió Cabecita.

Stradivarius se acercó más. Resultaba impresionante, dentro de su estilo a la vez extraño y horrible. Se subió a ella y se quedó sentado. Él era demasiado pequeño, prácticamente desaparecía en aquel trono, y sin embargo se sintió grande. Más grande que cualquier cosa.

Cabecita lo miró durante bastante rato, como si se preparara a tomar una foto con los ojos.

—Aún no me has dicho cómo te llamas —le recordó.

—Soy Stra... —empezó a decir, pero entonces se calló.

Mary lo había abandonado. Lo que significaba que ya no tenía que seguir siendo su obediente criado. Podía ser lo que quisiera. ¡Lo que quisiera!

Stradivarius se recostó en el trono y extendió las manos, acariciando las joyas de los brazos del trono.

—Soy el McGill —dijo Stradivarius—. Oye mi nombre y tiémblo.

Cabecita le dirigió una amplia sonrisa de lado.

—Muy bien señor —dijo.

Entonces, con un estremecimiento en el que sobraban las palabras, Cabecita se fue al puente, arrancó las máquinas, y se hizo cargo del timón. Los dos juntos salieron de Atlantic City rumbo al este, para cruzar el océano en busca de una nueva tripulación... y de un violín.



Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

## La Secuestradora

Transcrito por Anabelle

242

La chica que hacia footing era un tostón. Al principio Allie había pensado que la cosa estaría bien; pero en cuanto la corredora comprendió lo que estaba pasando, había empezado a resistirse. Era mucho más difícil de controlar que el piloto del transbordador.

« ¿No puedes tranquilizarte?» —le grito Allie mentalmente—. No te voy a hacer daño. Solo necesito tomarte prestada un rato».

«Robada, querrás decir...».

«Robar —repuso Allie— es tomar algo que no piensas devolver».

« ¡No, robar es tomar sin permiso algo que no te pertenece, y yo no te he dado permiso!».

El cuerpo cojeaba y avanzaba a sacudidas por el paseo marítimo de Atlantic City mientras los dos obstinados espíritus luchaban por dominarlo. Allie no tenía ni el tiempo ni la paciencia para tal cosa.

«Lo podemos hacer por las buenas —dijo Allie—, o por las malas. — Pero, como Allie, aquella chica era una luchadora—. ¡De acuerdo entonces, tú lo has querido!».

Allie forzó los ojos a cerrarse, y se concentró con todo la fuerza de su voluntad en la tarea de usurpar..., de poseer..., de controlar. Allie se imaginó su espíritu como un martillo que golpeaba, golpeaba y golpeaba hasta que la corredora ya no era más que un temblor en las yemas de los dedos.

Cuando abrió los ojos, el cuerpo había dejado de dar sacudidas. Estaba a su disposición, para hacer con él lo que quisiera, y aunque no le gustaba mucho la idea de secuestrarle la piel a nadie, era un medio para lograr un fin. Allie tenía que admitir que resultaba tentador ocupar aquel cuerpo: era una chica atractiva y

Un lugar lleno de misterio  
EVERLOST



estaba en buena forma, aunque fuera uno años mayor que ella. No sería difícil quedarse allí, y hacer su hogar de aquel cuerpo. Si Allie hubiera sido otro tipo de persona, podría haberlo hecho, pero su fuerza de voluntad también le daba una gran resistencia a la tentación. Aquella chica no era más que un barco que la llevaba a casa, nada más. La corredora estaba equivocada: Allie no le estaba robando el cuerpo, solo lo tomaba prestado, como en alquiler, dado que la chica sería recompensada por las molestias ocasionadas. El pago que recibiría sería saber a ciencia cierta que había en el universo algo más que lo que podían ver los ojos de los vivos.

Allie encontró en el bolsillo unas llaves, y el llavero ponía: «Porsche».

« ¿Dónde tienes el coche?», le pregunto Allie a la corredora, pero ella seguía sin cooperar, y respondió con un amontonamiento de pensamientos enloquecidos.

«Bien —dijo Allie—. Lo encontrare yo sola».

Allie empezó a buscar en un aparcamiento tras otro, dándole cada pocos segundos al botón de la alarma. Le costó un rato, pero al final oyó cómo se desconectaba la alarma al coche. El mayor problema era que Allie no sabía conducir.

De no haber muerto, seguramente aquellas alturas se habría sacado el carné de conducir provisional, pero tal como habían ido las cosas, cuando arrancó el coche era la primera vez que giraba la llave para darle al contacto. Y aunque sabía algo sobre marchas y embrague, no tenía ninguna experiencia práctica. Ya solo sacarlo del aparcamiento fue una aventura capaz de destrozarle los nervios a cualquiera, una aventura llena de repentinas salidas, frenazos y rechinar de marchas.

« ¡Mi coche! ¡Mi coche! —exclamo la corredora desde muy adentro—. ¿Qué le estás haciendo a mi coche?».

Allie no le hizo caso. Decidió meterse por las calles secundarias hasta que le cogiera el truco.

Sin embargo, conducir no resultaba tan fácil como había creído, y «cogerle el truco» iba a llevarle más tiempo de que pensaba. Ya eran más de las doce, y no se sentía más capaz de conducir el Porsche que al comienzo. Pensó que tal vez pudiera dejarlo y encontrar otro medio de transporte, tal vez un autobús, pero resultó que todos los autobuses de Atlantic City iban a New York o a Filadelfia. Ninguno bajaba a Cabo May.

«Por favor —dijo la corredora en un tono mucho más tranquilo—. He oído tus pensamientos y sé a donde quieres ir. Déjame que pueda retomar el control de mis brazos y mis piernas para que pueda conducir yo...».

Distraída, Allie pasó un semáforo en rojo, pisó fuertemente el freno y se paró justo en medio de la intersección. Empezaron a sonar las bocinas, mientras los coches viraban para esquivarla.

«Por favor —repitió la corredora—. Antes de que nos matemos las dos...».

Como Allie no tenía deseos de experimentar la muerte por segunda vez, transigió. Cedió un poco. No del todo, pero sí lo suficiente para dejar que la chica recuperara el control de sus brazos y piernas, para que pudiera conducir. Para alivio de Allie, la chica no presentó batalla. Se limitó a sacar del coche de la intersección y encaminando a encaminarlo hacia la carretera que los sacaría de Atlantic City.

Allie se relajó, como el capitán de un barco que deja el rumbo en manos del segundo de a bordo.

«Gracias», le dijo a la corredora. Esta no respondió nada.

Todo fue bastante bien hasta que llegaron al puente que conecta Atlantic City con el resto del país. A mitad del puente, segundo de a bordo se amotinó. La corredora lanzó un repentino ataque mental que pilló a Allie completamente desprevenida.

«¿Robarme el cuerpo, eso es lo que quieres? ¿Invadir mi espacio? ¡ME PARECE QUE NO!».

Entonces la chica del footing empezó a empujar, pero no empujaba hacia abajo para hundirla, sino hacia afuera para expulsarla. Allie se sintió vomitada de su cuerpo, como un alimento en malas condiciones. Dejó de sentir los latidos del corazón, y el aire al entrar y salir de los pulmones. Quedó suelta, desconectada.

Se defendió, esperando que no fuera demasiado tarde, negándose a ser expulsada. Intentó fijar su espíritu al cuerpo de la corredora, como si se tratara de un pario. Se impulsó hacia dentro, y mientras luchaban cada una por el control, el coche empezó a girar como loco.

Rozaron con un coche a la izquierda. El Porsche rebotó y se dirigió hacia la valla protectora que las separaba de la bahía.

« ¿Has visto lo que has conseguido?», gritó la corredora.

« ¿Qué he conseguido yo? ».

Chocaron contra la barandilla, y Allie tuvo una espantosa sensación de deva vu. Ruido de metal y cristales al romperse. Salió impulsada hacia delante, golpeó contra el parabrisas, y un instante después este quedaba por detrás de ella...

... Y sin embargo, no era lo mismo que en el accidente fatal, por que al mirar atrás vio que la corredora seguía en el asiento del conductor, tras un inflado airbag. La chica salió del coche, aterrorizada y magullada, pero completamente viva.

Solo entonces comprendió Allie lo que sucedió: la colisión la había expulsado del cuerpo de la chica. Ahora Allie volvía a ser un espíritu y se encontraba sobre el capó del coche, hundiéndose en él.

Intentó con todas sus energías encontrar algo a lo que agarrarse, pero todo lo que había allí pertenecía al mundo de los vivos, no había nada que resultara sólido a ella. Sintió el calor del motor en su interior cuando su cuerpo pasó a través. Al cabo de un instante, salió por debajo del coche, que colgaba al borde del puente, y no tardó en caer por el aire.

—¡No, no, nooo!

Ni siquiera notó la diferencia cuando el aire se convirtió en agua. Solo notó que cambiaba la luz que la rodeaba. Pero caía igual de rápido, y la débil luz azul de la bahía se convirtió en negra oscuridad de la tierra al llegar al fondo. Pudo notar dentro de la le barro de la bahía, y después la sólida roca. La densidad de la tierra frenó su caída, pero no lo suficiente. No lo suficiente. Seguía bajando, y nada podría detenerla ya.

Roca en el corazón, roca en las entrañas. No tardaría en arder. Pronto esa roca sería magma, y Allie seguiría cayendo hasta que años después se viera encerrada en el centro de la gravedad, aguardando el fin del mundo. Estaba condenada.

Entonces sintió que algo la agarraba del brazo. ¿Qué era? No podía ver nada en la oscuridad de la sólida piedra, pero una voz, débil y apagada, le dijo:

Sujétate a mí y no me sueltes.



*Neal Shusterman*

*Club Pandemonium*

Y entonces oyó nada más y nada menos que el relincho de un caballo.

246



Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

Sobre las monedas de Everlost, los libros de Mary Hightower solo tienen esto que decir: «no brillan, no refulgen, no contienen metales preciosos. Las llamadas 'monedas' no son más que unas fichas de plomo inservibles, y más vale tirarlas con la pelusa del bolsillo en que se encuentran, o aún mejor, echarlas a una Fuente y pedir un deseo».



Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

## El más allá desconocido

Transcrito por: Upsybetzy

248

**A**nte la insistencia de Mary, habían regresado a Atlantic City para buscar Stradivarius, pero no habían podido encontrarlo. Al final Mary tuvo que aceptar que le había sucedido algo horrible: o bien se había caído del muelle, o habían sido capturado por la tripulación del McGill, que había vuelto al muelle, y se lo habían desaparecido.

Podía haber ido en busca del barco, pero ya no se veía por el horizonte, y no sabían qué rumbo podrían haber tomado. Tal como había hecho cuando Nick y Lief había sido capturados por el espectro, Mary habían puesto a sus niños por delante de sus propios impulsos. Tenía mil neoluces refugiadas a bordo del dirigible, y su primera responsabilidad eran ellos. Stradivarius había desaparecido, y eso la hacía sentirse muy mal, pues la culpa era suya y solo suya.

Con resignación y profunda tristeza, Mary ordenó a Speedo que elevara el *Hindenburg*, y este, con toda su carga de refugiados, emprendió viaje hacia el norte. Nada más despegar, Mary se retiró al camarote que se había reservado para ella, cerró la puerta, se tumbó en la cama, y se echó a llorar. Y a continuación hizo algo que no se había permitido durante muchos años: cerró los ojos y se durmió.

Nick, sin embargo, no dormía. Estaba emocionalmente agotado, y debería, por lo menos, haberse tomado un rato de descanso, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza. Había piezas que sencillamente no casaban, y sabía que no podría relajarse hasta que las hiciera encajar-

Subiendo al armazón del dirigible, Nick se sentó en una pasarela, delante del caldera de monedas de Mary había dejado a su cuidado.

Allí encontró Lief, que se sentó enfrente de él.

Son más, ya lo sabes —dijo Lief—. Yo las he encontrado.

Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**



—Creí que ya no te preocupabas por este tipo de cosas.

—No me preocupo —dijo Lief—. Solo era un comentario.

Nick cogió una de las monedas. Estaba tan desgastada que no se podía saber qué tipo de moneda era, de qué país venía ni en qué año había sido acuñada. Eran todas iguales, incluso la que había encontrado en su bolsillo tiempo atrás, la moneda que había usado para pedir un deseo en la fuente de Mary. Era curioso que tanto Mary como el McGill tuvieran una colección de aquellas monedas.

Sosteniendo la fría moneda en la palma de la mano, Nick habría podido jurar que se la notaba un poco diferente. Resultaba caso... como si tuviera electricidad..., como si fuera el fusible que completaba un circuito.

Entonces fue cuando empezó a comprender. Se trataba de algo que sabía, por intuición, que era la punta que asomaba de algo muy grande y muy importante. Cogió la moneda de la palma de su mano, y la sujetó entre el índice y el pulgar.

—¿Sabías —le preguntó a Lief—. Que antiguamente les ponía a los muertos en una moneda en cada ojo?

—¿Para qué? —preguntó Lief—. ¿Para evitar que los abrieran y le pegaran un susto a la gente?

—No..., era una vieja creencia. La gente pensaba que la muertos tenía que pegar su travesía a la vida eterna.

Los antiguos griegos creían incluso un barquero al que había que pagar por cruzar el río de la muerte.

Lief se encogió de hombros nada impresionado:

—Yo no recuerdo ninguna barca.

Tampoco la recordaba Nick. Pero pensó que tal vez la gente veía lo que esperaba ver. Tal vez los antiguos griegos veían lo que esperaba ver. Tal vez los antiguos griegos veían un río de un túnel. Y tal vez veían una barca en lugar de una luz.

—Tengo una idea —dijo Nick—. Pon la mano.

Lief puso la mano.

—¿Vas a hacer un truco de magia? ¿Vas a hacer desaparecer la moneda?

—No lo sé —dijo Nick—. Tal vez.

Puso la moneda en la palma de la mano de Lief, y entonces dobló sus dedos en torno a ella, hasta que la moneda quedó encerrada en el interior del puño.

—¿Sientes algo?

—Está caliente —dijo Lief—. Está realmente caliente.

Nick esperó, observando. Transcurrió un instante tras otro, hasta que de pronto Lief levantó la vista y ahogó un grito.

Nick le siguió la mirada, pero no vio nada, tan solo los hierros de armazón del dirigible y las cámaras de hidrógeno.

—¿Qué es? ¿Qué estás viendo?

Fuera lo que fuera, Lief estaba demasiado cautivado para responder. Entonces, al mirarle los ojos, vio algo reflejado en sus pupilas. Era un punto de luz brillante, que cada vez se hacía más grande y más brillante.

La expresión de sorpresa de Lief se suavizó en una alegre sonrisa y dijo:

—¡... Ya me acuerdo!

—¿Lief?

—No —dijo Lief—. Mi verdadero nombre es Travis.

Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, con sus resplandor de luz multicolor, Travis, también conocido como Lief del Bosque Seco, se fue por fin adonde tenía que ir.

\* \* \*

Mary decía que las monedas eran inservibles, pero ahora Nick sabía la verdad. También sabía que Mary no era tonta. Tenía que conocer el verdadero valor de las monedas; su verdadero propósito, y a Nick le preocupaba que ella ocultara algo tan importante.

Lief había desaparecido. Se había ido para siempre algún lugar desconocido. Al donde se había encontrado a Lief hacía nada más que un instante, el aire resplandecía con vibrantes colores, pero enseguida aquello también se desvaneció.

Nick ya no tenía su propia moneda, que había tirado en el pozo de los deseos de Mary, tal como hacía cada uno de los niños que entraban a su cuidado. Era un requisito para ser admitido. Pero en aquel momento Nick tenía ante él un caldero lleno.

Alargó la mano sacó otra moneda y se la colocó en la mano. Volvió a sentir aquella extraña corriente. Sin embargo, en su mano la moneda seguía fría, y Nick pensó que, en tanto que Lief estaba preparado para su viaje final, él no lo estaba. A Nick todavía le quedaba algo que hacer en Everlost, y tenía la secreta sospecha de que sabía en qué iba a consistir ese algo.

\* \* \*

Tiburón estaba royendo un hierro del armazón del dirigible, y parecía muy contento aunque no obtuviera resultado alguno, cuando vio acercarse a Nick.

—¿Qué hora es? —le preguntó.

—No lo sé. Tal vez las doce del mediodía. Oye, tiburón, ¿podrías hacerme un favor?

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

—¿Podrías sujetarme esto durante unos segundos? —Y puso la moneda en la mano de Tiburón—. Dime, ¿La notas caliente, o fría?

—¡Vaya! —respondió Tiburón—. ¡Está ardiendo!

—Bien —dijo Nick—. ¿Te gustaría presenciar un truco de magia?

\* \* \*

Estaba avanzada la tarde cuando despertó Mary. Al mirar por la ventanilla de su camarote, vio la explanada del hogar. Habían vuelto a Lakehurst. Speedo le había dicho que no le gustaba aterrizar con el dirigible en ningún otro sitio. Ya le había



resultado bastante difícil hacerlo en el muelle. Suponía que no merecía la pena intentar convencerlo para que los llevara hasta Manhattan.

Si tenía suerte, el tren aún estaría esperándolos. Si no, tendrían que caminar siguiendo las vías muertas del ferrocarril hasta llegar a su casa. En el peor de los casos, les costaría unos días en llegar. Entonces podría empezar la labor de ocuparse de aquel gran grupo de niños y de integrarlos en su sociedad. De una sola vez, la población de su pequeña comunidad se cuadruplicaba, pero como ella les había dicho, había espacio más que suficiente. Convertiría más plantas en viviendas, trabajaría con los descubridores para amueblarlas de modo confortable, y mientras tanto otorgaría su atención personal a cada uno de aquellos niños, ayudándolos de una labor colosal, pero noble, y con la ayuda de Nick podría llevarla a cabo.

Al abandonar el camarote, se sorprendió de encontrar vacíos los pasillos y las salas del dirigible. Tampoco se oían voces procedentes de la parte de arriba. Seguramente Nick se había encargado de levantarlos y sacarlos de la aeronave. Nick era muy eficiente, y era muy amable por su parte de dejarla dormir, aunque ella no había tenido la intención de quedarse durmiendo todo el día.

Descendió por la pasarela esperando encontrar a los niños agrupados por allí, pero no había ninguno. Solo se veía a una persona. Alguien que estaba sentado en el suelo, a cien metros de distancia.

Al acercarse, pudo ver que se trataba de Nick. Estaba sentado con las piernas cruzadas, observando *Hindenburg*. Comprendió que la estaba esperando a ella. A su lado se encontraba el caldero de monedas.

Solo entonces empezó a preocuparse Mary.

—Esto es un buen punto muerto —dijo Nick.

—Entonces —dijo Mary—, ¿dónde está todo el mundo?

—Se han ido.

—Se han ido —repitió Mary, que no estaba segura de haber oído bien—. ¿Se han ido a dónde exactamente?

Nick se levantó:

—No lo sé. No es asunto mío.

Mary miró el caldero que Nick tenía a sus pies. Horrorizada, vio que estaba vacío. No podía creerse lo que veía, ni lo que él le decía.

—¿Todos? —Miró por la explanada, buscando algún indicio de que tal cosa no fuera cierta, pero no había ni un alma a la vista.

—¿Qué pudo decir? —preguntó Nick—. Todos estaban preparados para irse.

Por primera vez, que pudiera recordar, Mary se quedó sin habla. Aquello era una traición de tal magnitud que no había palabras para expresarlo. Era algo tan horrible y tan malvado como la peor cosa que Mikey hubiera podido hacer durante todos aquellos años en que había sido un monstruo. ¡Era peor aún!

—¿Tienes idea de lo que has hecho?

Mary sabía que estaba gritando, pero le daba igual. ¡Cómo se atrevía Nick! ¡Cómo se atrevía a hacerle aquello!

—Se perfectamente lo que he hecho —dijo Nick con una voz que conservaba toda la calma que había perdido Mary—. Es he dejado ir adonde tendrían que haber ido originalmente.

—¿Cómo te atreves a suponer que sabes dónde debían ir originalmente? ¡Estaban aquí, lo que quiere decir que es aquí donde tenían que estar!

—¡Eso no me lo creo!

—¿Y a quién le importa lo que creas tú? —Era como si tuvieran ante los ojos a otro chico diferente. Había confiado en él. Iban a ser un equipo que guiara las neoluces de Everlost por toda la eternidad. ¡Una cosa así no estaba prevista!

Entonces cambió la expresión del rostro de Nick, y su calma se convirtió en ira y reproche.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes? —preguntó.

Mary no quiso contestar.

—¿Sabías lo de las monedas desde el principio? ¿Cuánto tiempo lleva robándoselas a los niños que venían pidiéndote ayuda?

Mary vio incapaz de enfrentar aquella acusación ni de mirarlo a los ojos.

—No desde el principio —refunfuño ella—. Y no soy ninguna ladrona. Ellos son libres de tirar sus monedas a la fuente. Y pueden recuperarlas cuando quieran, pero ninguno lo hace, ¿y sabes por qué? Porque no quieren.

—¡No! No recuperan sus monedas porque la fuente es tuya, y a ninguno se le pasaría por la imaginación ir en contra de la señorita Mary. Pero si supieran la verdad de esas monedas, si supieran para qué sirven, ¡las sacarían de allí al instante!

—¡Mis niños son felices! —insistió Mary.

—¡Tus niños están perdidos! ¡Y tú no eres mejor que tu hermano!

Antes de darse cuenta de lo que hacía, Mary echó la mano hacia atrás y le dio una bofetada en el rostro con toda su rabia. Por un instante quiso retirarla y decirle a Nick que lo sentía, pero la verdad era que no lo sentía en absoluto. Quería abofetearlo una y otra vez hasta que las bofetadas le inculcaran algo de sentido. ¿Qué había hecho ella para merecer aquella traición? Había cuidado de él. Más que eso: lo había amado. Todavía lo amaba, y en aquellos momentos aborrecía el hecho de amarlo.

Nick se recobró de la bofetada, y a continuación cogió el caldero y lo inclinó hacia ella.

—Es curioso —dijo él— que hubiera exactamente las monedas necesarias.

—¿Y qué? —preguntó Mary—. Mil neolices, y mil monedas. Eso no tiene nada de raro.

—vuelve a mirar.

Mary miró al fondo del caldero y vio que no estaba totalmente vacío. Quedaban dos monedas.

Dos monedas —dijo Nick—. Y nosotros somos dos.



—¡Simple coincidencia! —insistió Mary. No se iba a dejar influir. Aquello no significaba que el universo intentara decirle algo. No era Dios tendiendo hacia ellos su mano. Mary no necesitaba que un caldero le dijera cuáles eran los propósitos de Dios.

Metió la mano, cogió una moneda, y se dispuso a lanzarla lo más lejos posible de su vista... Pero entonces le preguntó Nick:

—¿Está fría o caliente?

Mary sintió el contacto de la moneda en la mano.

—Esta fría —le respondió—. Fría como la muerte.

Nick lanzó un suspiro:

—También la mía está fría. Así que supongo que ninguno de los dos se irá a ninguna parte de momento. —Y entonces añadió—: Tantos años aquí, y aún no estás preparada.

—¡No lo estaré nunca! —dijo Mary—. Nunca dejaré Everlost, porque este lugar es la eternidad, y mi trabajo es encontrar almas perdidas con las que llenarlo. Mi misión consiste en encontrarlas y cuidar de ellas. ¿Es que no lo comprendes?

—Claro que lo comprendo —dijo Nick—. Tal vez tengas razón..., tal vez esa sea tu misión... Pero ahora también yo tengo una misión, que es ayudar a esas almas perdidas a llegar adonde tienen que ir.

Mary observó la fea moneda que tenía en la mano. ¿Qué era eso tan maravilloso que se encontraba al final del túnel? ¿Cómo podía saber alguien si aquella luz brillante era una luz de amor o de fuego?

Si había algo de lo que Mary estuviera segura era de aquella sencilla norma que toda madre inculca a su hijo: Si te pierdes, quédate dónde estás. No te vayas, no camines, no hables con extraños, y si ves una luz, eso no significa que tengas permiso para cruzar la calle. ¡Los niños perdidos tenían que quedarse donde estaban! ¿Cómo era posible que Nick no lo entendiera?

Al oír un motor de coche, Mary levantó la mirada y vio a Speedo, que conducía un jaguar que ella le había dado. Al menos él era lo bastante inteligente para no perderse por un túnel oscuro.

—El tren aguarda —dijo Speedo.

Nick se volvió hacia Mary.

—Voy a volver a los Torres Gemelas —dijo—. Y les diré a todos esos niños los que sé.

—¡No te escucharán! —repuso Mary.

—Yo creo que sí.

La voz de Nick estaba impregnada de seguridad, y Mary sabía por qué. Era porque tenía razón, y ambos lo sabían. Por mucho que Mary quisiera creer otra cosa, ella sabía que sus niños recuperarían sus monedas. No podrían resistir el impulso. Por eso había que apartar la tentación.

—¿Por qué no vienes conmigo? —dijo Nick—. Podemos hacerlo juntos.

Pero Mary sabía ya lo que iba hacer ella. Apartar la tentación. Y de ese modo, sin siquiera dignarse a dar una respuesta a Nick, se volvió y regresó ella sola, corriendo hacia el dirigible gigante.

—¡Mary! ¡Espera!

Pero Mary no quería escuchar nada que Nick tuviera que decirle. Subió a la cabina del piloto del dirigible. Si Speedo podía pilotear aquello, entonces ella también podría. Y alcanzaría a sus niños antes de que lo hiciera Nick. Él no tendría la oportunidad de envenenarles la mente, porque ella llegaría antes para salvarlos.



## Dejando Everlost

Transcrito por: Margarita.

**M**ikey extendió los brazos, buscando con los dedos un indicio de Allie, hasta que por fin la encontró, la agarró, y tiró de ella para montarla con él sobre el caballo. Entonces hincó los tobillos en los costados del acaballo, y este se impulsó con más fuerza contra la piedra. Mikey intentó imaginarse que estaban llenas de hidrógeno, como el dirigible. Más ligeras que el aire, y decididamente más ligeras que la piedra. Su poderosa voluntad luchó contra la fuerza de la gravedad, y pronto dejaron de hundirse y empezaron a ascender.

El impulso hacia delante del caballo fantasma al intentar galopar era mayor que su impulso hacia arriba, pero eso no representaba ningún problema. Aun cuando ellos se movieran tan solo centímetro a centímetro, acabarían llegando a la superficie.

Terminaron emergiendo en un bosque de Nueva Jersey. Anocheecía, y se encontraban tierra adentro, a varios kilómetros de donde se habían hundido.

En el mismo instante en que salieron a la superficie, Allie saltó del caballo, dispuesta a huir si tenía que hacerlo. Le parecía que Mikey McGill no era alguien en quien se pudiera confiar aun cuando la hubiera rescatado.

—Debería haber dejado que te hundieras —dijo Mikey.

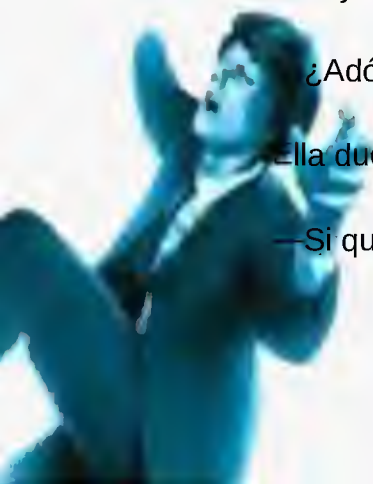
—¿Por qué no lo hiciste?

Mikey no respondió. En vez de hacerlo, dijo:

—¿Adónde querías ir? Tal vez yo pueda ayudarte a llegar.

Ella dudo, esperando descubrir el engaño, pero no lo encontró.

—Si quieres saberlo, me dirijo a casa.





Mikey asintió con la cabeza:

—¿Y luego...?

Allie abrió la boca para responder, pero no salió nada de ella, era una chica que siempre tenía un propósito en mente. El problema era que raramente pensaba más allá de aquel propósito.

¿Cuál era su plan, realmente? Llegaría a casa, pero entonces ¿qué? Vería si su padre había sobrevivido al accidente de coche. Se pasaría un rato observando las idas y venidas de su familia. Intentaría comunicar con ellos, tal vez incluso pudiera encontrar a algún vecino dispuesto a dejarse secuestrar la piel, y de ese modo podría hablar con su familia, y les convencería de que se trataba de ella diciéndoles cosas que solo ella pediría saber. Les diría que se encontraba bien, que no se preocuparan ni la lloraran. Pero luego ¿qué?

Fue entonces cuando Allie comprendió algo que debería haber comprendido hacía tiempo: que su casa ya no era su casa. Se había negado a pensar en ello, haciendo como que no importaba, pero ya no podía seguir mintiéndose a sí misma. Si su gran victoria consistía en llegar a casa, entonces sería una victoria vacía.

—Te he hecho una pregunta —dijo Mikey—. ¿Qué harás después de ir a casa? Como Allie no tenía respuesta, se la devolvió de malos modos:

—Eso es asunto mío —dijo—. ¿Y qué me dices de ti? ¿Vas a volver a convertirte en el único Monstruo Verdadero de Everlost?

Mikey pegó suavemente con los tobillos en los costados de Shiloh para recordarle al caballo que debería de cambiar de sitio las patas continuamente para no volver a hundirse.

—Estoy acostumbrado a ser un monstruo —dijo. Entonces metió la mano en el bolsillo y le tiró a Allie algo que esta cogió: era una moneda.

—¿Para qué es esto?

—Puedes usarla para llegar adonde tienes que ir.

Allie miró la moneda, que se parecía mucho a la que había arrojado ella a la fuente de Mary. ¿Se refería Mikey a lo que ella estaba pensando? Llegar adonde tenía que ir: eso era espantoso, pero tentador al mismo tiempo. Electrizante. Miró la moneda atentamente antes de volver a levantar los ojos hacía Mikey.

—¿Es lo que vas a hacer tú, entonces? ¿«Llegar adonde tienes que ir»?—

Allie pensó que aquella idea imprimía una sombra de miedo al rostro de Mikey.

—No —respondió él—. No creo que fuera a ir a ningún buen lugar. No tengo prisa por ir allá.

—Bueno —dijo Allie—, seguramente puedes cambiar el sitio al que vas, ¿No crees?

Mikey no parecía muy convencido.

—Yo era un monstruo bastante inmundo —comentó.

—Lo eras —recordó Allie—. Eso era entonces, y ahora es ahora.

Mikey dio la impresión de apreciar su punto de vista práctico y lógico.

—¿Cuánto tiempo necesitaría para compensar el ser un monstruo?

Allie meditó la pregunta:

—No tengo ni idea. Pero hay gente que cree que basta con tomar una sincera decisión de cambiar, y ya te salvas.

—Tal vez —dijo Mikey—. Pero preferiría ir sobre seguro. He sido un monstruo durante treinta años, así que yo diría que necesito treinta años de buenas obras para hacer borrón y cuenta nueva.

Allie sonrió:

—¿Todavía será capaz Mikey McGill de hacer buenas obras?

Mikey frunció el ceño:

—Vale: digamos mejor sesenta años de obras medio decentes.



—Eso está bien —respondió Allie. Observó la moneda que tenía en la mano. Estaba templada. Ella sospechó que si la sostenía el tiempo suficiente, la llevaría donde tenía que ir, pero que estuviera preparada para irse no implicaba que tuviera que hacerlo forzosamente. Podía elegir.

¿Qué había dicho su galleta de la suerte? «irte o quedarte: la elección será tuya»

Allie eligió volver a meter por el momento la moneda en el bolsillo de su pantalón. Siempre se le había dado bien lo de ahorrar dinero.

Mikey le tendió la mano, dispuesto a montarla de nuevo sobre el caballo.

—¿A casa? —le preguntó.

Pero de pronto aquello había dejado de parecerle una necesidad imperiosa. Había muchas cosas desconocidas que explorar en Everlost. Podía poner muchas de ellas entre el lugar en que se encontraba y su casa.

—No hay prisa —le dijo ella, pero Mikey no se alegró.

—Llevarte a casa —explicó— iba a ser mi primera obra medio decente.

—Estoy segura de que encontrarás otra.

Mikey lanzó un suspiro de frustración.

—Esto no va a resultar fácil. Se me da muy bien ser malo, pero se me da muy mal ser bueno. No tengo ni idea de cómo se hacen las buenas obras.

—Bueno —respondió Allie con una sonrisa—, conozco un programa en doce pasos...

Entonces le cogió la mano a Mikey, se subió al caballo con él, y cabalaron juntos rumbo a todas aquellas cosas desconocidas.

Aunque tuviera las probabilidades en contra, Nick necesitaba ganar aquella carrera, y por eso, cuando el tren fantasma lo dejó en la vieja estación de Pensilvania, no perdió el tiempo. Estaba anocheciendo. El tren había ido rápido, pero un dirigible no tendría que preocuparse de las vías. Su única esperanza consistía en que Mary perdiera mucho tiempo aprendiendo a manejar el aparato.



Nada más despegar, el dirigible se había mostrado errático, girando para un lado para el otro, incapaz de mantener el rumbo. Con un poco de suerte, ella seguiría zigzagueando por Nueva Jersey, intentando hacerse con el dirigible.

Corrió a todo correr de la estación a la plaza que había al pie de las torres. En ella, los mismo niños seguían saltando a la comba, jugando al *kickball*, y al corre que te pillo.

—¿Está Mary aquí? —Preguntó. Se temía que se abalanzaran contra él para capturarlo. ¿Cuál sería el equivalente en Mary a colgar a alguien en la sala de campanillas? Nick tenía la impresión de que estaba a punto de averiguarlo.

Pero no se abalanzaron contra él. Por el contrario, uno de los niños que jugaban al *kickball* en la plaza se volvió para explicarle:

—Meadow dice que se ha ido, pero que volverá en seguida.

«Bien», pensó Nick, por el momento iba ganando él. Y entonces, al mirar hacia el oeste, vio que no iba ganando por mucho. Entre los edificios, Nick pudo distinguir el zepelín en el cielo, que iba cruzando el río Hudson e iba aún muy elevado, pero ya descendiendo hacia ellos. No se encontraría a más de ocho kilómetros. No disponía de mucho tiempo.

—Ve a buscar a Meadow —le dijo al niño que jugaba al *kickball*—. Dile que reúna a todos en la fuente.

Entonces el niño del *kickball* salió corriendo, desbaratando el eterno patrón del juego.

Nick se acercó a la fuente, y se quedó en la orilla. Desde allí llamó a todos los niños que estaban en la plaza:

—¡Escuchadme todos! ¡Tengo un mensaje de Mary!

Eso logró captar su atención. Las combas dejaron de girar y los balones de rebotar. Los niños comenzaron a reunirse en la fuente.

Nick volvió a mirar hacia el oeste. El dirigible estaba allí, a mitad de recorrido sobre el río. Seguía estando muy alto, pero eso no significaba gran cosa, porque en cuanto los niños lo vieran, se acabaría la fiesta. Dejarían de prestarle atención. Tenía que conseguir que se centraran en él.

Meadow empezó a llegar acompañada de niños que procedían de las plantas superiores:

—Mary quiere que os diga que ya no tenéis que temer a McGill: ¡Mary lo ha puesto en su sitio!

Los niños prorrumpieron en una ovación.

—Y —dijo Nick—, ¡Tengo algo muy emocionante que contaros —«Vale», pensó Nick, «ahí va...»—. ¿Cuántos de vosotros habéis formulado un deseo y tirado una moneda a la fuente?

Se levantaron todas las manos.

—¿Y cuántos de vuestros deseos se han realizado?

Una a una, las manos fueron bajando, hasta que no quedo alzada ni una sola.

—Bueno —dijo Nick—, es hora de que todos vuestros deseos se hagan realidad. —Y diciendo esto, entró en la fuente de un salto, metió las manos en el agua y empezó a sacar las monedas—. Vamos —dijo—. ¡Que cada uno recupere su moneda!

Al principio dudaban... hasta que la primera niña, con sus coletas y sus ojos enormes, se adelantó. Entró en la fuente caminando, y Nick cogió una moneda y se la puso en la mano. La entera multitud observó y vio con sus propios ojos lo que sucedía a continuación: la niña se fue donde tenía que ir.

Hubo un largo momento de silencio cuando por fin comprendieron lo que significaba aquello para cada uno de ellos... y entonces empezaron a subirse a la fuente, haciendo cola para recibir la moneda de manos de Nick. En menos de un minuto, su emoción alcanzó el punto crítico, se quebró toda noción de orden, y aquello se convirtió en una algarabía de niños que saltaban, salpicaban agua, cogían su moneda y desaparecían dejando tras ellos una explosión de luz multicolor. Nick se salió de la fuente, y se hizo atrás para observar.

Al oeste, el zepelín se hacía más grande a medida que se acercaba, eclipsando el sol poniente, pero si los niños que abarrotaban la fuente se daban cuenta de aquella presencia, no le hacían ningún caso. Cuando llegara Mary, ya sería demasiado tarde: habrían desaparecido. Tal vez no todos, pero sí la mayoría: aquellos que estuvieron preparados. Como debía ser.

Nick levantó la mirada hacia la cumbre de las Torres Gemelas, que convergían al arañar el cielo. Se maravilló de su majestuosidad, del mismo modo que habían hecho los turistas durante los veintinueve años de existencia de aquellas torres. Consolaba saber que nunca desaparecerían del todo, porque estaban allí, constituyendo una parte intemporal de Everlost. Eran grandes monumentos del recuerdo, y aunque Mary las hubiera convertido, por algún tiempo, en su propio orfanato personal, aquello ya había tocado su fin. Tenían un espacio más grande en el plan del mundo.

En aquel momento habían desaparecido ya más de la mitad de los niños, y el resto estaban a punto de hacerlo. Meadow se acercó a Nick, y junto a él se quedó contemplando a los niños que iban desapareciendo alegremente.

—A Mary le va a dar un ataque cuando vea esto —comentó Meadow—. Va a flipar en colores. —Entonces sonrió—. Menos mal que no estaré aquí para verlo.

Entonces Meadow corrió hacia la fuente, salto dentro, y un momento después había desaparecido.

Nick se sacó su moneda del bolsillo, aquella que había cogido del caldero vacío. Seguía todo lo fría que podía estar, pero no pasaba nada. Ahora Nick comprendía que así como su llegada lo había ligado a Allie, su salida estaba ligada a Mary. Mientras ella siguiera empeñada en mantener allí a los niños, él se empeñaría en liberarlos.

Seguramente eso los convertía en enemigos. La idea casi le provocaba una carcajada. Qué extraño resultaba estar enamorado de tu enemigo.

Mientras el zepelín se acercaba para aterrizar, y desaparecía en la fuente el último de los niños, Nick se metió las manos en los bolsillos y se fue, paseando tranquilamente en dirección al norte.

Tal vez Mary tuviera razón al decir que Everlost era un lugar eterno: un lugar donde todos los lugares y cosas que se han ganado la inmortalidad permanecían para siempre en su gloria. Si era así, entonces Everlost era como el gran museo de universo: una galería celestial de valor incalculable. Y, como había dicho Mary una vez, tenían la suerte de poder verlo. Pero los museos son para ser visitados, no para vivir en ellos. Ese era el gran error de Mary. Las neoluces eran meros visitantes que pasaban por allí.

Nick sabía que había más almas perdidas en lugares perdidos a las que liberaba más fuentes y más cubos de monedas que encontrar, y aunque él no



*Neal Shusterman*

*Club Pandemonium*

supiera cuándo llegaría adonde tenía que ir, sí sabía que, llegado el momento adecuado, iría para allá.

Mientras tanto, tenía un cometido.

264



Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**

## Epílogo

## La bruja del cielo

Transcrito por Nirvanera7

265

La niña estaba sentada sin saber qué hacer, toda encogida sobre la arena de los columpios. Lo último que recordaba era que había subido a la parte más alta de las barras de mono, y se hallaba por encima de todos los demás niños. Entonces había perdido el equilibrio y se había caído. Durante un momento muy raro, se había visto atravesando un túnel en dirección a una luz distante... Si hubiera hecho caso a su madre y se hubiera atado los cordones, tal vez no hubiera tropezado por el camino.

Y ahora estaba allí, todavía en el parque, sentada sobre un pequeño trozo de arena debajo de las barras de mono. Sus padres habían desaparecido, y algo le decía que no iban a volver, aunque no sabía qué era ese algo que se lo decía. Cuando cayó, era un día caluroso y el parque estaba lleno de niños. Ahora hacía frío y no había nadie. Hasta los árboles, que estaban entonces verdes y llenos de hojas, se habían quedado amarillos y las iban perdiendo. Y lo peor de todo era que no se podía mover, porque el resto del suelo de los columpios se había convertido en arenas movedizas.

A lo lejos, en el cielo, oyó un ruido de algo que se acercaba: era un quejido mecánico que no acababa de sonar como un avión, ni como un helicóptero, y cuando se volvió hacia el ruido, vio algo increíble. Una cosa grande..., plateada..., que venía por encima de los árboles y descendió a un campo de fútbol en el que no había nadie. Era como un globo que había visto una vez por encima del campo de béisbol, solo que mucho, mucho más grande. Siguió encogida, nerviosa y aterrorizada mientras caía aquel globo gigante para mantenerse en el aire a pocos metros por encima del campo de fútbol. Entonces se abrió una especie de trampilla, salió de ella una escalerita, y asomó un ser delgado y verde.

No, no era un ser: era un ángel. Un ángel vestido con un vestido verde. Iba derecho hacia ella, y cuanto más se acercaba, más se le pasaba el miedo a la niña. Finalmente, el ángel llegó a la zona de los columpios, y miró a la niña a través de las barras de mono, que parecían los barrotes de una jaula.

—No tengas miedo —dijo el ángel—. Todo irá bien. Te lo prometo.

Un lugar lleno de misterio  
EVERLOST

La niña miró hacia aquella cosa que parecía un globo, y el ángel sonrió:

—¿Te gustaría dar una vuelta en mi dirigible?

La niña asintió con la cabeza.

Entonces dijo el ángel:

—Solo cuesta cinco centavos.

La niña bajó los ojos con tristeza:

—No tengo dinero.

Pero el ángel se limitó a sonreír:

—Apuesto a que sí tienes. ¿Por qué no lo compruebas?

La niña se metió las manos en los bolsillos, y para su sorpresa, encontró en uno de ellos una moneda de cinco centavos. O al menos pensó que sería una moneda de cinco centavos, pues estaba demasiado desgastada para saberlo. Se la ofreció al ángel verde, pero entonces dudó. Al fin y al cabo, aquellos cinco centavos eran todo cuanto tenía. Algo le decía que tal vez no debiera desprenderse de ellos tan fácilmente.

Al ángel se le congeló la sonrisa, pero solo un poco.

—Estoy segura de que no te quieres quedar aquí sola —le dijo—. Si lo haces, podría encontrarte el Ogro de Chocolate.

—¿El Ogro de Chocolate?

—Es un monstruo —dijo el ángel—. Te atrae con el olor del chocolate, y cuando te captura, te envía lejos.

—¿Adónde?

El ángel movió la cabeza en señal de negación:

—Eso es lo que da más miedo: nadie lo sabe— Por un instante, la niña pensó que una sombra de tristeza pasaba por el rostro del ángel, pero no duró mucho—. Y ahora, ¿no quieres venir conmigo?

La niña le dio la moneda, que el ángel tomó con delicadeza en su mano.

—¡Ahora veremos qué te gusta hacer, y nos pondremos a hacerlo!



La niña se levantó y, cogida de la mano del ángel, ¡atravesó la barra de mono como si fuera magia!

—Bienvenida a Everlost —dijo el ángel mientras cruzaba el campo en dirección a aquella especie de globo—. Yo me llamo Mary.

—¿Hay más niños en tu globo?

—Solo un par —respondió Mary—, pero hay muchos más allá, ¡y los vamos a ver a todos, descuida!

La niña asintió con la cabeza:

—Sí..., antes de que lo haga el Ogro de Chocolate.

Juntas, subieron al plateado dirigible y se elevaron por los cielos de Everlost.



# †Club Pandemonium†

## ◆TRANSCRIPTORA a cargo

~Upsybetzy~

## ◆TRANSCRIPTORAS

- nahirr ○Jaanyta ○Lia belicou
- Upsybetzy ○SdM ○Nirvanera?
- Francatemartu ○cris273 ○Dianis
- Anaid ○LauParra ○Kar
- Karenmaro ○kleui
- Nirvanera? ○Karenmaro ○maka.mayi
- Margarita ○Vampiro Bell

## ◆CORRECCIÓN, DISEÑO Y RECOPIACIÓN

~Upsybetzy~

*¡Las mejores transcripciones!*



Un lugar lleno de misterio  
**EVERLOST**